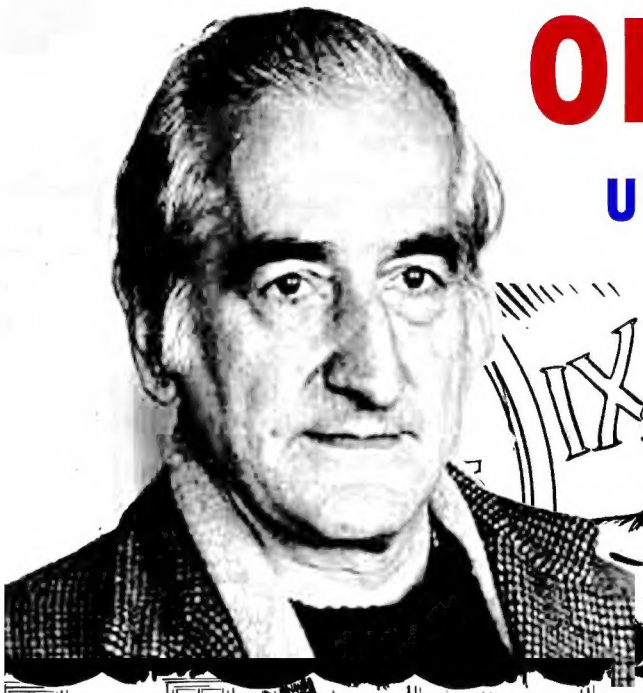
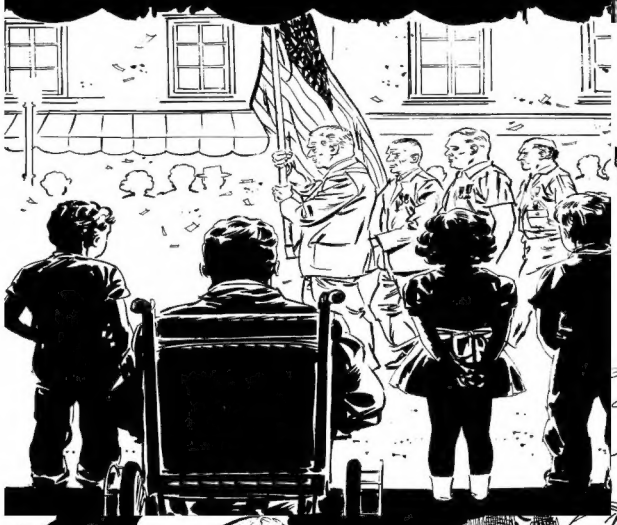
OESTERHELD

UNITARIOS EN COLUMBA





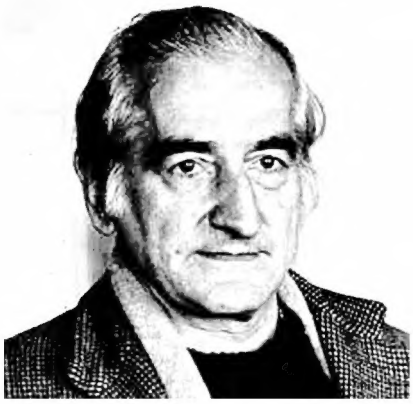
EDITORIAL COLUMBA

PUBLICADO EN:

COLUMBAROS

http://columberos.blogspot.com/

Los 34 relatos unitarios publicados en Columba, todos en este integral



OESTERHELD

UNITARIOS EN COLUMBA

Hace muy poquito volví a ver la serie de televisión GERMÁN, ÚLTIMAS VIÑETAS, el clima oscuro y pesimista me hace concordar con lo escrito hace unos años por Diego Accorsi en ***Comiqueando***, cuyo texto parcial de la nota publicada el 6-1-2021, lo transcribo a continuación.

Esta vez HGO no tiene su propia editorial, no tiene un trabajo fijo y la situación político-social lo va hundiendo en una depresión, un desencanto que se viene acentuando desde el cierre de Frontera y aumenta cuando su vida personal se ve amenazada por los trágicos eventos que empiezan a sumir al país en un caos. La guerra, que siempre fue 'el verdadero malo' de las historietas de Oesterheld, ahora golpea a su puerta y se lleva, sin pedirle permiso, a sus hijas. Sus ideas políticas lo llevan a unirse a ellas, no desde la lucha armada sino desde la planificación estratégica, y se convierte en parte de la Inteligencia del grupo guerrillero Montoneros. Este período de HGO en Columba, estará marcado por esa depresión, ese pesimismo, esa cercanía de la muerte. Esto será evidente en casi todas sus obras de acá en más, sobre todo en los unitarios y en series más relacionadas con la guerra y el espionaje como Brigada Madeleine y 3 x la Ley. Así, la muerte y la imposibilidad de ganar cobran protagonismo en todas sus aventuras, trágicas pero poderosas, con acción, pero veladas por la ineludible sensación de pérdida. Los protagonistas sufren, pero, cada vez más duros, más curtidos por las derrotas y la muerte que los rodea, siguen su camino en un mundo cruel, aunque adaptado a las normas de la editorial.

(les dejo los links de la nota completa escrita por Diego Accorsi)

https://www.comiqueando.com.ar/notas/oesterheld-en-columba-parte-1/
https://www.comiqueando.com.ar/notas/oesterheld-en-columba-parte-2/

Luego me puse a pensar, ¿qué hacia Oesterheld en Columba?, y tengo que coincidir con lo escrito por Ricardo De Luca en su blog: ***un malpensado: El estado de excepción, Columba, las políticas y Oesterheld***, que en parte transcribo aquí.

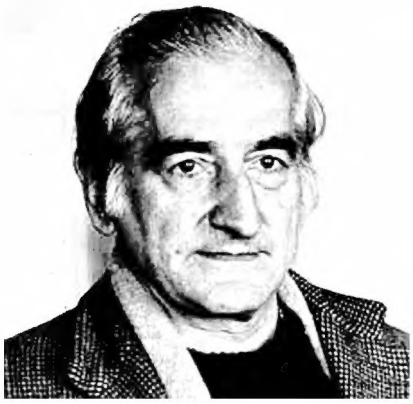
¿Se podía promocionar la llegada de un autor famoso a una editorial? Y más aún ¿se podía promocionar esa llegada si ese autor tenia, además, ideas incomodas para ese momento político? En otras palabras, ¿Editorial Columba podía haber aprovechado la enorme carga simbólica de haber incorporado a sus filas a Héctor G. Oesterheld en la década del 70? Si Columba hubiese sido solo una editorial de derecha (como nos hemos acostumbrado a creer) ***jamás lo habría contratado***. Y acá aparece otro punto interesante. Algo de lo que ya he escrito en un post anterior, el estado de excepción. Para 1972, y tal vez antes también, Oesterheld ya era el maestro, máximo referente de la historieta argentina. Y su derrotero como autor dentro de las industrias culturales escapa a las visiones de las constricciones del mercado. Oesterheld tenía plena libertad artística. Por ser dueño del medio de producción primero, por haber inaugurado la historieta argentina después. Su tránsito artístico en la industria cultural es un tránsito de excepción. Y en palabras de Armando Fernández "***Columba lo incorpora porque era un maestro***".

Link de la nota completa Publicado por Ricardo De Luca:

https://unmalpensado.blogspot.com/2012/06/el-estado-de-excepcion-columba-las.html

Continúa...

PUBLICADO EN:
EDITORIAL COLUMBA
COLUMBAROS
http://columberos.blogspot.com/



OESTERHELD

UNITARIOS EN COLUMBA

...Continúa

Continuando con la visión de la serie GERMÁN, ÚLTIMAS VIÑETAS, veo en el segundo capítulo una descripción del primer guion presentado por Oesterheld a Columba, "La magia suprema" que no tiene desperdicio, y me obligó a buscarlo y releerlo.

La serie de televisión GERMÁN, ÚLTIMAS VIÑETAS, de 2012, se puede ver en la plataforma *Contar*, es gratis, solo hay que hacer un usuario y consta de 13 episodios de aproximadamente 20 minutos.

Con este link se accede a la serie: https://www.cont.ar/serie/b2de1c25-2cd1-4215-ad68-fbe24567bfb6

Así, imbuido de toda esta historia, decidí ver que unitarios teníamos en el blog, escaneado por los muchachos del equipo de Columberos, y bueno, algunos faltaban, se fueron completando, hasta que solo faltaron dos, los cuales fueron generosamente escaneados por *Roberto Nieto Nepo (Nepoide)* en su blog https://dartagnanhistorietas.blogspot.com/

El orden utilizado para agruparlos es por fecha de publicación de la revista en que se incorporó el unitario, en el índice de contenido figura el dibujante del unitario y la revista con la fecha de publicación. No se mencionó los distintos seudónimos que utilizó, ya que están incorporados en la primera página del unitario, estos son: Héctor Sánchez Puyol, Germán Sturgiss y Joe Trigger.

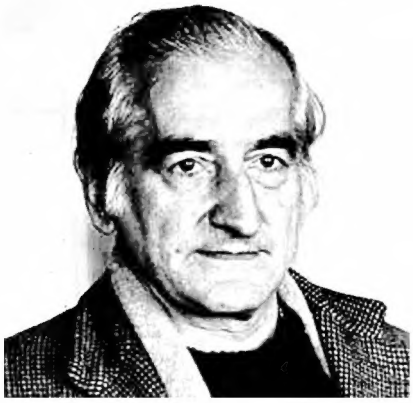
Y así nos encontramos con este hermoso Integral, Recopilación o como quieran llamarlo, con todos los unitarios guionados por Héctor Germán Oesterheld y publicados por la Editorial Columba... que lo disfruten.

EDITORIAL COLUMBA

PUBLICADO EN:

COLUMBAROS

http://columberos.blogspot.com/



OESTERHELD

UNITARIOS EN COLUMBA

Ordenados por fecha de publicación

Contenido

1 - La magia suprema - Alberto Caruso - D'artagnan Extraordinario 277 - 4/5/1972
2 - La última licencia de Cedric Swanson - Alberto Caruso - D'artagnan 280 - 16/5/1972
3 - El juramento de Ben Kelly - Cristóbal - D'artagnan 280 - 16/5/1972
4 - Seppe, el vengador - Clemente Rezzónico - Fantasía Extraordinario 196 - 22/6/1972
5 - De amigos, amor y muerte - Daniel Haupt - D'artagnan Extraordinario 281 - 29/6/1972
6 - Coraje en Dunkerke - Cristóbal - D'artagnan Extraordinario 281 - 29/6/1972
7 - Todos los que caen - Horvath - D'artagnan Extraordinario 281 - 29/6/1972
8 - ¨Capo¨ de partisanos - Caramuta - El Tony 287 - 18/7/1972
9 - La Bestia de Skull Valley - Gómez Sierra - Fantasía 198 - 20/7/1972
10 - El desconocido - Alberto Caruso - D'artagnan Extraordinario 283 - 27/7/1972
11 - Encuentro en Corea - Guevara - D'artagnan Extraordinario 283 - 27/7/1972
12 - La última resistencia - Altuna - Fantasía 199 - 3/8/1972
13 - El crucifijo de la nonna - Horvath - D'artagnan 284 - 10/8/1972
14 - El round más encarnizado - Carovini - D'artagnan 284 - 10/8/1972
15 - Montmartre no contesta - Clemente Rezzónico - Fantasía Extraordinario 200 - 17/8/1972
16 - El tesoro de Moa-Moa - Alberto Caruso - D'artagnan Extraordinario 285 - 24/8/1972
17 - Los cinco del "Anémona" - Clemente Rezzónico - Fantasía 201 - 31/8/1972
18 - Una patrulla australiana - Cristóbal - D'artagnan 286 - 7/9/1972
19 - El último escuadrón - Clemente Rezzónico - Fantasía Extraordinario 202 - 14/9/1972
20 - En un arrozal - Alberto Caruso - D'artagnan Extraordinario 287 - 21/9/1972
21 - El cobarde de Playa Roja - Alberto Caruso - D'artagnan 288 - 5/10/1972
22 - El día de la gloria - Clemente Rezzónico - Fantasía 203 - 28/10/1972
23 - La última misión - Gómez Sierra - D'artagnan Extraordinario 293 - 14/12/1972
24 - El puente de Lechandon - Gómez Sierra - D'artagnan 294 - 28/12/1972
25 - Los caminos de Allah - Enio - D'artagnan 294 - 28/12/1972
26 - El rayo negro - Caruso - D'artagnan Anuario 5 - 11/1/1973
27 - Hombre de punta - Clemente Rezzónico - Fantasía Extraordinario 211 - 1/2/1973
28 - Traidor - Gomez Sierra - D'artagnan 297 - 22/2/1973
29 - El último viaje - Caruso - D'artagnan Extraordinario 300 - 5/4/1973
30 - El motín del Carlomagno - Clemente Rezzónico - Fantasía Extraordinario 216 - 12/4/1973
31 - El laúd y la espada - Enio - El Tony 338 - 16/6/1974
32 - El castillo de Morency - Suarez - D'artagnan 374 - 3/6/1976
33 - Todo previsto - Eugenio J. Zoppi - D'artagnan Todo Color 156 - 1/4/1994
34 - Los cándidos - Eugenio J. Zoppi - Nippur Magnum Todo Color 92 - 1/11/1994

EDITORIAL COLUMBA

PUBLICADO EN:

COLUMBAROS

http://columberos.blogspot.com/

Los episodios: Seppe, el vengador y El día de la gloria, fueron escaneados y cedidos generosamente por *Roberto Nieto Nepo* y su blog: *https://dartagnanhistorietas.blogspot.com/*

LA MAGIA SUPREMA

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CARUSO

PEDRO BAIGORRIA Ex libris COLUMBEROS Palermo

Pedro Baigorria - COLUMBEROS

Hieren las palas la tierra de la estepa. Algunas son empuñadas por manos rudas, acostumbradas al surco.

Otras palas son manejadas por manos blancas, de venas azules, Manos frágiles, de hombres de la ciudad.

Alguna es empujada por manos delgadas pero firmes, manos de muchacha.

Treinta palas cavando a la vez en la noche fría de la estepa. Imposible detenerse, tienen que seguir cavando. Para obligarlas están allí los fusiles y las metralletas Schmeisser.

Cuando amanece ya están terminadas las treinta fosas. Callaron las palas, sólo se oye ahora el viento entre los abedules.

Cerca de allí, en Chathky, donde acaba de instalarse el cuartel general de los alemanes que avanzan hacia Stalingrado...

El teniente Kasper informa que las fosas están listas, señor general. Y pregunta si no hay contraorden.

¿Contraorden? No, capitán, no hay contraorden.

Dentro de una semana estaremos empleándonos a fondo en la nueva ofensiva. ¡Necesitamos calma absoluta en la población civil que dejaremos atrás!

KALATSCH

STALINGR

BUSINOVKA

Nada como un buen fusilamiento de rehenes tomados al azar para tener quieta a la gente. No, capitán, no hay contraorden.

¡A trabajar, señores! ¡El mariscal Kummel está esperando nuestros planes para la ofensiva sobre Stalingrado!

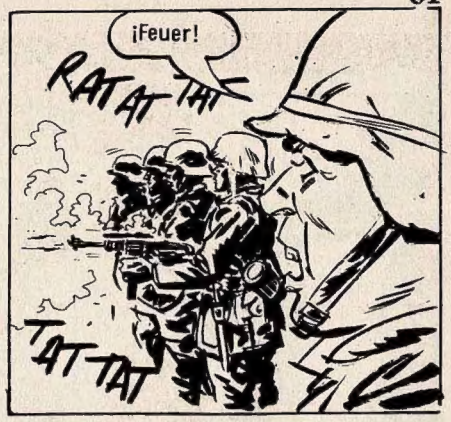
Es el primer mando independiente del general Lotze, uno de los más brillantes jefes jóvenes del ejército alemán. Nada lo detendrá en su camino a la fama, a la gloria.

Poco después, junto al monte de abedules, en las afueras de Chathky...

¡Achtung!

Pedro Baigorria - COLUMBEROS

El cansancio agobia los cuerpos. Pero la vida late desesperada en cada uno; todos adivinan que viven el último instante.



Nuevas órdenes, y pronto quedan treinta montículos alargados marcando el lugar de la ejecución. Con paso acompasado regresa la tropa a Chathky.

No ha sido errado el cálculo del general Lotze. Aturdida por el crimen, la asustada población trata de congraciarse con el conquistador.

El odio es enterrado bien adentro de cada uno. Por las noches los pocos lugares "alegres" de Chathky parecen más alegres que nunca.

Un pequeño teatro supera a todos los nuevos "amigos" del ejército alemán.

¡Seguro que será un desastre! ¡Pero una entrada gratis es una entrada gratis!

No, no es un desastre. El profesor Gropius resulta un mago de primera categoría.

¡Excelente! ¡Es un señor mago!

Con ritmo alegre, vivaz, se suceden pruebas cada vez más difíciles, ejecutadas con rara limpieza.

Ahora, la prueba de las mágicas orquídeas de la Indonesia. ¡Helas aquí!

Mágicas orquídeas de la Indonesia... ¡dadnos las aves de Paraíso!

¡Pero todavía no habéis visto nada, mis valientes gladiadores! ¿Veis esta galera?

¡Adivinad qué sacará mi magia de su lóbrego, insondable interior!

¡Ja! ¡Vaya la novedad! ¡Sacarás conejos! ¡O palomas!

No, mis amigos, no..., ¡mil veces no! ¡De esta galera sacaré lo que ningún mago del mundo sacó jamás de galera alguna!

Galera galerabracadabra. ¡Muéstranos el mundo que vendrá!

Una rara esfera de vapores luminosos surge de la galera del profesor Gropius.

¡Bah! ¡Un globo lleno de nubes!

¡Más, mucho más que eso, mis amigos! ¡Mirad!

Los vapores se condensan... y comienza la hipnosis colectiva, ¡y dentro de la esfera aparecen tropas alemanas desfilando en la Plaza Roja de Moscú!

¡El desfile de la victoria delante del Kremlim! ¡Rusia se ha rendido incondicionalmente!

¡Pero esto es sólo el principio! ¡Mirad ahora!

¡La esfera muestra ahora algo nunca soñado..., el ejército alemán desfilando delante del Capitolio, en Washington!

¡La victoria del Tercer Reich sobre las hordas del mundo entero!

¡Un momento! Todavía tengo algo mucho más glorioso para vosotros. ¡Mirad!

Desapareció Washington ahora se ve un prado, espigas, amapolas rojas. Y una bellísima muchacha de largos cabellos rubios trenzando a una corona de flores. Suena en la distancia una campana de aldea.

Una canción de cuna llena el teatro. Nunca sabrán los soldados que están hipnotizados.

Otra vez están en el hogar, ha terminado la guerra, es la paz, la maravillosa paz que sigue a la victoria, es la dicha gloriosa del soldado que vuelve vencedor, es la novia radiante...

Hasta que un movimiento de la varita mágica desvanece el ensueño.

¿Y, mis amigos? ¿Cumplí o no mi promesa? ¡Algún otro mago os mostró lo que vendrá?

No, nadie les mostró tanto. Es un éxito fulminante. Se corre la voz, los soldados hacen largas colas para asistir a la extraordinaria función del profesor Gropius.

Cada noche es un triunfo clamoroso para el mago. Tanto ponderan los soldados el sensacional espectáculo que los oficiales se sienten atraídos.

HOY PHTENCP HOY

PROFESOR GROPIUS

HOY FUNCION PARA OFICIALES SOLAMENTE

Ante los oficiales el mago se supera. Agrega nuevos números, su destreza llega al máximo, las " aves del Paraíso" resultan más hermosas que nunca...

¡Ni en Alemania se ve una cosa así!

El mayor Krause, ayudante del general Lotze, felicita al mago en su camarín.

Tendremos que premiarlo. ¡Lo que usted hace es estupendo para la moral de la tropa!

Sobre todo esas escenas de la victoria final. ¿Qué podemos hacer por usted? ¿Quiere más tarjetas de racionamiento? ¿Un alojamiento mejor? Lo que desee, profesor..., ¡el ejército alemán sabe ser amigo de sus amigos!

Gracias, señor mayor, muchas gracias. ¡Pero yo no necesito nada! ¡Soy feliz ayudando a los futuros señores del mundo! Aunque..., pensándolo bien..., ¡sí! ¡Habría algo, señor mayor, que puede hacer usted por mí! ¡Algo que me llenaría de dicha!

Diga usted.

Invite en mi nombre al general Lotze y a su estado mayor. ¡Les prepararé una función especial, algo que superará todo lo visto hasta ahora!

Hablaré con el general. No sé si podrá venir, estamos trabajando día y noche. Pero trataré de convencerlo. ¡La función que usted hace le da nuevas fuerzas a cualquiera!

Tres días más tarde ni oficiales ni soldados pueden entrar al teatro del profesor Gropius. La función de la noche está reservada para el general Lotze y su estado mayor.

HALT

Dos tanques ligeros y un pelotón de infantería protege los accesos. Chathky está tranquila, pero el general Lotze sabe que son odiados y no quiere correr riesgos.

El general Lotze y los demás jefes ocupan las primeras filas de la platea.

Todos le agradecemos este recreo, señor general. ¡Nos despejará la cabeza!

Con esa intención acepté la invitación, coronel. Nada mejor que un par de horas sin pensar para tener nuevas ideas. ¡El mariscal Kummel y el mismo Führer están pendientes de nuestra ofensiva contra Stalingrado!

Eso sí, no quisiera que esto demorara demasiado. Ya debería estar empezando.

Se corre el telón; fulguran fantásticas luces en el escenario; el profesor Gropius aparece entre densas volutas de humos multicolores.

¡El profesor Gropius nunca se hace esperar, señor general!

Prometí al mayor Krause algo extraordinario... ¡y algo extraordinario tendréis! ¡Algo jamás visto en la vida, en toda la larga historia de la magia!

Ya lo sé, vosotros esperáis de mí que supere a las mágicas orquídeas de la Indonesia.

Vosotros esperáis de mí aves del Paraíso todavía más hermosas.

Esperáis también las imágenes anticipadas del gran triunfo de los ejércitos del Tercer Reich. Pero no, no tendréis nada de eso. Bellezas, triunfos, gloria..., ¡vanidad de vanidades! Un solo golpe de varita mágica.

¡Y ya lo veis! Nada queda. Sólo una pequeña mesa. ¡Y una vieja, apolillada galera de mago de segunda categoría...!

¡Atención! ¡Ya mismo iniciaré la magia suprema! Mirad bien..., nada por adentro..., ¡nada por afuera!

Y ahora... Pero no, no nos precipitemos. General Lotze..., ¿qué esperáis ver salir de la galera del inesperado profesor Gropius?

¿Acaso tu imagen en el balcón de la cancillería? ¡El general Lotze, el nuevo Führer de la Gran Alemania! ¡Se acabó el "Heil Hitler"! ¡Ahora el grito es..., "Heil Lotze"!

El general Lotze se inquieta en la platea.

Este..., se está excediendo. Me compromete.

¿Lo hago callar?

No, no me haréis callar..., porque de mi galera sale ya algo tan diferente..., ¡mirad!

Sí, en la "esfera del futuro" aparece ahora un monte de abedules en la estepa. Y un tendal de cuerpos recién abatidos por la metralla.

¿Qué os parece?

Otro golpe de varita. Y en la esfera aparece el rostro de la muchacha fusilada entre los demás rehenes.

Mi hija Irene, señor general Lotze. Cuando todavía ignoraba que tendría que cavar su propia fosa antes de ser ametrallada.

Fuera de sí, el general se levanta de su asiento.

¡Se volvió loco! ¡Hay que arrestarlo!

Pero el mago los contiene con un ademán y una sonrisa burlona.

Quietos... ¡No llegaréis ni a tocarme siquiera! ¡Mirad, aquí llega la magia suprema prometida!

El profesor Gropius vuelve a mostrar la galera.

Nada por adentro..., ¡nada por fuera! Galera galerabracadabra...

¡Danos tu magia suprema!

Por un instante luces y sombras bailan enloquecidas en el escenario. De pronto... ¡suspendida en el aire aparece una bomba de aviación!

Pero...

¿Hermosa verdad? ¡Doscientos cincuenta kilos de gelinita!

Si no se cae antes, estallará dentro de cinco minutos... ¡No se salvará ninguno de los que aquí estamos!

¡Basta de farsa! ¡Estás arrestado!

¡Alto! ¡Un paso más y haré caer la bomba al suelo! ¡Será el fin instantáneo!

Imposible salir... ¡La puerta está cerrada con llave! ¡Y es inútil que llaméis! Los centinelas no os oirán. ¡Estás en mis manos, general Lotze! Mejor dicho, en las manos de todas tus víctimas.

Es tanto el llanto, tanto el sufrimiento que fuiste dejando a tu paso, general Lotze... Pero mis palabras están demás. Los cuadros más atroces están dentro de todos ustedes. ¿Verdad que los están viendo?

Y ya faltan sólo cuatro minutos. Cuatro minutos para pensar, para recordar, para revivir tanto crimen..., ¡La gloria más gloriosa es una basura si se la conquista al precio de tanto dolor!

Lentos, y también tan veloces, corren los segundos.

Cuarenta segundos..., cincuenta..., sesenta..., faltan dos minutos...

Con esfuerzo deliberado se incorpora el general Lotze.

Está bien, estamos copados. ¡Pero un general alemán no se deja manejar así!

El general Lotze apunta con mano firme.

¡Un general alemán no espera los plazos de nadie! ¡Que reviente la bomba!

Seco, violento, retumba el estampido.

BANG!

BANG!

Se quiebra en pedazos la imagen del profesor Gropius.

Baleaste un espejo, general Lotze, no al profesor Gropius. ¡Pobre general alemán! ¿A qué quedó reducido tu poder?

Es el derrumbe definitivo, es inútil intentar nada..., ¡están en manos del ilusionista!

Ajenos a todo, los centinelas escuchan aplausos, risas, más aplausos.

¡Parece que la función es un éxito!

¡Sí! Este Gropius es un genio..

Ninguno sospecha que están escuchando una grabación de risas y aplausos. Dentro del teatro apenas si se oye algún sollozo.

Gertrud..., los chicos...

Ya faltan sólo treinta segundos..., veinte..., diez..., cinco...

¡La hora! ¡Hasta nunca, general Lotze!

Cae la bomba con ruido sordo, pesado. Al instante...

Chispas, ruedas de fuego, luces de Bengala, cohetes voladores. ¡El escenario se convierte en un gran fuego artificial!

¡No! ¡Ahhhhh!

Con enorme desconcierto se miran el general Lotze y sus jefes.

¿Qué tal? ¿Sorprendidos de estar con vida? ¡La bomba no tenía otra carga que unos cuantos fuegos de artificio!

¡Toma, general Lotze! ¡Aquí tienes la llave para abrir la puerta! ¡No intentes seguirme, porque no me encontrarás nunca!

Y ya los dejo... ¡con todas las víctimas bien vivas dentro de ustedes mismos! ¡Jamás podrán olvidar estos cinco minutos mirando cara a cara la verdad!

Caminando como " zombies " el general Lotze y su estado mayor salen del teatro. Poco después están de regreso en el cuartel general.

El general Lotze se encierra en su despacho. Toda la noche la pasa allí, perdida la mirada en el vacío.

Cuando ya amanece entra el oficial de guardia.

Con su permiso, señor general. Pero llaman de la oficina del mariscal Kummel. Quieren saber sobre los planes para la ofensiva contra Stalingrado.

¿La ofensiva?

Los ojos extraviados del general Lotze miran sin ver el rostro distorsionado por el pánico del oficial.

¿Qué ofensiva?

El general Lotze, " con los nervios destrozados por tensión excesiva ", fue dado de baja seis días después. Con atónita sorpresa los médicos comprobaron...

...que idéntico quebranto era padecido por el mayor Krause y los demás jefes del estado mayor.

Mientras allí, en las afueras de Chathky, cerca del monte de abedules...

Perdónalo a tu viejo, Irene. Durante toda tu vida sólo te dí ilusiones.

Cae la tarde, y entre los abedules se está encendiendo el canto del ruiseñor, al principio vacilante y enseguida potente.

¿Es una ilusión más, profesor Gropius, o tu Irene te está sonriendo desde allá arriba?

Pedro Baigorria COLJMBEROS

LA ÚLTIMA LICENCIA DE CEDRIC SWANSON

Por GERMÁN STURGISS

Dibujos de CARUSO

8502

Pedro Baigorria CO.JMBEROS

Y el tren que no se apura, que cada vez se detiene con más frecuencia.

No llegaremos nunca... A este paso...

El soldado Cedric Swanson limpia el vidrio empañado: trata en vano de penetrar las tinieblas de la noche que cae.

No llegaremos nunca...

Cedric se deja caer en el asiento. Tiene que calmarse. No hay razón para la prisa que lo consume.

No les pasará nada. En Londres hay más de ocho millones de personas. Cada bombardeo mata apenas a unos centenares.

¿Por qué habría de tocarles a ellos eh? ¿Por qué?

De nuevo se detiene el tren. En la puerta del coche aparece la cara fastidiada del guarda.

Vías cortadas. Paramos en Dalton.

Cedric Swanson recoge fusil y mochila.

Dalton ... Faltaba media hora todavía para llegar.

El tren venía casi vacío. Cedric es el único que cruza las vías y llega a la carretera. La luna que asoma entre las nubes ilumina un suburbio de barriada obrera.

Ahí viene un camión; si me alzara...

Bajo una gorra de hule sonríe a Cedric una carota colorada.

¿Para el centro, soldado?

Si se puede...

La cabina del camión huele a nafta y el respaldo es incómodo. Pero Cedric apenas se da cuenta. Ahora sí, llegará en seguida.

Voy hasta South Kensington.

El camionero va manejando con la nariz pegada al parabrisa, tan oscuro está.

Tranquilo, soldado. Que esto es un camión, no un tanque. Nunca se sabe qué calles quedan bloqueadas por los escombros. Es posible que prohiban del todo el tránsito nocturno.

¡Nunca creí que hubiera tanto avión de bombardeo en el mundo! El barrio que más sufre es el East End.

¿Y South Kensington?

Casi nada. Igual que Chelsea y lo demás del oeste, está casi intacto. La cosa es en el East End, en Lambeth, en Greenwich.

¿No podríamos ir más ligero?

Se ensancha la sonrisa del camionero.

¿Quién te corre? ¿Rubia o morena?

Morena. Hace bastante tiempo. Ahora tiene el pelo blanco. Mi mamá.

Habla para distraerse. Para olvidar el cáncer de preocupación que le roe las entrañas.

Toda la familia me espera. Apenas llegue comeremos algo, pero la fiesta será mañana al desayuno. ¡Esos desayunos en casa, antes de salir para la fábrica!

Con toda nitidez Cedric "ve" al padre devorando a la vez su "porridge" y el jamón con huevos y guiñándole el ojo.

"El viejo hace mucho ruido al comer. A propósito. Mamá lo reta y él hace caras dentro de la taza; te tienes que reír. Peor que Chaplin."

Helen, la hermana. Peinándose y estudiando contabilidad mientras toma el café. Helen sueña con pescar al gerente. O al jefe de sección. O al capataz...

Y Bobby, el más chico. Con su infaltable jaula junto al plato. Bobby le da cereal al pajarito, nunca migas de pan, que lo indigestan. El pajarito es un "robin" que aprendió a comer de la mano.

"Y mamá sirviéndonos a todos, y apurándolo a papá: ya está por sonar la sirena. Y protestando del frío que daña a los narcisos en la ventana; no florecieron en tres años pero igual son espléndidos, ¿verdad?"

Una cuesta. La palanca de los cambios gime con largo quejido.

Te envidio, soldado. Yo siempre fui solo. Más solo que perro solo que se quedó sin pulgas.

Una linterna pinta una breve ceja de luz en el pavimento. Un policía.

Prohibido seguir. Tendrán que esperar a mañana. Seguro que hoy vienen también.

Cedric Swanson se descuelga de la cabina.

—Gracias por el paseo, amigo. Sigo a pie.

No estás tan lejos... ¡En hora y media estás en South Kensington! ¡Y no te preocupes, ahí nunca pasa nada!

Hay luna. Pero sin luces en calles ni ventanas, Londres aparece totalmente desconocido. El frío hace trotar a las pocas sombras que todavía circulan.

¡Cuántos escombros...! Los bombardeos son peores de lo que creí.

Pasa delante de lo que queda de una zapatería. En un tablón el animoso zapatero pintó: "Demolido, pero no vencido". Y plantó una bandera inglesa.

No... Londres no se rendirá nunca... ¡Aunque la arrasen!

Pero en verdad a Cedric Swanson le importa poco el destino futuro de la gran ciudad. Lo que realmente le preocupa es una casita en el número 26 de Thistle, uno de los tantos "mews" (cortadas) de South Kensington.

Un aullido largo, penetrante. Sirenas, la alarma antiaérea aterrando la noche. Las sombras en la calle apresuran el paso, se encorvan.

¡Al refugio! ¡Allí, en la esquina!

Nadie se atropella. Ya tienen práctica. Mujeres, chicos, viejos, muchachas... Un hombre de casco y brazalete hace señas a Cedric.

¡Al refugio, soldado!

Cedric hace un ademán vago y aprieta el paso. Se enciende el tronar de la artillería antiaérea. Cedric trota, instintivamente se arrima a las paredes. Estallidos sordos, lejanos, que se acercan con rapidez.

Bombas...

Un silbido agudísimo lo congela, lo incrusta en un portal. La explosión le taladra los tímpanos.

Más explosiones, el suelo salta, gritos desgarrados. El fragor aterrador de un derrumbe. Resplandores rojizos, chicotazos contra los muros; son esquirlas de granadas antiaéreas que caen. Pero Cedric deja el abrigo del portal.

¡Tengo que seguir!

Varias cuadras entre los estallidos, los relámpagos, el cañoneo incesante, los reflectores. Tropieza con un grupo de hombres que corren, civiles con cascos.

¿Nos das una mano, soldado?

¡Una familia atrapada en la otra cuadra!

Una familia atrapada... El primer impulso es seguir de largo, habrá tantos casos así. Pero, negarse sería quizás atraer la desgracia... Cedric deja fusil y mochila en un rincón, trota con los hombres.

Aquí...

¿Seguro que hay alguien debajo?

Un hombre desesperado por tanta cosa que no termina de comprender sale de entre los escombros.

¡Mi mujer y mis dos chicos! ¡No están en el refugio! ¡Tienen que estar aquí!

Cedric ayuda a los hombres, que ya remueven los escombros.

Todo por no querer ir al refugio. ¡Y eso que se lo dije tantas veces! Pero no, Mary tenía que preferir el sótano... ¡Siempre llevándome la contra!

¡Yo le voy a enseñar cuando salgan! ¡Van a ver cómo la pongo!

El desdichado, en su aturdimiento, no hace nada por ayudar. Mientras, eficientes y silenciosos, los hombres de casco despejan ya parte de la planta baja. Cedric hace una pausa para recobrar el aliento. Pisa algo que rueda.

Una maceta... como las de mamá.

Podría irse, seguir corriendo. Pero los demás también dejan de trabajar... ¿Por qué paran todos?

Inútil seguir, muchachos... Miren, se hundió todo el piso... Eso debe ser el sótano... ¡Totalmente lleno de escombros!

Sí... ¡No puede quedar nadie vivo!

¿Cómo? ¿Qué diablos quiere decir con eso, eh?

Cedric Swanson se aleja, huye del hombre que insulta y protesta sin comprender la tragedia que le cayó encima. Otra vez con el fusil y la mochila, trotando en la noche atormentada por los estallidos, enrrojecida por los incendios.

Se ve forzado a muchos rodeos.. Hay calles completamente bloqueadas por montones de escombros, hombres que se afanan, alaridos que se hacen lamentos, sollozos. En Brook Street ruge un incendio.

De una autobomba que casi vuelca al frenar salta un sargento de bomberos y toma a Cedric por el brazo.

Somos muy pocos...¡Ayúdanos a tender la manguera!

Sin darse cuenta Cedric Swanson se encuentra ayudando. Apunta lenguas de fuego de las ventanas de un viejo edificio.

¡El fuego no tiene que pasar de este lado! Justamente allí hay un refugio... ¡Quinientas personas lo menos que quedarían atrapadas!

Hay que llevar la manguera por sobre una pila de escombros;se internan por una cortada.

Atacaremos el fuego desde aquí...¡Pronto, el agua!

Sin aliento por el esfuerzo, Cedric se aparta unos metros. Los bomberos tienden dos mangueras más; los chorros de agua penetran por las ventanas humeantes.

Ya no tengo nada que hacer aquí... Mejor me...

Un silbido agudísimo se acerca rápidamente. Cedric se encoge; escuchó tantos silbidos así en Dunkerque. Ni tiempo de correr tiene...

Una explosión ensordecedora; algo pesado golpea con violencia contra Cedric, lo derriba. Un humo acre lo ahoga.

Pero...¡el sargento!

Cuesta reconocerlo; la violencia de la explosión desnudó al bombero. Más allá hay otros cuerpos, también sin vida. Los bomberos.

¡La bomba cayó justo entre ellos!

Víboras de fuego asoman en las ventanas bajas. El incendio vuelve a crecer, nadie lo ataja ahora. Pero ... ¿qué fue lo que dijo el sargento?

El refugio en peligro por el fuego... Quinientas personas lo menos...¡Quinientas personas! Casi todas mujeres y chicos, seguro...

Una manguera abandonada suelta su chorro entre los escombros. Cedric Swanson empuña la lanza de bronce, se acerca todo lo que el calor le permite, apunta el chorro hacia adentro.

El calor crece, Cedric siente que le abrasa el rostro, pero no retrocede.

Quinientas personas en el refugio... Quinientas...

Toda la callejuela es un solo resplandor rojizo, las llamas están bloqueando a Cedric. De algún lado le llegan gritos.

¡Deja, soldado!

¡En cualquier momento se derrumba y te aplasta! ¡Ven aquí!

Llegan más bomberos. Algunos tratan de llegar hasta Cedric pero el calor y el humo los hacen retroceder. Aturdido, casi sofocado, Cedric sigue sosteniendo la manguera.

Quinientas personas... mujeres y chicos...

De pronto, lo inesperado.

Pero... el agua... ¡Se cortó el agua!

Tropezando, respirando apenas, Cedric sale de la callejuela. Un tremendo fragor detrás; se derrumba todo un lienzo de edificios.

Hay admiración en los ojos de los bomberos.

El agua... ¡se cortó!

Sí... ¡nosotros te la cortamos!

Sin cejas, ni pestañas, con el rostro ampollado, Cedric mira la cara sonriente del bombero.

¡Era la única forma de sacarte de allá!

Además, ya no hacía falta arriesgarse... ¡El refugio fue evacuado por la salida que da a la otra calle.

A tres cuadras de aquí hay un camión de primeros auxilios. Ellos te curarán.

Gracias.

FIREMAN

Cedric recupera fusil y mochila, pero no busca el camión sanitario, de nuevo trota hacia el sur. La violencia del bombardeo decrece. Hay menos escombros en las calles, los incendios van quedando atrás.

Tenía razón el camionero... El oeste de Londres se está salvando.

El parque del "Serpentine", con el lago. Tres baterías antiaéreas destrozando la quietud de los viejos árboles. Cedric cruza por los canteros, alguna vez la familia acostumbró hacer picnis aquí.

Cromwell Street. Ya faltan tan pocas cuadras para llegar a casa. De nuevo la mordedura del miedo, está exhausto pero no puede dejar de trotar.

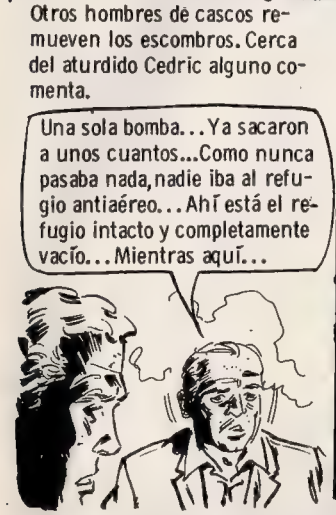
Old Brompton Road. Allí, la esquina de Thistle News, donde está la casa.

Thistle News es una cortada de dos cuadras Cedric se detiene a poco de doblar la esquina.

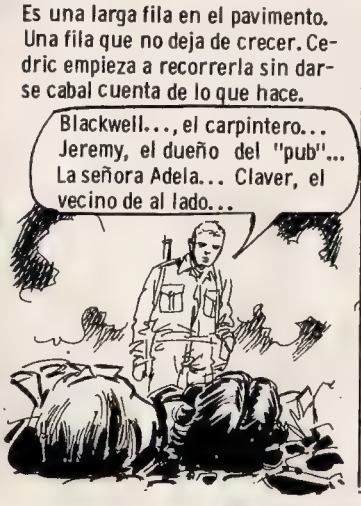
No... me equivoqué de calle... no es aquí...

Pero... sí...

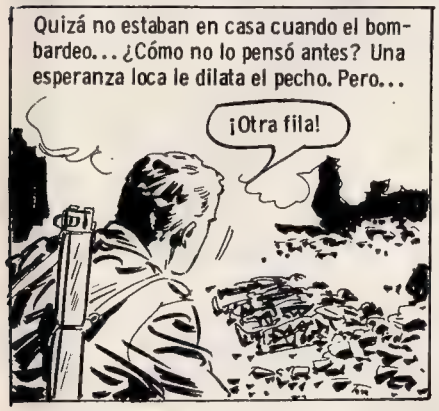
Tan cambiado todo. Apenas dos casas en pie, hacia la otra esquina. Allí debería alzarse su casa... queda sólo en pie el marco de la puerta de calle.


Otros hombres de cascos remueven los escombros. Cerca del aturdido Cedric alguno comenta.
Una sola bomba... Ya sacaron a unos cuantos... Como nunca pasaba nada, nadie iba al refugio antiaéreo... Ahí está el refugio intacto y completamente vacío... Mientras aquí...

Este... ¿Dónde ponen a los que van sacando?
Allí...


Es una larga fila en el pavimento. Una fila que no deja de crecer. Cedric empieza a recorrerla sin darse cabal cuenta de lo que hace.
Blackwell..., el carpintero... Jeremy, el dueño del "pub"... La señora Adela... Claver, el vecino de al lado...

No... ninguno...


Quizá no estaban en casa cuando el bombardeo... ¿Cómo no lo pensó antes? Una esperanza loca le dilata el pecho. Pero...
¡Otra fila!

Helen... Bobby... el viejo...

Alguien se mueve allí, detrás de aquel montón de escombros. Una enfermera atendiendo a una mujer herida.
¡Mamá!

La enfermera se aparta. Son muchas las inyecciones que hay que poner todavía. Cedric Swanson se arrodilla junto a la madre.
Mamá...

La madre tiene los ojos como nublados, una angustia desesperada le tortura la boca.
Soy yo, mamá..., Cedric... Acabo de llegar...
¿Qué... qué pasó? ¿Y los demás?

Este... están al lado, ayudándolo a Claver... Se le cayó un pedazo de cielorraso...

Cede la angustia en el rostro de la madre.

¡Qué suerte! ¡Creí que se me iba la leche!

El delirio la hace sonreír.

Andrew... ¡Andrew! ¿Cuántas veces he de decirte que no hagas ruido con el café?

¿Y tú, Helen? ¿Te olvidaste de la la taza? ¡Deja ese libro! Y... ¡Bobby! ¡El "robin" es lindísimo, pero mira cómo estás poniendo la mesa!

Otra vez la angustia, la desesperación.

Pero... Cedric... ¡Cedric!

Cedric le estrecha aún más la mano.

Aquí estoy, mamá... ¡aquí!

¿Qué pasa? ¿Por qué apagas la luz?

La respiración de Margot Swanson se hace cada vez más espaciada...

Es que... ¡es que está amaneciendo, mamá! Mira la ventana... los narcisos...

¡Los narcisos están floreciendo, mamá! ¡Viene un pimpollo enorme!

La sombra de una sonrisa tiembla en los labios ya blancos.

Por fin... ya sabía yo... que algún día... iban a florecer... ya...

Se corta el débil hilo de voz. Y Cedric Swanson sabe que está solo.

¡Mamá!

¡Mamá!

Una mano en el hombro de Cedric. Es un médico sin afeitar, de ojos rojos, roídos por la fatiga de quién sabe cuántos días y noches de trabajo incesante.

Lo siento, muchacho... Pero es la guerra... Ayúdanos, hay que sacar de aquí todos esos heridos.

Más de treinta heridos entre los escombros. Hay que llevarlos a las ambulancias. Una manera de no pensar. De no enloquecer de pena. El médico sabe...

Fusil y mochila al hombro, a la tarde del día siguiente Cedric Swanson camina por Hammersmith Road, ya más allá del centro de la torturada ciudad. Chirrian a su lado los frenos de un camión.
¡Eh, soldado! ¡Y después dicen que el mundo no es chico! ¿Te llevo?

Otra vez el olor a nafta, la estrechez de la cabina.

¿Qué tal el desayuno, soldado?

Bien... Muy bien... pero...

—¿No podrías ir más ligero?

¡Siempre apurado! ¿Quién te corre ahora? ¿Tanto apuro tienes por volver a la guerra?

Sí. No veo la hora de estar otra vez en el cuartel.

—Nunca más tomaré una licencia.

¿Por qué? ¿Tanto odio se te despertó contra los "krauts"?

¿Odio? ¿Contra los alemanes? No. He visto bastante para saber que lo que ellos nos hacen nosotros lo hacemos también. No, no es eso...

Cedric mira hacia afuera, hacia el paisaje de casas grises que huyen. Y habla de los labios para adentro.

(Nunca más un día franco. Porque quiero que la guerra termine cuanto antes... Haré todo lo que pueda para que se acabe todo esto. Será muy poco, ya lo sé. Pero no puedo hacer otra cosa.)

(¡Tiene que haber otra vez narcisos en las ventanas!)

Cedric Swanson cumplió. No volvió a tomar francos ni licencias. Tanta fue su dedicación en el cuartel y en el combate que cuando se firmó la paz había llegado a sargento mayor y lucía cinco medallas al valor.

Cedric Swanson ha vuelto a trabajar en la fábrica. Ahora como capataz, en el puesto de su padre. Se casó y tiene dos hijos, Helen y Bobby.

Antes no le gustaba el "porridge". Pero cada vez lo encuentra más de su gusto. Y se divierte haciendo reír a los chicos cuando Rosa lo reta porque hace ruido con el café.

Un día Rosa puso en la ventana macetas con narcisos.

Te quiero más que nunca...

Tonto...

Hay un pensamiento que cada tanto le acude a la mente.

(Si aquella noche no me detenía a remover los escombros, si no hubiese demorado en apagar el incendio de la cortada, también yo hubiera estado en casa cuando cayó la bomba...)

(... y mamá hubiera muerto sin la dicha de "ver" los narcisos en flor... Ni sería posible toda esta felicidad que día a día nos crece. Después dicen que no existe la Providencia...)

Fin

Pedro Faigorri: ...D. JMBEROS

EL JURAMENTO DE BEN KELLY

Por HECTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CRISTÓBAL

Nos tomaremos un café bien caliente en lo de Javert. ¿O K, Dan?
Tú mandas, Frank...

Lentas, solemnes, caen las campanadas sobre el nunca del todo dormido Bronx, una de las barriadas más pobres de Nueva York.

Javert, el dueño del bar, traga saliva con esfuerzo.
Este... yo no le dije a Rafferty que no iba a pagarle... Su proteccion...

Brilla una navaja, un largo tajo colorea la mejilla derecha de Javert.

Otro relámpago del acero, ya hay sangre en la mejilla izquierda.

Toda una pila de platos se estrella en el piso.
¡Patrón!

Un revólver inmoviliza a Ben Kelly. Mientras, dos de los matones empiezan la destrucción. Filas enteras de botellas haciéndose añicos contra el piso.
No te metas, negro... Podrías romperte, como las botellas.

Se abre la puerta del bar. Entran los dos patrulleros, en un instante se dan cuenta de todo.
¡La policía!
¡Quietos todos!

Pero el matón de la navaja conserva la calma.
Guarda ese revólver, polizonte...

Mis compañeros y yo trabajamos para "Diamond" Rafferty... Para "Diamond" Rafferty... ¿Oíste? Así que ya estás guardando el fierro y ya te estás largando.

Frank O'Hara vacila un instante. Por fin vuelve el revólver a la funda.
Está bien... Si eso te hace feliz...

¡Pero no pienso largarme!

Un corto "upper cut" remata la faena de Frank O'Hara. También Dan Gregor hace su parte.

El matón que cubría a Ben Kelly está por disparar. Pero el lavaplatos no le da tiempo.

¡Mucho, Ben!

¿Cuándo aprenderán estos condenados que todavía hay policías derechos? "Diamond" Rafferty no tiene nada que hacer en este distrito. En fin... ¡llama a la ambulancia, Dan! Javert está perdiendo mucha sangre.

Media hora más tarde Frank O'Hara y Dan Gregor presentan los detenidos al sargento Travers.

Aquí los tiene, sargento. Estaban...

Lo llama el jefe, sargento.

Sí, sí, señor... Sí... Comprendo... Sí, entendido, fue un error. Sí, señor... ya mismo los suelto...

Cuando deja el teléfono el rostro del sargento Travers parece ceniza.

Orden de arriba, Frank... Sin quererlo parece que cometiste un error. Estos caballeros quedan en libertad.

Pueden irse.

Te lo dije, polizonte. ¡Con la gente de "Diamond" Rafferty no se juega!

Se van los matones. Hay hondo desaliento en la voz del sargento Travers.

Todavía hay más, Frank. Rafferty acaba de instalarse en el distrito. Se mudó al departamento número cinco, en el segundo piso del 547, avenida Hamilton.

La orden es vigilarlo con discreción. Para que no le pase nada. ¿Entendiste, Frank? ¡Para que no le pase nada!

Entiendo...

Sí, no hacen falta más palabras.

Entiendo...

Frank O'Hara y Dan Gregor dejan al sargento, hay que seguir con la recorrida. Pero en la sala de espera encuentran a Ben Kelly, el lavaplatos.

No hay caso, Ben... Tu testimonio ya no hace falta. Como habrás oído, "Diamond" Rafferty se mudó a este distrito.

La muchacha que acompaña a Ben Kelly tiene una flor en la mano, la acaricia distraída.

Ahora es Rafferty el que manda. Así que te conviene no aparecer más por lo de Javert, si puedes múdate a otro barrio.

"Diamond"..."Diamond" Rafferty... aquí...

"Diamond" Rafferty... aquí...

Frank O'Hara tiene que tocar el brazo de Dan, su compañero. Se ha quedado absorto mirando la flor que acaricia la muchacha.

Vamos, Dan. ¡Todavía nos falta casi todo el turno!

Pobre Ben Kelly... no acierta una... Tú eres nuevo y seguro que no sabes quién es.

No...

Ben Kelly fue el mejor mediopesado de su tiempo. "Diamond" Rafferty era su entrenador. Cuando Ben peleó por el título mundial contra Brennan todos lo hicieron gran favorito.

Pero Rafferty lo preparó mal, le hizo rebajar seis kilos en un par de días. Ben peleó dibilitado y recibió la gran paliza. Claro, Rafferty había apostado en contra suya. ¡En una noche "Diamond" Rafferty se convirtió en un hombre rico!

Tanto fue el castigo que Ben quedó destruído. Cuando su mujer tuvo familia le pidió ayuda a "Diamond", pero los guardaespaldas lo tiraron escaleras abajo. Y Rafferty es hoy uno de los hombres más poderosos de Nueva York.

¿Y la chica que estaba con él? Parecía algo rara...

Es Rosie, la hija. Un caso muy triste, la madre murió cuando ella nació. Dicen que anda mal de la cabeza, porque sólo piensa en las flores y en los pájaros. Pero una vez Ben me lo explicó.

Según el doctor que la vio, Rosie se refugia en flores y pájaros para olvidar la miseria en que vive. Para curarla habría que hacerle un tratamiento. O sacarla de la miseria. Algo así como pedirle la Luna al pobre Ben. Y hablando de gente rara...

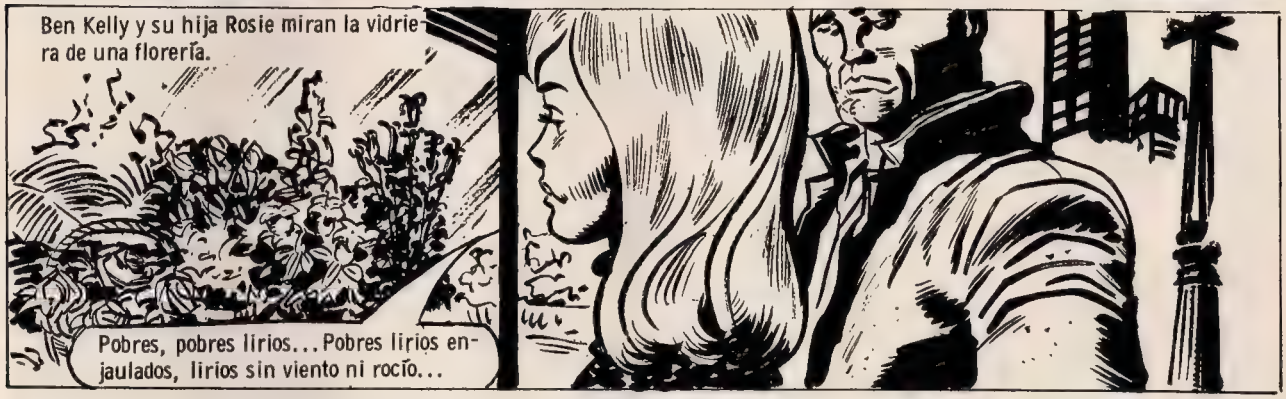
POLICE

¿A que adivino lo que traes en el bolsillo, Dan?
Este...

¡Nueces para las ardillas del parque!
No me cargues, Frank...

No es culpa mía si estoy más a gusto con los animalitos que con la gente.
Gracias por lo que me toca.

Las tres. Hay horas que deberían ser borradas de los relojes. Horas de pasos furtivos, horas de palabras finales, horas de ojos que se apagan.


Ben Kelly y su hija Rosie miran la vidriera de una florería.
Pobres, pobres lirios... Pobres lirios enjaulados, lirios sin viento ni rocío...

No te muevas de aquí, Rosie... Enseguida vuelvo.
Pobres, pobres lirios...

Ben Kelly es una sombra veloz pegada a la pared. Avenida Hamilton 505:..517...525...
547...¡Allí es! El segundo piso...

¡Ese tipo en la ventana tiene que ser él! ¡Por fin la suerte me da una mano!

Es un pesado revólver calibre 45. Pero Ben Kelly se apoya en una saliente, no puede fallar el tiro.
Tantos años, esperando esto...

Ben Kelly aprieta el gatillo, llega al primer descanso, ya...
Pero...

El puño de Frank O'Hara se estrella contra la mandíbula de Ben Kelly.

Ben Kelly se derrumba, aturdido. Frank O'Hara recoge el revólver.

Las esposas, Dan.

Vas a arrestarme...

Ben Kelly no está "groggy". Pero no intenta escapar ni defenderse.

Claro... tienes que arrestarme... Para eso está la policía. Pero... ¿por qué no intervino la policía cuando Rafferty me arruinó, eh?

¿Por qué no interviene la policía cuando no tengo ni un pedazo de pan para mi Rosie, eh? ¿Por qué la poli ha de intervenir precisamente ahora? ¿Te parece justo, Frank?

Frank O'Hara se demora con las esposas, nunca le costó tanto colocárselas a un detenido.

Justo o no justo, debemos llevarte, Ben... ¡Estabas por matar a Rafferty!

Escucha, Frank... Tú siempre fuiste un tipo derecho... ir preso no me importa pero es por Rosie... ¡Si me sueltas te prometo portarme bien! No me lleves, Frank... ¡Por Rosie!

Es difícil hacer de juez. Pero Ben Kelly no es un delincuente común.

Está bien, Ben... No te llevaré. ¡Pero con la condición de que me jures por Rosie que no volverás a atentar contra "Diamond" Rafferty!

Ben Kelly se endereza en toda su estatura, alza la mano con solemnidad.

¡Juro por mi hija Rosie que no mataré a "Diamond" Rafferty!

¡Y que no lo herirás!

¡Y que ni siquiera lo heriré! ¿Conforme, Frank?

Conforme, Ben. ¡Sé que no faltarás a un juramento por tu hija! Y ahora circula, antes que me arrepienta.

¿Seguro que cumplirá, Frank?

Sí, Dan. Ben quiere a su hija como muy pocos padres...

Frank O'Hara no puede oír lo que Ben Kelly está diciendo entre los dientes apretados.

Juré no matar a "Diamond" Rafferty... ¡Pero "Diamond" Rafferty morirá lo mismo! ¡Lo juro también por Rosie!

Los dos patrulleros vuelven al coche.

No pensaste que soltaría a Ben...

La verdad que no, Frank. ¡Me gustó lo que hiciste!

De nuevo el lento circular por las calles tan solas.

Ben Kelly es un caso muy especial... Ya tuvo por adelantado todos los castigos que puede haber en el mundo.

Atención, coche diecisiete, atención...

POLICE

La voz del operador de turno en el altoparlante sobre el parabrisas.

Atención coche diecisiete, atención...Alarma en el 215 de la calle 30...Astronauta en peligro..

POLICE

Minutos más tarde Frank O'Hara y Dan Gregor están auxiliando al "astronauta".

Tranquilo, muchacho, tranquilo...Nos manda Houston...

¡La culpa es del idiota del padre! ¡Mire que regalarle un casco! ¡Ni para regalar cosas sirve!

De nuevo en la abrigada comodidad del coche.

Te portaste, Dan...Te confieso que la altura me marea. ¡Si no estás tú hago el papelón del siglo!

Atención, coche diecisiete, atención...

Alarma en el circo Hastings. Parece que el león se devoró a la domadora...

Es aquí no más...

Enseguida están el el circo Hastings.

Un poco más y el león me desnuda toda... ¡Entonces sí que hubieran podido sacar fotos!

¡Otra vez que haya aquí una falsa alarma por la publicidad te encerramos por treinta días!

¡Qué miedo, señor oficial!

Otra vez en la calle. Y otra vez la radio llamando, la noche se ha puesto desusadamente "movida".

Atención, coche diecisiete, atención...Alarma de incendio en el 15 calle 35... ¡A ver si les ganan a los bomberos!

POLICE

Cuando llegan todavía no han aparecido las autobombas. Y es difícil que vengan, el fuego es en un pequeño cuarto.

Pobre señora...¡Paralítica, sin poder moverse y con las llamas tan cerca!

Ella misma prendió el fuego, Dan...

Frank O'Hara mira los ojos mansos, desolados de la anciana. Sacude la cabeza.

Es la quinta vez que lo hace...Unica manera de que alguien le haga compañía.

Acuestan a la anciana, calman a los vecinos, reanudan la patrulla.

Esperemos que nos dejen en paz por un rato.

Esperemos...

Las cinco. Cinco heladas campanadas, la noche parece querer ahondarse antes de morir en el día.

El coche patrullero entra en la avenida Hamilton.

¿Por qué doblas aquí, Frank?

¿Ya te olvidaste de la orden especial, Dan?

—Tenemos que proteger a "Diamond", Rafferty...

Sigue despierto... Su ventana es la única ilumi...

Golpeando desde adentro, un hierro hace añicos el vidrio de la ventana.

CRASH!

¡Algo pasa, Dan! ¡Vamos!

El mal despierto portero los mira sin comprender.

¡Soy yo, Johnson! ¡Hay lío en el segundo piso!

Suben la escalera a los saltos.

Una sombra en el rellano del primer piso detiene a Dan.

Pero... ¡Rosie!

Sí, es Rosie, la hija de Ben Kelly. Sonríe feliz, y a Dan Gregor le cuesta mucho arrancarse de la mirada tan azul.

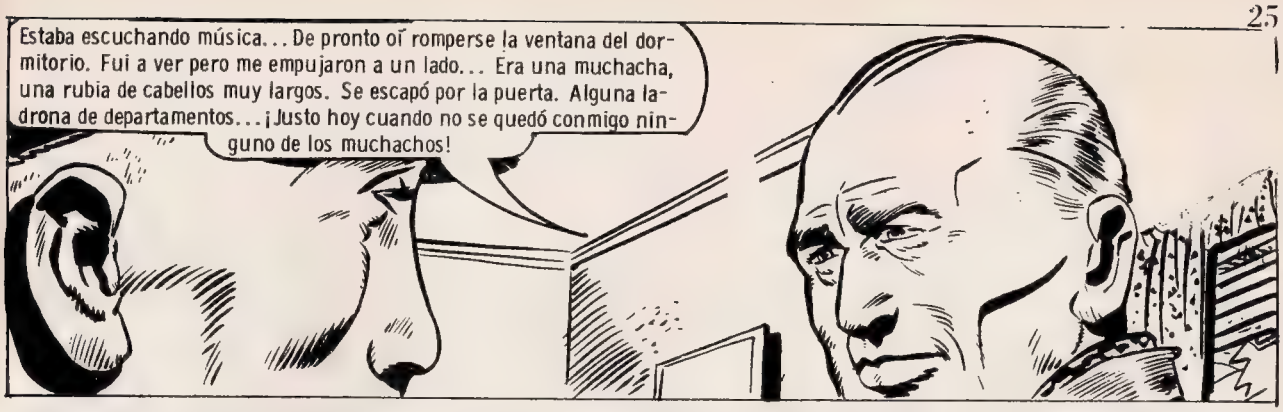
¿Te dormiste, Dan?

Ya voy, Frank...

Frank O'Hara ha tocado el timbre, se abre la puerta del departamento.

¿Pasa algo, señor Rafferty? Se rompió una ventana y...

No entiendo cómo fue... Pasen.


Estaba escuchando música... De pronto oí romperse la ventana del dormitorio. Fui a ver pero me empujaron a un lado... Era una muchacha, una rubia de cabellos muy largos. Se escapó por la puerta. Alguna ladrona de departamentos... ¡Justo hoy cuando no se quedó conmigo ninguno de los muchachos!

La mano de Dan aprieta el brazo de Frank O'Hara.
¡Era Rosie, Frank! ¡Acabo de verla en el primer piso!
¡Tráela, Dan! Yo revisaré esto mientras...

Dan Gregor baja de prisa la escalera.
(Es fácil decir "tráela, Dan"... ¿Se creerá Frank que Rosie se quedó esperándome? Pero... ¡no se movió!)

Los dedos de Rosie suben hasta el rostro de Dan, lo tocan apenas.
Por fin... Tanto esperarte... Yo igual al lirio sin viento ni rocío... Pero llegaste...
Este... ¿puede saberse qué hacías en el departamento de Rafferty?

Un estampido en el piso de arriba parece llenar la escalera.

Casi al mismo tiempo se apaga la luz. Dan se lanza escaleras arriba.
¡Un tiro! ¡Y cortaron la luz!

La puerta del departamento abierta... La linterna de Dan encuentra un cuerpo en el suelo.
¡Frank!

Un lado de la cabeza de Frank O'Hara es una masa roja...
Frank...

Pero el corazón del herido late con firmeza. Dan revisa en un instante las demás habitaciones, sale a la escalera de escape contra incendios.
Nadie en el departamento... Pero... ¡allí está Rafferty!

Sí, allá abajo está "Diamond" Rafferty... ¡Junto a un auto, sin duda se dispone a escapar!
¡Alto, Rafferty!

El rostro blanco de "Diamond" Rafferty , los estallidos de la cuarenta y cinco... Los proyectiles azotan el aire junto a la cabeza de Dan Gregor. Reacciona con presteza.

BANG!

¡BANG!

Dan Gregor fue siempre de los primeros en el "stand" de tiro. "Diamond" Rafferty se dobla.

"Diamond" Rafferty se ovilla en la vereda. Una mano cuelga exánime en la ventanilla del coche.

Tenía un compinche... creo que les acerté...

Está muerto...

Buena puntería, Dan...

Dan se da vuelta... ¡Sí, es Frank! Bajando tan tranquilo la escalera metálica...

¡Frank! Pero... ¿y tu herida?

Apenas si fue un golpe en la nuca... ¡Pero quien me pegó me puso mucho extracto de tomate para asustarte! Te explicaré lo que ocurrió.

Frank O'Hara llega hasta el coche. Lo abre, y allí está Ben Kelly, malherido.

Ben rompió la ventana y se escondió en la cocina... Nos dominó a Rafferty y a mí con la pistola, luego me golpeó.

Con cuidado infinito Frank O'Hara saca a Ben Kelly del coche.

Ben obligó a Rafferty a ponerse junto al coche... Cuando asomaste a la escalera Ben se escudó detrás de Rafferty y te disparó...

Ben Kelly se aprieta el vientre con sonrisa cansada, Dan le sostiene la cabeza.

¡Creí que Rafferty y un compinche te habían herido, Frank! Tiré a matar...

Le diste a Rafferty, pero también me diste a mí... dos veces. No estaba en mis cálculos...

¡Hay que llamar a la ambulancia, Dan!

No hay apuro, Frank... Yo no la necesito... tampoco Rafferty... ¡Habrás visto que no falté a mi juramento, Frank! ¡No lo maté... ni lo herí siquiera!

Rosie se arrodilla junto al moribundo.

Papá... te han hecho mal...

Perdóname, Rosie... Quedarás sola, sin amparo...

El brazo de Dan Gregor cubre los hombros de Rosie.

No, señor Kelly... Rosie no quedará sin amparo... Si usted, señor Kelly, no lo toma a mal, yo... este... yo quisiera pedirle la mano de su hija Rosie... Soy agente titular, gano cuatrocientos treinta dólares, tengo buen carácter, mi compañero Frank puede dar fe...

¡Además, estoy seguro de que su hija Rosie es la mujer ideal para mí!

Cae a un lado la cabeza de Ben Kelly. Por una vez le pliega los labios una sonrisa de felicidad.

Pero... ¡Señor Kelly! ¡Señor Kelly!

Está muerto, Dan... Aunque alcanzó a darte su consentimiento, basta verle la sonrisa...

Claro que tú no hablabas en serio, ¿verdad, Dan? Quisiste alegrarle el último instante...

¡En la vida hablé tan en serio como recién, Frank!

La mano de Dan Gregor busca la mano de la muchacha que llora.

Mi nombre es Dan, Rosie...

La muchacha no dice nada, es demasiado grande el golpe que acaba de sufrir. Pero deja la mano en la mano de Dan, las lágrimas las están uniendo, están atando una unión que no se romperá nunca.

Frank O'Hara quisiera sacudir al compañero, recordarle que todos dicen que la muchacha está chiflada. Pero se contiene.

(Quien entiende a las ardillas del parque puede entender y hacer dichosa a Rosie... Y de paso ser dichoso él... ¡Estoy empezando a envidiarlo!)

Más tarde, en el precinto, Frank O'Hara y el sargento Travers comentan el final del célebre "Diamond" Rafferty.

Es malo alegrarse por la muerte de alguien, ya lo sé... ¡Pero al morir Rafferty caerán en desgracia quienes lo sostenían desde arriba! ¡Otra vez tendremos un distrito limpio, Frank!

Gracias a Ben Kelly...

Sí, gracias a él... La justicia humana puede llegar a ser muy débil... ¡pero hay otra Justicia que no falla nunca!

Seis campanadas. Igual de sonoras, igual de lentas, igual de fatales. Pero ya se las oye poco. La inmensa ciudad está despertando, se encienden ya los mil y un rumores de la colmena. Hay vida que muere, pero siempre es más la vida que empieza.

FIN

SEPPE, EL VENGADOR

Por HÉCTOR S. PUYOL

Restalla la orden del "gauleiter" Kramer...

¡Ya!

Un soldado corre de un golpe un largo cerrojo de hierro, las diez trampas se abren a la vez con ruido sordo.

Diez rehenes ejecutados... Una exclamación ahogada en la multitud es todo lo que se oye.

Se llama Seppe, y sus pupilas están retratando la imagen para toda la eternidad.

Es uno más entre los diez ahorcados. Pero ese pelo ya blanco, esas manos toscas que eran capaces de ternuras infinitas...

¡Papá...! ¡Papá...!

Ese pelo blanco... esas manos que nunca izarán las velas de aquella barca para la pesca de altura que tanto soñaron tener...

¡Papá!

Un sargento está leyendo un bando, pero Seppe lo oye apenas. Es la raíz de la sangre, la raíz del odio, lo que está empezando a brotarle en lágrimas. Pero una mano áspera le aprieta el cuello.

Es Vittorio, amigo de siempre de su padre. Caminan los dos afuera de la aldea, hacia la costa.

Por fin una cueva semiescondida entre las rocas. Cerca se oye el bramar de las olas: el Adriático está agitado.

Por aquí... Cuidado dónde pones los pies, puedes caerte.

Vittorio mira a Seppe con ojos despiadados.

Si no quieres, Seppe, dímelo y te vas. ¿Quieres ayudarnos?

Andrea, el padre de Seppe, era un pescador, un hombre de paz. Vittorio, en cambio, hace dos años que vive en los montes. Un guerrillero. Un partisano.

Sí, quiero ayudarte.

Seppe no vacila. Los mismos ojos que vieron colgado al padre se clavan recios en los ojos de Vittorio.

¿Qué debo hacer?

Vittorio baja la cabeza. Le cuesta recurrir a un chico. Pero no puede elegir.

Tú sabes, nos sacudieron duro... Toda la banda aniquilada. Menos yo.

La radio clandestina trajo una noticia que esperábamos hace tiempo. Esta noche desembarcarán aquí "commandos" ingleses, un submarino los traerá desde Malta. Tenemos que guiarlos. Prestarles toda la ayuda que necesiten...

Justamente ahora, cuando vienen los comandos, he quedado solo. Por eso te necesito... Tú conoces la costa tanto como tu padre.

Sí, ninguno como Andrea y su hijo Seppe para cosechar cangrejos y langostas entre los escollos.

Los alemanes cerraron el puerto con redes.

El pedazo de carbón traza en el papel un tosco esquema.

Aquí está el "Coria", el crucero. Las reparaciones ya terminaron, y los "commandos" quieren atacarlos antes de que zarpe.

Los "commandos" piensan desembarcar aquí... Cuando llegue la marea, piensan cruzar la barra y llegar bajo el agua hasta el "Coria", para dinamitarlo.

Pero... ¿Cómo piensan cruzar la barra?

Aquí debía entrar en juego Guzzi... El conocía el paso entre los escollos, debía guiar a los comandos para eludir la red. Pero Guzzi está muerto.

¡Yo también conozco el paso entre los escollos! ¡Pero es imposible explicárselo a nadie! Y menos de noche... Tendría que ir yo mismo...

Seppe se contiene, recién advierte en lo que se está metiendo...¡Guiar a los comandos para dinamitar el crucero! Pero la vacilación dura muy poco.

Sí, Vittorio...¡Tengo que ir yo de guía!

¡Con cien muchachos como tú yo liberaba en una semana a toda la Italia!

Amenaza lluvia; la noche no puede ser más oscura. A la hora convenida con los " commandos", Vittorio, entre los escollos, enciende y apaga la linterna.

Enmascaró el foco para que sólo se vea desde el mar.

No contestan...

Quizá el submarino fue descubierto... Quizá...

Dos rapidísimos guiños de luz entre las olas.

¡Ahí están!

Unos minutos más y un bulto negro se acerca rápidamente hacia la costa. Es un bote de goma, con cinco comandos.

Puntualidad inglesa...

Entre todos arrastran el bote más allá de la estrecha playa; Vittorio aparta los arbustos que disimulan el escondrijo, una cavidad abierta en el acantilado, muy poco profunda.

Aquí no lo verá nadie.

Los " commandos " se han tiznado los rostros, apenas se les ve el blanco de los ojos. El jefe es un hombre de voz profunda, habla un italiano de academia.

Pongamos la carga en otra parte. Nunca convienen los huevos en una misma canasta.

Las cargas son máscaras, tubos de oxígeno, aletas: todo lo necesario para nadar debajo del agua. Y pesadas cajas rectangulares, de metal magnetizado, para que se peguen al casco del crucero; están cargadas con gelinita y tienen una espoleta de tiempo.

Aquí estará todo bien seguro.

Sólo resta esperar la marea.

¿Y el guía? ¿Tú?

No. Este.

Se agrandan los ojos del " commando".

Pero si es sólo...

Nunca termina la protesta del " commando". Se oye un ruido sordo, del lado del mar.

¡Un motor!

Y viene para acá. ¡A toda velocidad!

¡Por el ruido es una torpedera alemana! ¡Sigue viniendo!

¡Imposible que nos haya visto!

Una luz vivísima ilumina las rocas. Dos potentes reflectores.

¡Ninguno se mueva! ¡Y no hagan ruido!

El ruido crece, ya atruena, de pronto cambia de tono.

¡Está virando!

Menos mal, seguro que se va. Habrá sido una...

La advertencia está de más. Un relámpago y una explosión ensordecedora. La torpedera les está disparando casi a quemarropa.

Más explosiones, es un cañoneo violentísimo.

¡Sabían que veníamos! ¡Algún espía en Malta!

El suelo se alza debajo de Seppe, se siente lanzado al aire, la cabeza parece estallarle, está caído entre dos rocas.

No puede moverse, es como si el cuerpo fuera ajeno. Siguen los estallidos. Un grito desgarrado, es Vittorio.

¡Seppe!

Vittorio lo ve caído, viene para ayudarlo; al instante siguiente el partisano ya no está más, una explosión lo destroza.

Cañones de tiro rápido, ametralladoras pesadas... Concentran toda su potencia de fuego en aquel punto de la costa. Parte del acantilado se desmorona.

Algo golpea con violencia la cabeza de Seppe, el humo de la cordita lo ahoga, pronto llega la tiniebla de la inconsciencia.

Están buscando en la arena. Dos hombres arrastran un cuerpo, lo ponen junto a otros.

El quinto "commando"...¡Ya están todos!

¡Y éste es Vittorio! ¡Lo reconozco por el cinturón con el distintivo del "Juventus"!

Gotas pesadas en la cara lo despiertan, está lloviendo. El instinto le grita no moverse. Hay voces alrededor, hablan en italiano y en alemán.

Se van. Seppe aguarda hasta que el ruido del camión se apaga en la distancia. Recién entonces se mueve.

No tengo nada roto. Un Dios aparte...

Sí, todos han sido aniquilados. Oculto por la arena y los arbustos, Seppe pasa inadvertido.

Lleven los cuerpos al camión. ¡Y apúrense, que estamos mojándonos!

Un pedazo de goma... Parte del bote, seguro.

Bueno... Creo que con esto se termina todo.

Reyrolico

Deja de llover; entre las nubes que huyen veloces asoma la luz. La marea subió mucho, el agua llegó casi al pie del acantilado.

A esta hora deberíamos estar atacando al crucero...

Algo blanco entre dos rocas. El papel con el "plano" dibujado por Vittorio. La lluvia lo respetó.

Vittorio... Papá...

Una congoja enorme le estruja el pecho. Pero no... No es tiempo de llanto, dijo Vittorio.

Pero... ¿Y esa correa?

Una correa negra, con una hebilla también negra asoma entre la arena. Tira, y sale un arnés con tubos de oxígeno.

Y las cargas explosivas... El derrumbe del acantilado sepultó los bultos, los alemanes no pudieron verlos.

Está todo... tal cual lo dejamos. Si vinieran más comandos se podría...

Pero no, no vendrán más "commandos". Ni siquiera partisanos, ya lo dijo Vittorio, toda la banda fue aniquilada.

La carga... La carga de los "commandos" ¡Los equipos de hombre rana!

Pero... ¡igual se podría!

Una idea toma súbita forma en el cerebro de Seppe. ¿Por qué no? Con todo aquel equipo y las cargas explosivas, es perfectamente posible...

¡Nosotros hundiremos el crucero!

Vuelve a enterrar los equipos. Ya es de día cuando Seppe golpea una ventana en la aldea. Nadie ha dormido en la casa, están terminando de velar a uno de los rehenes ajusticiados.

Asoma Piero, el llanto le enrojece los ojos.

¿Qué pasó, Seppe?

No hagas ruido, Piero. ¡Tengo que nablarte!

Seppe explica el plan a Piero. Convertidos en hombre-ranas se acercarán por debajo del crucero y lo dinamitarán. El tiene todo lo necesario.

¡Pero el enemigo también tiene hombre-ranas, Seppe!

Los he visto adiestrarse en la bahía.

¿Y qué importa? En primer lugar nadie sabrá que atacamos. ¡Y segundo, bajo el agua todos somos iguales, vale tanto un muchacho como un hombre grande!

Por tu papá, Piero...

¡Sí, vamos!

Poco después Seppe y Piero se acercan a un desolado cortejo camino del cementerio.

Escucha, Gigio... Tenemos que hablarte...

Dos horas más y el nuevo comando está completo. Piero, Gigio, Carlo, Mario y Seppe. Cada uno vio ahorcar al padre.

Desde las rocas se domina la bahía. Allá junto al muelle, la gris silueta del "Coria", el crucero italiano que pronto se hará a la mar con bandera alemana.

¿Ven aquel pontón cerca del crucero?

-Desde ahí se ejercitan los hombres ranas... ¿Los ves?

Como para no verlos. Demasiado cerca del crucero.

Pero no nos molestarán. ¡Por la noche estarán todos durmiendo!

Pero...

¡Ese remolcador, Seppe! ¡Y aquel otro! ¡Están maniobrando para acercarse al crucero!

Seppe se incorpora, los ojos son dos ascuas.

¡En una hora el "Coria" estará en el fondo del mar! ¡El que no quiera venir que se quede!

Todos conocen de sobra el trabajo de los remolcadores. El crucero se dispone a zarpar. ¡Los remolcadores lo llevarán fuera de la bahía!

Nada que hacerle, Seppe... En una hora estará lejos.

No, ninguno se queda. Cada uno tiene para siempre una imagen atroz en la retina. Pero eso lo saben solamente ellos. Para los soldados alemanes que los miran pasar son una banda de muchachos que van a divertirse a la playa.

¡Chau, muchachos!

¡Chau!

Nadie por aquel lado de la costa. Rápidamente desentierran los equipos, se los prueban.

¡Ajustan al pelo!

¿Y las válvulas? ¿Cómo se manejan?

No es difícil. Unos minutos más y son cinco hombres ranas dispuestos a todo, hasta tienen puñales al cinto. Cada uno lleva un par de cargas explosivas. Una sola basta para desventrar al crucero.

Por fin, el agua de la bahía. Allá a unos quinientos metros, el crucero y los remolcadores. Ya están tendidos los cabos.

Uno a uno se deslizan al agua, el último es Piero. Ninguno...

Agazapados, cruzan la barra por entre los escollos. La marea ha bajado.

¡Agáchense más, si nos ven estamos fritos!

Síganme lo más de cerca posible. ¡Pónganse las máscaras!

...alcanza a ver el sorprendido rostro que asoma al borde del acantilado. Un soldado alemán...

¡Herr Gott! ¡Hombres ranas enemigos! ¡Avisaré al teniente!

Peces, la arena dorada, algas, corales... El sol jugando palacios y grutas entre las rocas.

Semihundida en la arena, un ánfora dice de alguna pasada, milenaria tragedia del mar. En otro tiempo sería un hallazgo maravilloso, pero ahora ni la miran.

Sombras verticales. Los pilotes del muelle. Ruido de hélices; ya están llegando.

Algo se mueve allí abajó entre las rocas del fondo.

(¡Piero!)

Piero se desvanece hacia un lado, el dardo le alcanzó el corazón. Hombres ranas de negro surgen al ataque.

(¡Alemanes! ¡Nos han descubierto!)

Lucha rápida, sin gritos. Ninguno piensa huír.

Sí, bajo el agua las chances se nivelan. El cuchillo de Seppe se hunde en un costado.

Pero los enemigos son más. Gigio sucumbe, ya Carlo cae hacia las rocas del fondo, va dejando detrás una larga nube roja.

(No me ve ninguno... Quizá pueda llegar hasta...)

Pero no, un hombre rana enemigo lo ha visto, se le viene con poderosos aletazos.

El cuchillo de Seppe corta de un tajo el tubo respiratorio del enemigo. Pero la cuchillada de éste también llega a destino.

Con el cuchillo enemigo clavado hasta el mango ahora es Seppe quien cae lentamente, dejando detrás una roja nube...

Todo ha sido en vano... Ninguno llegará hasta el crucero enemigo. Todo en vano... Seppe yace en el fondo. Todo en vano...

(Pero...)

A marcha muy reducida, el crucero está siendo apartado del muelle por los remolcadores.

(Si pudiera...)

(¿Y toda esa sombra? Tiene que ser... ¡Sí! ¡Es el crucero!

¡Sí que puede! ¡Todavía tiene energías en brazos y piernas! Seppe nada hacia la gran sombra...

Ya llega. Pero la cabeza se le va, es como nadar en una nube, no, no llegará nunca.

En supremo esfuerzo estira el brazo con la carga ya lista... Un golpe metálico, el imán actúa, la carga se pega contra el casco.

Otra vez las algas y los corales. Y un doble trueno que llega de lejos.

No más fuerzas, de nuevo cae hacia el fondo.

Enseguida la otra carga. Y alejarse cuanto antes; el instinto le grita el peligro de las enormes hélices.

Han estallado las cargas explosivas, se abre el vientre del crucero...

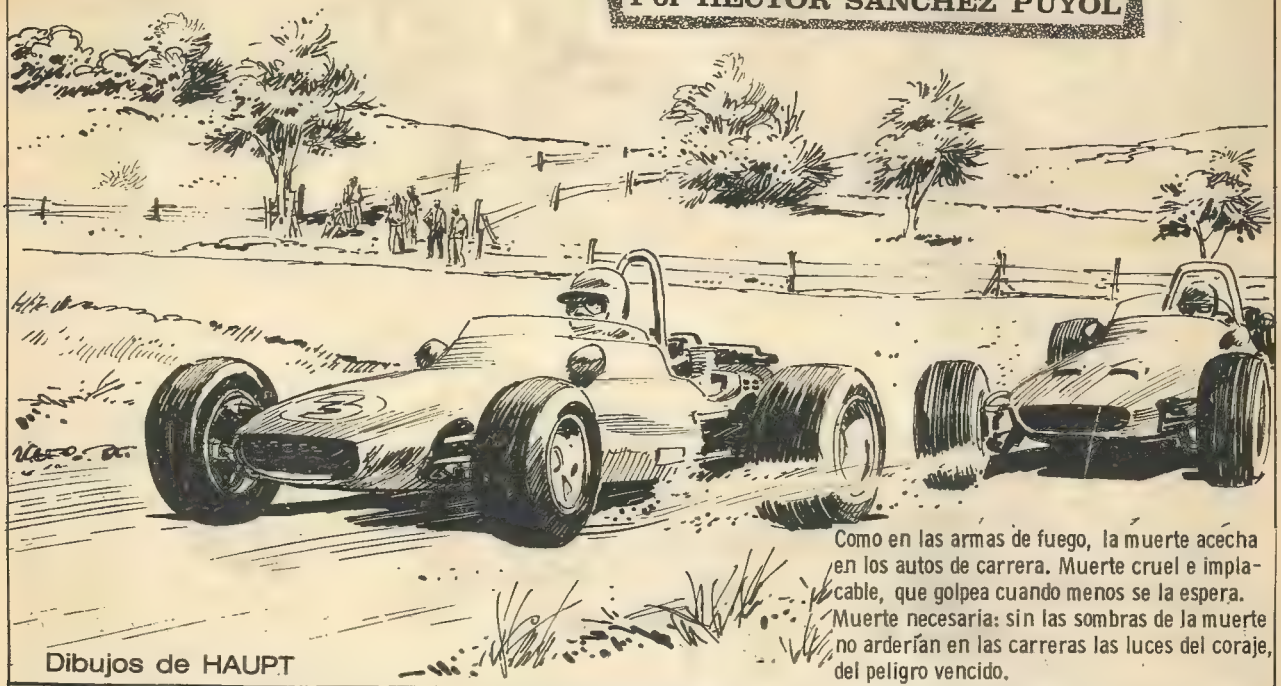
BROOM!

Rápidamente se va a pique el poderoso buque.

En el fondo del mar, entre las algas y los corales, Seppe sabe que ha triunfado.
Pero hay algo que importa más. El sol, y una figura de pelo blanco y manos toscas que lo viene a buscar.
Juntos van por la playa, allá en el mar azul les espera una barca para la pesca de altura, de casco recién pintado y de velas muy blancas.
Crezzonico
Fin

DE AMIGOS, AMOR Y MUERTE

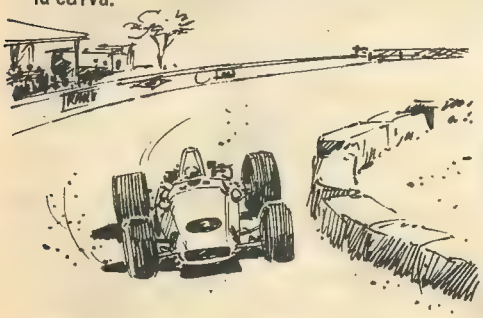
Por HÉCTOR SÁNCHEZ PUYOL



Como en las armas de fuego, la muerte acecha en los autos de carrera. Muerte cruel e implacable, que golpea cuando menos se la espera. Muerte necesaria: sin las sombras de la muerte no arderían en las carreras las luces del coraje, del peligro vencido.

Dibujos de HAUPT

Casi mordiendo el borde interno de la pista, el "racer" de Chincho Bermejo sale como tiro de la curva.

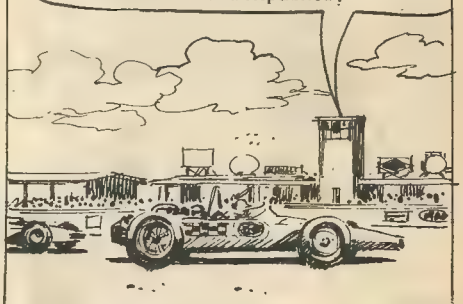


El eloquecido locutor grita en la cabina su entusiasmo por la estupenda "performance".

¡Aunque claramente dueño de la punta, Chincho Bermejo continúa arañando en cada giro su propio "record" de vuelta.

Chincho Bermejo no puede oír al locutor, pero sabe que está haciendo un carrerón.

¡Consagratoria actuación del novel piloto en el Gran Premio de la República!

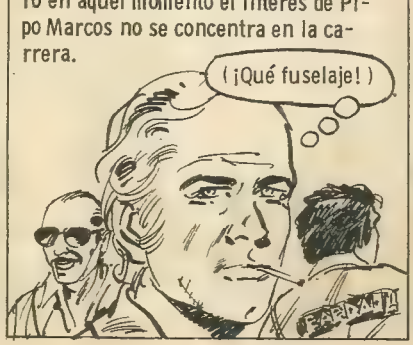


En el box, Radomiro, el mecánico de Chincho Bermejo, salta de entusiasmo.

¡Este Chincho es un crack! Estarás contento, ¿eh, Pipo?

Pipo Marcos es el as indiscutido de la categoría. Corre en pareja con Chincho Bermejo, él manejó durante media carrera, la victoria es también suya. Pero en aquel momento el interés de Pipo Marcos no se concentra en la carrera.

(¡Qué fuselaje!)



Una muchacha de ojos azules. Intensamente concentrada en la carrera, parece beber cada movimiento del "racer" de Chincho Bermejo.

ROBERLLAMA/COLUMBEROS

Podría ser la esposa de algún corredor extranjero. Pero seguramente será sólo una de las tantas muchachas de pelo y piernas demasiado largos, que florecen en los boxes de todo Grand Prix.

¿Te gustan las carreras?

Sí...

No parece impresionarla demasiado que Pipo Marcos, tres años campeón y cinco tapas de "El Gráfico", se digne dirigirle la palabra.

¿ O acaso te gusta Chincho ?

Un súbito grito les hace volver los ojos a la pista. Dos coches se han tocado, se atraviesan, bloquean la pista, uno empieza a incendiarse.

¡Ahí viene Chincho Bermejo!

Sí, el número tres de Chincho Bermejo se precipita a gran velocidad contra los coches accidentados. ¡Imposible frenar!

¡Se mata!

Los reflejos de Chincho Bermejo reaccionan al instante.

¡En zig zag magistral el número tres de Chincho Bermejo pasa por el único lugar posible!

¡Bandera amarilla, se detiene la carrera hasta que sean retirados los coches accidentados! ¡Señoras y señores, aquí no ha pasado nada gracias a la maravillosa serenidad de Chincho Bermejo! ¡Es la segunda vez que corre en el autódromo pero ya conduce como un maestro!

Arden de admiración los ojos de la muchacha; Pipo Marcos siente una punzada de celos atravesándole de lado a lado...

¡Bravo! ¡Bravo, Chincho!

Se reanuda la carrera; Chincho Bermejo continúa dominando a voluntad. Desde el box le hacen señales, tiene que parar para el cambio de piloto.

Radomiro, el mecánico, estruja a Chincho Bermejo cuando baja del "racer".

¡Mucho, pibe!

¡El coche anda al pelo, Pipo! ¡Suerte!

Mr. Langley, el director del equipo Morand, hace una última advertencia:

Corra conservando, Pipo... ¡Nada de riesgos inútiles!

Pero Pipo Marcos parece no haber escuchado la orden... ¡Ya está galvanizando al público!

¡Sensacional! ¡Pipo Marcos ha salido resuelto a pulverizar todos los records!

Desde el box le hacen señales de aminorar la velocidad, pero Pipo Marcos sigue corriendo en el límite.

¡Record de vuelta! ¡Pipo Marcos acaba de batir el record de vuelta!

Mientras, también Chincho Bermejo se está encandilando en dos maravillosos ojos azules...

Pipo está haciendo un carrerón, ¿verdad?

Sí...

¡Debe de ser estupendo sacudir así a todo un autódromo! Alguna vez yo...

Una exclamación espantada ahoga las palabras de la muchacha. Pipo Marcos está por pasar a un competidor rezagado... ¡pero éste patina!

¡Trompo de Piotti! ¡Toca al tres de Pipo Marcos!

¡No! ¡Pipo Marcos hace un derrape! ¡Por centímetros elude el topetazo! ¡Piotti da de costado contra la barrera, Pipo Marcos endereza y ya es otra vez un balazo lanzado a fondo!

En el box Chincho Bermejo y Radomiro se abrazan entusiasmados.

¡Es un maestro!

¡Pipo! ¡Pipo!

Todo el autódromo vibra, las últimas vueltas se completan entre una ovación que no cesa. Por fin la bandera a cuadros.

¡Pipo! ¡Pipo! ¡Pipo!

El box enloquece de alegría. Toda la amistad de Chincho Bermejo se aprieta en abrazo que ahoga.

¡Creí que te dabas la piña, Pipo!

Y entre los abrazos y los periodistas que se pelean por una palabra, ella, la muchacha del pelo y las piernas tan largos...

Estuvieron estupendos...

La ven apenas un instante, ya los arrebata el torbellino entusiasmado.

¡Eh! ¡No te vayas! ¿Cómo te llamás?

¡El teléfono!

Ya la perdieron, ya suben al podio de los vencedores, los "flashes" de los fotógrafos, la enorme copa, los brindis, el beso de alguna actriz todavía más linda que famosa.

¡Pipo! ¡Pipo! ¡Pipo!

¡Chincho!

Pasa pronto el turbión de la victoria. Como "festejo" deben pasarse la noche trabajando en el taller, tienen que embalar todos los coches de la escudería. El vapor para Europa se los llevará mañana temprano.

Recién saben lo que es la calma cuando el último camión se marcha con la preciosa carga.

Por fin... Ahora, ¡a enterrarme en el Tigre! ¡Durante tres días no haré otra cosa que dormir y pescar! ¿Y tú, Radomiro?

Yo me vuelvo para Los Menucos, cerca de Esquel. Tengo que entregar un prototipo que me encargaron. ¿Por qué no se vienen? Conocerán el Futalaufquen, hay cada trucha que...

¡Gran idea, Radomiro! ¡De paso podremos reconocer parte de la ruta para el Nacional! ¿Te animás, Chicho?

Este... Yo quería ir al Tigre...

¿Qué diferencia hay entre Esquel y el Tigre? Apenas unas horas de auto... ¡Y allá también podrás pescar! ¡Vamos!

Claro, cuando se vive a doscientos kilómetros por hora no hay casi diferencia entre el Tigre y Esquel. El día siguiente sorprende a los tres corriendo por las pampas del Río Negro.

¿Es en serio, Radomiro, lo del nuevo prototipo?

¿Y qué te creés? ¿Que allá abajo no sabemos armar cajones con ruedas?

Un lanero lleno de plata en Ñorquinco, un tal Virginio Rivas, tiene un sobrino que se muere por correr. El coche ya está listo y... ¡Ojo, Chincho, te están queriendo pasar!

¡Honk! ¡Honk!

El instinto de siempre... Chincho toca el acelerador, ya van a ciento veinte; el otro coche se rezaga.

El prototipo nos salió un balazo. Lástima no poder guardarlo para que lo corran ustedes...

Un par de violentos bocinazos vuelve a sacudirlos.

¡Honk! ¡Honk!

¡La flauta! ¡También él está acelerando!

El velocímetro salta a ciento cuarenta... ciento sesenta...

¡Nos pasa! ¡Debe de ir a más de doscientos! ¿Qué facha tiene? ¡Con toda esta polvareda no veo ni medio!

No sé... ¡Pero alcancé a verle el casco, tiene que ser algún corredor!

Sí, alguno que está recorriendo también la ruta. Bellotti, quizá Herrera... ¡O Piotti!

El acelerador hasta la tabla... los dos coches corren ahora apareados.

¿Un corredor, eh? ¡Ahora le enseñaré cómo puede correrse por aquí!

¡Eh! ¡Nos saca del camino!

¡Pará, Chincho!

¡No pienso!

Aunque forzado a salirse del camino, Chincho-Bermejo no reduce ni un centímetro la marcha, acelera aún más, se adelanta entre los pastos duros y se cierra sobre el otro...

¡Ahora sí paramos!

Cruzándose delante del otro coche, Chincho Bermejo lo obliga a frenar.

¡Y ahora verán las piñas que se come el animal éste, así sea Bellotti o el mismo Piotti o...!

O...

¿Qué pasa? ¿Te vas a enojar por una picadita? Yo sabía que no les iba a pasar nada...

La chica del autódromo.

Un campeón como Pipo Marcos aguanta cualquier topetazo.

Este... No era yo el que manejaba. Era éste, Chincho... ¡Si manejo yo no eres tú quien nos alcanza!

Chincho Bermejo traga saliva. La chica es hermosísima, sí, ¿pero hacía falta echarle tierra a un compañero? ¿Aun amigo?

¿Qué hacen por estos lados? Por aquí nunca pasa nadie...

Vamos para Los Menucos, cerca de Esquel.

¿Los Menucos? ¡Yo también voy para Los Menucos! Voy a retirar un prototipo del taller de Radomiro.

Radomiro soy yo, niña. Y el único prototipo que tengo en el taller es para Silvio Rivas, el sobrino de...

¡El "sobrino" soy yo; Silvia Rivas! ¡Aquí tengo el poder de tío Virginio!

Reanudan la marcha. Pero Pipo Marcos insiste en manejar él el coche de Silvia; en el otro auto van Chincho y Radomiro.

¿Qué apuro le entró a Pipo? ¡Ni que estuviera corriendo el Gran Premio!

Pipo Marcos está corriendo el Gran Premio. Tiene que lucirse delante de Silvia.

Yo le voy a demostrar a Pipo que...

¡Tú no le demuestras nada, Chincho! ¡Tenemos que llegar enteros a Los Menucos, ¿entiendes?

Anochece cuando llegan a Los Menucos. Lo primero que hacen es correr al galpón donde se guarda el prototipo.

Radomiro no exageró nada. Ni los más afamados talleres europeos serían capaces de producir un "racer" mejor terminado.

¡Maravilloso, Radomiro! ¿Ya está listo?

Sí, niña, probado y todo... ¡Ahora está demasiado oscuro, pero mañana verán cómo anda!

Se dora un cordero sobre las brasas; corre un vino sorprendentemente bueno de El Bolsón; un terceto de la nueva generación de "Radomiros" toca la guitarra...

...son "Falúes" ahondando la noche, haciendo más estrellas las estrellas. Silvia escucha, quieta. Chincho Bermejo sabe que ya nunca olvidará esa mirada absorta, ese rizo travieso en el viento.

Callan las guitarras, y Pipo Marcos despliega delante de Silvia todo su plumaje de triunfador... ¿Qué quieres, Chincho? ¿Acaso tú no lo harías también si tuvieras algo que contar?

Y cuando gané en Rafaela ya no fue como cuando batí el record en El Zonda...

Déjale el campo a Pipo, Chincho. ¿Acaso no es tu gran amigo? Le gusta Silvia... ¿Vas a disputársela? Pipo es tu amigo.

(Caminaré hasta el río...)

El río. Tan diferente al Río Luján, en el Tigre. ¿O tan igual? Todos los ríos se parecen. Como las soledades.

Qué solo, Chincho...

Es Silvia. Ha dejado la reunión apenas él se alejó.

¿Se te puede acompañar?

¡Por supuesto! Un gusto que no esperaba...

¿Por qué no?

Y... como no tengo triunfos que contar.

Viento y luna en el pelo de Silvia, y estrellas, y tan cerca el río murmurando eternidades.

Pipo es un tipo estupendo. Tiene mucha fuerza adentro. Es un corredor de alma.

Más que eso, Silvia. Cuando lo conozcas mejor verás que es mucho más que un gran corredor.

Debe ser maravilloso poder recordar tantas victorias... ¡No veo la hora de ganar alguna carrera! Dichoso tú, que ya ganaste dos veces.

Para mí, te confieso, no es tan importante.

Correr no es lo único que me tira. Hay muchas otras cosas... Un río, un libro, alguna música, un barrilete, charlar hasta las mil con los amigos...

Tienes razón. Tampoco yo seré nunca lo que se dice una corredora "de verdad". Pero es hermoso correr... ¡Me fascina, me hace olvidar de todo!

Eso es malo, Silvia.

¿Por qué ese afán de olvidar? Al contrario, yo creo que nunca hay que olvidar nada. Más se olvida, menos se vive.

Un largo silencio. Cuando Chincho Bermejo alza los ojos ya Silvia se ha ido. En silencio como vino. De algún modo se llevó consigo el viento y la luna y las estrellas y el río... todo.

A dormir. En un catre inesperadamente blanco y abrigado, lo único que molesta son los ronquidos de Radomiro. Pero el sueño viene enseguida. Y ya es la mañana; ruido de motores, martillazos.

Radomiro trazó en la falda del cerro un impecable circuito de pruebas. El prototipo brilla al sol; por donde se lo mire es una joya.

Yo lo probaré primero. Daré cuatro vueltas.

Pipo Marcos habla con autoridad de campeón. Líneas duras le marcan la cara. O durmió mal, o no le gustó que Silvia se fuera a charlar con Chincho.

El circuito está marcado al pelo. Un minuto diez segundos la vuelta es muy buen tiempo.

Arranca el "racer". Chincho Bermejo siente una rara opresión en el estómago.

(Nunca lo vi así a Pipo... Parece decidido a llegar hasta lo último con tal de vencer. De vencerme a mí. Por Silvia.)

Silvia. El rizo travieso en la frente, brillantes los ojos de entusiasmo.

¡Con un coche así tengo que salir campeona!

Pipo Marcos corre a lo gran campeón. Enseguida le toma la mano a la pista, al coche.

¡Qué bárbaro! ¡Un minuto ocho en la segunda vuelta!

Pipo Marcos maneja en el límite, está decidido a marcar un tiempo sin discusión posible.

¡Un minuto cuatro en la tercera vuelta!

En el último giro Pipo Marcos se juega el todo por el todo.

¡Un minuto tres segundos clavados! ¡Fabuloso!

¡Mucho, Pipo!

Pipo Marcos sonríe cuando sale del coche.

¡Estupendo, Pipo! ¡Lo hiciste volar!

No tanto estupendo, Chincho... ¿Te animás a probarlo vos?

Por un instante Chincho Bermejo piensa negarse. Pero no son amigos los ojos duros, burlones, de Pipo Marcos. Y Silvia lo mira ansiosa.

¡Por supuesto que quiero probarlo!

Chincho Bermejo no lo sabe aún, pero es un superdotado. Tiene el instinto de los grandes corredores, "adivina" al coche, a la pista.

¡Estupendo! ¡Un minuto siete en la segunda pasada!

¡Este coche es una gloria! ¡Cómo se agarra en las curvas! ¡Y qué manera de levantar en la recta!

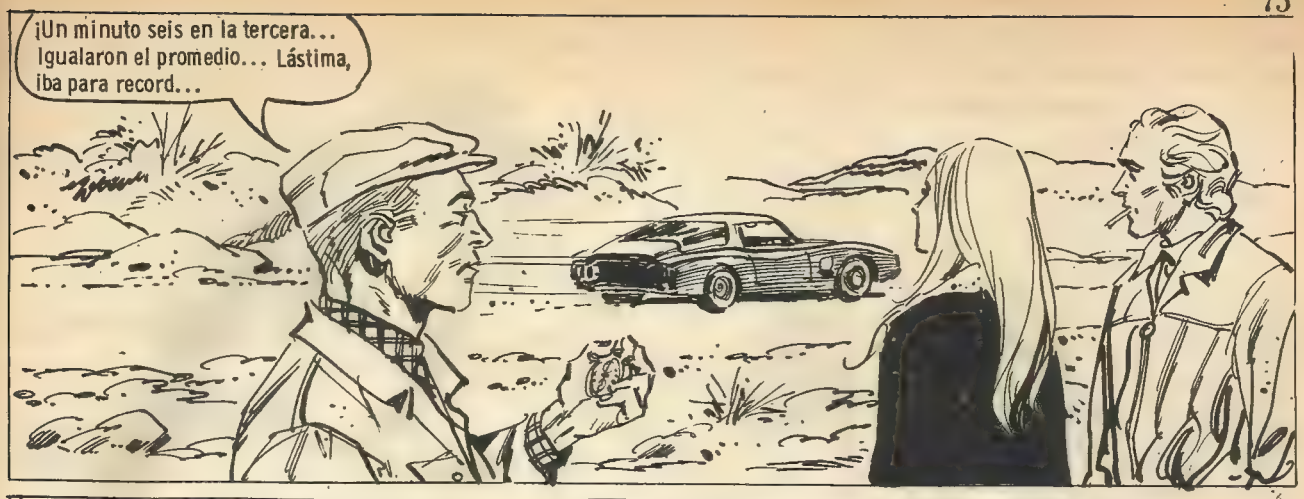
¡Lo veo y no lo creo! ¡Un minuto uno en la tercera!

Chincho Bermejo inicia otra vuelta, acelera todavía un poco más. Pero de pronto...

(¿Qué estás haciendo, Chincho? ¿Acaso Pipo es tu enemigo? Hasta anoche era el mejor tipo del mundo... ¿Y ahora?)

Afloja el pie en el acelerador.

(Pipo te enseñó a correr, te ayudó como nadie... No, Chincho... No puedes hacerle esto...!


¡Un minuto seis en la tercera... Igualaron el promedio... Lástima, iba para record...

¿Qué te pasó, Chincho? Tenías el record...
No sé, Pipo. Se me iba... Tuve que levantar... Al fin de cuentas esto no es más que una prueba... ¿O no?

Pipo Marcos tiene que sonreír también. Ya Silvia se coloca el casco.
No lo hicieron tan mal los dos grandes corredores... ¡Ahora le toca a la dueña!

Silvia Rivas acelera de entrada, exige el motor al máximo.
¡Le da con todo! ¡Ni vos tomaste así esa curva, Pipo!

¡No puede ser! ¡Un minuto cinco!

Ni Chincho ni Pipo Marcos corrieron con tanto empuje, con tanta fría decisión. Como en un pantallazo Chincho cree ver que Silvia corre riéndose.
¡Un minuto uno en esta vuelta! ¡Si mantiene nos gana lejos!

¡No piensa mantener! ¡Acelera todavía más!
¡Capaz de clavar el minuto! ¡Pero...!

La curva. Y velocidad excesiva...

¡ No !

Un salto enorme...Fuera de la pista...La ladera del cerro...
¡ Silvia !

¡ Silvia !

Parece haberse recostado a descansar. Tiembla el rizo en el viento. Los mira llegar, sonríe.

¡ Silvia !

¡No la toquen! Puede estar...

No, Radomiro... no hacen falta... precauciones...

La piedra bajo la nuca, tinta en sangre, dice de la vida que se va. Los ojos tan azules buscan a Pipo...

Pipo...

... a Chincho...

Chincho... yo quería... yo quería...

Nunca terminará la frase. Queda la sonrisa, y los ojos son ya sólo cielo.

¡ Silvia ! ¡ Silvia !

Llanto de hombres, lágrimas para adentro. El vacío, tan enorme como el viento que barre incansable el ocre paisaje de los cerros.

Radomiro acerca una "pick up"; es tan fácil acomodar ese cuerpo liviano. Radomiro se ocupará de los trámites desolados de la muerte lejos del hogar; él avisará a Norquinco, a la familia.

La mano de Pipo Marcos busca el hombro de Chincho Bermejo.

Sos un tipo mucho mejor que yo, Chincho... Tu aflojada en la última vuelta fue a propósito, para no hacerme quedar mal. Ella lo creyó, yo no.

No digas tonterías...Vos le gustabas, Pipo... ¿De qué te creés que hablamos anoche, en el río?

FIN

ROBERLLAMA/COLUMBEROS

CORAJE EN DUNKERQUE

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CRISTÓBAL

La sopa humea en el plato que la madre pone delante de Jimmy Warren. El muchacho mira la hora en el reloj pulsera, regalo del padre antes de partir para Francia.

Tienes tiempo, Jimmy. Tú siempre apurado, igual que tu padre.

Más allá del hijo, la madre mira el retrato en la pared. Nat Warren, sargento de ametralladoras. Ahora luchando en Francia, en el ejército expedicionario británico.

Pero... ¿qué está diciendo la radio?

...se confirman las noticias sobre la rendición de Bélgica...

La madre y el muchacho escuchan absortos, sin entender demasiado.

Colapso del frente aliado...

El ejército expedicionario británico se concentra en el puerto francés de Dunkerque, para ser evacuado.

8433

ROBERLLAMA/COLUMBEROS

¡Llamado urgente a todos los propietarios de barcos del sudeste de Inglaterra! ¡Se necesita la ayuda de todos para evacuar al ejército expedicionario!

Pero, Jimmy...

¡Cada crucero, cada yate, cada bote que cruce el canal puede ser utilísimo! ¡Salvar al ejército expedicionario será salvar a Inglaterra!

Siguen las indicaciones para la concentración de las embarcaciones.

Los barcos de Margate cargarán combustible en...

¡Margate somos nosotros!

Jimmy no escucha más, porque ya sale de la casa.

¡Hasta luego, mamá!

Jimmy Warren es el mecánico y único tripulante del "Saxon", crucero de paseo de sir Cedric Ramsay. A toda velocidad corre Jimmy las cuadras que lo separan del embarcadero, que está a un costado de la casona de los Ramsay.

Pero al llegar Jimmy debe apoyarse en un poste para no caer. El corazón le late con ritmo desigual, por un momento inacabable parece que se detiene para siempre.

El soplo...

Una fiebre reumática cuando tenía cinco años le ha dejado aquella lesión en el corazón. Por culpa de ella el ejército lo rechazó cuando se presentó como voluntario.

Ah... Ya pasó...

Jimmy Warren baja al "Saxon". Reluciente de pintura, hasta el último bronce brillando como una joya. Sir Cedric exige y además Jimmy Warren es el más consciente de los tripulantes.

Está al pelo. Podremos partir ya mismo...

Rugir de motores en el canal. Desde la popa del "Saxon" Jimmy Warren ve pasar las lanchas. Parece que todos los patrones oyeron el llamado.

¿Nos vemos en Dunkerque, Jimmy?

¡Sí, Fred! ¡Enseguida partimos nosotros también!

Cada vez son más los cruceros y yates que bajan por el canal. Jimmy sabe que sir Cedric está en la casa... ¡Tiene que haber oído el llamado! Y sí... ¡ahí llega sir Cedric! Impasible, como siempre.—¿Escuchó la radio, señor? ¿Nos vamos?— Los ojos demasiado azules de sir Cedric recorren los bronces brillantes del Saxon, la pintura sin una mancha.

No, Jimmy, el Saxon no puede hacerse a la mar, bien lo sabes.

Desarma el carburador y límpialo bien a fondo. Ayer rateó el motor un par de veces, seguro que hay una basura. De paso limpia también el distribuidor.

Jimmy Warren queda boquiabierto. Hace tres días que trajeron del taller el carburador y el distribuidor. ¡Más limpios no pueden estar! Pero sir Cedric se ha alejado.

Señor...

Sir Cedric no se detiene. Jimmy Warren queda solo en el cobertizo. Allá afuera, en el canal, continúa el tronar de las lanchas.

(¡El motor nunca anduvo tan bien como ahora! Lo que pasa...)

(¡Lo que pasa es que sir Cedric tiene miedo! ¡Justamente a mí tenía que tocarme un patrón flojo! Y entretanto, allá en Dunkerque... ¡ellos jugándose por nosotros! ¡Papá!

Casi sin darse cuenta Jimmy aprieta el botón del arranque. Al instante responde el ronquido potente. Sí, distribuidor y carburador andan perfectos.

(Papá...)

Suelta las amarras, vuelve a la cabina. Ejecuta con destreza la maniobra tantas veces repetidas. Y sale al canal...

(Papá... Papá y todos los demás, esperando en la playa de Dunkerque...)

(¡Hay que salvarlos! ¡Qué sir Cedric me eche la culpa después, que me haga lo que quiera!)

El "Saxon" debe hacer cola en la bomba de nafta. Oscar, un muchacho de diecisiete años, se desvive por atender a todos.

¡Cómo! ¿Y sir Cedric? ¿Te vas solo, Jimmy?

Ajá...

¡Yo voy contigo! ¡No puedes ir sin tripulante! ¡Eh, Margot! ¡Sigue despachando tú!

Cuando aparece Margot, la hermana mayor de Oscar, los dos se han alejado en el "Saxon".

¡Cómo iba a perderme esto!

Es un enjambre de embarcaciones. Salen mar afuera; desde un destructor por megáfono les dictan las instrucciones.

¡Crucen el canal lo más rápido que puedan! ¡En Dunkerque el trabajo consistirá en acarrear los soldados desde la playa hasta los buques de transporte! ¡Hasta que no quede ninguno! ¿Entendido?

¡Entendido, almirante Nelson! ¡Proa a Dunkerque, capitán Jimmy!

Yates, cruceros de paseo, lanchas de pescadores, remolcadores, algunas lujosas embarcaciones de millonarios... Hay de todo en el improvisado convoy.

¡Me siento chiquito entre tantos grandotes, Oscar!

¡Mira a babor y te consolarás, Jimmy!

Jimmy se da vuelta y ve pesados botes a remo...

¡No vayan a terminar la guerra antes de que nosotros lleguemos, muchachos!

El mar está agitado, el oleaje de proa es violento; nubes bajas, cielo de plomo. Hacia el lado de la costa belga hay como un espeso banco de niebla.

Es humo...

Sí... Huelo a petróleo quemado...

El índice y el miedo de Oscar señalan tres puntos negros que asoman de pronto entre las nubes.

¡Stukas!

Sí, Stukas, bombarderos que se lanzan en aullante picada descargando las ametralladoras...

¡Ahhh!

...y sueltan una bomba que cae con alucinante alarido. Un impacto directo desintegra un remolcador cerca del "Saxon".

Desde un destructor se alza la cortina protectora de la artillería antiáerea. Dos Stukas se desintegran en el aire.

Oscar grita, entre el espanto y el entusiasmo.

¡Es como estar en el cine!

Pero Jimmy casi no mira, tanto se concentra en el rumbo y la velocidad y los barcos que lo preceden. La guerra es algo tan serio como un oficio, solía decir el padre.

Pensar en el padre endurece las manos que empuñan el timón. No quiere pensar que el padre puede no estar. Era muy grande el ejército ingles en Belgica y Francia, los que se repliegan a Dunkerque serán los menos. Y habrá bajas...

¡Mira, Jimmy! ¡Está caliente la cosa!

Estallidos, tableteos de ametralladora, las detonaciones violentas de la artillería, el ladrar de los Stukas. Por entre el humo acre aparece una alta pared gris...

¡Cuidado! ¡Un crucero de guerra!

Lo eluden por poco. Entre los nubarrones del humo negro, aceitoso, ven por fin la playa. Filas de hombres, algunos entrando como muelles en el agua. Al fondo blanquean edificios solitarios, están al sur del balneario.

¡Lo hicimos, Jimmy!

Todavía no empezamos, Oscar...

Queda atrás el humo. Oscar señala un bulto en el agua.

¡Mira, Jimmy!

Un cuerpo sin vida flotando apenas. Pelirrojo, cuello de toro. El corazón de Jimmy se detiene, le falta el aire. Con ademán rápido el muchacho tira de la palanca, y da marcha atrás.

¿Por qué paras?

¡El bichero! ¡Pronto! ¡Alcánzamelo!

Jimmy Warren atrae con el bichero el cuerpo que flota. Lo da vuelta. Una cara muy ancha, con blancura de luna. Quién sabe las horas que lleva flotando...

No... No es... Me pareció...

Otra vez acelerando. Hasta detenerse frente a una fila que aguarda con el agua hasta el pecho. Rostros duros, trabajados por el frío y el hambre. En algunos permanece el espanto. No hacen más que mirar hacia arriba. ¡Tantas veces les cayó encima el alarido de los Stukas!

De a uno... ¡Los quince primeros! ¡Pronto!

Cabos y sargentos ponen orden al embarque. El enorme peso de la nueva carga parece frenar el motor. Pero la distancia es poca, los grandes buques de transporte están todo lo cerca que les permite el calado.

¡Listo, Jimmy! ¡De vuelta a la playa!

Cargar soldados en la playa, regresar vacíos, otra vez cargar soldados. El ir y venir entre las columnas de agua que alzan los proyectiles enemigos se hace rutina.

Ráfagas abiertas de ametralladoras pesadas pican de tanto en tanto el agua; algunos hombres caen, pero las bajas son relativamente pocas. Apenas se ven Stukas: ahora hay cazas ingleses, Spitfires, protegiendo la gigantesca operación.

Jimmy Warren no podría decir cuántos viajes han hecho. Al principio miraba con ansiedad a cada soldado, pero son tantos que ahora apenas los mira. ¡Sería una casualidad tan grande encontrar al padre!

¡Un momento, muchacho! ¡Tienes que llevar hasta Inglaterra un lote de peces gordos!

Un general y tres oficiales. Trasbordan desde un bote al "Saxon". El general está muy pálido, tiene los ojos rojos, se sostiene apenas.

El general está exhausto... Pero debe informar cuanto antes. ¡Llévennos directamente a Margate!

Jimmy Warren quisiera protestar. Vinieron para evacuar soldados, ¡y todavía faltan muchísimos! Pero de algún modo se siente parte del ejército y hay que obedecer.

Con poca carga el "Saxon" puede lucir su velocidad. Enseguida queda atrás la trajinada escena de la embarcación, pero no el peligro...

¡Atención, Jimmy! ¡Un M. E.!

El caza alemán vuela a ras del agua, centellean las ametralladoras. Jimmy maniobra con justeza.

¡Mucho, Jimmy!

¡Ese caza no repetirá la pasada! ¡Miren, allá viene una torpedera! Nos protegerá con sus...

Oscar se interrumpe. Dos, tres proyectiles de grueso calibre le dan de lleno. Es una torpedera, sí, pero enemiga...

Faltos de buques mayores, los alemanes tratan de hostilizar la evacuación con torpederas. Algunas se filtran audaces por entre la cortina de los destructores ingleses y hacen estragos. Jimmy lanza el "Saxon" a velocidad máxima, tratando de escabullirse.

Pero la torpedera es velocísima. Dos veces más las ametralladoras pesadas hacen saltar astillas del pequeño crucero. Hasta que un destructor, desde lejos, hace un disparo magistral.

¡A tiempo!

Amarra el "Saxon" en el muelle de Margate. El exhausto general sólo baja después de que desembarcan el cuerpo de su ayudante muerto por la misma ráfaga que abatió a Oscar.

Un rostro con pecas sonríe en el muelle. Es Margot, la hermana de Oscar.

¡Hola, "Saxon"! ¡Se están portando!

Bajan a Oscar, totalmente cubierto por un capote. Jimmy quisiera decirle algo a Margot, pero el sargento a cargo del muelle le hace señas enérgicas. Hay que dejar el lugar a otras lanchas que esperan turno.

¡Un momento, Jimmy!

Sir Cedric, que salta con inesperada agilidad desde el muelle hasta el "Saxon", casi no mira a Jimmy...

Veo que arreglaste el carburador, Jimmy... Podías haberme avisado...

Seguimos haciendo falta en Dunkerque, señor...

Ya lo sé. ¿Por qué te crees que te estaba esperando en el muelle? ¡Vamos!

De nuevo el viento del mar en la cara. Pobre Oscar... ¿Qué tiempo hace que estabas aquí, gritando entusiasmado por cada cosa que veías? Y pobre Margot. Quizás ahora lo estará descubriendo... ¡Mejor pensar en otra cosa!

(Me alegro por sir Cedric. O se arrepintió, o se dio cuenta de que, si no iba a Dunkerque, nunca más podría poner los pies en el club.)

La mano de sir Cedric, toca la borda hecha pedazos por la metralla. Cada raspón le debe estar doliendo como si fuera en la propia piel. Pero no dice nada.

(Quizás sea injusto con él... ¡Todavía sir Cedric podría resultar un buen soldado!)

De nuevo el humo, los Stukas, las explosiones, los cuerpos entre las olas, los muelles humanos...

¡Arriba, viejo!

Sir Cedric no se da respiro. Ignora completamente las explosiones, y se desvive por ayudar a los soldados que embarcan. Para todos tiene una palabra de aliento, una palmada amistosa.

¡Arriba! ¡El desquite será en Berlín!

Ya hay muchos menos soldados en la playa...

Van quedando pocos...

No... Lo que pasa es que los alemanes están empujando por este lado...

La evacuación principal se hace ahora frente a la ciudad...

¡Atención, "Saxon"! ¡Atención!

¡Se acabaron los viajes a la playa! ¡Síganos, que continuaremos cargando soldados más al norte!

¡En la playa quedaron varios heridos! ¡Déjenos un último viaje!

¡Es que los alemanes están encima! Pero en fin, si quieres arriesgarte, ¡el barco es tuyo!

¡Gracias, señor!

¡Un momento, Jimmy Warren! ¿Acaso es tuyo el "Saxon"? Recién ahora advierte que se olvidó por completo de sir Cedric. Pero la mano del dueño del Saxon le aprieta el hombro...

Completamente de acuerdo, Jimmy... ¡Volvemos a la playa! ¡El "Saxon" no estuvo nunca en mejores manos!

Son dos sonrisas a bordo del "Saxon". No serán más patrón y tripulante, ahora serán amigos. Pero ya está ahí la playa con los heridos.

¡Cuidado! ¡No se vayan a caer!

Sombríos, sin hablar, los soldados cargan con rapidez las camillas. Las explosiones se repiten en la playa.

Listo. No quedan más heridos.

¡Hay lugar para ustedes también, suban!

No, gracias. Debemos volver con los nuestros. La orden es atajar aquí a los alemanes, a cualquier precio... Y...

El soldado va a decir algo más, pero queda con la boca abierta, no atina a decir nada, los ojos redondeados por el asombro... Acaba de reconocer a Jimmy.

¡Papá!

Los dos se miran. Es tan inesperado el encuentro...

Papá...

¡Jimmy!

Las ráfagas de ametralladora pican no muy lejos del casco. sir Cedric interviene.

Tenemos que irnos... ¡Suban!

Pero Nat Warren empuja al "Saxon" con todo el peso del cuerpo.

Váyanse... ¡Un beso a tu madre, Jimmy!

Manejado por sir Cedric, arranca el crucero cargado de heridos. La silueta de Nat Warren se empequeñece con rapidez.

¡Hasta pronto, Jimmy!

Un verdadero soldado, tu padre, Jimmy... Hoy he aprendido quiénes son verdaderamente los nobles y quiénes... Pero...
¿Qué haces, Jimmy?
Jimmy Warren salta la borda, ya está en el agua.
¡Voy con papá, sir Cedric! ¡Gracias por todo! ¡Y cuide al "Saxon"!
Jimmy Warren nada con brazada vigorosa. Pronto siente la arena bajo los pies.
Condenado humo... ¡No deja ver nada!
Trata de correr, el agua lo frena. Insiste, por fin tiene el agua sólo hasta la rodilla. Pero...
Oh...
Se detiene en seco. El corazón... Latidos tremendos, desiguales. Debe recuperar el aliento.
Menos mal... Ya pasó...
Por fin en la playa. Una granada alza un surtidor de arena. Jimmy Warren la ignora, va playa arriba. Silban las esquirlas.
Debe ser allí, en ese nido de ametralladoras protegido por bolsas. Alcanza a ver a tres soldados. Jimmy se deja caer adentro.
¡Papá!
Tres soldados muertos... Con mano temblorosa Jimmy Warren da vuelta un cuerpo. No, no es el padre. Otro...
Tampoco... ¡Ninguno de los tres! ¡Debo seguir buscando!
Pero no alcanza a salir. A un centenar de metros una mole oscura asoma entre el humo... Un tanque alemán seguido por encorvadas siluetas de soldados... Brilla alguna bayoneta.
¡Alemanes!

RATATHT!

"La orden es atajarlos...", dijo el padre... Jimmy tantea la ametralladora... Sí, es una Vickers. Si la conocerá de memoria. Y tiene colocada una cinta de proyectiles apenas comenzada...

Es un tanque liviano. La ametralladora le desbarata una cremallera. Alguna silueta gesticula, se desploma, alcanzada por la ráfaga.

Gritos, voces detrás de Jimmy. ¡Lo atrapan entre dos fuegos!

Pero...

¡Jimmy!

Sí, son Nat Warren y dos soldados más. Vieron disparar la ametralladora, vienen para reforzar la posición, traen un Bren.

Prefiriría que no estuvieras aquí, Jimmy... ¡Pero conseguiste atajarlos!

Jimmy Warren se recuesta contra las bolsas, las manos expertas del padre disparan ya la ametralladora. El tableteo de la Vickers y el Bren impiden las palabras.

Las palabras que quisiera decir Jimmy Warren y que tal vez nunca dirá. Un cansancio infinito le afloja el cuerpo, le está apagando los sonidos. Cada vez son menos los latidos del corazón...

(Papá...)

La palabra no llega a los labios. Y no importa, Jimmy Warren sabe que ya está con ellos, con el padre y con la madre, que ya ninguna guerra los separará.

Un impacto casi directo. La Vickers y el Bren saltan por el aire.

Enceguecido por el estallido, medio sepultado por la arena, el cuerpo destrozado, Nat Warren estira la mano.

Jimmy...

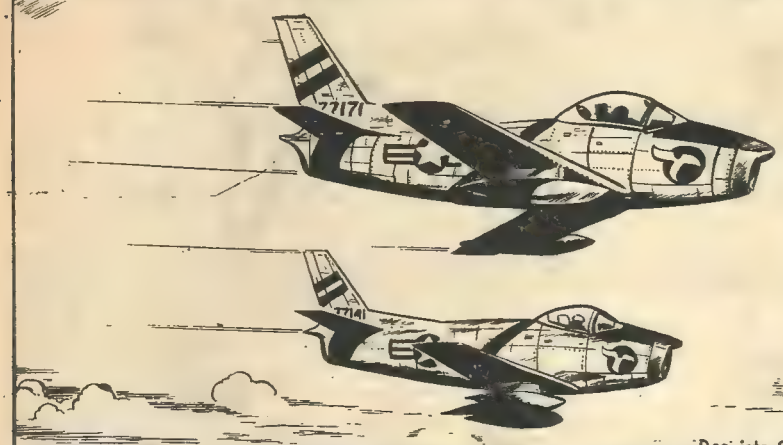
La mano encuentra el brazo de Jimmy, reconoce el reloj pulsera...

Jimmy... Es bueno... es bueno... estar contigo... y con tu madre...

Más estallidos. Pero el ataque alemán no se repite, hay un repliegue prudente. Más al norte continúa la gran evacuación. Allí quedan Nat Warren y su hijo Jimmy, dos caídos más entre los miles de muertos que hacen posible el milagro de Dunkerque.

ROBERLLAMA/COLUMBEROS

TODOS LOS QUE CAEN



Por GERMÁN STURGISS

Dibujos de HORVATH

Dos jets Sabre F-86 en el cielo de Corea. Proa hacia el río Yalu, hacia el enemigo.

El capitán Fred Chester es quien primero descubre los Mig 15.

Atención, Allan... Tenemos visitas... A las tres en punto.

¿A cinco Mig les llamas "visitas"? ¡Yo diría comité de recepción!

Los dos Sabre enfilan ya hacia los Mig.

¡Cuantos más sean, más serán los que puedan caer! ¡Ya mismo les mojamos la oreja!

¡Lo que tú ordenes, Fred! ¡Yo te sigo!

Se disgrega la formación enemiga. Sin reparar en la diferencia numérica Fred Chester ataca al Mig más cercano, lo persigue, rápidamente acorta las distancias.

Son inútiles las maniobras del Mig para escapar del acoso. Fred se concentra en el ataque, sabe que tiene las espaldas bien cubiertas por Allan Stewart.

Ya está el Mig en la mira del Sabre. Fred aprieta el botón que dispara los cañones. El retroceso de la artillería hace retemblar al jet.

8500

ROBERLLAMA/COLUMBEROS

Los proyectiles de grueso calibre dan en el blanco. Salta la cobertura de la cabina.

¡Va a tirarse en paracaídas!

Pero antes de que el piloto del Mig accione el asiento eyector que podría salvarlo, se produce el estallido.

Una súbita bola de fuego y enseguida sólo torcidos fragmentos metálicos cayendo a tierra. El Sabre hace un viraje cerrado, ahora sí hay que pensar en los otros Mig .

Como una nube... Fred Chester ve todo borroso; la tremenda fuerza centrífuga le está dejando el cerebro sin sangre.

Ya pasará... ya pasará... siempre pasa enseguida... siempre...

Pero no... ¡no pasa! La vida de Fred Chester está en suspenso... No ve, no oye, durante un lapso que nunca sabe cuánto dura...

Gritos en los auriculares. Fred sacude la cabeza, vuelve a estar en la cabina del Sabre que rápidamente está perdiendo altura.

¿Qué te pasa, Fred? ¿Estás bien? ¡Fred! ¡Contesta!

Fred tira de la barra de control, el Sabre responde al instante; de nuevo gana altura.

No me pasa nada, Allan... Estoy bien... ¿Y los Mig ?

¡Cómo! ¿No lo viste?

¡Mandé un Mig al mismísimo infierno, cayó allá, tras las colinas! ¡Los otros se acordaron de que era hora de almozar y se marcharon! ¿Pero qué te pasaba, para que no vieras nada?

Fred Chester no confesará nunca el prolongado desmayo. Podrían prohibirle volar.

Fue algo en el motor... Debió tragar algún pedazo del Mig que estalló. Me tuvo mal, creí que caía. Pero debe de haber sido muy poca cosa porque ahora anda otra vez al pelo.

¡Lástima que no haya más Mig para volver a probar puntería!

No tanta lástima... ¡No veo la hora de festejar en el bar!

Allan Stewart tiene razón, es estupendo celebrar con los compañeros el primer enemigo derribado. Aunque el recuerdo del desmayo muerda allá en el fondo.

Mientras el coro repite el mismo canto por vigésima vez, Fred Chester no puede dejar de pensar.

(Tiene que haber sido un malestar pasajero... ¡Nunca tuve nada hasta ahora!)

Ya en la soledad de su cuarto, Fred Chester goza del mejor momento de la victoria: ponerla en el papel, en la carta que le escribe a su madre.

Días más tarde, a miles de kilómetros de Corea, en Pines Town, California, la señora Louise Chester oye el timbre inconfundible de la bicicleta.

Louise Chester se alisa el delantal, corre a atender la puerta.

¡El cartero!

Sí, es Joe Craig, el cartero que trae las cartas desde que Fred aprendía a caminar. Desde el portón del jardín está mostrando el sobre.

¡De Freddie, señora!

Louise Chester trata de no mostrar demasiada prisa, pero el sobre parece abrirse solo.

Parece que Freddie está bien, ¿no?

¡Sí! ¡Ya logró su primera victoria!

Se va Joe Craig. Y Louise Chester queda sola. Sola, con la carta y el retrato de Fred.

Freddie...mi Freddie... Tan feliz que pareces por haber derribado un Mig... ¡Pero a mí no me engañas! ¡Yo sé el peligro que estás corriendo! Luchar en Corea no es un juego, como quieres hacerme creer...

El retrato de Fred... ¡Cómo hace recordar las palabras que dijera hace tan poco tiempo...!

"Mamá... tú misma me enseñaste a darme..."

¡Cuántas cosas dijo Fred aquel día, cuando le anunció que iba como voluntario a Corea!

"Volar es mi manera de darme a la patria, mamá... ¿Patria? Patria es todo lo que se te parece a tí, mamá... A tí, y al recuerdo que tengo de papá..."

"Nunca soportaría la idea de que otros se jueguen la vida para que yo pueda vivir, para que yo pueda gozar... ¡Si no voy a Corea, mamá, seré para siempre un ladrón!"

Había tanta limpieza en la mirada sin sombras de Freddie... Louise Chester tapó aquel día el llanto con una sonrisa, y allá partió el Douglas Llevándose a Freddie y a otros sesenta futuros combatientes.

¿Cuándo, cuándo se terminará todo esto, Dios mío? ¿Cuándo?

Al día siguiente de la primera victoria Fred y Allan buscaron en el tablero la próxima misión que les tocaba.

Pero... ¿y mi nombre? No lo veo por ningún lado... ¡A tí te pusieron en pareja con Curran!

¡Debe de haber un error! ¡Cómo te van a dejar sin volar!

Una voz grave les habla a sus espaldas.

No, Fred... No es un error. Venga, lo estaba esperando. Usted y yo tenemos que hablar.

No es común que el coronel Gunther, jefe del escuadrón y as de la Segunda Guerra Mundial, les hable con tanta seriedad. Ni que invite a Fred a sentarse...

Perdóneme si soy un poco brusco, pero ya me conoce...

... no sé andarme con vueltas... Lo siento, Fred, pero... ¡pero usted no puede volar más!

¿Qué? ¿Por qué? No entiendo...

El coronel Gunther tiene una carpeta sobre el escritorio.

Tengo aquí un informe del Servicio Médico... Reconocen haber cometido un error cuando la última revisación. Parece ser, Fred, que su electrocardiograma no fue debidamente estudiado...

Ahora se apresuran a reparar el error: de acuerdo con los análisis usted tiene un problema cardíaco muy poco frecuente. Un problema que en la vida diaria quizá nunca se hubiera hecho notar.

Pero que puede resultar fatal en un piloto de jet... ¿Nunca se sintió desvanecer al salir de una picada, o durante un viraje demasiado cerrado?

Este... no, no, señor...

Fred Chester miente en un desesperado esfuerzo por invalidar el informe. Pero el coronel Gunther es terminante.

Lo aprecio demasiado, Fred, para no hacerle caso a los médicos.

Sé cómo se sentirá quedándose en tierra mientras todos los compañeros alzan vuelo: a mí me pasó lo mismo cuando me aterrizaron por viejo.

Le costará acostumbrarse a la idea de no volar más. Hasta que comprenda que también en tierra se puede servir a la patria. El coraje de los combatientes sólo fructifica si el personal de tierra sabe cumplir con su deber.

Sí, costó mucho adaptarse. Pero muy pronto comprobó Fred la verdad de las palabras del coronel. El trabajo de organización y planeamiento, aunque no tan romántico, es tanto o más importante que la puntería con las ametralladoras. Fred Chester se entregó al trabajo en tierra con la misma devoción con que hasta hacía poco volaba.

En Pines Town, California, Louise Chester recibió una nueva carta de Fred.

¡De Freddie, señora!

Louise Chester ya tiene práctica en leer con los ojos húmedos.

"...desde luego, trabajar en el Estado Mayor no es para mí lo mismo que volar. Pero es tanto lo que depende de nosotros... Un solo error en los planes puede ser la muerte de muchos de nuestros pilotos..."

¡Grandes noticias! ¿Eh?

Sí, Joe... ¡Nunca esperé recibir una noticia tan buena! ¡Freddie trabajando en el Estado Mayor! ¡Y no volando más!

Poco después, en la soledad del pequeño living...

Freddie...; ¡ahora sí que estoy segura de que volverás! ¡Qué día más dichoso será ése!

Pero... ¿está realmente segura? No, la verdad que no... ¡Nunca está seguro un corazón de madre! De nuevo el miedo oprimiendo el corazón, haciéndolo sangrar.

¿Cuándo terminará esto? ¿Cuándo?

Fred Chester trabaja con tanto celo, es tanta su capacidad que en poco tiempo se convierte en una pieza esencial en el bien aceitado engranaje del Estado Mayor.

El trabajo aumenta día a día. Fred no pisa el bar, no existen los días de franco para él. Siempre es el último en retirarse a descansar.

A dormir, Fred... Sólo nos quedan tres horas de sueño... ¡Y quién sabe con qué emergencia tropezamos mañana!

El coronel Gunther sabe lo que dice. La creciente presión del enemigo, reforzada por el enorme poderío de los chinos, obliga a extremar los recursos. Hay que multiplicar las misiones, el apoyo aéreo es lo único que sostiene a los "marines" en retirada desde el Yalu.

A la presión de las fuerzas de tierra el enemigo sumó una nueva táctica para sus aviones. Mig con base en Antung empiezan a interceptar a los Sabre que regresan al sur luego de haber combatido sobre el "corredor de los Mig ", como todos llaman a la tierra de nadie entre los ríos Yalu y Chongchon.

Con poco combustible, y a veces hasta sin tiros, los Sabre resultan presas fáciles. Las pérdidas de pilotos suben en forma vertical.

El coronel Gunther y sus ayudantes viven horas muy amargas.

Tenemos máquinas de sobra. Pero nos estamos quedando sin pilotos. Pedí refuerzos, pero pasarán semanas antes de que los "nuevos" puedan pelear contra los Mig . ¡Y los "marines" necesitan de apoyo aéreo ahora, no dentro de semanas!

Tome estas carpetas, Fred. Es un recurso extremo, pero no veo otra solución. Son los legajos de los pilotos que están convaleciendo en el nospital. ¡Estúdielos, y hágame una lista con los que, aunque no estén todavía del todo recuperados, por lo menos puedan volar!

Sí, señor

Esa misma tarde la lista queda completa. Fred Chester se la presenta al coronel Gunther.

¡Estupendo! ¡Ocho pilotos que nos vienen de perlas! Sullivan, Difiori, Merchensky... Pero... ¡Un momento! Este último nombre...

¡El capitán Alfred H. Chester es usted!

Sí, señor.

¡Si mandamos al frente a tantos que no están en perfectos condiciones para volar bien puedo volar yo, que apenas si tengo una irregularidad cardíaca tan leve que ni se sabe si es peligrosa o no!

Durante un largo rato los ojos del coronel Gunther se demoran en la lista. Por fin...

Jaque mate. ¿Qué puedo contestarle, Fred?

La mano del coronel estruja el hombro de Fred.

¡Que me la ganó, Fred! ¡Y que lo envidio desde el fondo del corazón! ¡Vaya, póngase ya mismo en pareja con Allan, que ayer perdió a Curran!

Otra vez en el aire. Dos misiones no demasiado peligrosas, para "retomar la mano", elegidas por el coronel. Y enseguida al "corredor de los Mig ", donde los "marines", castigados por el peor invierno de los últimos ciento cincuenta años...

...y por el hostigamiento incesante de un enemigo engolosinado con la victoria, libran una de las acciones de retaguardia más duras en los anales del ejército norteamericano.

¿Listo para volver a jugar en primera división, Fred?

¡Más que eso, Allan! ¡Listo para ganar por goleada!

Seis Sabre en el aire. Despegaron de K-13, la base cerca de Suwon, y ya sobrevuelan el río Han, a trece mil metros de altura.

Llegan al borde del "corredor de los Mig ", pero no lo penetran. El coronel Gunther se propone anular la nueva táctica de los Mig : los seis Sabre atacarán a los Mig que, desde Antung, traten de abatir a los F-86 que regresan desde el Yalu.

¿Ves algo, Fred?

Nada todavía, Allan... Ni "buenos" ni "malos"... ¿No nos habremos equivocado de estadio?

Atención, Allan... A las cinco, abajo... Tres, cuatro "amigos" regresando...

Fred Chester trata de aparecer despreocupado, pero ya está bajo la mordedura de la angustia. No teme al combate inminente... ¡lo que teme más que a los Mig es al propio corazón, que en cualquier momento puede volver a traicionarlo!

Ya los veo... Uno de los "amigos" viene bastante castigado... ¡Qué manera de soltar humo!

Si mantiene la altura conseguirá regresar a la base.

Pero... ¡Atención, Fred! ¡Se despertaron los Mig ! ¡Mira! ¡Una docena!

¿Una docena? ¡Ojalá fueran tan pocos! ¡Yo cuento dos docenas!

Fred Chester traga saliva. Por algo estuvo en el Estado Mayor. De un golpe comprende la situación. Previendo el refuerzo de los Sabre , el enemigo se lanza con todo, para asegurarse de una vez el dominio sobre el "corredor".

(La suerte de los "marines"..., ¡la suerte toda de la guerra depende de lo que ahora pase aquí! ¡Y somos apenas seis contra veinticuatro!)

El líder de la formación, el mayor Curzon, un as con siete victorias en su haber, no vacila...

Caballeros... empieza la contradanza... ¡Al abordaje, hermanos de la costa!

Separados en parejas, los Sabre son tres flechas hendiendo las formaciones enemigas.

Fred Chester se concentra en el Mig que rápidamente crece en el centro de la mira. El Mig trata de apartarse, pero ya Fred está apretando el botón disparador.

Los bien dirigidos proyectiles llegan a destino. Fred alcanza a ver al piloto enemigo retorciéndose en la cabina.

Es inútil perseguirlo más. Un viraje cerrado y ... ¡y de nuevo la niebla del desmayo algodonándole el cerebro!

(No.. no debo... desmayarme... no...)

Un grito en los auriculares puede más que el corazón que quiere claudicar.

¡Ayuda, Fred!

Por entre la niebla del desmayo Fred Chester alcanza a ver el Sabre de Allan acosado de cerca por un Mig... La niebla se disipa.

¡Tengo un bandido encima...,no me lo puedo sacar!

¡Ahí voy, Allan!

La metralla arranca pedazos de fuselaje.

Tendré que saltar...

¡Todavía no, Allan!

Fred Chester cae sobre el Mig como un ave de presa. Le cañonea el costado, los proyectiles calibre 50 del Sabre aciertan en los tanques del Mig...

¡No te molestará más, Allan! ¿Cómo estás?

Allan Stewart apoya la cabeza en un costado de la destrozada cabina. Está empapado en sangre desde la cabeza a los pies. Sabe que la vida se le va.

No demasiado bien, Fred... Pero trataré de regresar... creo que podré... Y... ¿Y los Migs?

Los ojos de Fred recorren inquietos el cielo. Muy alejado, cayendo, humea un Sabre. Un laberinto de estelas de humo cuelga inmóvil en el azul. Y allá los ve...

(Ocho Migs, todavía... Se están reagrupando...)

Los demás Sabre han hecho estragos en el enemigo antes de caer. Pero ocho Mig siguen siendo muchos.

(No nos persiguen... Se quedan a esperar al grueso de los Sabre que regresan del Yalu... Los barrerán, y será la gran victoria del enemigo...)

(Nadie me dirá nada si regreso escoltando a Allan... ¡Son ocho!)

(Además, estoy muy bajo de combustible... ¡Si los ataco no podré volver nunca a la base!)

Mínimos puntos negros, allá entre la bruma, hacia el norte. Es el grueso de los Sabre del Yalu, que ya regresan. Unos momentos más y les caerá encima la emboscada de los Mig .

Escucha, Allan... ¿Crees que podrás regresar solo?

¿Qué importa... mi regreso, Fred? Acuérdate... de la regla... no abandonar nunca... una misión... por proteger... a un averiado...

Buena suerte... Fred...

No más dudas. Un amplio viraje, y Fred Chester enfila hacia los Mig .

Cerca de Mach 1, la velocidad del sonido, el Sabre se precipita sobre el enemigo. Ya un Mig en la mira, Fred aprieta el disparador, las trazadoras convergen en el fuselaje del contrincante.

El Sabre del capitán Fred Chester es un demonio suelto entre los Mig . Una ráfaga certera y otro Mig pierde un ala.

Pero la reacción del enemigo es fulminante. El Sabre queda por un momento entre dos fuegos.

Con instinto de gran piloto de caza Fred aplica los frenos aéreos. Como dos bólidos lo pasan rozando los Mig .

Al instante, el Sabre está cañoneando al más rezagado de los Mig ; una densa humareda dice de la puntería exacta.

Enseguida al otro... Vuela la cobertura de la cabina, el piloto se lanza al espacio en el asiento eyector, despedido por una carga explosiva.

Ni señales de desmayo... ¡Parece que el remedio era perder mucha sangre!

Un viraje cerrado, hay que seguir atacando. La fuerza centrífuga le atormenta el cuerpo...

Furioso duelo de frente contra otro Mig... No, el Sabre de Fred Chester no se apartará.

En el último instante se aparta el Mig, con el acribillado piloto derrumbado en la cabina.

Y no hay más Mig ; apenas si alcanza a ver a uno que escapa, los demás estarán también en plena fuga. Hacia el este, ya muy cerca, brillan al sol los Sabre que regresan del Yalu.

Buen viaje, compañeros... Con los saludos de Fred Chester para todos...

Aunque Fred sabe que la radio está muda. No le queda ningún instrumento sano en la destrozada cabina, hasta la palanca roja del asiento eyector ha sido arrancada por un balazo.

Misión cumplida... coronel Gungher...

El Sabre del capitán Fred Chester inicia la última picada.

...los Mig ...con base... en Antung... no volverán...

...a molestar... a los nuestros...

El suelo que se viene encima, en un instante la nada.

Más despacio que nunca pedalea Joe Craig, el cartero. Jamás tardó tanto en recorrer aquella cuadra.

La casa de los Ratcliff... la casa de los Medina... la casa de los Chester...

Louise Chester está cortando rosas. Joe Craig detiene la bicicleta.

Señora Chester... Un telegrama para usted.

El presentimiento ya está aterrando los ojos de Louise.

¿Freddie?

Sí...

Molestan las rosas en la mano de Louise Chester. Pero ya despliega el telegrama. Joe Craig mira al suelo. Es tan duro de ver el último dolor...

De algún modo Louise Chester reúne fuerzas para hablar.

Gracias, Joe...

Louise Chester camina ahora hacia la casa. Sin darse cuenta de que va dejando un reguero de rosas.

Se cierra la puerta. Y otra vez pedalea Joe Craig. ¿Cuántos telegramas como éste habrá que entregar todavía?

Los que caen por acción del enemigo no son todos los muertos de una guerra...

FIN

ROBERLLAMA/COLUMBEROS

"CAPO" DE PARTISANOS

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CARAMUTA

Es tan grande el impacto que el viejo Marcello Rambaldi se detiene en seco.

Los alemanes han estado requisando alguna aldea. Y regresaban con el botín a la ciudad cuando se les pinchó la goma.

Marcello Rambaldi es sabio en hambre desde siempre. El campo nunca rindió gran cosa. Pero últimamente, con la ocupación alemana, el hambre se agravó.

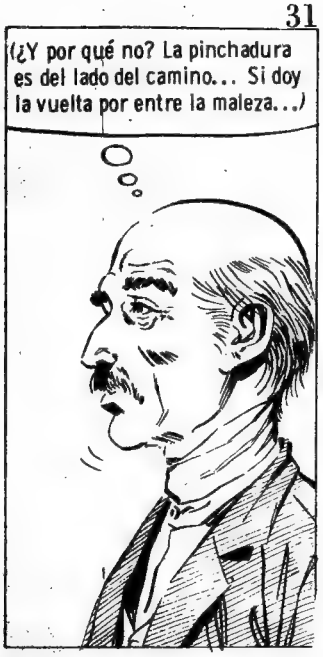
Pero al viejo Rambaldi no le atormenta su hambre. El hambre que le duele es el hambre de los suyos, sobre todo de los nietos. Los ojos enormes en las cabecitas demasiado grandes para los cuellos tan delgados, los pulmones tosiendo siempre, las piernas flacas con llagas que no curan nunca.

ROBERLLAMA

¡Eh, tú, abuelo! ¡Cuando necesitemos un espantapájaros te avisamos! ¡Por ahora te vas yendo!

Con su atado de ramas secas al hombro se aleja el viejo Marcello Rambaldi. Llega al recodo.

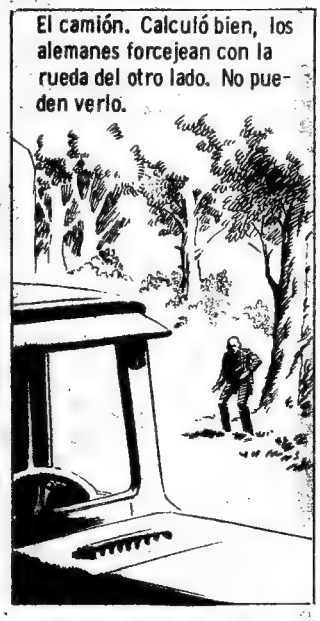
Pero no sigue. Ya no pueden verlo los soldados.
(Si pudiera sacarles a los boches un jamón... O un queso... ¡Aunque sea de los más chicos!)


(¿Y por qué no? La pinchadura es del lado del camino... Si doy la vuelta por entre la maleza...)

No se llega a los setenta años sin oídos para la prudencia.
(¿Te has vuelto loco, Marcello? ¿Te das cuenta de lo que puede pasarte si te pescan? ¡Cuatro tiros!)

Pero hace cinco días que Marietta, la más pequeña de las nietitas, no puede levantarse. El doctor fue claro...: "¡Si Marietta no empieza a comer ya mismo en abundancia tendrán que llamar al sepulturero, no a mí!" Marcello Rambaldi deja en el suelo el atado de ramas.
(Un queso solamente... ¡Aunque sea chico!)

Agazapado, el viejo Rambaldi avanza por entre la maleza. Como cuando espiaba a las liebres dando de mamar a los lebratos, junto con Vasco, el mayor de los nietos.
(Me gustaría tanto que Vasco estuviera aquí... ¡Pero no, mejor no! Podría pasarle algo...)


El camión. Calculó bien, los alemanes forcejean con la rueda del otro lado. No pueden verlo.

Despacio, sin hacer ruido. Los últimos metros... Ya llega junto a la caja del camión. La suerte ayuda: los alemanes, buscando quizá alguna herramienta, bajaron la tabla que la cerraba.
(Aunque sólo sea un queso chico...)

Aunque sólo sea un queso chico... Pero,¿por qué conformarse con poco? ¡Si hay para elegir! Ese jamón, por ejemplo... no es demasiado grande, podrá llevarlo con facilidad.
(Despacio, Marcello... No hagas ruido...)

Retira el jamón de la pila. Pero...
TUMP!

Un queso se desplaza... rueda...cae... Abrazado al jamón, Marcello Rambaldi echa a correr.

La maleza lo esconderá..., pero por ahora lo retrasa.

¡Ahí va!

Ya se cierra la maleza detrás de Marcello Rambaldi.

¡Lo hice!

No sabe que los soldados han tenido tiempo de sobra para apuntar...

BANG! BANG!

Disparos exactos. Ya no late más el viejo corazón.

Uno que no robará nunca más...

Muy triste, muy desolado el entierro de Marcello Rambaldi. Se hizo querer mucho, hasta los más pequeños lo lloran.

Pobre... ¡Pobre "nonno"!

Pero quien más lo siente es Vasco, el mayor de los nietos. Se van todos, y él sigue sin poder apartarse.

Tan amigos, siempre, el abuelo y Vasco... Tantos días de sol, de campo, de río. Hablando de pájaros, de árboles añosos, de liebres y ranas, de flores escondidas entre la hierba.

El abuelo nunca aprendió a leer. Pero sabía del cielo y de la tierra. Caminar a su lado por las colinas era cada día una aventura nueva. Siempre se encontraba algo, una piedra de colores, un pichón, una crisálida floreciendo en mariposa, alguna memoria antigua.

ROBERLLAMA

Por el camino, solo con su pena, va el muchacho. En el cruce con el atajo al bosque se le une Gigio. Ya sabe lo del abuelo, los dos amigos caminan durante un largo rato en silencio.

Pobre abuelo... Se hizo matar por nosotros.

Nos dio la gran lección. Tenía más de setenta años, pero se jugó igual. Yo tengo ya quince años, voy para dieciséis y...

...y todavía no he hecho nada.

¡Cállate! ¿Oyes eso? ¡Gritos!

¡Y tiros!

¡Allí! ¡Entre los matorrales!

¡Un partisano!

¡Es Landuzzi, el electricista!

El hombre viene como enloquecido por el pánico, tropieza, cae largo a largo...

¡Los alemanes! ¡Me persiguen!

El fugitivo se rehace, sigue huyendo. Es tanto su terror que no recoge el fusil.

El fusil...

El fusil... los alemanes... el abuelo muerto... Vasco Rambaldi no lo piensa, sale del escondrijo.

¡Cuidado, Vasco! ¡Los alemanes!

Vasco empuña el arma. Ya vienen los alemanes, tres soldados. Trata de apuntarles.

BANG!

Nadie le dijo nunca a Vasco cómo se alinea la mira de un fusil... El disparo va a dar contra los árboles. Tampoco sabe cómo manipular el cerrojo para que entre otro proyectil en la recámara.

Pero bastó el disparo, los alemanes temen caer en una emboscada, se apartan, buscan el amparo del arroyo.

Y caen justamente en lo que querían evitar... ¡Van en
derechura de otros dos partisanos allí apostados!
BANG!
BANG!
BANG!

Los dos soldados más adelantados ruedan por el impulso de la carrera. El tercero trata de hacer fuego pero dos nuevos balazos lo estrellan contra un tronco.
BANG!
BANG!

Salen del arroyo los dos partisanos.
Pronto... Quitémosles las armas y las raciones. ¡Apuremos, que puede haber más!

Un momento más tarde los dos partisanos se acercan a los dos muchachos, que los miran aturdidos.
¡El "Urso"!

¿Quién no oyó hablar del "Urso", el gigantesco y legendario jefe de los partisanos del Po?

¿Fuiste tú el que disparó?

Este... Sí...

La verdad... ¡Es la primera vez que tiro! No sé apuntar.

¡No tienes que disculparte, muchacho! ¡Gracias a tu tiro se metieron solitos en la trampa!

El que debía haber disparado era Landuzzi... ¿No lo vieron?

Sí... Este fusil es suyo... ¡Escapó por allí!

¡Pues vayan escapando ustedes también, muchachos! ¡Un poco más y todo esto hervirá de alemanes! ¡Hasta pronto y gracias otra vez por el favor!

Pero...

Vasco trota junto al "Urso".

¡Un momento, señor "Urso"! Soy Vasco Rambaldi... ¡Ayer mataron al abuelo!

¿Puedo ir contigo? ¡Aprenderé enseguida y seré tan bueno como el mejor! ¡Nunca dejaré el fusil como Landuzzi! Mataron al abuelo, señor "Urso"...

El hombrón se detiene. Sus ojos se demoran en los del muchacho. La manaza, inesperadamente tierna, le acaricia la nuca.

Gracias, Vasco. Ya sé que puedes ser un buen partisano, coraje te sobra.

Pero por ahora no necesitamos gente. Un partisano de más sería un lastre. Es muy difícil la vida en el monte, nos falta de todo.

Pero si nos haces falta te llamaremos, descuida. Por ahora vuelvan a casa... ¡También se ayuda a Italia Libre cortando leña para mamá! ¡O lavando los platos!

¡Chau!

Se alejan los partisanos a campo traviesa, en un momento los devora el paisaje. Dos cuervos revolotean allá, sobre los caídos. Vasco y Gigio escapan también.

Al día siguiente Vasco se encarga de las tareas que hacía el abuelo, junta ramas en el bosque.

Aquí fue donde mataron al abuelo... ¡Si alguna vez descubro cuál fue el alemán que lo mató...!

Pero es inútil rumiar el odio. El hambre con frío duele mucho, Vasco Rambaldi quisiera llegar a casa cuanto antes. Al comenzar el empedrado se encuentra con Gigio.

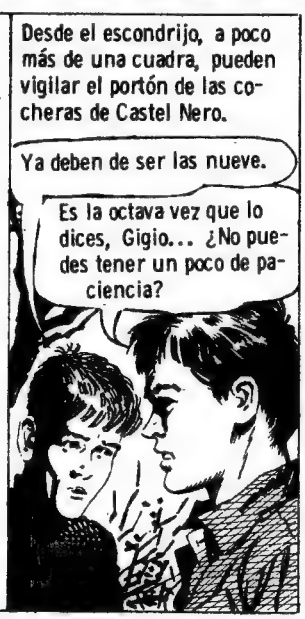
Te esperaba, Vasco. Quiero mostrarte algo.

Gigio tuerce a la izquierda, llegan a la tapia que cierra las cocheras de Castel Nero, la mansión de los Alberi, los antiguos señores del lugar.

Mira adentro cuando lleguemos al portón, Vasco. No cierran nunca la verja, está demasiado oxidada.

ROBERLLAMA

La noche. Del lado del río sube una niebla helada, es hora para acurrucarse junto al fuego. Vasco y Gigio tiritan en la maleza.



El coche del general Blacher pasa delante del escondrijo, por un instante los encandilan los faros encendidos.

¿Nos habrá visto?

¡Imposible!

Siguen esperando. Dos soldados más salen. Ríen, se palmean entre sí.

Se ve que el gato no está.

Ahora cruzarán la calle y se meterán en aquella casa... El viejo Nozzi les da vino. ¡Con tal de sacar algún beneficio sería capaz de convidar al mismísimo Satanás! Hasta veinte alemanes suelen juntarse allí.

Vasco Rambaldi se incorpora.

Eres un genio del espionaje, Gigio... ¡Sí, el camión quedó sin vigilancia! ¡Vamos!

Corren agazapados y sin ruido, bien pegados a la tapia. Llegan hasta el portón.

Confirmado.... ¡No hay nadie!

Ningún soldado a la vista en el patio de las cocheras. La quietud no puede ser más completa.

¡Vamos!

Otra breve carrera los llevan hasta el camión.

Nunca creí que todo sería tan fácil.

No cantes victoria antes de tiempo, Gigio... ¡Todavía no lo sacamos!

Siempre agachado y sin hacer ruido, Vasco abre la portezuela y estira la mano tanteando el tablero.

¡Sí! ¡Tiene la llave puesta!

Pero... ¡Quieto, Vasco!

¿Qué te pasa?

Oí un ruido...y me parece que allí se movió algo.

Vamos, son los nervios... Yo entro y lo hago arrancar. Entonces subes tú.

Resuelto a todo, Vasco trepa a la cabina. Alarga la mano hacia la llave de contacto pero en ese momento algo muy duro se le clava en las costillas.

Pero...

¡El "Urso"!

¡Sí, yo! ¿Qué haces aquí?

ROBERLLAMA

El empujón del "Urso" es terminante, Vasco casi rueda sobre las piedras. Los dos muchachos trotan sin ruido hasta el portón. Se escabullen fuera.

El ruido de la breve lucha llega hasta el general. El conductor se dispone a bajar, pero el general lo contiene.

Cuide usted el coche, Kurt. Voy yo. Déme la linterna.

El general Blacher es un hombre valiente, conquistó el grado a fuerza de coraje. Pistola en mano, enciende la linterna.

¡Landuzzi! ¿Qué pasa?

Al instante ve al caído. Le mana sangre de la cabeza. Y a los muchachos, Vasco está recogiendo el revólver de Landuzzi. El general Blacher apunta.

Y enseguida aprieta el gatillo.

BANG!

BANG!

Certeros, los disparos dan en el blanco.

El general Blacher se inclina sobre el caído Landuzzi.

Landuzzi...

Pese al tremendo dolor de la herida, Vasco levanta el revólver. Pero le resulta pesadísimo...

Por fin...

BANG!

Casi no apunta. Pero la distancia es tan corta... Gira sobre sí mismo el general Blacher, el "carnicero del Po". Con un balazo en la sien.

Ya crepitan entretanto, los balazos en Castel Nero. Alertados por el tiroteo, el "Urso" y sus partisanos logran zafarse de la emboscada.

ROBERLLAMA

Doblan a la carrera por la calleja. Una ráfaga de metralleta elimina a los conductores que se inclinaban sobre el general.

¡Mira, "Urso"! ¡Mataron al "carnicero"!

Fueron ellos... Vasco y Gigio... ¡Hicieron lo que nosotros no pudimos!

¡Llevémoslos! ¡Vasco respira todavía!

Landuzzi está muerto.

Aparecen soldados sobre la tapia, descargan sus armas. Pero los partisanos huyen en el camión.

Landuzzi recibió lo que merecía. ¡Ya me sospechaba que era un Judas!

El largo desmayo de Vasco Rambaldi se prolonga hasta que lo acuestan en el suelo frío de la cueva.

¿Dónde... estoy?

Estás en nuestro cuartel secreto, Vasco. Donde sólo entran muy pocos partisanos.

Perdona si te creí demasiado chico para partisano... Aunque no te mentí cuando te dije que no necesitamos gente. Lo que sí necesitamos...

...es algún tipo joven y decidido que nos dirija a todos... Un verdadero "capo"... Después de lo de esta noche hemos resuelto que tú... que tú serás el "capo". ¡El "capo" de todos nosotros!

Vasco Rambaldi sonríe. No lo engañan las palabras del "Urso". Si le mienten así es porque saben que se muere. No importa, igual hace bien oír al "Urso"... ¡Que todos crean que lo han engañado, que muera feliz!

Además... ¿Y toda esa luz? ¿No es el abuelo el que entra?

Vamos, Vasco... ¡Aunque el sol de abril no termina de derretir todavía la nieve, ya están queriendo reventar las yemas de los manzanos! ¡Son una gloria de ver!

¡No apures tanto, abuelo! Todavía estoy un poco cansado...

Dos nuevas cruces en un lugar escondido del monte. Es el cementerio secreto de los partisanos. Talladas a cuchillo, en una se lee "Gigio". En la otra: "Vasco-Capo".

VASCO - CAPO

GIGIO

FIN

ROBERLLAMA

LA BESTIA DE SKULL VALLEY

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de GÓMEZ SIERRA

Alvin Tapper se despierta con la sensación de haber oído algo.

(Una rama que se rompió... ¿Algún animal?)

Pero el resto del pequeño campamento de cazadores sigue en calma absolutamente. Los dos compañeros de Alvin Tapper duermen junto a las brasas de la hoguera semiapagada.

(Me habrá parecido...)

La luna, reina y señora de un cielo sin nubes, presta su helada belleza al paisaje de cerros y pinares.

(A seguir durmiendo, Alvin... Mañana tendremos mucho trabajo cazando por la parte norte de Skull Valley.)

Vuelve a acostarse Alvin Tapper, se arrebuja en el abrigo cálido de la bolsa de dormir. Cierra los ojos.

Por eso no puede ver la sombra que lenta y silenciosamente se le va acercando...

Sólo abre los ojos cuando la sombra oculta la luna...

Pero... ¡No!

¡Socorro! ¡Socorro!

8625

Columberos.blogspot.com.ar

Los aterrados gritos de Alvin despiertan a los compañeros. Manotean las armas, ven algo que se mueve entre las sombras y disparan.

Algo muy pesado, incontenible, golpea contra Alvin Tapper, lanzándolo contra la roca.

Es una forma oscura, monstruosa; salta a un lado y se hunde en el pinar.

Tanta ha sido la sorpresa, tanta la agilidad de la gigantesca figura, que ninguno de los disparos da en el blanco.

"Fractura de cráneo. Al golpear con gran fuerza contra la saliente rocosa...", es el diagnóstico del doctor Cromwell, que llega a la mañana siguiente acompañando al sheriff Lacey.

Todavía dura el espanto en los compañeros de Alvin Tapper.

Lo vimos muy mal, lo único que sé es que corría como torcido, a los saltos... He cazado osos en Alaska, y nunca vi nada parecido... Claro que con la noche y la sorpresa... ¡Pero no, oso no era!

El sheriff Lacey se rasca bajo el sombrero.

Por supuesto que no pudo haber sido un oso... ¡Hace más de cuarenta años que fue cazado el último "grizzly" del valle! ¿Alguna huella, Melchior?

Arena fina, cerca del lugar donde cayó Alvin Tapper. Allí están, impresas claramente, las pisadas... Son tan claras y tan nítidas, que el misterio se ahonda aún más...

Columberos.blogspot.com.ar

Las huellas de un oso son fácilísimas de reconocer. ¡Pero éstas no se parecen a nada que yo haya visto antes! ¡Y eso que he estado en safaris en Africa y en el Amazonas!

La extraña muerte de Alvin Tapper enciende los comentarios en Skull Town. Los pobladores, casi todos expertos del bosque y la montaña, se creen con derecho a opinar. Hierve la polémica en "Murray", el bar.

STORE

Estos millonarios metidos a cazadores son todos iguales. No distinguen un ciervo de una vaca... ¡Quién sabe lo que habrán visto para asustarse así!

No tanto, Max...

El sheriff Lacey y Thomas, el diputado, saben tanto del bosque como cualquiera de nosotros. Los dos juran que las huellas eran algo nunca visto... ¿Qué dices tú, Gabor?

Gabor es un viejo trampero; se jacta de haber acampado con los últimos indios apaches que hubo en Skull Valley.

Cuando yo vi las huellas ya el viento las había casi borrado, no puedo decir nada en firme...

Pero anoche había luna... ¡Y ya se sabe cómo la luna le afloja la cabeza a mucha gente! Osos por aquí no hay. Tampoco alces... ¡Los bichos más grandes en todo el valle son los ciervos y los coyotes! ¡Francamente, yo creo que Tapper y compañía se asustaron de alguna sombra y pensaron que los visitaba Frankestein!

Pero para susto sería demasiado... ¿Cómo explicar tamaño porrazo contra la roca? ¡Tapper tenía el cráneo casi aplastado!

¿No habrá sido un crimen? ¿Qué sabemos si los dos compañeros del muerto son tan respetables como parecen?

El doctor Cromwell, hasta ahora callado se decide a hablar.

Respetables o no, ninguno de los dos compañeros del muerto, ni siquiera los dos juntos, tendrán nunca la fuerza suficiente para hundir así el cráneo de un hombre como Tapper. ¡Lo que lo embistió con tanta violencia debía pesar por lo menos cuatrocientos kilos!

El doctor Cromwell se acerca a un hombre que bebe solitario su cerveza.

Me gustaría conocer su opinión, Russell... Sin ofender a nadie, usted es el cazador de mayor experiencia en todo Skull Valley.

Todos miran al interpelado. Ahora está retirado, pero durante treinta años Mark Russell fue cazador profesional en Africa, en la India, y en el Borneo...

Muchas gracias por el elogio, doctor...

TWISTED LINES!
IN
APTITE
afety Snaps
SAFETY LOCK
20 lb. 10¢
HUNT &

Columberos.blogspot.com.ar

Pero cuando volví aquí dije que no cazaba más animales, lo dije en serio. Si me metiera a opinar en el caso Tapper podría verme obligado a salir a cazar, cosa que no pienso hacer. Por lo tanto prefiero callar. Además, aquí hay muchos cazadores tan capaces como yo... Por ejemplo Gabor, el mismo sheriff, Crawford...

Un vaso de whisky que se apoya con fuerza en el mostrador interrumpe a Russell.

¡Yo sé qué clase de bestia fue la que atacó a Tapper!

Atónitos, todos los ojos se vuelven hacia Aiken, el encargado del correo y corresponsal del "Herald"; pasa por ser el mejor conocedor de la historia del valle. Aiken se toma su tiempo para explicarse, goza con la expectativa.

Por fin se dispone a hablar.

Hacia el oeste, entre las montañas, hay valles todavía muy difíciles de penetrar; seguro que hay sitios que ni los indios visitaron nunca... Mi idea es que en alguno de esos valles perdidos...

...puede haberse conservado algún resto de vida prehistórica... La bestia que mató a Tapper ha de ser un último descendiente de los "mamuts" y los otros mastodontes que antes abundaban por esos lugares...

...como todos recordarán, hace tres meses hubo un gran incendio de bosques muy arriba en la cordillera. El fuego habrá llegado al valle secreto donde vivía la bestia, y la ha obligado a bajar...

Murray's

Calla Aiken, y el espanto agranda los ojos de muchos. Pero el viejo Gabor escupe a la estufa.

Je... ¡Ojalá fuera cierto que anda suelto por aquí un bicho de antes del diluvio!

¿Se imaginan el negocio que sería para Skull Town? ¡Esto se llenaría de turistas, de cazadores, de periodistas! ¡Hasta saldríamos en la televisión!

Pero no se ilusionen... ¡Sigo creyendo que a Tapper lo mató un gran susto, y que él solito se rompió la cabeza contra la roca en el apuro por escapar! Vamos, Gerónimo... ¡a seguir cazando nutrias para vivir!

Media hora más tarde, y lejos del pueblo, corre la desvencijada "pick-up" del viejo Gabor, por un camino de cornisa que serpentea por entre rocas y pinares.

Hay quien tiene mucha imaginación... Lo del incendio de hace tres meses es verdad, durante dos semanas...

...el viento traía desde la montaña cenizas y olor a humo. Pero eso de que haya animales prehistóricos escondidos en algún valle durante miles de años me parece cosa de borrachos... ¿Qué dices tú, Gerónimo?

Gerónimo, el compañero del viejo Gabor, no llega a contestar. El camino de cornisas se estrecha, y al doblar la curva...

Pero...

¡No!

Columberos.blogspot.com.ar

Una mole oscura, deforme, un ojo enorme, una zarpa que se alza... Para evitar el choque el viejo Gabor hace una maniobra torpe...

¡La bestia!

La "pick-up" del viejo Gabor se sale del camino, da varios tumbos abismo abajo, por fin detiene para siempre su última carrera...

Una hora más tarde Charles Trevor y su hijo, dos leñadores que regresan hacia Skull Town, recogen las últimas palabras del viejo Gabor. Gerónimo está muerto, quedó atrapado en el coche en llamas.

Dile al sheriff... Charlie... que lo de la bestia... es cierto...

El delirio hace incoherente las palabras del moribundo...

Un ojo enorme... y las zarpas... ¡Esas zarpas! Nos sacó del camino... el ojo enorme... era un...

¿Qué era, Gabor?

Pregunta inútil; la boca del viejo Gabor ya sólo habla silencio.

Está muerto...

La noticia de la muerte de Gabor y Gerónimo se extiende sobre el valle como un gélido viento de terror que todo lo penetra: ya no se trata de un cazador inexperto, el viejo cazador de nutrias conocía el valle y sus animales quizá mejor que ninguno.

El sheriff Lacey, el doctor Cromwell, Aiken y otros "notables" llegan hasta la cabaña de Mark Russell, el ex-cazador profesional.

Perdone que lo molestemos, Russell... Pero usted es el más indicado para dirigir la cacería...

En el camino, en el lugar donde se desbarrancó Gabor, encontramos huellas iguales a las que había cerca de donde murió Tapper... Huellas que no se parecen en nada a las de ningún animal conocido...

Ahora somos muchos los que pensamos como Aiken. Una bestia nunca vista, descendiente de algún animal prehistórico, que salió de su valle secreto, obligada por el gran incendio de hace tres meses... Una bestia tan poderosa...

...que no podemos quedarnos cruzados de brazos... ¡Ya causó tres muertes, Russell!

Lo siento, sheriff, créame que lo siento...

Columberos.blogspot.com.ar

Pero no cuenten conmigo. Quién sabe cuántos tragos tenía adentro el pobre Gabor cuando manejaba la "pick-up"... Era un cazador veterano, pero la sugestión y el trago engañan a cualquiera...

Pero... ¿Y las huellas?

Tendría que haberlas visto yo mismo... El viento hace a veces cosas tan raras en el suelo, sheriff... Le hago un pronóstico: lo que ustedes llaman "la bestia de Skull Valley"...

...no volverá a aparecer y con el tiempo sólo será una leyenda más para contar en los fuegos del invierno. Por otra parte, *sheriff, si dejé de cazar* fue por algo... ¡Hay ya tanta muerte en la naturaleza! ¿Para qué agregarle más?

"Y hay también tanta muerte dentro de mí", agrega mentalmente Mark Russell mientras los otros se alejan. "Muerte que no olvidaré, muerte que me impide volver a cazar"...

El último animal que maté resultó un gorila viejísimo. Fue como matar a un abuelo...

Se quedó mirándome, mientras se moría... Con tanto reproche y con tanta tristeza que no lo olvidaré mientras viva.

Desalentados, el sheriff y sus compañeros regresan al pueblo: tendrán que arreglárselas sin Russell. Ninguno imagina que, en una granja cercana al río, está ocurriendo algo que muy pronto hará cambiar de parecer al ex-cazador profesional...

Marcia, la hija del granjero Ray, termina de matar una gallina.

Listo...

Marcia Ray cuelga la gallina de una rama, para que se desangre.

Ahora daré de comer a todos los c rdos. Después limpiaré la gallina...

Allí queda la gallina, goteando sangre... Cebo terriblemente atractivo para un hambre desesperada...

Algún ruido de ramas hace volver la cabeza de Marcia Ray...

¡No!

¡Socorro!

Columberos.blogspot.com.ar

El alarido desgarrador sacude a toda la granja. Enloquecen los caballos...

¡Marcia!

Marcia sigue gritando, el padre sale de la casa amartillando ya el "Winchester".

¡Socorro!

Tres veces descarga Ray un "Winchester" contra algo oscuro que desaparece en el pinar.

Ha pasado el peligro, pero es imposible hacerle contar a Marcia lo que ha visto.

¡Socorro! ¡Socorro!

Dos horas más tarde, cuando la llevan al pueblo, Marcia Ray sigue repitiendo la palabra, sólo que ahora en un gemido alucinando, demente...

¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!...

Esa misma tarde el sheriff Lacey llega a la granja de los Ray al frente de una numerosa partida de bien armados cazadores.

Vienen a caballo y con perros. Todos listos para la cacería, la mayor que jamás se vio en Skull Valley.

Este es el árbol que dijo Ray...

Son las mismas huellas extrañas, monstruosas, que aparecieron cerca de Tapper y en el camino de cornisa... Con los perros es fácil seguir el rastro pinar adentro.

¡Sangre! ¡La bestia va herida! Debió acertarle alguno de los disparos que le hizo Ray...

La bestia ha huído cerro arriba. Hay que dejar los caballos, la subida se torna muy difícil. Llegan por fin a un torrente...

Un montón de huellas... ¡Y más sangre!

Sí, brilla la sangre roja sobre las piedras claras.

Un momento, sheriff... ¡Esta sangre es fresca! ¡La bestia estuvo aquí hace un momento!

Aquello explica la creciente, desesperada excitación de los perros que tironean de las correas, pujando por escapar.

¡Y yo que creía que nos llevaba horas de ventaja!

¡En cualquier momento la tendremos encima!

Columberos.blogspot.com.ar

Hasta los cazadores más avezados sienten que se les acelera el pulso. Los perros se enloquecen por lanzarse cerro arriba.

¡Soltemos a los perros, así la "clavan"!

A los saltos y gimiendo de excitación los perros desaparecen entre las peñas. Los hombres los siguen con dificultad, cuesta trepar por la ladera tan empinada.

Un clamor de ladridos llega hasta los cazadores.

¡Encontraron a la bestia!

¡Lo están "clavando"! ¡Apuren!

Pero cuesta mucho apurar, los hombres no tienen la agilidad de los perros.

¡Qué barullo! ¡Es una verdadera batalla campal!

Pero pronto disminuyen los ladridos...

Hum... Esto no me gusta... ¡Cada vez se oyen menos ladridos!

Cuando llegan al borde de lo que parece una meseta sólo se oye algún gemido.

No debimos soltarlos...

Terminan de trepar y las peores sospechas se confirman. Una especie de circo entre las rocas ha sido teatro de una verdadera carnicería.

¡Lobo!

Fido... ¡Pobrecitos!

Columberos.blogspot.com.ar

Por primera vez en su vida el sheriff Lacey siente que le cosquillea el cuero cabelludo, hacia la nuca...

Los mató a todos... ¡Y qué zarpazos!

¿Cómo haremos para cazar a la bestia sin perros?

¡Eh, sheriff! ¡Algo se mueve allá arriba!

Antes de que ninguno alcance a apuntar una mano se agita en lo alto. Es Mark Russell.

¡Eh! ¡No tiren! Soy yo...

Mark Russell trae el Mauser que usara en Africa; del cinto le cuelga un revólver de grueso calibre; trae a la espalda una pequeña mochila.

Se decidió a venir, ¿eh?

Sí, supe lo de Marcia y me vine directamente desde mi cabaña, cortando camino.

Parece que aquí hubo combate...

Sí. Y aquí puede ver cuantas huellas quiera de la bestia... ¿Las reconoce?

Durante un largo rato, Mark Russell examina las huellas. Va de una a otra, las compara...

¿Y? ¿Qué dice, Russell?

Asombro y perplejidad nublan el rostro del veterano cazador cuando responde:

No lo entiendo... ¡Pero reconozco que usted, sheriff, tenía razón al preocuparse! Estas huellas no corresponden a ningún animal conocido...

¿Se confirma entonces lo del animal antediluviano que decía Aiken?

No lo sé... ¡Lo único que se puede afirmar con certeza es que se trata de una fiera terriblemente peligrosa! Tanto que...

...si quiere que yo le cace a la bestia, sheriff, le impongo una condición... ¡Que me deje cazarla solo!

Mark Russell no espera la respuesta. Su ojo experto ha detectado ya por dónde escapó la bestia luego de masacrar a los perros. Y se lanza en su seguimiento.

Algunas piedras removidas al trepar, gotas de sangre, ramas quebradas... Es fácil seguir el rastro ladera arriba.

No puede estar lejos... La sangre que va perdiendo está apenas coagulada...

Una saliente rocosa. Es como un balcón que da al abismo. Siempre siguiendo el rastro, Mark Russell cruza la saliente...

¿Adónde irá a parar?

Columberos.blogspot.com.ar

Se corta la saliente. Y también el rastro. ¿Será posible que la bestia haya caído al precipicio?

No, no puede ser...

Como relámpagos se encienden señales de peligro en el cerebro del veterano cazador.

La bestia sabe que la estamos persiguiendo...

¡Seguro que saltó al costado y se encaramó por las rocas! Se propondrá ponerse a mi retaguardia...

Búfalos en Africa, tigres en la Malasia... ¡Mark Russell sabe qué es cazar una fiera tan astuta como para tratar de cazarlo a uno! Se da vuelta con presteza.

¡Oh!

Una forma oscura, inmensa, que le cae encima...Alcanza a gatillar.

La cabeza de Russell golpea contra una piedra, ve venir el zarpazo...

Nunca sabrá Russell cómo elude el golpe en el último instante. Ni cómo alcanza a manotear el revólver...

Descarga el revólver de grueso calibre contra el gigantesco cráneo. Un estremecimiento eléctrico sacude al corpacho y cesa de pronto. Mark Russell sabe que la bestia está muerta.

Con trabajo logra zafarse del peso que lo ahoga. Y por fin puede verlo...

Columberos.blogspot.com.ar

Un oso... después de todo. Un oso gris... Quizá el más grande que haya existido jamás...

Pero no, no es un oso gris común. Horriblemente deformado, extensas quemaduras le han pelado la piel; tremendas cicatrices le contraen los miembros; en un costado de la cabeza tiene una gran llaga circular.

El "ojo enorme" que dijo el viejo Gabor antes de morir...

Aiken acertó en parte... El oso, una verdadera reliquia del pasado, vivió en algún valle perdido... hasta que el incendio lo corrió. Las llamas lo alcanzaron, y estuvieron a punto de matarlo.

Quedó mal de las quemaduras; las patas se le deformaron, por eso las huellas tan difíciles de reconocer. El pobre está flaquísimo, las quemaduras le impedirían cazar...

Pobre viejo, se vio obligado a buscar comida entre los hombres... Ocasionó muertes sin proponérselo: sólo me atacó a mí cuando se vio acosado...

Es un consuelo: al matar al oso, Mark Russell ha puesto fin a sus sufrimientos. El cazador enciende la pipa y se sienta a descansar. Y, de paso, a dejarse envolver por la primitiva, grandiosa belleza de aquel paisaje todavía virgen de poblaciones, de caminos, de automóviles...

Hubo un tiempo en que la vida era aquí tan pujante... Tiempo de los indios apaches, de los grandes alces, tiempo de lobos, de osos... Tiempos que se fueron acabando...

Se marcharon los apaches, y los alces, y los lobos... Y los osos... Adivino que pronto, muy pronto, nos tocará el turno a los hombres como yo...

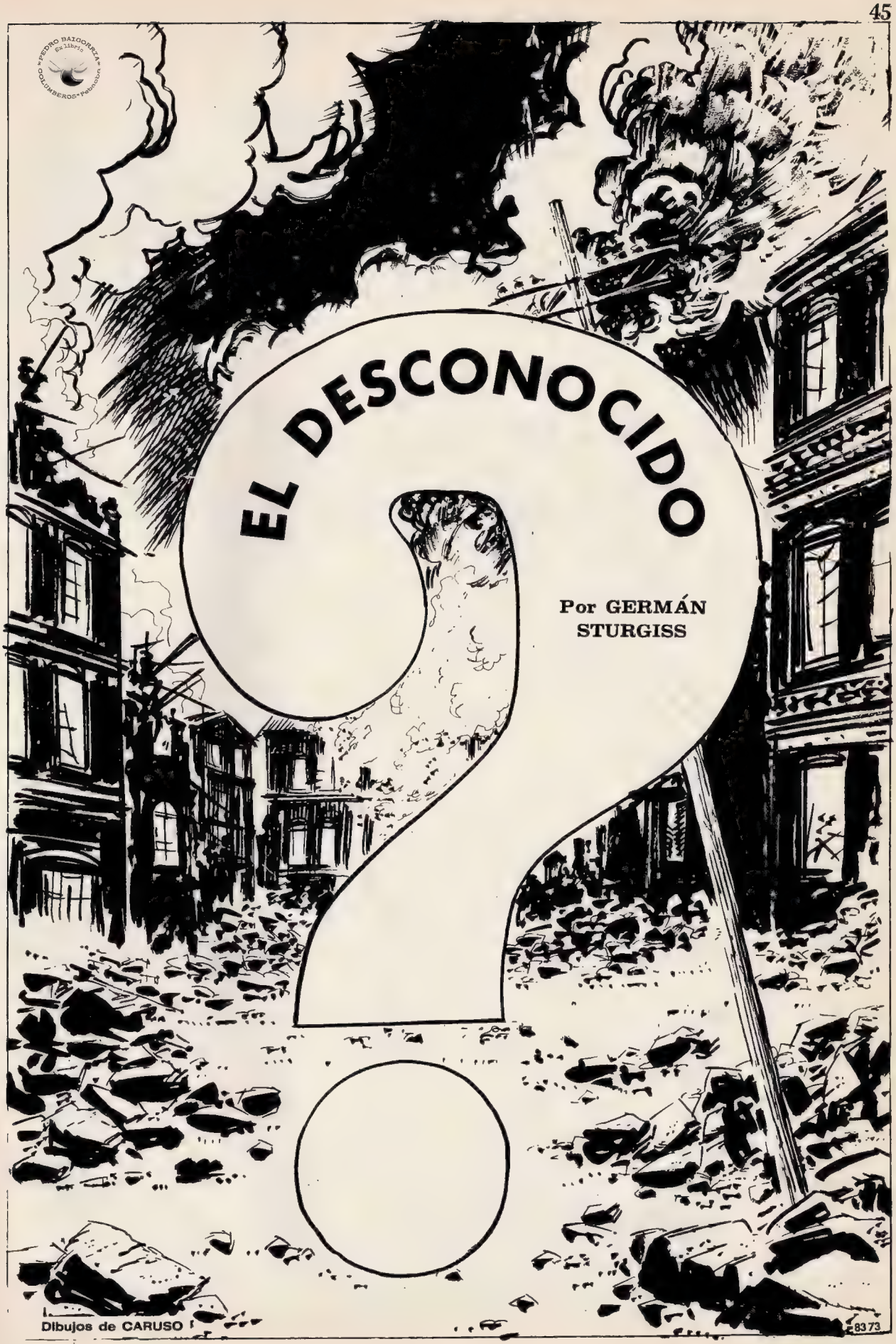
Hombres capaces de vivir la naturaleza. Y de contemplarla. Nos iremos yendo, como se fueron los apaches, corridos por el progreso.

Pero Mark Russell no se queja. Verdadero amante de la naturaleza, sabe que hay un orden superior. Un orden superior imposible de comprender, pero muy fácil de ver en la belleza de los pinares, de los cerros y...

...en la animal belleza que alguna vez resplandeció en aquel "grizzly" que yace allí, esperando a los buitres que no tardarán. El infortunado "grizzly" que vivirá para siempre en la memoria de los pobladores como "La bestia de Skull Valley".

Fin

Columberos.blogspot.com.ar



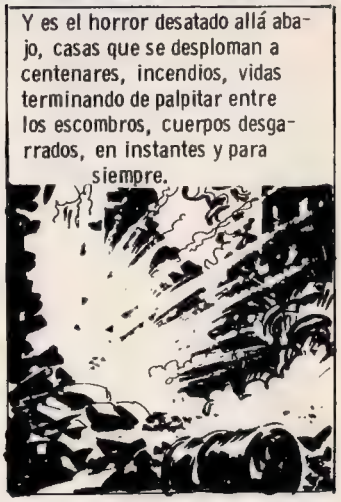
Pedro Baigorria COLUMBEROS

Invierno de 1943. Medianoche, pero nadie duerme en Frankfurt, Alemania. El aullido de las alarmas aéreas está helando todavía más la noche.

Se enciende el estallido múltiple de la artillería antiaérea, es ya un sólo trueno, las trazadoras son fugaces agujas de luz...

...que siembran el cielo en pequeñas estrellas instantáneas. Son las explosiones de las granadas. Haciendo fondo, el rugido...

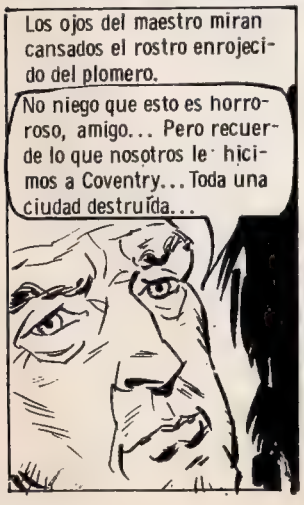
...de los bombarderos que llegan, enormes Lancaster pesados de bombas. Ya caen sobre la ciudad los gigantescos proyectiles.

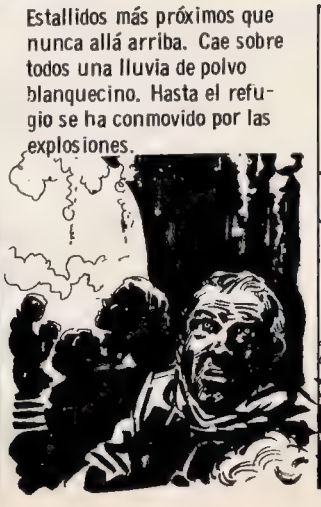

Y es el horror desatado allá abajo, casas que se desploman a centenares, incendios, vidas terminando de palpitar entre los escombros, cuerpos desgarrados, en instantes y para siempre.

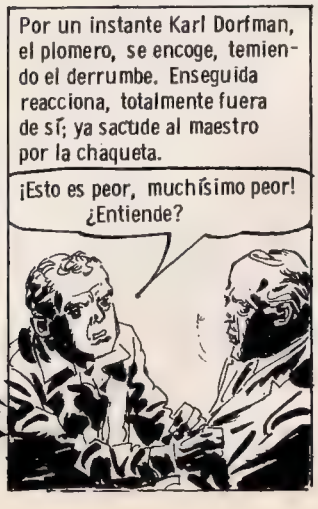
Llantos sin consuelo, el refugio antiaéreo proteje contra las bombas pero no contra el dolor, contra el espanto.
¿Y, señor maestro?

Karl Dorfman, plomero, habla con sarcasmo rabioso.
¿Insiste en lo que decía recién? ¡Mire esa carita llena de sangre!

¿Sigue diciendo, señor maestro, que no se debe odiar al enemigo? ¿Que los ingleses son iguales a nosotros?


Los ojos del maestro miran cansados el rostro enrojecido del plomero.
No niego que esto es horroroso, amigo... Pero recuerde lo que nosotros le hicimos a Coventry... Toda una ciudad destruída...


Estallidos más próximos que nunca allá arriba. Cae sobre todos una lluvia de polvo blanquecino. Hasta el refugio se ha conmovido por las explosiones.


Por un instante Karl Dorfman, el plomero, se encoge, temiendo el derrumbe. Enseguida reacciona, totalmente fuera de sí; ya sacude al maestro por la chaqueta.
¡Esto es peor, muchísimo peor! ¿Entiende?

Herman Jasper, el maestro, no se resiste. Parece no importarle si le pegan o no.
¡Te denunciaré a la Gestapo! ¡Derrotista!

La mujer con la nena contiene al enfurecido plomero.

Déjelo, señor Dorfman... ¡Déjelo! Es inútil denunciarlo al señor Jasper. Ya otros lo intentaron y nada consiguieron.

¿Se puede saber por qué?

Porque hace poco una bomba le mató a la mujer y a los tres hijos... Ya nadie puede hacerle nada. La Gestapo prefiere dejarlo en paz.

Desconcertado, el plomero hace un vano intento de alisar el traje del maestro.

Este... Su mujer... sus hijos también... yo no sabía... Disculpe, señor Jasper.

No es nada...

Herman Jasper, el maestro, cierra los ojos. Que crean que duerme. Así puede irse lejos del refugio, hasta una mañana llena de luz, vacaciones en los Alpes bávaros, Gertrud y los tres chicos, cada uno con el ramito de "Edelweiss" que acaban de juntar.

El mismo Herman sacó la foto, salieron hasta las cumbres más lejanas; era primavera y cantaba el cuclillo. Seis meses después esa misma foto...

...asomaba entre los escombros de la casa, no lejos de un zapatito de Kurt, el menor de los chicos...

¿Cómo entender tanta muerte de pronto? ¿Tanta muerte tan injusta? El odio es un huracán negro que trata de arrebatarle el corazón.

Parece imposible resistir el odio. Pero Herman Jasper, el maestro, encuentra inesperados puntos de apoyo... ¡Los chicos de la escuela, sus alumnos!

Pese a tanto espanto, pese a tanta muerte, hay que seguir dando clase.

Los hijos de Carlomagno fueron...

Sabe que lo necesitan. Casi todos tienen lejos al padre. Eso le basta. Y ellos lo salvan de la demencia. Le hacen menos vacía la irremediable soledad.

¡Hasta mañana, señor Jasper!

Hasta mañana, hijos...

Herman Jasper, el maestro, abre los ojos, otra vez la opresión del refugio, otra vez el fragor del bombardeo.

Claro, a veces es difícil mantener la serenidad, lo comprende al plomero. Esa chiquita que gime, por ejemplo. Tan igual a su Martita...

Me duele mucho, mamá...

Pedro Baigorria CO.JMBEROS

De algún modo agradece los gritos que resuenan allá arriba, en la entrada del refugio. Se agregan al espanto, pero al menos distraen.

¡Vengan! ¡Vengan a ayudar! ¡Una bomba acertó un impacto directo en el refugio de la otra cuadra!

Todavía truena la artillería, sigue el retumbar de las bombas. Pero son unos cuantos los que dejan la seguridad del refugio.

¡Apuren! ¡Hay un tendal!

El hombre no exagera: un impacto directo, de gran poder, en el vasto refugio que fue una cochera. Más de trescientas personas atrapadas por los escombros. Los heridos son muchos.

¡Pónganlos aquí! ¡Hasta que lleguen las ambulancias!

Pero todos saben que el auxilio tardará quizá horas en la ciudad bombardeada. Bajo el resplandor de los incendios se improvisa un hospital en plena calle. Pesadilla de heridas atroces, de gritos enloquecidos. Junto con los demás, Herman Jasper, el maestro, sigue sacando heridos.

Mejor no pensar, el cuerpo que sostiene entre los brazos es un temblor convulsivo.

(No volverá a caminar...)

Otra vez el impulso al odio incontenible. Pero siempre hay quien sufre todavía más. Una mujer de cabello chamuscado y ropa humeante le aprieta el brazo.

¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme, por favor! ¡Mi hijo!

¿Qué le pasa a su hijo, señora?

¡Allí, en esa casa! En el tercer piso, no puede salir... ¡es tan chiquito! ¡Hay fuego por todas partes! ¡Ayúdeme, por favor!

La mujer quiere entrar a la casa en llamas, pero el maestro la contiene.

Déjeme, señora... Yo lo sacaré.

El calor es como un muro espeso, impenetrable. Heman Jasper vacila, la entrada de la casa es la boca ardiente de un horno.

(No se puede...)

Una mano de dedos fuertes lo toma por el brazo y lo aparta. Es un hombre alto, tiene abotonado hasta el cuello un roto capote de soldado.

Yo...

Antes de que el maestro pueda reaccionar ya desaparece el desconocido por entre el humo de la entrada.

Es un valiente...

Herman Jasper trata de calmar a la desesperada madre.

¡Bubi! ¡Mi Bubi!

No tema, señora... Ya se lo traerá. El fuego alcanza sólo a un lado de la casa...

El maestro miente a sabiendas. ¿Cómo podrá salir con vida el desconocido de semejante hoguera?

-Sin embargo, algo oscuro aparece allí, por entre el humo...

¡Ahí sale! ¡Con el chiquito!

¡Bubi! ¡Bubi!

Sí, extrañamente impávido, como si lo que acaba de hacer fuera tan simple, el desconocido llega ya ante la angustiada madre...

Tome...

¡Bubi! ¡Bubi! ¿Cómo podría agradecerle, señor?

El desconocido no responde, se aparta. Con ademán ausente se apaga el chamuscado capote.

Un verdadero héroe... ¿Alguno lo conoce?

No, no lo vi nunca.

Por el capote parecería un soldado. Pero las botas no son de soldado...

Habla apenas... Y con acento raro. Se esquiva, parece querer escaparse...

Pero no es momento para comentarios. Sigue el bombardeo, los incendios se extienden. Y del fondo de la calle se acerca, tropezando entre los escombros, una figura gesticulante.

¡Socorro! ¡Socorro!

¡Allí, en la azotea! ¡Están allí, y no pueden bajar! ¡Le dije a Berta que fuera con los chicos al refugio! Pero se demoró, por planchar un poco más... ¡Siempre la misma!

El hombre, un obrero de azul, los lleva hasta la esquina. Ahora los ven. Sí, allá están, atrapados en la azotea, grupo lamentable que se recorta con nitidez en el fondo de llamas.

¡Allá están! ¿Los ven?

El maestro se acerca a la casa en llamas. Pero el único que lo sigue es el desesperado padre; los demás retroceden.

No hay nada que hacer, están perdidos...

Sí... ¡Esa casa se derrumba en cualquier momento!

Como dando razón al plomero, parte de la fachada se desmorona. Apenas si consiguen apartarse.

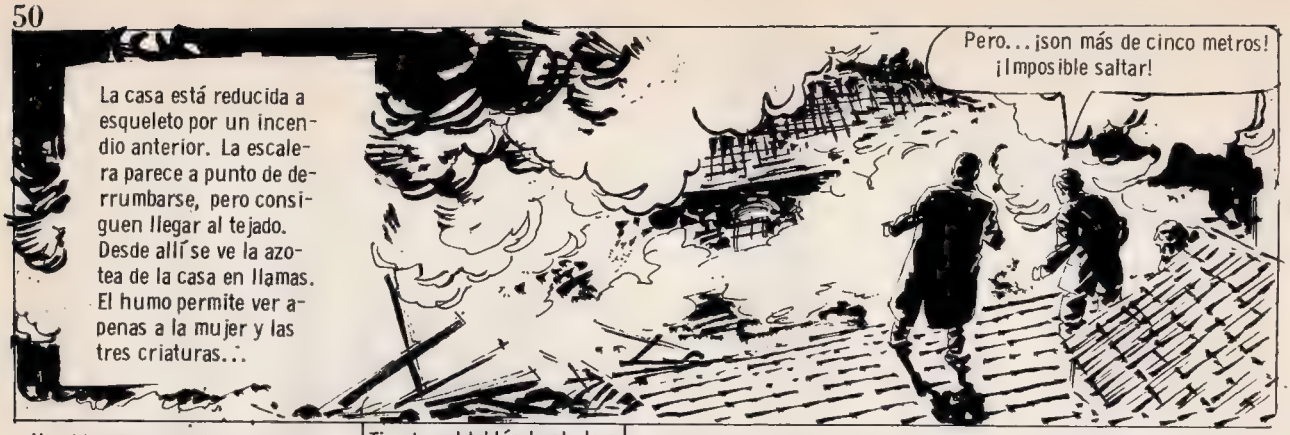
¡Imposible entrar!

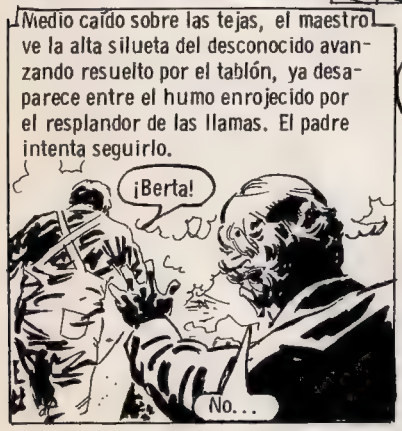
El maestro está casi desesperado como el padre. La mujer y los tres chicos atrapados en la azotea podrían haber sido los suyos... Si probaran de entrar por la casa vecina...

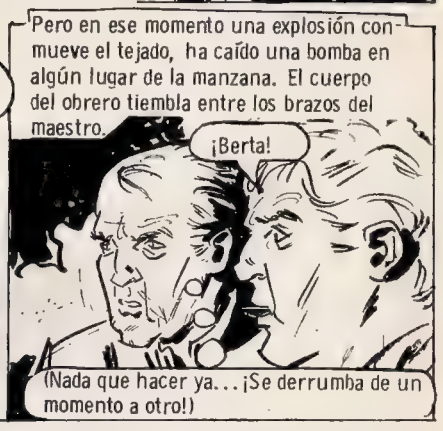
¡Subiremos por aquí y pasaremos a la azotea por el tejado!

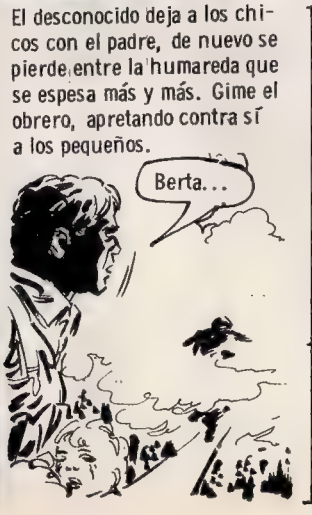
Pero... Otra vez la alta figura surgiendo inesperada... ¡El desconocido! Ya está entrando a la casa vecina...

Sí... por aquí.









Pedro Baigorria CO. JMBEROS

Bajan hasta la calle con la familia salvada. Herman Jasper, el maestro, está exhausto, pero el desconocido está como si recién comenzara.

Uno de los pequeños y la madre están semiasfixiados, hay que acostarlos junto a los demás heridos en el improvisado hospital. Todavía no llegaron las ambulancias.

Por fin Herman Jasper puede sentarse. El desconocido se vuelve, como para alejarse, pero lo toma del brazo.

Pero los ojos del desconocido miran como hipnotizados la larga fila de heridos y moribundos tendidos en la calle.

Lágrimas y horror en los ojos claros, aturdidos, del desconocido.

Un silbido agudo por entre el crepitar de las llamas y el fragor de los derrumbes. Aparecen hombres con brazaletes blancos, camillas.

A pesar de que el bombardeo continúa y de que las comunicaciones están totalmente desorganizadas, el Cuerpo de Sanidad hace maravillas.

Herman Jasper y el desconocido forman uno de los tantos equipos que ya corren con los heridos por entre los escombros y el humo.

Una fachada de varios pisos se inclina de pronto sobre la calle.

Los camilleros que los preceden desaparecen bajo toneladas de mampostería.

Tiemblan las piernas del maestro, quisiera detenerse, se siente descompuesto. Pero el desconocido es una máquina...

Llegan adonde esperan las ambulancias, dejan la sufriente carga en manos de los enfermeros.

Pedro Baigorria C.O. JMBEROS

Regresan a la carrera con la camilla vacía. Todavía hay heridos...

Tres, cuatro viajes... Por un momento el bombardeo parece cesar, pero ya llegan nuevas oleadas de aviones.

Al retornar junto a los heridos que todavía esperan turno las piernas y los pulmones del maestro se niegan a seguir, se derrumba...

No doy más... No puedo...

Pero el desconocido no cede, tiene tantas energías como al principio.

Vamos.

Hay que seguir... Tropezando, cayendo, volviendo a levantarse, Herman Jasper, el maestro, sigue cargando con su parte. Dos inacabables viajes más...

Vuelven al lugar del improvisado hospital, pero ya no se ven más heridos.

Por fin... ¡se acabaron!... Los llevamos a todos...

Pero el desconocido señala hacia un lado...

Allí.

Medio oculto por un trozo de mampostería, el cuerpo de una chica. Once años a lo sumo, un vestido floreado. Los ojos abiertos mirando al cielo. Demasiado abiertos.

Pero... ¡está muerta!

Se doblan las rodillas del desconocido.

¿No me oíste? ¡Está muerta! ¿Por qué te agachas? ¡No hay que llevarla!

El desconocido se inclina ya sobre el cuerpo sin vida. El maestro le pone la mano en el hombro.

¿Qué te pasa? ¿Acaso la conocías?

El desconocido se sigue agachando, ya se recuesta en el suelo, también él queda tendido de espaldas.

Estoy... herido.

Con dedos febriles el maestro le desabrocha el capote. La sorpresa le aturde los ojos.

Pero... ¡No!

Ahora lo ven con tada claridad. El capote ocultaba un uniforme...

¡Un piloto! ¡Un piloto inglés!

El desconocido abre la boca, habla con esfuerzo.

Sí...piloto...de la R A F...Mi aparato cayó... cerca de aquí...todos los demás muertos...

Yo, ileso... El capote de un soldado muerto... busqué entregarme...pero vi...pero vi...

El espanto agranda los ojos del desconocido.

...los chicos...las mujeres... muertos, heridos...los chicos...

La mano de Herman Jasper, el maestro, le tapa compasiva la boca.

No hables...Nadie es culpable, nadie... ¿Dónde te dieron?

Sin esperar la respuesta le recorre el cuerpo con los dedos; enseguida lo encuentra. Un agujero en la espalda, la sangre a borbotones. Alguna esquirla, mientras corrían con la camilla.

De algún modo alguien debe estar trayendo consuelo al desconocido. Las facciones se le ablandan, no más crispación dolorida.

Ya sonríe, se diría que llegó al final de un muy largo camino. Que ya llegó a una paz muy ansiada.

(Sí...alguien lo está consolando...)

"Richard Grabb" es el nombre que dice la chapa de identificación en la muñeca del desconocido. Cuando el maestro vuelve a mirarlo, ya los ojos del desconocido están fijos en lo alto. Como los de la pequeña, allí tan cerca.

A los dos les cierra los párpados Herman Jasper...

Algo lo está consolando también a él.

Mientras haya hombres como Richard, capaces de abrir los ojos... todo este horror pasará alguna vez, y tarde o temprano será el amanecer...

Mientras haya Richards en el mundo, alguna vez el hombre dejará de ser el lobo del hombre...

Pedro Baigorria CO. IMBEROS

Pedro Baigorria COLUMBERUS

ENCUENTRO EN COREA

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de GUEVARA

8558

PEDRO BAIGORRIA Ex Libris COLUMBEROS Provincia

Pedro Baigorria COLUMBEROS

El toque agudo del clarín estremece la noche. Címbalos y tambores refuerzan el llamado.

Para los centenares de chinos y coreanos del norte lanzados al ataque, el clarín es un látigo que los enardece aún más.

Para la diezmada compañía G del séptimo de "marines" el clarín es el aullido de la muerte que se viene, ya desnudos los colmillos del horror y el espanto.

Ladran las ametralladoras calibre 50. Ráfagas breves, bien dirigidas. El ataque es un nuevo intento por cortar en dos a los "marines" en retirada.

De que aquel puñado de "marines" resista en el Paso del Krama depende la suerte de dos divisiones enteras.

Exhaustos por semanas de penosa retirada en el peor invierno de la historia coreana, casi todos enfermos ya de pulmonía, los "marines" hacen frente una vez más al enemigo. Caen filas enteras de atacantes...

Pero el clarín sigue apurando. Siempre hay más atacantes, ya llegan al cuerpo a cuerpo.

Desesperado torbellino de balazos, de bayonetas abriendo vientres y hendiendo pechos, hasta de manos estrangulando gargantas.

El sargento Lon Hassel sale del hoyo en salto instintivo, es un remolino furioso de bayonetazos y golpes con la culata.

Cambia de pronto la marea, el ataque cede, agotado por las enormes pérdidas sufridas. Los chinos se repliegan.

El sargento Lon Hassel vuelve al hoyo, inserta una nueva cinta en la ametralladora. Ahora sí puede mirar en derredor.

Muertos los dos. Stan está atravesado sobre un chino, se acuchillaron en abrazo mortal. La cabeza de Jakko quedó unida al cuerpo sólo por un colgajo de piel, el bayonetazo debió traer fuerza tremenda. Otros dos chinos muertos se encogen en el fondo del hoyo.

Algo se mueve entre las bolsas del borde. Es Mendoza.

No quedó ninguno en mi hoyo... Una granada borró al teniente. Y la ligó Bruno... Bruno...

Mendoza es poco más que un chico, acaba de vivir su primer cuerpo a cuerpo, sólo piensa en su compañero Bruno que ya no está.

Pedro Baigorria ... EDICIONES

¡Ya lo dijiste, Bruno sonó! También Stan y también Jakko y tantos otros... ¡Pero los chinos van a volver y tienes que encargarte del Bar, entendiste?

Sacan los muertos hacia los costados. Ya hay demasiados caídos delante del hoyo, podrían entorpecer el campo de tiro de la ametralladora.

Mendoza se hace cargo del Bar de Stan; trae también el suyo, los dos fusiles ametralladoras quedan en posición para disparar en cualquier momento.

Voy a recorrer la línea.

La "línea" es apenas una media docena de hoyos semi-derruídos. Con no más de veinte "marines" en condiciones de combatir. Es toda la defensa que cierra el Paso del Krama.

¡Un nuevo empujón y los amarillos nos pasan por encima... ¡Se acabó la compañía G!)

Lon vuelve con Mendoza. Ha juntado entre los caídos todo un saco de granadas de mano. Las alínea delante de la ametralladora, ya no queda más que esperar.

Cada vez más frío... Con tal que no sea como en Nang...

En Nang el frío llegó a más de 30 grados bajo cero. Las ametralladoras refrigeradas con agua se congelaron, el hielo partió el acero como vidrio. La madera congelada de las culatas se deshacía en polvo a la menor presión.

El cansancio, los nervios rotos. El sueño pesa toneladas en los párpados. De pronto, una sacudida.

¡Vienen, Lon! ¡Por detrás!

Ruído de algún fusil que choca contra algo, botas hundiéndose en la nieve...

Las granadas...

¡Eh! ¡No tiren! ¡Somos nosotros, compañía F! "Alicia toma té de crisantemos".

La contraseña... ¡Son nuestros!

¡Refuerzos! ¡Mendoza! ¿Te das cuenta? ¡Refuerzos! ¡Más a tiempo imposible!

Pudieron llegar un poco antes. Bruno...

Pero la alegría resulta prematura. Los refuerzos que llegan son muy escasos. Apenas cincuenta hombres, cuando harían falta quinientos.

Un cabo de rostro esquelético se deja caer en el hoyo.

Salud, muchachos. Hagan lugar, que el teniente Barett comandará desde aquí.

¿Baret? ¿Teniente Baret, dijiste?

Sí, el teniente Christian Barett... ¿Lo conoces? Ahí lo tienes.

Sí, es él. Christian Baret. El hijo del millonario...

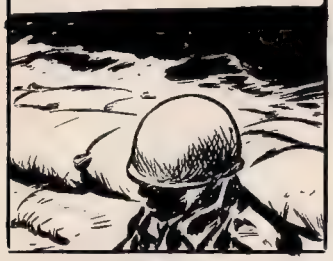
Lo están haciendo bien, muchachos... ¡La orden sigue siendo resistir a cualquier precio!

El sargento Lon Hassel se concentra en la ametralladora. Christian Baret no lo ha reconocido.

(¿Cómo va a reconocerte, si apenas te vió un par de veces?)

Pedro Vaigorria LOS JINETES

Christian Barett... Dos años atrás. Es tan poderosa la ola de los recuerdos que Lon Hasell se sale de aquel hoyo abierto en el suelo congelado de Corea. Ahora...



...está en Saville Town, en un baile de fin de curso, el disco es "Té para dos" y canta Doris Day.

Tiene entre los brazos a Violeta Turner, su "chica en un millón". Lon estudia y trabaja a la vez; si todo sale bien se casarán el año que viene

Allí está Christian Baret, un Gary Cooper muy joven, el hijo de Ives Barett, el millonario dueño de medio Saville Town.

Lon, siempre impulsivo, ve todo rojo.

El puño de Lon se descarga como un mazazo.

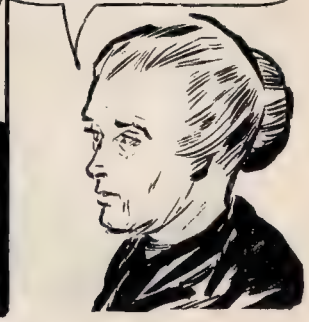
La gente se interpone. Y Lon Hasell lee en los ojos encendidos de Violeta que acaba de perderla.

Entre lo que va de un disco de Doris Day a otro de Bing Crosby la vida de Lon Hasell cambia para siempre.

La Marina pedía voluntarios, lo aceptaron en seguida. Cuando lo destinaron a Corea y fue a despedirse de Violeta, Lon encontró la casa vacía.

Sí... Ocurrió algo muy feo. El viejo Barett no quiere saber nada de que su Christian se case con la hija de un obrero. Despidió de la fábrica a Tom, el padre de Violeta; prácticamente lo echó del pueblo.

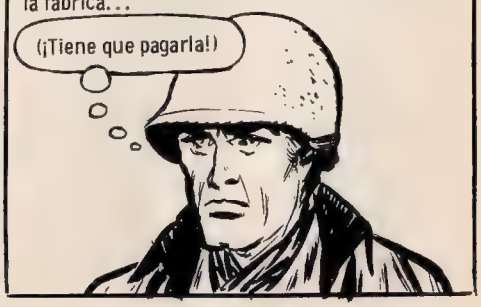
¿Qué iba a hacer? Es un infeliz, "un nene de mamá"... Ahí anda ahora, detrás de la hija de Talbot, el del molino de aceite.



Lon buscó a Christian para romperle la cara. Pero no tuvo suerte. Christian estaba en Boston, volvería en una semana. Imposible esperarlo, a los dos días Lon volaba sobre el Pacífico rumbo a Corea...

Lon escribió varias cartas a Violeta, pero nunca llegó respuesta. ¡Quién sabe cuanta penuria y cuánto llanto estarían pasando la pobre y su familia, por culpa de Christian Barett! Aquel miserable que ahora estaba allí, al alcance de sus puños.

Una cólera incontenible crece dentro de Lon Hasell, ya está viendo todo rojo... Cólera por su vida trunca, por tanto sueño roto. Cólera por tanto llanto de Violeta, la "chica en un millón"... Cólera por el padre, un gran tipo, despedido de la fábrica...



Pedro Izquierdo LOS JINETES

Abre y cierra las manazas, se le ha ido el frío, no se da cuenta de nada, tiene que golpear a Christian Barett.

Tú...

¡Christian!

Se alza sorprendido el rostro del adormilado teniente. Al mismo tiempo, por sobre las bolsas que bordean el hoyo, asoma otra cara...

¿Qué pasa, soldado?

Una cara de ojos oblicuos, amarilla... ¡Un chino! Lon salta como un resorte, dispara la metralleta del teniente.

¡Los chinos!

Los chinos se han acercado en el mayor silencio, están entre los hoyos de los marines.

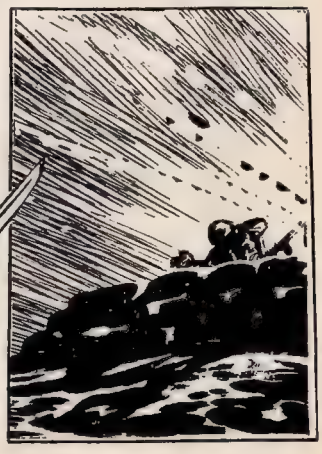
Resulta salvador el montón de granadas tan a mano. En un momento quedan aniquilados los enemigos más próximos.

Entra en acción la ametralladora, los Bar. También se dispara desde los otros hoyos.

Una luz como de día, una granada de fósforo cayendo en paracaídas. Cada accidente del terreno, cada atacante, cada "marine", se dibujan con crudeza.

Luz espectral, casi tanto como el clarín y los címbalos que vuelven a ensordecer urgiendo a la muerte.

El cabo de la cara de calavera ataja a la vez tres proyectiles.



Pedro Joigorria . C.O. JIMBEROS

Ajeno a todo lo que no sea disparar la ametralladora, Lon Hasell ni se da cuenta de la sangre que lo salpica.

El teniente Barett trata de hacerse cargo del Bar, pero...

¡Oh!

¡Le dieron al teniente!

Me lo cuentas después... ¡Cuidado ahí!

Un bayonetazo salvaje produce en Mendoza ruido de gárgara

Muy poco dura la victoria del chino: Lon golpea desde abajo, la bayoneta penetra por el plexo y llega al corazón.

Granadas. ¿Dónde hay más? ¡Se acabaron! Pero...

¡Se van! Otra vez...se van...

De nuevo alista Lon Hasell la ametralladora y el Bar. Y hace en seguida la contabilidad de la muerte.

Mendoza...El sargento...Muertos...¡También el teniente!

Ni piensa que minutos antes iba a golpear al teniente Barett. Lo que importa ahora es sobrevivir y está solo en el hoyo. ¿Qué habrá pasado con los demás? Grita la contraseña...

¡Eh! "¡Alicia toma té de crisantemos!" ¿Cómo están todos?

Yéndonos, Lon...Esto se terminó...¡Nosotros nos vamos

Sí, es lo más acertado. Imposible resistir una nueva acometida. Mejor escapar, ya hicieron demasiado. Lon se dispone a dejar el hoyo.

Por favor...

Pedro Vaigorria C.O. JIMENOS

Es el teniente Barett. No, no estaba muerto. Aunque no puede durar, tiene un feo balazo en el pecho.

¡No puedo dejarlo así... Le daré un poco de agua y un golpe de morfina!

Me muero..., escucha, soldado... Escucha..., voy a morirme...

Son garfios acerados los dedos del moribundo.

Un último favor... Toma... Mi cartera... Una carta que no alcancé a mandar... Mi mujer...

Mi mujer, Violeta... Dile que me fui pensando en ella... y en el bebito... el bebito...

La cartera tiene un portarretrato. Lon Hasell lo mira, queda como congelado.

(Violeta... Con un bebe...)

Este... ¿ésta es tu mujer?

Sí... Violeta y el heredero... en casa...

Yo soy de Saville Town, yo conozco a tu mujer... Dijeron que tu padre los arruinó, que no quería...

Sí, arruinó al padre... y a mí me desheredó... cuando insistí en casarme... Pero fui a Nueva York... y nos casamos igual. Tengo un tallercito... junto con el padre...

Violeta...

Qué suerte... que la conozcas... podrás decirle... que morí... pensando... en... ellos...

¡Pobre Violeta... No tuvo que llorar cuando fue a Nueva York, como creí, Christian la hizo feliz... pero ahora... ¡ahora sí que llorará! Cuando reciba el telegrama anunciándole...

Pero... ¡no! ¡Violeta no tendrá que llorar!

Lon se dirige al teniente Barett.

Escucha... ¡no pienso llevar tu cartera a tu mujer! ¡Se la llevarás tú mismo! Te sacaré de aquí, te cargaré hasta...

Pedro Izquierdo (O. JIMENEZ)

Otra vez la luz blanquísima de fósforo... Y el clarín... y los címbalos, y el tambor...

¡Atacan! ¡De nuevo!

Todavía podría escapar... ¡Pero no, sería abandonar a Christian!

¡No pasarán!

Lon Hasell no yerra un sólo disparo, barre a los atacantes.

Pero aprendieron la lección, están instalando un mortero. Lon alcanza a verlo.

¡Tengo que silenciar a ese mortero!

Lon Hasell aprieta una vez más el disparador, suelta una ráfaga larga, dirigida con puntería perfecta.

Un golpe violentísimo en la sien, Lon Hasell cae, ya lo envuelve la tiniebla cuando llega al suelo, tiene la sensación de un raro silencio.

Y en seguida es la inconciencia total.

Cuando vuelve en sí tiene vendados los ojos y la cabeza. Una voz grave, agradable, le está hablando.

Soy el capitán Leroy, sargento... Y necesito saber cómo fue lo del Paso del Krama.

Cuando llegó la división de refuerzo sólo los encontramos con vida a Ud. y al teniente Barett. No hubo más sobrevivientes.

¿Cómo está el teniente?

Estuvo muy mal, pero ya salió a flote. No se acuerda de lo que pasó ni sabe cómo fue herido. Al resistir ustedes hasta lo último consiguieron frenar la ofensiva enemiga. Ha sido una hazaña maravillosa, hasta el presidente quiere conocer los detalles.

Entiendo... Escuche, señor.

Todo lo hizo el teniente... Yo caí a los primeros tiros. Pero vi todo desde el suelo. El sólo, sin ayuda de nadie, disparó la ametralladora, después el Bar... y arrojó granadas...

Los chinos que había en el hoyo los mató él, a bayonetazos... Era un tigre el teniente Barett, un tigre peleando... Si alguien se mereció alguna vez la Medalla del Congreso en Corea, es él, el teniente Barett.

El teniente Barett tendrá más, mucho más que una medalla. Su declaración sargento, confirma mis sospechas: el teniente Barrett volverá a casa y recibirá tratamiento de héroe nacional.

Seis semanas más tarde un transporte cargado de tropas que regresan de Corea atraca en uno de los muelles de San Francisco. Lon Hasell está acodado en la borda, se ha puesto anteojos negros, no quiere asustar a nadie con la cicatriz.

¡Cuánta bulla! Hasta música trajeron...

Es por el teniente Barett. Recibimiento de héroe... ¡y por cierto que se lo merece! ¡El sólo salvó a dos divisiones!

¡Y vaya premio que recibe! Ya quisiera yo un beso así. ¡La mujer del teniente parece una actriz de Hollywood!

Tiene también un chiquito...

¡El teniente saluda para aquí! Y también la mujer... ¿Acaso los conoces?

Este... sí... ¡Gran tipo el teniente! Estuve con él en el Paso del Krama.

¿Te acompaño para que los saludes?

No, gracias. ¿Para qué molestarlos? ¡Después de tanto tiempo querrán estar solos!

Y tú no te demores más por mí, soldado. También andará por ahí alguna hermosa muchacha esperándote...

Este... la verdad que sí. Pero... ¿seguro que no necesitas nada?

No... ya vendrán por mí los del Servicio de Rehabilitación. Gracias, soldado... ¡gracias por todo!

Lon Hasell queda solo. Siente en la piel el sol que no verá nunca, las olas son para él sólo un manso chapoteo, chillan las gaviotas en vuelo para siempre invisible... no importa, Lon Hasell está contento.

Fin

LA ÚLTIMA RESISTENCIA

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de ALTUNA

Sí, aquí fue. El viejo puente de piedra ha sido reemplazado por un arco de cemento, y desaparecieron las encinas. Pero todo lo demás sigue igual.

Tan igual...

Igual el río manso, igual el juncal, igual la hierba tan verde, el caserío de techos rojos, allá, tras las colinas. Apoyándose en el bastón, el hombre llega hasta el borde del agua.

(Sí, aquí fue donde cayó...)

Mientras el hombre se sienta sobre un tronco caído, para descansar sus piernas, los dos chicos exploran el lugar.

(Aquí quedó, con medio cuerpo en el agua...)

¡Mira, Hertha! ¡Está lleno de pescaditos!

Las risas de los chicos se hermanan de algún modo con las nubes blancas en el cielo azul, con el volar de las golondrinas, con los álamos plateados al borde del camino. Sí, es una tarde perfecta...

(También aquélla fue una tarde perfecta...)

¿Pero quién tenía entonces ojos para el cielo o para las golondrinas? Tanques ardiendo eran manchones de muerte en el paisaje, relampagueaban las baterías antitanques entre las colinas, humo y polvo y estallidos por todas partes.

Durante horas combatieron los tanques americanos y los Panzer en torno al caserío de Montremy. Hasta que el paisaje quedó sembrado de humeantes, ensangrentados despojos. Por fin unos y otros se replegaron, el resultado de la acción quedó indeciso. Pero ya estaba sellada la suerte de los hombres apostados en Montremy.

7th MED. EVAC. HOSP.

El teniente Fokker trajo la orden.

Pronto, sargento. ¡En diez minutos tenemos que estar yéndonos!

Sí, señor.

8737

Columberos.blogspot.com.ar

Ya estaban acostumbrados los hombres de la diezmada compañía...¿Cuánto hacía que venían replegándose? El teniente Fokker pareció más cansado todavía cuando debió agregar...

Necesito dos voluntarios...

Ni quiere mirar a los hombres. Pero el cabo Raum ya está de pie. Y sonríe.

¿Para qué pide dos voluntarios, señor? ¡Si sabe que siempre tiene uno!

Gracias, Raum...

Sí, siempre es Raum el primero en ofrecerse. Ninguno como él para actuar solo, sin órdenes de nadie. Ahora se ofrecerán Bernard y Manchen; siempre acompañan a Raum. Pero...

¡Yo, señor!

El soldado Heller, ofreciéndose... Esto sí que no lo esperaba el teniente Fokker. Ni ninguno de los otros. Heller es bastante veterano, pero jamás se brindó para ninguna misión voluntaria.

¿De acuerdo con llevar a Heller, Raum?

Sí, señor. Cualquiera es igual. ¿La orden de siempre?

Sí. Retrasar al enemigo a cualquier precio. Con una recomendación especial. ¡No olviden que la mejor manera de demorar un avance es golpear directamente a la cabeza!

La cabeza... ¿Se refiere al general Sutton?

Sí... Sé que es casi imposible, Raum, pero si pudieran hacerlo ... ¡Es tanto lo que está en juego!

Quince minutos más tarde el cabo Raum y el soldado Heller se quedan solos en el pequeño poblado de Montremy. El teniente Fokker y el resto de la compañía ya están en marcha hacia el Rhin.

PARIS
ROUEN
LE MANS
LAVAL

Bien, muchacho. Para ser un buen francotirador lo primero es adivinar dónde se instalará el enemigo. Si tú fueras un general americano..., ¿dónde pondrías tu cuartel general?

Allí, en la municipalidad.

Correcto. Es el único edificio decente en todo el pueblo. Ahora, si el cuartel enemigo está allí, ¿dónde se apostará el francotirador Heller?

Este... ¡allí, en esa torre! Desde allí podremos ver quiénes entran y salen del cuartel.

BEKANNTMACHUNG
1) ROGER H. NOGAREDE
2) ANDRE SIGONNEY
3) JEAN LOUIS RADINET

AVIS
1) ROGER H. NOGAREDE
2) ANDRE SIGONNEY
3) JEAN LOUIS RADINET
ont été condamnés à mort par la cour martiale pour aide à l'ennemi, ayant pris part à une manifestation communiste dirigée contre l'armée allemande. Ils ont été fusillés.

Me desilusionas, Heller. ¡Lo primero que harán los americanos será mandar observadores allá arriba! Desde ahí puede verse el Rhin.

Entonces no sé. Si la torre no sirve...

Ven, no te rompas la cabeza. El mejor lugar para un francotirador es el que parece el más inofensivo, el menos tentador de todos...

Columberos.blogspot.com.ar

Esta casa, por ejemplo...

Pero... ¡está que se cae! ¡Y casi no tiene paredes!

-Justamente. Nadie imaginará que aquí quedan alemanes escondidos. Tampoco se le ocurrirá a nadie buscar por aquí algún recuerdo de valor.

Pero... ¡tampoco desde aquí podremos balear a nadie! ¡La entrada del cuartel queda demasiado lejos!

Eso es cosa mía. Junta tres o cuatro chapas para hacer un escondrijo en ese rincón. Y enciende un fuego en la parte de atrás; me vendrá bien un poco de café. En un rato vuelvo.

Pero...

El soldado Heller queda solo en la casa en ruinas. Entre tantos escombros es fácil encontrar las chapas para el escondrijo.

(Ahora empiezo a entender cómo se las arregla el cabo...)

Así cualquiera sienta fama de valiente... Se fabrica un buen escondrijo, espera unas cuantas horas, y después se escapa. Cuando es noche cerrada... ¡Y todos lo miran como a un héroe! Lo dicho... ¡desde aquí apenas si se ve la entrada del cuartel!

El café está preparado cuando regresa el cabo Raum. Trae un trozo grande de queso y una botella de vino.

Podía haber traído un ganso, pero no conviene. Una vez, en Normandía, los americanos casi nos pescan a Manchen y a mí...

...por el olorcito que soltaba el ganso a medio asar...

¿Tardarán mucho todavía los americanos?

Nunca se sabe... ¡Pueden aparecer en cualquier momento! A propósito... ¿qué te decidió a ofrecerte como voluntario? ¿No será por qué no quieres terminar la guerra sin ninguna medalla? Yo puedo darte, tengo varias.

No, no fue por eso.

Hace tres días, en Dreymu... El avión que nos ametralló... Zollinger era mi amigo... Verlo muerto me hizo entender un montón de cosas... Hasta ahora, Raum, yo no hice más que durar... ¡Nunca he peleado de verdad todavía!

Por eso pedí quedarme atrás contigo... Creí que tú peleabas en serio... Claro, nunca imaginé que una acción de retaguardia resultaría tan fácil...

El cabo Raum va a decir algo. Pero un ronquido que se acerca velozmente despierta los ecos dormidos del pueblo.

¡Vienen! ¡Pronto, escondámonos!

En un momento, están bajo las chapas, parapetados tras los escombros.

Te portaste, Heller... Hiciste un buen escondrijo, con amplia visibilidad sobre la plaza. Justo lo que yo quería.

¡Allí!

Columberos.blogspot.com.ar

Allí vienen más...

Un tanque Sherman irrumpe a velocidad inesperada, hace un medio giro y se detiene en la plaza. La boca del cañón es como un ojo inquieto tratando de descubrir enemigos ocultos.

Vuelve a arrancar el tanque y desaparece por una calle lateral. Pero enseguida aparecen dos, tres tanques más. Llegan los primeros soldados de infantería.

Parecen preocupados... ¿Pensarán que Hitler anda por aquí?

¡Un jefe, Raum! ¿Le tiramos?

No... Es apenas un capitán... Tranquilo, Heller... ¡Esto tiene toda la cara de una ocupación normal! ¡Quién sabe cuántas horas faltan todavía para que aparezca el general! Lo mejor que puedes hacer es dormirte.

12861-H

¿Estás loco? ¿Cómo voy a dormirme con los americanos encima?

¿Y por qué no? Total, no hay otra cosa que hacer que esperar. Cuando aparezca el general te despierto.

Más tanques. Y camiones cargados de tropa. Cañones autotransportados, morteros. Vencido por el cansancio nervioso, Heller termina por quedarse dormido.

(Confirmado... El general Sutton tiene fama de atropellador pero lo más probable es que llegue recién mañana. Suerte que Heller se durmió. Pero... ¿y ese papel?)

Una carta. Se ha caído del bolsillo de Heller.

("Querido sobrino..., no te imaginas con cuánto dolor debo anunciarte que..")

Son tantas las cartas como aquélla que ha leído el cabo Raum...

(Pobre tipo..., el padre y la madre... muertos en un bombardeo... ¡Ahora entiendo por qué se ofreció como voluntario!)

(Es muy joven todavía. La pena lo destroza. Para él es el fin del mundo..., quiere morir... ¡No sabe que tiene tanto por dar todavía!)

(Mala suerte la mía..., me dará trabajo cuidarlo... ¡Pero aunque él no lo quiera lo sacaré vivo de ésta!)

Columberos.blogspot.com.ar

Columberos.blogspot.com.ar

¡Te estoy dando una orden, Heller! Preparados... apunten...

PROCLAM

¡Fuego!

BANG BANG BANG

Los dos disparos aciertan en los blancos señalados. El resultado no puede ser más inesperado.

Ahhhhh....

BROOOOM

US

¿Qué pasó? No entiendo.

¡Hice algo más que buscar queso y vino, Heller... ¡Preparé la recepción del señor general! Levanté cada letrero y oculté cargas de demolición debajo de cada "O"... Los balazos las detonaron... Pero esto es sólo el principio... ¡Vámonos!

Restalla el cañón de alta velocidad de un tanque; el artillero se cree atacado por el enemigo. El cabo Raum se trepa a un techo.

Pero... ¿Piensas escapar por ahí?

En aquel tejado el cabo Raum ha dejado oculta, y apuntando a la plaza, una ametralladora pesada lista para disparar.

¡Hay demasiados americanos allí abajo!

Conviene reducir el número.

RAT TAT TAT

Columberos.blogspot.com.ar

Sigue disparando la ametralladora cuando la dejan.

¡Vámonos! ¡Que los tanques ya están apuntando!

Escapan a tiempo, los cañonazos demuelen el tejado.

Más sorpresas para los yanquis. ¡Sírvete!

Cohetes antitanques, un sólo hombre puede dispararlos. Es imposible errar a blancos tan próximos.

Media docena de tanques fuera de combate en menos de veinte segundos.

Ahora sí... ¡Misión cumplida! ¡A correr!

Se descuelgan a un callejón, a una cuadra de la plaza.

¡Ahora veremos qué tal corredor resultas!

Pero apenas si alcanzan a dar unos pasos...

¡Quieto, Raum! ¡Un jeep artillado!

El cabo Raum no vacila un solo instante. Metralleta en mano se lanza al encuentro del jeep.

RATATAT

Columberos.blogspot.com.ar

Le basta una sola ráfaga larga. No se ha detenido el jeep cuando se encaraman.

¡Tú manejas! ¡Yo me ocupo de la ametralladora!

RATATATATATATAT

¡A campo traviesa, Heller!

En el primer arrancón se les termina el pueblo. Casi chocan con blindados que vienen en dirección contraria. Restalla la ametralladora entre los puños del cabo Raum.

¡Si llegamos a las colinas estamos salvados!

RATATAT

¡El jeep! ¡Alemanes! ¡Fuego!

Tabletean ametralladoras americanas. El jeep se recorta por un momento en el filo de la lomada.

RATATATATATAT

¡La dirección! ¡Se rompió!

Columberos.blogspot.com.ar

Varios tumbos colina abajo, hasta quedar cerca del río.

¡Raum!

No... no es nada... Pero... ¡Creo que tengo rotas las piernas!

Te llevaré...

Pero el cabo Raum pesa más de cien kilos. Y los únicos refugios posibles son un Panzer abandonado, con las orugas rotas, y las tres encinas de retorcidos troncos.

Te llevaré hasta...

No... ¡no me muevas! ¡Se terminó la guerra para mí!

Y ya mismo te estás yendo, Heller... ¡Sigue siempre rumbo al este y acabarás llegando a nuestras filas!

Heller no discute. Pero toma al cabo Raum por debajo de los brazos y lo arrastra hacia las encinas; los gruesos troncos le servirán de amparo.

¡Te dije que te vayas!

Aquí estarás bien. Los americanos llegarán pronto; te atenderá algún médico.

¿Y tú? ¿Qué harás tú?

El tanque... La ametralladora debe de estar en buen estado. Y desde ahí se podrá ver el camino. Atacaré algún camión con tropas.

Escucha, Heller. ¡Lo que te digo es una orden! Es de vital importancia que busques al teniente y le cuentes lo que...

No gastes el aliento, Raum. ¡El teniente se enterará de lo que le pasó al general Sutton sin que yo se lo diga!

El cabo Raum decide atacar por otro flanco.

Heller..., yo sé lo que estás buscando... Leí la carta que tienes en el bolsillo... Es una pena terrible, lo comprendo, pero no por eso...

No, Raum, no...

La carta no es mía... ¡Era de Zollinger! No, Raum, no estoy buscando hacerme matar... ¡Estoy tratando solamente de hacer lo que tantas veces hiciste tú!

Quizá demasiado tarde me di cuenta de que fui un mal soldado... Por culpa mía, y de otros muchos como yo, el enemigo nos está empujando hasta más allá del Rhin... ¡Pronto estaremos peleando en nuestro propio suelo, Raum!

Tú puedes descansar, Raum, ya hiciste demasiado... ¿Pero yo? Ahí, en Colonia, están mis dos chiquitos; viven con mi hermana; una bomba mató a mi mujer el año pasado. ¿Qué les voy a decir a mis hijos el día de mañana? ¿Qué herencia les dejo? ¿El recuerdo de un padre que no supo defender su propio suelo?

Pero...

No tienes nada que decir, Raum... Te lo repito, déjame hacer lo que tantas veces hiciste tú con Manchen y con Bernhard... Por un momento creí que no hacían más que esconderse, pero ahora...

Columberos.blogspot.com.ar

Además, recuerda la orden... ¡Demorar al enemigo a cualquier precio!

Sí, es inútil insistir. El cabo Raum ve cómo Heller entra al tanque, cómo la ametralladora gira lentamente, buscando el camino donde siguen rugiendo los vehículos americanos. Un instante después...

RATATA

¡Alemanes, allí!

RATATATATAT

Ahhhhh...

Vomitan fuego las torretas de los tanques Sherman que acompañan a los transportes...

BIAM

BIAM

U.S.A.

Los Sherman no ven al enemigo, tienden una cortina sobre el filo de la loma. Y allí se acaba la tarde para el cabo Raum; es un fogonazo vivísimo, la nada súbita.

BROOOM

Columberos.blogspot.com.ar

Le parece despertar años después. Las paredes blancas de un hospital americano. Cirujanos, enfermeras que no hacen diferencias entre enemigos y compatriotas. Y el "medic" que lo recogió de entre los restos de las encinas y se ocupó de sus malheridas piernas...

... contándole cómo había encontrado otro cuerpo junto al agua...

Sí, ahora que lo dices no puede haber sido otro que él... El tipo que nos ametralló desde el tanque...

Seguro que quiso morir a tu lado... Pero se quedó ahí, en la orilla del río, con medio cuerpo en el agua...

(Aquí, en la orilla del río, el agua ahora tan clara se habrá enrojecido con su sangre...)

El ex cabo Raum, ahora tornero en una fábrica de Essen, mira a los dos chicos, Hertha y Karl, los dos hijos del soldado Heller. Ahora son suyos; los adoptó apenas lo repatriaron, ya terminada la guerra.

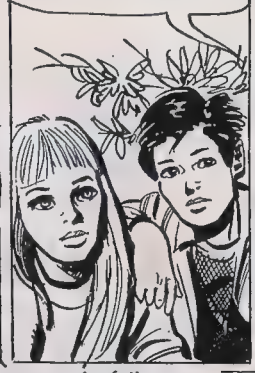
¿Qué les parece el lugar?

¡Lindísimo, tío!

Los chicos se sientan junto al ex cabo Raum. Ante ellos corre el agua mansa, los juncos saludan en la brisa.

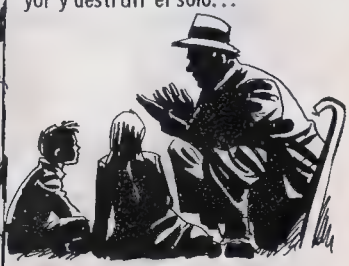
Sí sabemos mirar, todo lugar en la tierra es de algún modo sagrado. Basta una flor, basta un viejo recuerdo... pero éste es para ustedes un lugar particularmente sagrado... Aquí cayó papá, peleando por su patria...

Fue una tarde como ésta..., una tarde de nubes blancas y golondrinas en el cielo azul... ¡Pero ninguno de nosotros estaba en condiciones de ver ni pájaros ni nubes!



Veníamos retirándonos desde Normandía. En cada lugar favorable resistíamos, aunque cada vez éramos menos... La orden era retrasar al enemigo todo lo posible para dar lugar a la contraofensiva que se preparaba en Las Ardenas...

Sigue contando el ex cabo Raum cómo "papá", el soldado Heller, fue siempre el más valeroso de todos, cómo siempre se ofreció como voluntario para las misiones más difíciles ... Cómo, luego de matar al general Sutton y su estado mayor y destruír él solo...



... a seis tanques enemigos en Montremy, se jugó disparando contra la columna americana la ametralladora del Panzer destruído.

Así murió papá... Disparando la ametralladora contra los enemigos que invadían la patria...

Una patria con defensores como papá podrá ser derrotada alguna vez, pero nunca estará vencida.

Una patria con defensores como papá es eterna...

FIN

Columberos.blogspot.com.ar

EL CRUCIFIJO DE LA "NONNA"

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de HORVATH

Apagado por la distancia, pero nítido, llega el chasquido de la detonación. Los cuatro hermanos Lovatti hacen una pausa en el trabajo.

Un tiro...

Alguno que está cazando.

Dices bien, Quico. Alguno que está cazando. ¡Pero sigamos, o no terminaremos nunca de remover este tocón!

Vuelven a forcejear con las ramas de fresno que les sirven de palanca. Hay que sacar aquel grueso tocón para que el arado pueda pasar por allí.

¡Vamos! ¡Fuerza!

Pero..., ¿por qué paran, condenados?

¡Más tiros, Piero!

¡Y cada vez más cercanos!

Más disparos. El ladrido repetido de una metralleta. Una sombra oscura emerge de entre los árboles, viene a la carrera.

¡Ahí viene uno!

Es un partisano, un guerrillero... ¡No lo miren!

El hombre se detiene exhausto, se apoya contra una roca. Tiene sangre en un costado de la cara, mira hacia los árboles con ojos aterrados.

Los alemanes... me persiguen... Por favor... ¡escóndanme!

Quico, el menor de los Lovatti, mira a Piero, el mayor.

Podríamos esconderlo en alguna parva de pasto, Piero. ¡Hay tantas que no lo encontrarán nunca!

Nadie te preguntó nada, Quico. ¡Sigamos trabajando!

8602

Los cuatro hermanos Lovatti vuelven la esplada, de nuevo se ocupan del pesado tocón. El guerrillero comprende.

Gracias...

Algo recuperado el aliento, el partisano reanuda la fuga. Pero no va lejos. Entre los árboles aparecen los alemanes.

¡Ahí va!

Varios de los soldados disparan. Casi todos dan el el blanco.

BANG! PA-PRANG!

El sargento que manda a los alemanes mira con dureza a los hermanos Lovatti.

Por fin... Nos dio bastante trabajo. Pero..., ¿y ustedes? ¿Qué miran? ¡Sigan con su tarea!

Sí, señor...sí...

Vuelven a forcejear con el tocón los hermanos Lovatti.

Todos a la vez. ¡Ya!

Por fin sacan el tocón. Se han ido los alemanes y pueden hacer una pausa.

El guerrillero era Niccomedi.

Sí, Giovanni Niccomedi. Siete hijos. El más chico paralítico.

No más comentarios. Cuatro años atrás, cuando oyeron que había guerra, Piero Lovatti bajó a la ciudad y entregó los ahorros de la familia a un "cavaliere" ubicado muy arriba en el partido facista. El "cavaliere" cumplió y los hermanos Lovatti no fueron llamados a las filas.

Al replegarse los alemanes la guerra llegó hasta el "paese". Pero los Lovatti trataron siempre de ignorarla. Son hombres de paz.

Viven con la abuela. El padre murió en el Piave, en la otra guerra grande. La madre falleció al nacer Quico.

Hola "nonna".

Hola. Hubo tiros en el monte.

Sí. Los alemanes mataron a Niccomedi.

Se lo buscó. ¿Quién lo mandó escuchar la radio de los americanos?

Tampoco la "nonna" quiere saber nada de la guerra... Fue ella quien dio a Piero el dinero para que el "cavaliere" les vendiera la paz.

Puse leche en el caldo. Mientras los alemanes no nos quiten las cabras aguantaremos bien.

Un golpe en la puerta. Se abre y aparece un grupo de partisanos.

Pero... ¿Qué haces aquí, "Loco"?

El "Loco" es el jefe de los partisanos locales. Sin esperar que lo inviten llena con vino la caramañola alemana que trae a la cintura. Debe habérsela quitado a algún soldado.

¡Coman, muchachos! ¡La sopa de los Lovatti es famosa!

¡No puedes quedarte, "Loco"! Nos comprometes.

Por toda respuesta el "Loco" saca un pañuelo tinto en sangre.

¿Ven este pañuelo? Lo mojé en el charco que quedó donde cayó Niccomedi. Muchos alemanes pagarán por su muerte.

Pero no vinimos para hablar de Niccomedi. Vinimos para llevarnos las cabras. Mi gente en la montaña tiene hambre, las necesitamos.

La abuela se encara con el "Loco", le llamean los ojos.

¿Llevarte las cabras? ¡Eso nunca, "Loco"! ¡Las cabras son nuestras!

Lo sentimos, abuela. ¡Dije que nos llevamos las cabras, y las llevamos!

La mano pesada de Piero Lovatti cae sobre el hombro del "Loco".

Si la "nonna" dice que las cabras son nuestras quiere decir que tú no...

Nunca termina la frase de Piero Lovatti. Un culatazo le da en la nuca.

¡Toc!

Mucho, Carlo.

Pero no llega Piero al suelo cuando estalla la reacción de Franco. Su puñetazo toma desprevenido al "Loco".

SOC!

Quico y Aldo se abalanzan sobre los otros partisanos.

SWAC!

SWOC!

Franco se arma de un garrote y apoya a los hermanos; enseguida dominan a los partisanos.

Basta... No peguen más. Nos vamos...

Los maltrechos partisanos se retiran con paso inseguro. También Piero ha reaccionado. Les tira el fusil del "Loco".

Toma, "Loco". ¡Te olvidabas de esto! ¡Váyanse, y no vuelvan nunca!

Volveremos, Piero. ¡Volveremos!

Se reanuda el almuerzo en casa de los Lovatti. Van ya por el guiso cuando oyen la descarga. Una descarga cerrada que despierta los ecos dormidos de las serranías.

Cuatro fusiles, o menos.

¿Y ahora...? ¡Esa fue una metralleta alemana, una Schmeisser!

Se acabaron los tiros. ¡Sigan comiendo, que la guerra no tiene nada que ver con nosotros!

Cada plato se limpia con un trozo de pan. La abuela les enseñó a no desperdiciar la comida. Piero se levanta.

Vamos. Tenemos que empezar el desmonte de la otra colina.

Ya salen cuando aparecen los autos, precedidos por un blindado ligero.

¡Los alemanes!

Pistola en mano, el teniente que manda la columna se dirige a la casa.

¡Pronto, sargento! ¡A registrar la casa!

Abuela y nietos asisten impotentes al despiadado registro.

Ningún rastro en la casa, señor. Tampoco en el huerto.

No importa. Los tenemos a éstos. ¡Ellos nos informarán!

BOING!

El teniente da un paso hacia Piero.

¡Pronto! ¿Qué sabes de los partisanos?

¿Yo? Este... nada, señor. ¡Nada!

Piero Lovatti traga saliva. El teniente ha palidecido, tiembla como con fiebre.

Escucha... Hace apenas diez minutos los partisanos nos balearon desde la maleza. ¡Me mataron a tres hombres, muy cerca de aquí!

¿Vas a hacerme creer que ustedes no saben nada de los partisanos? ¡Pronto! ¡Ya mismo quiero saber dónde tienen la madriguera!

¡Le juro que no sé nada, señor! ¡Lo único que nos interesa son los viñedos!

La abuela interviene ansiosa:

¡Tiene que creerle, señor! ¡Los muchachos no hacen otra cosa que trabajar de sol a sol!

Antes de que el teniente pueda agregar nada se le acerca un soldado. Tiene en la mano la caramañola que colgara del cinto del "Loco".

Mire lo que encontré, señor.

Piero contiene el aliento. Es la caramañola alemana que el "Loco" llenara con vino, se le caería en la pelea. El temblor del teniente se acentúa.

¡Las iniciales del sargento Gauss!

La furia, el odio, distorsionan el rostro del teniente.

¡El sargento Gauss apareció esta mañana colgado de un árbol, en las afueras del pueblo! ¿Y tú pretendes hacerme creer que no sabes nada de los partisanos?

Es tanta la rabia del teniente que da las órdenes con voz chillona.

¡Pronto! ¡Contra la pared!

El sargento ubica a los hermanos Lovatti contra la pared.

Pero el teniente se adelanta, vuelve a gritar.

¡No, sargento! ¡Ellos no! ¡Empezaremos por la vieja!

Hasta los soldados vacilan, miran espantados al teniente. Pero hay tanta violencia en sus ojos que el sargento se apresura a obedecer. La abuela queda sola contra la pared.

¡Pronto, el pelotón!

¡Señor teniente!

¿Qué quieres? ¿Vas a revelarme el escondrijo de los partisanos?

Este... ¡No, vuelvo a jurarle que no lo conozco! ¡Pero máteme a mí, no a la "nonna"!

El teniente lo ignora. Ya el pelotón está formado.

¡Termine de una vez, sargento!

Sí, señor... ¡Achtung!

¡Apunten!

¡Fue...!

BANG!

Una descarga cerrada sigue al primer balazo. Los partisanos, con sigilo de lobo, han ocupado los lugares estratégicos alrededor de la casa; son más de veinte.

BANG!

BAN

RATTAT!

TRATTATAT!

BANG!

¡Los partisanos!

BEING!

BLAM!

Son abatidos los sorprendidos soldados alemanes; una explosión envuelve en una bola de fuego al blindado ligero.

BANG!

BANG!

BANG!

RAT TRAT TAT TAT! TATA!

¡Pronto! ¡A la casa!

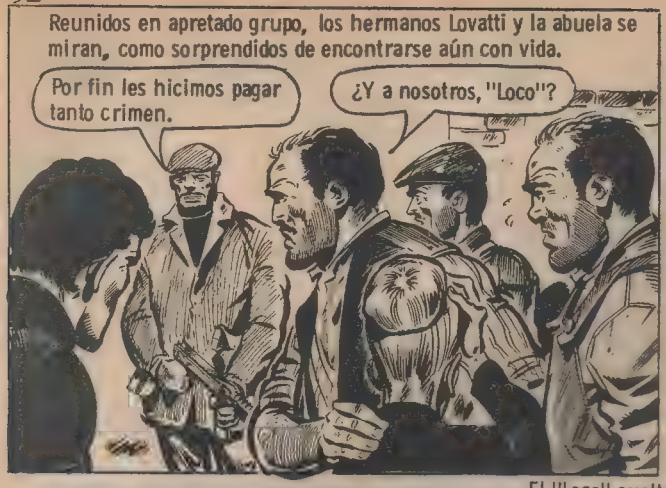
Pero ninguno puede obedecer la orden. Ni siquiera el teniente llega a entrar, la ráfaga disparada por el "Loco" le da de lleno.

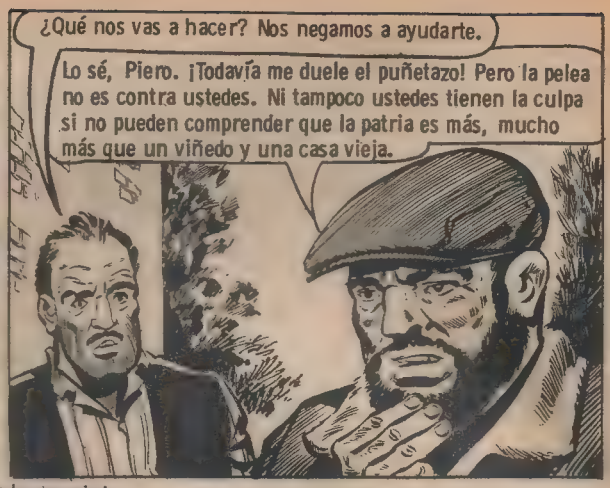
RAT TRAT!

TAT!

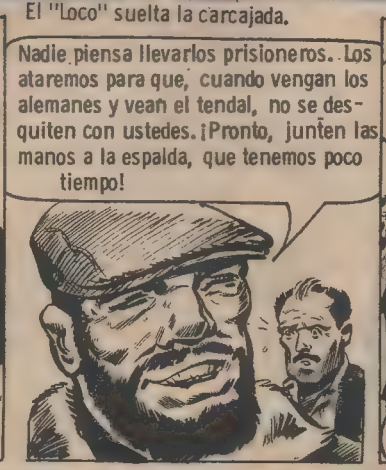
Muy pronto termina el brevísimo combate.

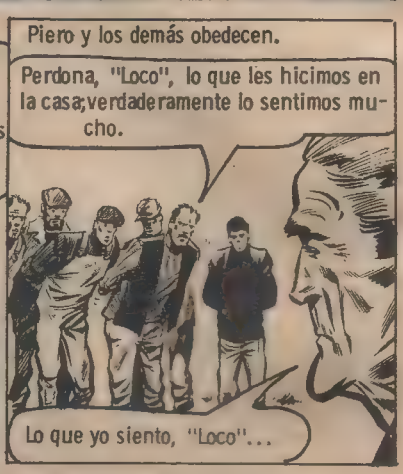
¡Alto el fuego! ¡Nunca nos salió un trabajo tan perfecto!


Reunidos en apretado grupo, los hermanos Lovatti y la abuela se miran, como sorprendidos de encontrarse aún con vida.
Por fin les hicimos pagar tanto crimen.
¿Y a nosotros, "Loco"?


¿Qué nos vas a hacer? Nos negamos a ayudarte.
Lo sé, Piero. ¡Todavía me duele el puñetazo! Pero la pelea no es contra ustedes. Ni tampoco ustedes tienen la culpa si no pueden comprender que la patria es más, mucho más que un viñedo y una casa vieja.

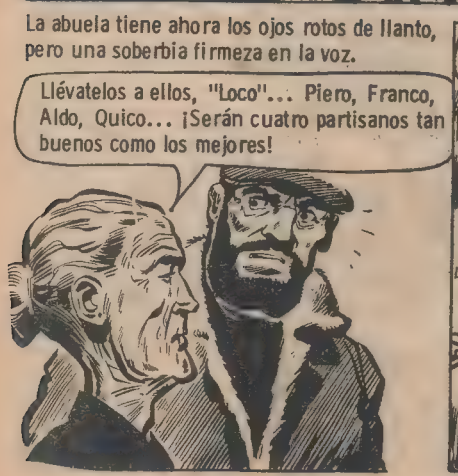
Un partisano trae un rollo de cuerdas.
Ahora vamos a maniatarlos y a amordazarlos.
¡Cómo! ¡Dices que no somos culpables pero nos llevas prisioneros!

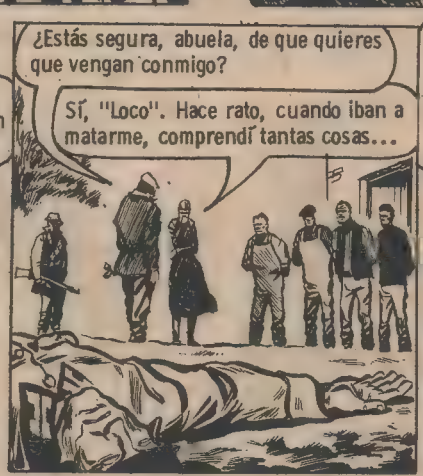

El "Loco" suelta la carcajada.
Nadie piensa llevarlos prisioneros. Los ataremos para que, cuando vengan los alemanes y vean el tendal, no se desquiten con ustedes. ¡Pronto, junten las manos a la espalda, que tenemos poco tiempo!

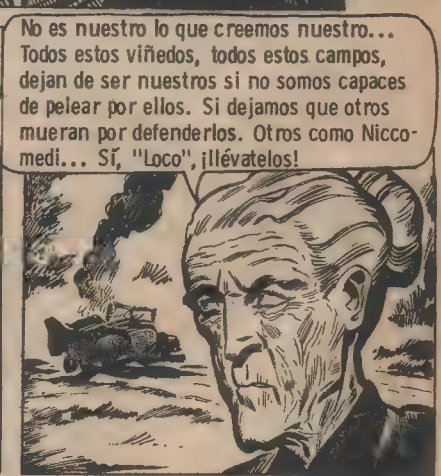

Piero y los demás obedecen.
Perdona, "Loco", lo que les hicimos en la casa; verdaderamente lo sentimos mucho.
Lo que yo siento, "Loco"...

La voz de la abuela suena inesperadamente quebrada.
¡Lo que yo siento, "Loco", son las cabras que te negamos! ¡Llévatelas todas, "Loco"! ¡Ustedes las necesitan mucho más que nosotros!

¡Gracias, "nonna"! ¡Ya sabía yo que usted terminaría siendo toda una partisana!
Llévate algo más, "Loco"...


La abuela tiene ahora los ojos rotos de llanto, pero una soberbia firmeza en la voz.
Llévatelos a ellos, "Loco"... Piero, Franco, Aldo, Quico... ¡Serán cuatro partisanos tan buenos como los mejores!


¿Estás segura, abuela, de que quieres que vengan conmigo?
Sí, "Loco". Hace rato, cuando iban a matarme, comprendí tantas cosas...


No es nuestro lo que creemos nuestro... Todos estos viñedos, todos estos campos, dejan de ser nuestros si no somos capaces de pelear por ellos. Si dejamos que otros mueran por defenderlos. Otros como Niccomedi... Sí, "Loco", ¡llévatelos!

No se discute más. Los partisanos quitaron a los caídos las armas y el equipo y están listos para partir. Es la despedida.

Hasta la vuelta, "nonna". Y cuídese.

Hasta la vuelta, Piero.

Un beso en cada frente. Piero, Franco, Aldo, Quico... Se alejan los hermanos Lovatti detrás de los partisanos.

¡Hasta la vuelta, "nonna"!

Pero...¡Quico! ¡Quico!

Súbita angustia en la voz de la anciana. Quico, el menor, el predilecto, vuelve a la carrera.

¿Qué pasa, "nonna"?

Tómalo, Quico... Y no te separes de él.

La abuela se quita el crucifijo de madera que le colgaba sobre el pecho y se lo pone a Quico.

El crucifijo los portegerá, Quico. ¡Sé que siempre los guiará! Ahora sí, Quico..., ¡hasta la vuelta!

Parte Quico a la carrera para alcanzar a los otros. Y la "nonna" queda sola, con el enorme desgarrón de las cuatro partidas lacerándole el pecho. Cuatro partidas que adivina sin retorno.

El "Loco" está contento con el refuerzo que representan los cuatro hermanos Lovatti. La guerra se acerca rápidamente al momento decisivo. Tanto, que los americanos creen necesario lanzar un coronel con paracaídas para que explique la situación a los partisanos.

Los alemanes tratarán de resistir hasta lo último en estas alturas. Han enviado grandes refuerzos para ocupar las cumbres. ¡Es de vital importancia que ustedes los retrasen para que nosotros tengamos tiempo de fortificarnos en los montes!

¡El que primero ocupe estas montañas habrá ganado la guerra en Italia!

Entiendo... ¡Lástima no saber por cuál camino vienen los refuerzos alemanes!

Imposible adivinarlo... ¡Hay que defender con uñas y dientes cada camino, cada sendero, por insignificante que parezca! ¿Entendido, mister "Loco"?

Entendido, coronel.

Se reparten las posiciones. Los partisanos son pocos y hay que medir cada hombre según el puesto que se le asigna. El "Loco" reserva a los Lovatti para lo último.

Queda el viejo camino de cornisa. Muy difícil que lo usen, pero con los alemanes nunca se sabe, por ahí puede venir el refuerzo principal. ¿Lo quieres para ustedes, Piero?

Lo que tú digas, "Loco".

Bien. Es de ustedes, entonces. Ya lo oyeron al americano. ¡Cualquier cosa con tal de detener o atrasar al enemigo! ¡La consigna es no dejarlos pasar!

Horas más tarde los hermanos Lovatti vigilan el viejo camino de cornisa. Tienen listo un pequeño arsenal: fusiles, una metralleta, granadas, cócteles Molotov.

Contradiciendo tanto preparativo guerrero, todo es quietud en la serranía. Balan ovejas en la distancia, allá en el valle. Y el viento dice quejas antiguas entre las zarzas.

Tanta paz es rota de pronto por el ruido de motores. Los cuatro hermanos Lovatti se persignan. Quico, con movimiento lento, besa el crucifijo de la abuela.

Ya vienen...

Diez infantes alemanes aparecen en el recodo, marchan en dos filas. Los sigue un auto militar con ametralladoras.

Atacaremos cuando pase el auto. Yo me ocupo de él. Ustedes se encargarán de los soldados.

Pronto pasan los alemanes delante de la emboscada. No advierten nada...

¡Ahora!

RATATATAT! TATAT

BANG! BANG! BANG!

La sorpresa es completa, apenas si los alemanes alcanzan a contestar el fuego.

¡Piero! ¿Te dieron?

BANG! BANG!

Sí... ¡Pero sigan tirando!

Cuesta creerlo pero el motor del auto, aunque acribillado a balazos, sigue funcionando. El conductor hace retroceder el vehículo en diestra maniobra.

¡Hay que atajar el auto, Quico!

¡Voy, Piero!

BANG! BANG!

Salta Quico al camino y corre hacia el auto que maniobra en el recodo para huir. El muchacho tiene lista una granada. Ya la arroja.

BOOM!

El triunfante Quico regresa junto a los otros. Piero se aprieta el hombro.

¡Lo hicimos!

¡El "Loco" estará contento! ¿Duele mucho, Piero?

No... Al principio creí que me desmayaba pero ya pasó.

En ese momento el viento cambia de rumbo. Y trae hasta los hermanos Lovatti un rugido poderoso. Con agilidad de cabra Quico se encarama a las rocas. Y queda helado.

¡Tanques! ¡El refuerzo principal viene por aquí!

Sí, es una fila interminable de vehículos. A los tanques siguen camiones, transportes, trenes de morteros pesados... Desde la altura los cuatro hermanos Lovatti los miran acercarse.

¡Imposible pararlos... ¡Es todo un ejército!

"No dejar pasar a los alemanes" es la consigna. ¡Pero son tantos!

Demasiados para nosotros. Además, Piero está herido, hay que atenderlo...

Sí... ¡Ya hicimos bastante!

Atacar semejante fuerza sería la muerte segura. Además, es tan fácil la retirada...Piero, cada vez más atormentado por la herida, no tiene ánimo. Queda resuelta la fuga.

Vámonos ya mismo. ¿Para qué correr riesgos inútiles?

El ruido de los motores crece con rapidez. Los hermanos Lovatti empiezan a escabullirse por entre las rocas, pero Quico se retrasa.

¿Qué te pasa, Quico? ¿Adónde vas?

El crucifijo de la "nonna", Franco... ¡Lo perdí! Debió romperse el cordón cuando tiré la granada... ¡No puedo dejarlo, Franco!

Quico corre hacia el recodo donde todavía humea el destrozado auto.

¡Ven aquí, Quico!

¡Tengo que encontrarlo! ¿Qué diría la "nonna" si lo pierdo?

Quico busca entre las zarzas al borde del camino. Por fin...

¡Aquí está!

El crucifijo ha quedado colgando enredado en una zarza. Pero Quico no llega a tocarlo.

Pero...¡Un tanque!

Quico salta a un lado, se incrusta entre las rocas. Ciegas, lo buscan las ráfagas de la ametralladora del tanque.

¡No puede salir! ¡Lo tienen atrapado!

¡Atrás vienen más tanques!

Piero, Aldo y Franco Lovatti se miran con sombría resolución.

No podemos dejar que lo maten.

No... ¡Los Molotov!

Se reparten los cócteles, encienden las mechas, se lanzan a la carrera hacia el tanque que todavía trata de rematar a Quico.

Los cócteles Molotov estallan sobre el tanque. Pero la ametralladora del Panzer giró a tiempo. La larga ráfaga hiere a Franco y a Piero.

La ametralladora deja de disparar, el tanque empieza a arder. Aldo se inclina sobre los caídos hermanos, grita:

¡Cúbreme, Quico! ¡Así puedo sacarlos!

Quico descarga su metralleta contra el tanque siguiente. Pero lo que puede hacer Aldo por sus hermanos es muy poco. Franco tiene un rojo agujero en mitad de la frente y Piero aparece tan inesperadamente liviano...

¡La ametralladora lo cortó en dos!

Sin buscar protección, Aldo dispara su arma contra la torreta del segundo tanque.

BANG! BANG!

BANG!

¡Sal de ahí, Quico! ¡Yo te cubro!

Pero apenas Quico sale de entre las rocas una ráfaga le acierta de lleno.

Aldo corre ladera arriba. Pasando junto al tanque aparecen infantes alemanes que ya apuntan al fugitivo.

¡A ése! ¡Que no se escape!

BANG

CRAC!

Pero no, Aldo Lovatti no piensa escapar. Sólo buscaba un lugar más adecuado para la resistencia postrera. Su fusil hace estragos.

CRAC!

BANG!

CRAC!

BLAM! BLAM!

Hasta que un cañonazo acaba con el último de los Lovatti.

B-WHAM!

Casi al mismo tiempo un estallido violentísimo destruye al tanque que ardía.

La sacudida de la explosión conmueve a la montaña, hay un deslizamiento de la ladera, un largo tramo del camino de cornisa se desmorona, arrastrando a dos tanques y un pelotón de soldados.

¡Ahhh!

Cortado el camino, la columna motorizada debió retroceder muchos kilómetros para buscar otro acceso a las cumbres.

Adonde no llegaron nunca: americanos e ingleses tienen tiempo de sobra para fortificarse en las cimas, y dominan todos los caminos con sus cañones.

¡Nunca imaginé que tendríamos tanto tiempo para fortificarnos! ¡Se portaron los partisanos!

Una semana más tarde, el "Loco" visita a la abuela; desde hace días sabe que sus nietos no volverán nunca. Le trae el crucifijo de madera...

Sé que le pertenece, abuela. Lo encontramos entre las zarzas, junto al camino donde cayeron.

Nadie sabe qué pasó allá, en la cornisa. ¡Lo que sí sabemos es que sus cuatro muchachos atajaron allí a todo un ejército! Gracias a sus muchachos, "nonna", seguiremos siendo una patria.

Los ojos quietos de la abuela parecen acariciar el crucifijo.

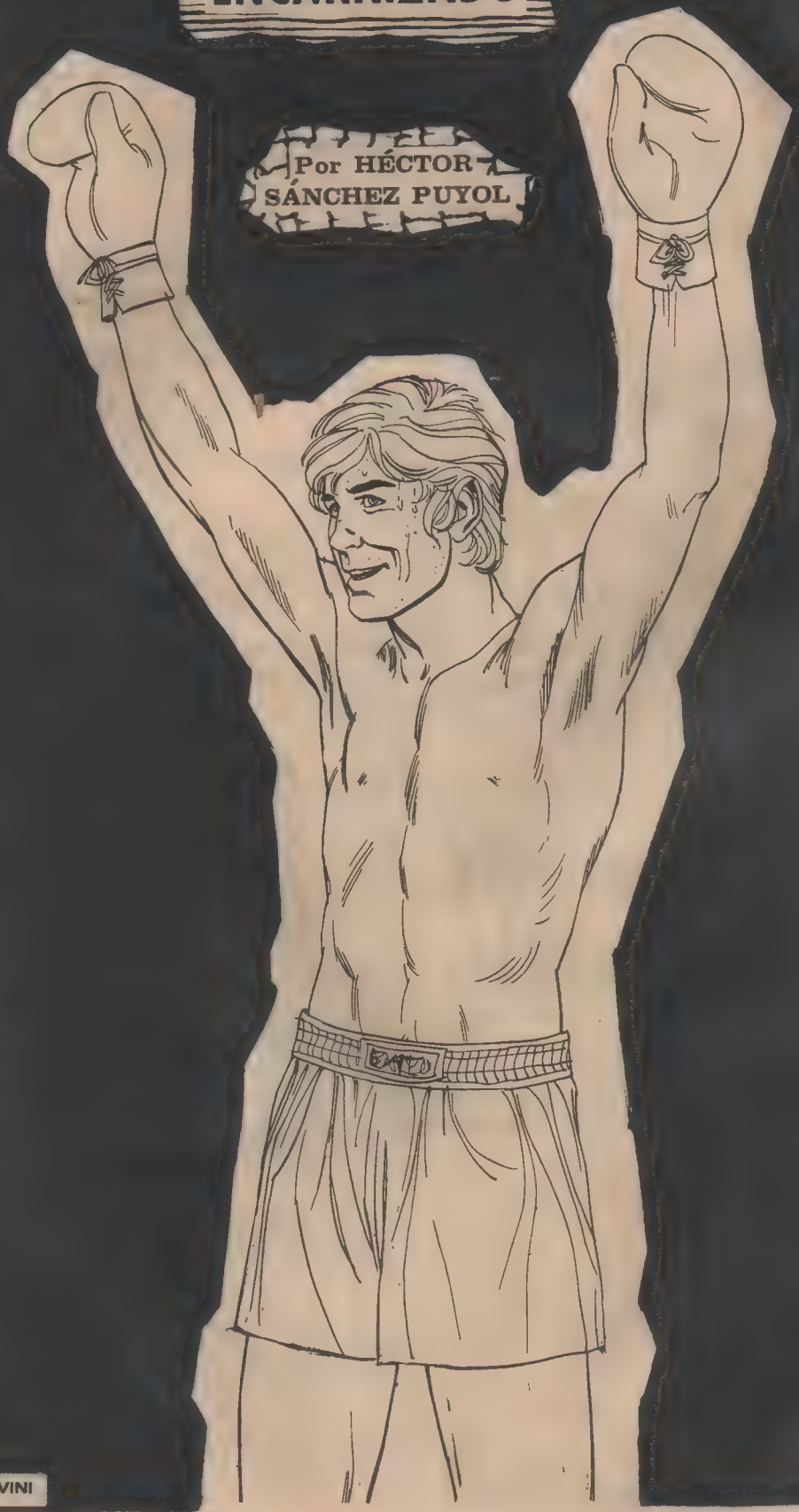
Lo sé, "Loco". Algo me dice que alguien, muy arriba, eligió a mi Piero, a mi Franco, a mi Aldo, a mi Quico, para una misión muy difícil y muy importante. No me consolaré nunca de haberlos perdido, pero tampoco podré estar nunca del todo triste.

Otra vez en el pecho de la anciana el crucifijo. Allá queda la "nonna", serena y melancólica como un atardecer. Como un atardecer que, igual que todos los atardeceres, encierra muy adentro las luces de la mañana del nuevo día.

FIN

EL ROUND MÁS ENCARNIZADO

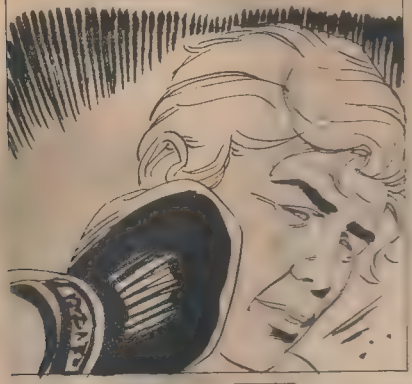
Por HÉCTOR SÁNCHEZ PUYOL



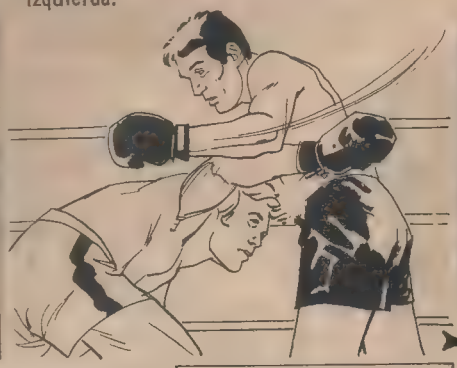
Dibujos de CAROVINI

8503

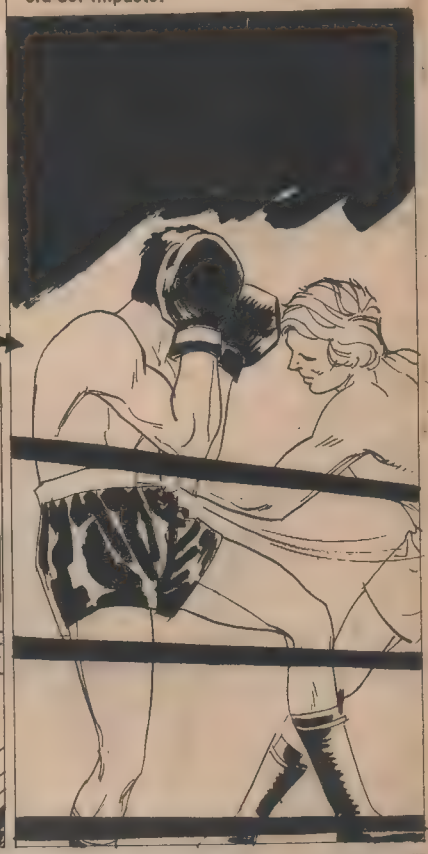
El derechazo de Lou Petillo da de lleno en la mandíbula de Tim Gannon.



Se doblan las piernas de Tim Gannon. Lou se precipita para rematar. Pero yerra la izquierda.

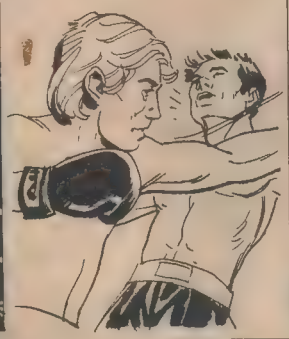


El contragolpe de Tim Gannon da exacto en el plexo. Un quejido dice de la eficacia del impacto.



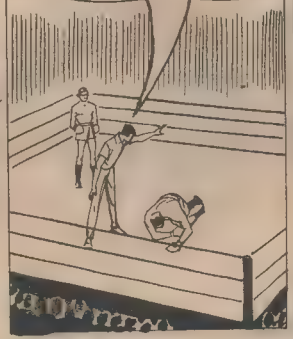
Tim Gannon no es un técnico, pero tiene una velocidad de reflejos fuera de lo común. Le pasó el momentáneo mareo y, con los ojos bien abiertos, descarga ahora secos mazazos al cuerpo.

Tim Gannon remata la acción con un gancho corto a la mandíbula.



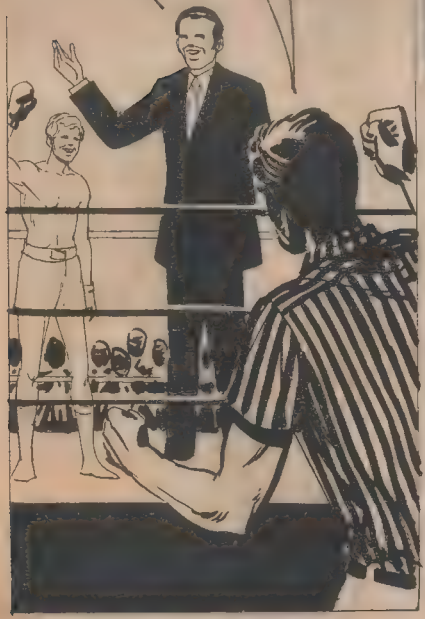
La cuenta del réferi llega hasta el final.

¡...siete...ocho... nueve...out!

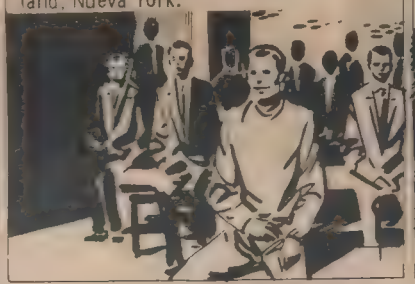


¡El ganador, Tim Gannon! ¡Por nocáut! ¡Al minuto veinte segundos del tercer round! ¡Tim Gannon se gana así el derecho a disputar la final!

¡Bueno, Tim...



Ha sido un nocáut de factura perfecta. Pero los aplausos que recibe Tim Gannon son muy pocos: apenas si cincuenta personas rodean el ring del Dinamita Boxing Club, un muy modesto club de barrio en Steaten Island, Nueva York.

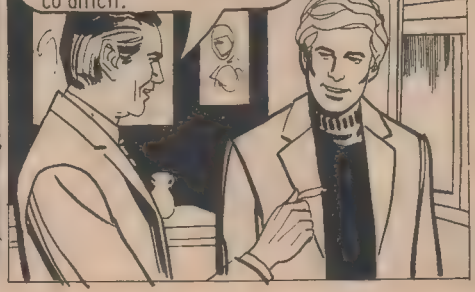


Kid Marlon, que alguna vez fuera campeón aficionado de California, es el entrenador de Tim Gannon.

El otro finalista es Teddy Bruce. Ganó diez peleas al hilo por nocáut, pero tú puedes ganarle.

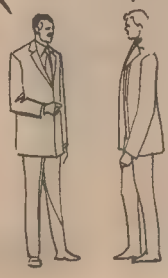
Kid Marlon no está demasiado convencido. Tampoco son muy alentadoras las palabras de Trevino, el dueño del Club.

Aquí tienes, Tim, los diez dólares que te ganaste esta noche. Si vences en la final del miércoles te daré cien... Pero lo veo un poco difícil.



Si duras tres round, te daré cuarenta dólares. ¿Está bien?

Gracias, señor Trevino.



Joe Trevino es un amigo, si por él fuera pagaría mucho más. Pero los tiempos son difíciles y no se puede.

—¿Cómo sigue tu madre?

Mejor, señor Trevino...Gracias.

Media hora de subterráneo y Tim Gannon sube al cuarto piso donde vive con la madre.

En el rellano lo espera Lina, la hija del relojero que vive al lado. El reproche ahonda los ojos grandes y oscuros de la muchacha.

—Volviste a pelear...

Sí...

Tim acerca el beso, pero ella se esquiva.

Estuvo el doctor Casey. Volvió a revisar a tu madre.

¿Qué dijo?

La encontró bastante bien, pero hay que seguir con las inyecciones. Parece que el corazón está todavía flojo, cualquier impresión fuerte podría...¡menos mal que no te quedó ninguna marca!

Toma, para las inyecciones. Lo que me dieron hoy.

El miércoles que viene traeré más... quizá cuarenta...

Tim...

Brillan húmedos los ojos de Lina. Quisiera que todo fuera tan diferente... Lo mismo le pasa a Tim.

No puedo elegir, Lina...Lo que saco en el puerto no nos alcanza, bien lo sabes. ¡Tengo que seguir peleando!

Ahora es Lina quien acerca el beso.

Perdóname, Tim, soy una tonta...

¡Pero tienes que cuidarte! Si llegas a traer alguna marca...o si dicen tu nombre en la radio... tu mamá podría...

¡No hay peligro, Lina!

Sé cuidarme para que no me lastimen...¡y en cuanto a la radio, no te olvides de que el Dinamita es un club muy chico! ¿Quién va a transmitir una pelea allí?

Entran. Tim besa a la madre, que está adelante de la televisión.

Hola, mamá. ¿A que adivino lo que estás mirando? ¡El "Show sorpresa de Ed Mulligan"!

¡Qué gracia! ¡Todos los miércoles lo veo!

Pero... ¿Desde dónde están transmitiendo esta noche? ¡Ese es Bonavena!

¡El argentino Bonavena y Cassius Clay! ¡Están haciendo una exhibición!

Dicen que es un chiste... Se ríen mucho... ¡Pero a mí me resulta horroroso!

¡No soporto la idea de los golpes! ¡No sé cómo puede gustarle a alguien un deporte así!

¡Lo mismo digo yo!

Una semana más tarde, Tim Gannon sale del departamento y se encuentra con Lina en el rellano de la escalera.

—Cuídate, Tim...

Por supuesto que me cuidaré, Lina. Teddy Bruce tratará de pegarme pero yo esquivaré así...

Simulando lanzar un "upper-cut", Tim toca con el puño el mentón de la muchacha.

...y le meteré una mano... así... ¡Si Teddy Bruce no se acuesta a dormir me hago monje!

Eres peor que un chico, Tim. Yo quisiera...

Darme un beso, ¿verdad? ¡Está bien, no te prives!

Ya en la calle se borra la sonrisa de Tim Gannon. Tiene que aguantar tres rounds para conseguir cuarenta dólares... ¡Pueden ser tan largos tres rounds!

Con cuarenta dólares mamá tendría inyecciones para quince días.

Ya en el ring del Dinamita Boxing Club, Tim Gannon escucha las últimas recomendaciones de Kid Marlon.

Ahí, en el "ring side", está Kovalsky, el empresario del Madison. Viene a verlo pelear a Ted Bruce, es muy posible que lo contrate. Pero tú no te preocupes, Tim, conserva la cabeza fresca y no te atropelles... ¡Sobre todo eso, no te atropelles! Y...

Kid Marlon hace una pausa, mira a un lado; una gran sonrisa le ensancha la cara.

Pero... ¿Qué te pasa, Kid? ¿De qué te ríes?

Ronríe tú también, Tim... ¡Mira, nos están televisando!

¿Qué?

¡El mismísimo Ed Mulligan en persona! ¡El "show sorpresa" nos toca hoy a nosotros, al Dinamita Boxing !

El rostro radiante del famoso animador se acerca al ring, ya sube...

¡Como acabamos de anunciar, esta noche visitamos por sorpresa al Dinamita Boxing, de Steaten Island, el club más chico y más desconocido de Nueva York!

¡El miércoles pasado charlamos con Cassius Clay y Ringo Bonavena, los astros máximos en el mundo del boxeo! ¡Hoy estamos en el extremo opuesto, un modesto club de barrio donde nunca hasta ahora entraron ni la radio ni la televisión!

¡Y ya mismo les presento a los dos bravos boxeadores que se aprestan a disputar la final por el campeonato interno, categoría mediana! ¡Tim Gannon, de 67 kilos 700... Teddy Bruce, 67 kilos 900...

Pero...

¿Cómo te sientes, Tim? ¿Dispuesto a vencer?

Este... sí, sí, por supuesto... ¡Me siento estupendamente bien!

Ed Mulligan se vuelve hacia Teddy Bruce. El cerebro de Tim Gannon está como congelado, todo ha sido tan rápido y tan repentino...

(Mamá... mamá estará mirando. ¡Tres años sin perderse una sola noche el "Show de Ed Mulligan! ¡Ya me habrá visto!

Las palabras del doctor Casey martillan dentro de Tim Gannon: "Cualquier impresión fuerte, una congoja intensa, pueden terminar con ella..."

(Debo irme ya mismo... Si ella me ve pelear... ¡O si me ve perder!)

(Pero si me voy pensará que estoy enfermo... ¡O que tengo miedo! Y la vergüenza de saberme cobarde sería peor...)

¡Además, si escapa, adiós dólares! Y sin dólares no hay inyecciones. Y sin inyecciones... ¡imposible seguir cavilando; Ed Mulligan le está poniendo el micrófono por delante.

Una palabra para el "Show sorpresa", amigo Tim Gannon, antes de iniciar el gran combate.

Este... yo...

Tim Gannon no sabe todavía si escapar o quedarse. Ed Mulligan, experto en entrevistados tímidos, lo empuja.

¿Cómo te sientes, Tim? ¿Con pocas o muchas ganas de pelear?

Este... me siento perfectamente... ¡Perfectamente bien! Y...

Una idea termina de tomar forma en el confuso cerebro de Tim Gannon.

(Mamá no sabe nada de boxeo... le haré creer que todo esto es un juego... ¡Que nos divertimos!)

¿Y qué, Tim?

Tim Gannon hace un esfuerzo y consigue sonreír.

Aquí no se trata de pocas o de muchas ganas de pelear... ¡Esto es más un juego que un deporte! ¡Teddy Bruce y yo somos grandes amigos!

¿Verdad, Teddy, que tú y yo somos grandes amigos?

Hum.

Se ensombrece aún más el rostro hosco de Teddy Bruce. La sonrisa de Tim Gannon es todavía más ancha...

Teddy y yo nos sacudimos sólo por divertirnos... Los golpes que nos damos son puro aparato, no duelen nada... ¿Verdad, Teddy?

Hum...

Ed Mulligan, suelta su célebre risotada.

¡Estupendo! ¡Ni dos maestros del despar-pajo como Cassius Clay y Ringo Bonave-na inventaron nunca nada semejante! ¡Ahora resulta que la pelea será ppr, chiste, y que los golpes serán caricias! ¡Ja, Ja,! ¡Este Tim Gannon debe ser pa-riente de Charlie Chaplin!

Un sonido estridente interrumpe al animador...¡Está sonando el gong para que se inicie el combate!

GONG

Rápidamente queda despejado el ring.

Vamos, Tim... ¡Muéstrale a ese payaso de Mulligan, y con él al mundo entero, cómo se pelea en el Dinamita Boxing! ¡No te a-tropelles y mantenlo a distancia!

Pero el plan de pelea que se ha fijado Tim Gannon es muy diferente...

(No...no puedo esperarlo...¡Tengo que sacarlo enseguida! ¡Debo dormirlo ya mismo!)

(¡Cuanto menos dure la pelea, mejor será! ¡Mamá tiene que creer que es un juego!)

Tim Gannon sonríe como si estuviera en el más diverti-do de los juegos. Hace una finta con la izquierda...

...y sin dejar de sonreír, descarga con todas sus fuerzas un rapidísimo gol-pe a la mandíbula.

Teddy Bruce parpadea sorprendido. Pero asimila bien el golpe. Otra finta de Tim y un golpe aún mejor calzado que el anterior.

Pero Teddy Bruce es de granito, resiste el tremendo impacto. Sin dejar de son-reír, Tim Gannon insiste. Amaga con la izquierda y...

En su afán de terminar cuanto antes el combate, Tim Gannon se abre demasiado; el contragolpe de Teddy Bruce le da de lleno.

Tim Gannon toca la lona. La cabeza se le va. Pero bravamente mantiene la sonrisa...

¡Tres...cuatro...cinco...!

Se endereza, siempre sonriente, y escucha cómo la cuenta de prevención llega a ocho. El réferi le hace señas de volver al combate.

(Ahora sí...¡Tengo que sacarlo!)

Se ha recuperado. Bailotea como con alegría, fintea, de pronto acorta la distancia con velocidad de rayo...

Otro tremendo impacto de Tim que llega a destino sacude a Teddy Bruce de la cabeza a los pies.

Pero Teddy sigue aguantando, y también su contragolpe llega a destino, seco y exacto.

Otra vez en la lona... Aunque bastante mareado, Tim Gannon consigue plegar los labios...¡Que todo parezca un juego!

(¡Mamá!)

¡...dos...tres...cuatro...!

Aferrándose a las sogas, Tim consigue recuperar la vertical.

(¡Tengo que aguantar! ¡Hasta el tercer round, por lo menos! Los cuarenta dólares... ¡Mamá!)

¡...seis...siete...ocho!

Termina la cuenta de prevención, el réferi hace señas de volver a combatir. Resuelto a terminar, es ahora Teddy Bruce quien ataca con todo. Tim Gannon se cubre...

(Tengo que aguantar...¡Tengo que aguantar! ¡Mamá!)

Tim Gannon trata de capear el temporal; pero un derechazo le penetra por entre la guardia, se le doblan las rodillas.

De alguna manera logra mantenerse en pie. Pero tiene la cabeza como metida dentro de una nube, ni sabe...

...que continúa cambiando golpes, que termina el primer round y que ya combaten en el segundo.

¡Tengo que aguantar... tengo que aguantar... ¡Mamá!)

Vuelve a estar a punto de caer, pero una idea lo sostiene...

(¡Aguantar... hasta el tercero... cuarenta dólares... ¡Hasta el tercero! Mamá...)

Da golpes, recibe más, muchos más. Pero nunca deja de replicar. Hasta que...

...un derechazo todavía más justo y potente que todos los anteriores le explota en la mandíbula. La lona le salta hasta la cara...

¡...cinco... seis... siete...!

Mamá Mamá!

...ocho... nueve... Oh!

¡Sí, Tim Gannon ha perdido por nocaut!

No cobraré... ni un sólo... dólar... Mamá...

Pero... ¿qué está diciendo el anunciador?

¡El ganador, Teddy Bruce! ¡Por nocaut a los dos minutos quince segundos del cuarto round!

¡El cuarto round!

¡El cuarto round! Quiere decir... ¡Quiere decir que pasé del tercero! ¡Que por lo menos gané cuarenta dólares!

Un baldazo de agua helada despeja la cabeza de Tim Gannon. Abraza al vencedor, y a su vez debe soportar el abrazo de Ed Mulligan.

¿No les decía yo que hay diamantes donde menos se piensa?

¡En el más modesto e ignorado de los clubes de barrio de Nueva York hemos asistido a la pelea más sensacional y encarnizada de los últimos años! ¡Gran victoria de Teddy Bruce sobre un adversario que demostró ser también todo un campeón!

Mulligan acerca el micrófono a Tim.

¿Cómo te sientes, Tim "sonrisas", después de estos cuatro sensacionales rounds no aptos para cardíacos?

Perfectamente, señor Mulligan... ¡Perfectamente! Ya se lo dije antes. ¡Todo esto fue sólo un juego!

¡Ja! ¡Tim 'sonrisas" Gannon se manifiesta ya como toda una gran personalidad del ring! ¡Pierde por nocaut luego de la más memorable de las batallas y encima dice que todo fue sólo un juego! ¡Genial, sencillamente genial!

Ya en el vestuario Tim Gannon se cambia de prisa. Apenas si oye lo que dicen Kovalsky, el empresario del Madison, y Trevino, el dueño del Dinamita Boxing.

El muchacho promete... Mándamelo una mañana de éstas... ¡O mucho me equivoco, o le aguarda un carrerón! ¡Al boxeo profesional le hacen falta hombres como Tim, con verdadera personalidad!

Tim Gannon es un autómata, vacío por dentro. No quiere pensar en nada. Sólo una palabra le martillea...

¡Eh, Tim! ¡Tus cuarenta dólares! ¡Te los ganaste!

(¡Mamá!)

Tim toma los billetes y sale sin despedirse, Casi sin advertirlo se encuentra dentro de un taxi, el primero que toma en su vida...

La escalera al cuarto piso. Un momento más y estará en casa. Un momento más y...

(Mamá...)

La puerta del departamento. Sin llave. La empuja, entra.

(¡Muerta! ¡Está muerta! El corazón...)

De la cocina sale Lina. Se lleva el índice a los labios.

Shhhhh...No la despiertes...

Los dos hablan en un hilo de voz.

¿Está...está...dormida?

Sí...

—¿Me vio? ¿El show de Ed Mulligan?

No...tu madre no vio nada...

Apenas anunciaron que iban a transmitir del Dinamita Boxing corrí al tablero de la luz y saqué los tapones... Tu mamá creyó en un apagón.

Cuando calculé que el show había terminado repuse los tapones. Tu mamá se había dormido.

Toma... cuarenta dólares... Perdí, pero igual me quieren llevar al Madison.

Pero no... nunca más... ¡Nunca más volveré a pelear! ¡La vi muerta, Lina! ¡La vi muerta! ¡No! ¡Nunca más volveré a pelear!

Un sollozo quiebra la voz de Tim Gannon. Un sollozo, y la desesperanza.

Aunque no sé de dónde seguiremos sacando el dinero para las inyecciones...

Yo sí lo sé, Tim...

Tengo una gran noticia para ti... ¡El doctor Casey te consiguió un nuevo trabajo! Es en Leeds, la fábrica de medicamentos. ¡Ganarás más que en el puerto y tendrás los remedios casi regalados!

Lina... entonces... tú y yo... ¡Podemos casarnos!

¿Volviste, Tim? ¡Me parece que podías saludar!

Te vi dormida y no quise despertarte...

¿Dormida, yo? ¡Sólo estaba descansando los ojos!

Con la coquetería de los viejos, la madre no quiere confesar que se quedó dormida.

Lástima el apagón... ¡Es la primera vez en tres años que me pierdo a Ed Mulligan!

Pero... ¿puede saberse de qué se ríen ustedes dos?

Este... por nada, mamá... por nada...

La culpa la tiene este Jerry Lewis... ¡Es genial!

¡Sí! ¡Hace cada cosa!

Una ventana con luz. Una ventana más entre los millones y millones de ventanas de Nueva York. Un punto de luz, de calor humano, de amor. De dicha. De dicha, tan pequeña y tan infinita.

FIN

"MONTMARTRE" NO CONTESTA

Por GERMÁN STURGISS

Dibujos de REZZÓNICO

Columberos.blogspot.com.ar

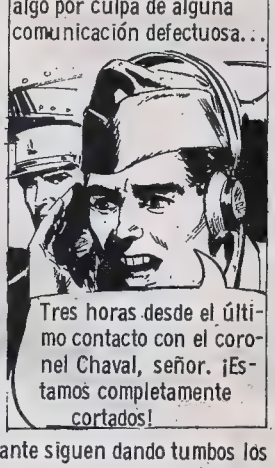
Dos plumas de polvo y arena van levantando los dos vehículos a través del desierto. Un camión de transporte y un blindado ligero.

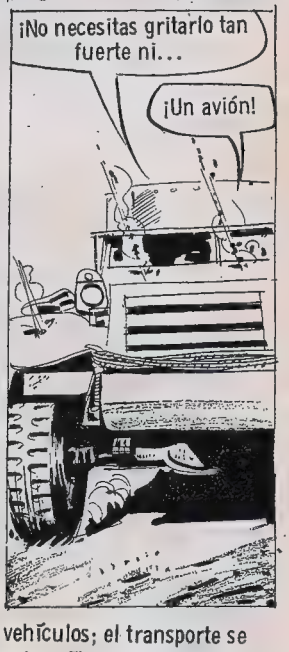
Son una patrulla de franceses libres, del cuerpo que comanda el general Leclerc, en Africa del Norte.

La voz es firme, pero el teniente Vance no está tan seguro como aparenta. Vienen guiándose por la brújula, y han dado tantas vueltas por lo accidentado del terreno que no sería difícil que le yerren al oasis.

"Montmartre" es el nombre en clave del oasis de El-Alab. La reserva de agua, la preocupación eterna en el desierto, está casi en cero...

Jacques, el radiooperador, tiene cara de ratón asustado. Es su primera misión desierto afuera y tiene pánico de fracasar. Si a la partida le pasa algo por culpa de alguna comunicación defectuosa...



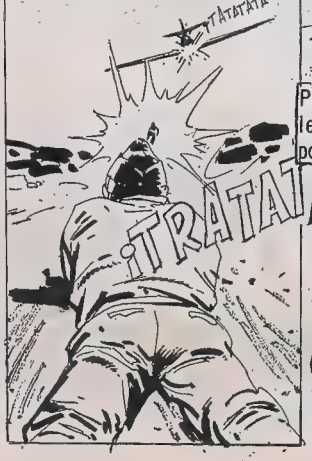


El caza alemán, un ME, surgió de entre las colinas, en vuelo rasante. El transporte recibe la mayor parte de la ráfaga.

Sin nadie en el volante siguen dando tumbos los vehículos; el transporte se incendia, los soldados se tiran afuera, los que pueden. El caza vira para repetir la pasada.

Vuelve al ataque el ME. Una hilera de piques busca al cuerpo de Jacques, atravesado en el camino.

El cabo Rovira alcanza a montar un BAR; lo descarga contra el caza.



Pero se contorsiona el cuerpo del cabo Rovira, alcanzado por los proyectiles de grueso calibre. El caza es un rugido furioso que les pasa bramando por encima.

Columberos.blogspot.com.ar

¡Humo negro en la cola del avión. Enseguida una gruesa nube...

...un resplandor súbito, un estallido...

Lentamente, los sobrevivientes se reincorporan.

Empate... Nos sacudió, pero se la dimos.

¡Jacques!

El teniente Vance, apretándose el costado, se inclina sobre Jacques.

Jacques... Pobre chico... ¡Venir a ligarla en su primera patrulla!

¿Qué fue lo que ligué, señor?

¡Cómo! ¿Puedes hablar? ¿Dónde te dieron?

En ningún lado, señor... ¡Estaba esperando la señal de "pasó el peligro"... El instructor dijo que...

¡Al diablo el instructor! ¡Creí que te habían matado!

Son doce los sobrevivientes. Pero entre ellos hay dos heridos, el teniente y el soldado Perrin, otro recluta como Jacques. Tiene dos balazos en el vientre. El transporte sigue ardiendo; también el blindado está más allá de todo arreglo.

Saquen cuanto pueda servir... Seguiremos a pie. Atención con la radio, Jacques. ¡Es tanto o más importante que las bazookas o la ametralladora!

Sí, señor.

Es duro abandonar a los caídos, pero es imperioso llegar cuanto antes al oasis. Perrin, el herido grave, es acomodado en una improvisada camilla. El teniente Vance se apoya en el sargento Denois y da la orden de marchar.

Racionan la poca agua que les queda en las caramañolas; el depósito que llevaban en el transporte quedó del todo vacío al perforarlo las balas del caza. La sed es pronto abrasadora; la arena suelta hace el avance más y más penoso. El viento ardiente reseca la piel, los labios se parten, queman los pulmones...

El teniente, colgado a medias del sargento, tiene la mano como incrustada en el costado. De pronto suelta una risa despectiva.

¡Ja! Seguro que estás extrañando tu casa, Maurice... ¡Siempre fuiste un nene de mamá!

De acuerdo, Maurice... no te pongas así... No hay como Saint Tropez en agosto, ¿verdad?

Este... no...

Este... Perdone, señor, pero soy Paul, no Maurice...

Columberos.blogspot.com.ar

El teniente Vance no es el único que delira; Perrin, el herido que va en la camilla, se lamenta y gime y canta a la vez; es un sonido inacabable, plañidero. Jacques, a su lado, le va mojando los labios con las últimas gotas que le quedan.

Ya llegamos, Perrin... ya llegamos...

No lo engañes, Jacques... ¡Y cuida tu agua, te quedarás sin nada!

Perrin es mi amigo, François... Hicimos juntos toda la instrucción... ¡Es un tipo fantástico! Además, no lo estaba engañando..., ¡mira!

¡Un oasis!

No seas imbécil, Jacques... ¡Es sólo un espejismo!

Pero Jacques no hace caso, echa a correr a través de las dunas.

Y acierta. No, no es un espejismo, es un oasis... Tropieza al llegar a las primeras malezas, va a llamar a sus compañeros cuando oye una risa entre las palmeras. Se acerca con precaución.

Jacques deja la radio en el suelo, trota en silencio hacia sus compañeros, les informa lo que ha descubierto. El sargento Denois decide enseguida el plan de ataque.

Es un oasis... es un oasis... es un oasis...

¡Esto es vida, Gigio! Lástima que el vino se nos esté acabando...

(¡Italianos!)

Ustedes por la derecha... nosotros por la izquierda... Ataquen cuando yo empiece a tirar. ¿Entendido, François?

Se despliegan en silencio. Pero uno de los italianos los descubre...

Dejan de lado las precauciones. Todos cargan a la vez. Ladran las armas automáticas.

¡Cuidado! ¡Franceses!

¡No!

¡Ahhhhhhh!

Todo termina con tanta rapidez como empezó. Ruge un motor acelerando a fondo...

¡Tírale, Simón!

¡Se me atascó!

Mala suerte... ¡Justamente ahora tenía que atascarse el fierro éste! Aunque me alegro por ellos... ¡Ya recibieron bastante!

Sí, pero avisarán que estamos aquí... ¡Y pronto tendremos visitas!

Columberos.blogspot.com.ar

El agua del manantial murmura maravillosamente fresca antes de perderse en la arena; Beben hasta saciarse.

Media hora de descanso y nos vamos.

El sargento Denois habla en voz inesperadamente baja.

Que no nos oigan los heridos...

¿Por qué?

Porque no podemos llevarlos... Son lo menos dos días de marcha hasta nuestras líneas... ¡Si llegamos! ¡Pretender llevar los heridos sería lo mismo que condenarnos a todos!

No le discutas, muchacho... A Denois le duele quizá más que a tí, ¡pero no hay alternativa!

(Quizá... Pero Perrin... ¿Cómo voy a dejarlo a Perrin?)

(A mi amigo Perrin!)

Si por lo menos nos pudiéramos conectar con el coronel... Vuelve a probar, Jacques.

Jacques enciende el aparato, se coloca los auriculares; el indicador marca "carga completa" en las pilas.

Rolando llamando... Rolando llamando... Por favor, Saint Michel, conteste... Saint Michel, conteste...

Largos minutos repitiendo el llamado.

Es inútil, Jacques... O estamos demasiado lejos, ¡o han reventado todos!

¡Cállense! ¡Oigo algo! Apenas... ¡Pero sí! ¡Sí! ¡Es Dimitri, el ayudante del coronel!

Saint Michel, conteste... Pero...

Déjame hablar a mí.

¡No! Se los oye apenas, usted no entendería nada... Preguntan dónde estamos, sargento...

Diles que en el Sector L6, en el oasis marcado "Montmartre" en el mapa.

Sector Lo... Oasis "Montmartre"... Repito Oasis "Montmartre"... Sí, nos atacó un avión... Ocho hombres... El teniente está herido, también Perrin...

¿Qué les importa de Perrin? ¡Que te digan dónde están, así vamos hacia ellos!

¿Cómo? Sí... ahora escucho mejor... ¿Que nos sostengamos aquí, en "Montmartre"? Bien, haremos todo lo posible... ¿Que es una orden? ¡Entendido, señor, entendido!

Jacques se quita los auriculares, apaga el aparato.

Orden directa del coronel, sargento... ¡Debemos cavar aquí y sostener el oasis hasta que ellos lleguen! En diez horas calculan estar aquí.

¡Diez horas! Puede pasar tanto en diez horas...

Columberos.blogspot.com.ar

Es fácil cavar en la arena. Pronto establecen un "perímetro" de puntos fortificados. El armamento principal son las dos bazookas, la ametralladora y un cañón antitanque que dejaron los italianos.

El agua abundante y la frescura de la noche que cae alivian el delirio del teniente Vance.

Tenemos agua y comida de sobra. Y más armas de las que podemos manejar. Sí, señor, resistiremos hasta que llegue el coronel.

¿Cómo va ese costado?

La verdad, Denois..., ¡cada vez duele más!

El rostro del teniente Vance aparece como cavado, los huesos pugnan por salir.

Pero lo que más duele es la impotencia, no poder hacer nada... Acomódeme en un hoyo, sargento, y déme un fusil... ¡Algo haré!

Pedido rechazado, señor. Lo siento, pero con una esquirla dentro del cuerpo la orden es inmovilidad absoluta. ¡Arriba ese ánimo, señor! ¡Unas horas más y lo estaremos evacuando! La guerra se terminó para usted, señor...

Dentro de unos pocos meses estaremos los dos tomando cerveza en París... ¡En eso debe pensar usted ahora, señor! ¡En París!

(París...)

París... Y Nicole... El teniente Vance no la ve desde que se escapó de la Francia ocupada para incorporarse a los Franceses Libres del general De Gaulle... Nicole... Nicole... Nicole-mujer... Nicole-sueño...

(Nicole...)

Está llorando el teniente Vance. El sargento Denois se siente un intruso ante aquellas lágrimas, se aparta. Llega hasta Jacques.

¿Y, Jacques? ¿Cómo va eso?

Perrin sufre mucho, sargento... ¡Mucho!

Jacques pasa un trapo húmedo por la frente del herido.

Está dormido, Jacques... Tómate un poco de tiempo para tí, descansa. ¿Por qué no escribes a casa?

¿A casa? No tengo casa, sargento...

Mi casa está aquí, sargento... Mi familia... ¡es Perrin! Mi amigo Perrin...

Por un momento el sargento siente un golpe de envidia. ¡Tiene tanta familia el sargento Denois! Padres, mujer, hijos, hermanos, abuelos, tíos...

(El almuerzo de los domingos... todos juntos... La última noche antes de partir para la guerra... No, un hombre con familia no debería ir a la guerra...)

¡Pero también un hombre que no es capaz de ir a la guerra para luchar por su familia no merece tener familia!

(Aprende de François, Denois... Míralo..., ¡durmiendo como un bendito!)

Pero no dura la paz en el oasis "Montmartre"...

¡Un avión, sargento!

¡Parece un caza-bombardero!

La ametralladora y el BAR disparan contra el avión, que no se atreve a bajar mucho. Deja caer un par de bombas.

¡BOOM!

Columberos.blogspot.com.ar

El caza-bombardero se aleja.

¿Algún herido?

No... ¡Lo único que consiguió el maldito fue despertarme!

Yo seguiré cuidando a Perrin, Jacques... Trata de comunicarte con el coronel. Ya deben estar muy cerca.

Este... sí, sargento...

Rolando llamando... Rolando llamando... Por favor. Saint Michel, conteste... Saint Michel, conteste, Rolando llamando...

Durante minutos repite Jacques el llamado. Pero sin resultado.

Los habrán obligado a retroceder los alemanes...

¡Si no llegan cuando dijeron nos vamos de aquí!

Vuelve la quietud al oasis "Montmartre". Interrumpida sólo por la avidez de algún chacal atraído por los muertos. Ha salido la luna; el desierto, bajo su plata, es un espectro de desierto.

Es tanta la visibilidad que el enemigo no puede permanecer tranquilo...

¡Sargento! ¡Tanques!

¡Por allí vienen más!

REZZONICO

¡No disparen hasta no tener el tiro seguro! ¡Que no sepan hasta el último momento dónde estamos ubicados!

Cuatro tanques italianos, grandes y pesados, se adelantan en avance bien concertado. Pronto fulguran los cañones.

Tiran al bulto... Están a mil metros... Esperen a que estén a quinientos...

Los tanques avanzan con gran decisión. Setecientos metros... seiscientos... quinientos... Las dos bazookas bufan a la vez.

SSSBBRUUUHM!!

BROOM!!

SSS BRRU

Arden los dos tanques más adelantados, el cañón antitanque da rápida cuenta de los otros dos.

BROOM!!

Las llamas enrojecen el desierto. Pero siluetas oscuras se agazapan, corren unos metros, vuelven a agazaparse, de nuevo avanzan, a cada tanto las ilumina la breve floración de un fusil que dispara.

Infantería... ¡Atención, que vienen de varios lados a la vez!

Columberos.blogspot.com.ar

El ataque de los infantes se concreta, se lanzan en el último "rush".

¡Adelante!

Hace estragos entre los atacantes que acometen con coraje magnífico, la ametralladora manejada por dos expertos como François y Simón.

¡tratatatat!

Nuevos tanques asoman en la distancia. Sus cañones apoyan el ataque de la infantería. Una certera granada desmonta el cañón antitanque.

¡BROOM!

El asalto de la infantería es contenido. Pero los atacantes no se repliegan, se parapetan entre las dunas próximas.

El fuego graneado de los italianos logra nuevas víctimas.

Es inútil... somos demasiado pocos... ¡No nos dejan asomarnos! ¡Otra embestida y nos barren!

Hasta que un BAR ladra a cierta distancia. Y cesa el acoso desde las dunas.

¿Qué pasa ahora?

¡Alguien los está atacando por la retaguardia!

¿Serán el coronel y su tropa? Pero no... ¡Es un solo BAR! ¡Pero los italianos creen que son muchos! ¡Se repliegan!

Sí, los atacantes que se apostaron entre las dunas, al verse acometidos por el flanco, se retiran de prisa. Sigue el cañoneo desde lejos, pero impreciso e ineficaz.

¡Por fin un respiro!

El sargento Denois, exhausto, se siente al borde la las fuerzas.

Parece, Jacques.... que por esta vez... los rechazamos...

Pero... ¿quién habrá sido el que disparó el BAR?

Como respondiendo, una silueta alargada, vacilante, asoma entre las dunas. Trae un BAR a la rastra.

¡Ahí viene! ¡No vayas a tirarle!

Columberos.blogspot.com.ar

Ahora pueden verlo bien, la luna le da de lleno.

¡El teniente!

El teniente Vance se derrumba delante del hoyo. Hace un esfuerzo, rueda sobre sí mismo, queda de cara a las estrellas.

Nicole...

Allí queda el teniente Vance, el rostro pálido de luna y muerte, ya con más muerte que luna.

Se jugó por salvar la posición...

Sargento...

¿Qué pasa?

Sólo quedamos nosotros... Usted y yo. Y Perrin.

Sí... Si vuelven a atacar nos liquidan... ¡Pero quizá el coronel llegue antes!

Prueba de llamar otra vez, Jacques... Aunque de todos modos tenemos que irnos ya mismo... Dejaremos a Perrin, no creo que se dé cuenta de nada.

Este... Yo, podría quedarme con él, sargento...

No. Tú tienes que venir conmigo. ¡Alguno de nosotros debe llegar hasta el coronel! ¡Puede ser muy importante que el coronel sepa que hay tantas fuerzas enemigas por este lado! ¡Al fin de cuentas la misión de la patrulla era reconocer "Montmartre"!

El radiooperador Jacques Leger se inclina una vez más sobre el aparato.

Rolando llamando... Rolando llamando... Saint Michel, conteste... Saint Michel, por favor, conteste... Rolando llamando...

No te gastes más... Igual nos vamos. Pasaron de sobra las diez horas que dijo el coronel...

Pero... un momento... ¡Contestan!

Columberos.blogspot.com.ar

Sí, Dimitri... Lo escucho... ¿Cómo? ¿Que ya llegan? ¿Solamente cinco horas más? Entendido, Dimitri... ¡Dígale al coronel que seguiremos sosteniendo "Montmartre" hasta el fin!

¡Estarán aquí en cinco horas, sargento!

Cinco horas... ¿Seguro?

Sí... ¿Por qué?

Por esto, Jacques... El cable del auricular ... ¡suelto!

En ningún momento pudiste oír nada... ¡Ahora me doy cuenta de todo! ¡Nos estuviste engañando desde el primer mensaje! ¡No estuviste nunca en contacto con el coronel!

Jacques baja la cabeza. Su voz suena como desde lejos.

Sí... Dos válvulas rotas, el ataque del primer avión inutilizó el aparato. Se encendía pero no sintonizaba nada... ¡Pero si mentí fue por Perrin! ¿Qué iba a sentir Perrin, si despertaba y se veía abandonado?

El sargento Denois mira al muchacho. Por su culpa no se retiraron de "Montmartre". Por su culpa ya han sido aniquilados casi todos... por su culpa también ellos... Pero comprueba con sorpresa que no siente enojo.

Hiciste bien, Jacques...

Mejor morir aquí, con las armas en la mano..., que en mitad del desierto, achicharrados por el sol. Porque de todos modos hubiera sido imposible encontrar al coronel a pie y sin radio.

Jacques vuelve a Perrin. Otra vez el trapo mojado sobre la frente arde, sobre los ojos que no se abren. El sargento se le acerca.

Lo quieres mucho, ¿verdad?

Es mi amigo, sargento...

Se entrecierran los ojos del sargento Denois. Allá lejos la luna está plateando tres siluetas bajas, de contornos siniestros, letales... Tres tanques alemanes, son tres Tiger armados con el irresistible cañón del 88.

De algún modo saldremos de aquí, Jacques... Los tres. ¡Porque no lo dejaremos nunca a Perrin!

Los Tiger cañonean el oasis de El-Alab, señalado en los mapas con el nombre en clave de "Montmartre". En instantes sólo hay fuego y muerte entre las palmeras, que pronto quedan reducidas a negros muñones.

BLAM!!

Columberos.blogspot.com.ar

Treinta horas más tarde llega a "Montmartre" la columna del coronel Chaval. El coronel y sus oficiales ven el tendal y adivinan lo ocurrido.

Se defendieron hasta lo último...

Sí... Ahora entiendo por qué el enemigo no nos atacó por este lado... Creyeron que había aquí la vanguardia de una fuerza poderosa... ¡No exagero si le digo que estos hombres han salvado con su sacrificio al ejército de la Francia Libre!

REZZÓNICO

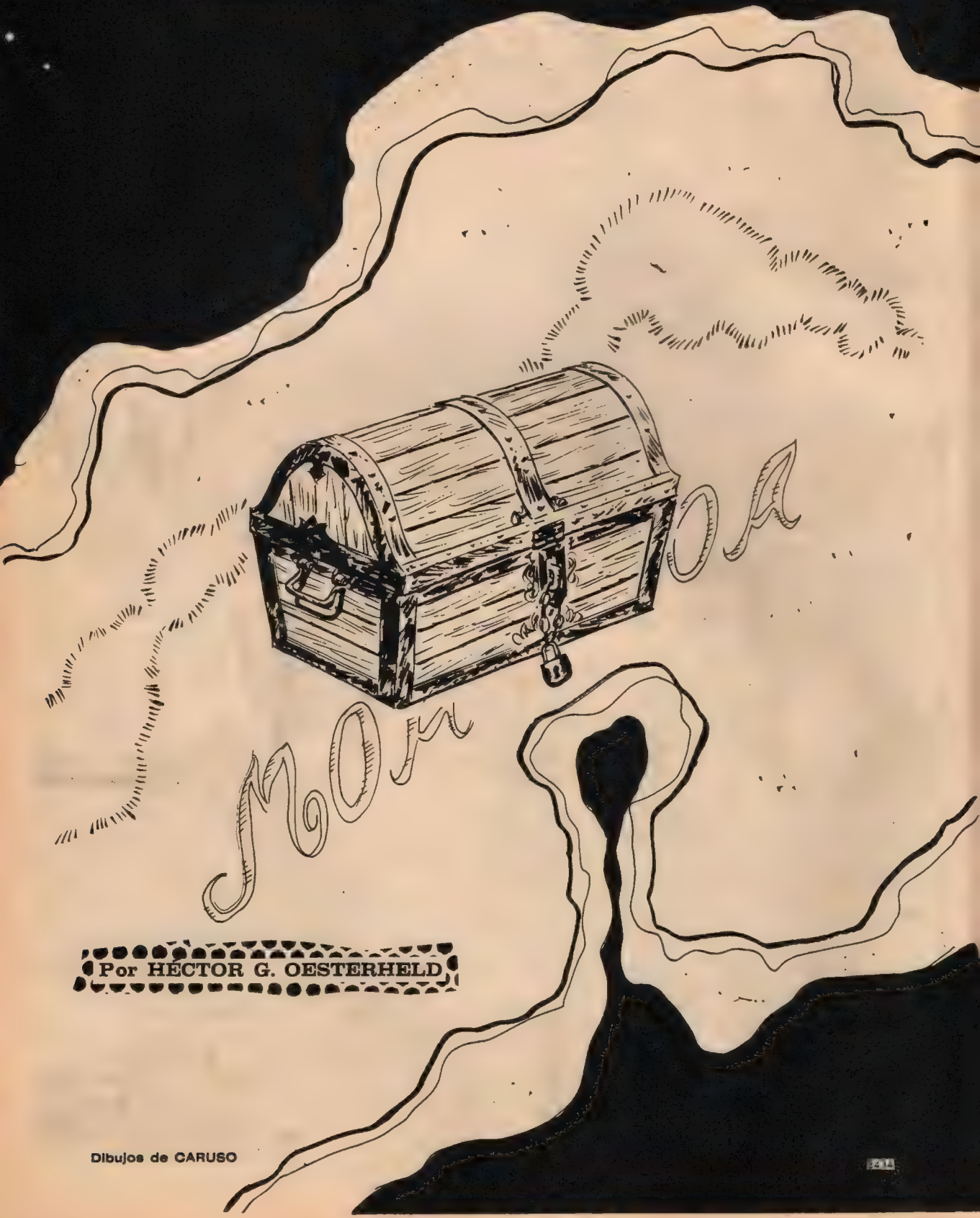
El día 25 de agosto de 1944 entran a París las tropas del general Leclerc, poniendo fin a cuatro años de ocupación alemana. Junto a las tropas que desfilan por entre las calles enloquecidas de júbilo, banderas y flores, marcha...

...un invisible ejército de sombras. Sombras gloriosas de los caídos por la patria, del teniente Vance, del sargento Denois, de Jacques, de Perrin, de Rovira, de François, de Simón... y tantos, tantos otros... También es de ellos la gran victoria: sin su sacrificio el triunfo no hubiera sido posible.

FIN

Columberos.blogspot.com.ar

EL TESORO DE MOA-MOA



Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CARUSO

toritodel2001

¿Verdad que papito no fue un bandido, señor?

Los ojos de Priscilla Lenner miran con húmeda ansiedad al pastor Irving. El pastor demora la respuesta.

Mary Lenner, la madre de Priscilla, rehuye la mirada del pastor. Tiene los ojos más envejecidos que el resto del rostro, todavía hermoso. Debe saber mucho sobre Alvin Lenner, su esposo. Aunque es imposible que lo sepa todo...

Priscilla Lenner insiste.

¿Por qué no contesta, señor? ¿Fue o no fue un bandido mi papá?

El pastor Irving llena de aire el pecho, como quien se zambulle. Y por fin contesta.

Verás, Priscilla... Se trata de una respuesta un poco larga. Porque prometí contártelo todo. Absolutamente todo...

Tú misma dirás después lo que fue tu papá...

"Todo empezó para mí una mañana de mucho calor, en la isla de Longa, muy al norte de Guadalcanal, en el Pacífico. Era en julio de 1944, y un tremendo tifón había arrasado casi todas las instalaciones que teníamos en la isla."

"De mi pequeña capilla no quedó nada, ni siquiera una mísera tabla. Pero por una vez los superiores se acordaron de mí y desviaron un transporte, el 'Dawson', para que me recogiera."

"El 'Dawson' era un buque mercante artillado con una ametralladora cuádruple y un cañoncito Bofors. Pero ni sus tripulantes ni sus oficiales me parecieron demasiado aptos para un encuentro con los japoneses."

"Quien me impresionó peor fue el capitán Arnold. Adiviné enseguida al hombre mezquino, que lo hace todo por obligación. El barco sucio y la tripulación indolente, descuidada, eran fiel espejo suyo."

Usted me viene muy bien, reverendo...

Se me enfermó Towers, el comisario, y se amontonó una cantidad de planillas para llenar. Supongo que usted, como buen pastor, sabrá escribir a máquina. Le aseguro que se divertirá, porque deberá extractar unas cuantas vidas muy interesantes.

No sólo su capilla resultó destruída por el tifón; también quedó desmantelado el penal de Rikkawa. Abajo tengo encerrados a una docena de los mejores clientes de la policía militar...

toritodel2001

No se asuste, reverendo... ¡Los pájaros están bien guardados y debidamente esposados!

"Me miró como descontando que yo me asustaba. Me dió rabia... ¿Por qué todos han de creer que un cuello blanco de celuloide es sinónimo de cobardía?"

Déme las planillas. ¡Y sepa que antes de venir al Pacífico fuí capellán en el presidio de San Quintín!

"Media hora más tarde me instalaba en la comisaría del buque. Había botellas de whisky por todas partes; no era difícil adivinar la 'enfermedad' del comisario de a bordo."

Estas son las carpetas con los prontuarios de los presos.

Sacaré de los prontuarios los datos para llenar las planillas. Empezaré por éste, que es el más gordo.

ALVIN LENNER

Hum... Sin padre ni madre a los cinco años... Reformatorio entre los diez y los catorce... Hurtos varios, lesiones, asalto a mano armada, más lesiones... Tres años, aumentados a cinco por mala conducta, en el presidio de Galveston, Texas...

Aquí pareció enderezarse... en dos años llegó a capataz en los altos hornos de la Bethlem Steel, en Pensilvania. Casado con Mary Seaver, al año una hija, Priscilla... Despedido por agresión y lesiones a un ingeniero... Entró como voluntario al cuerpo de marines...

Verdaderamente, tiene una hermosa cara de bruto... En fin, sigamos. Calificaciones militares excelentes, dos veces campeón de tiro con ametralladoras pesadas. Pero dos, tres condenas por faltas graves de disciplina...

Por último, "violencia física contra un superior en presencia del enemigo". Sentenciado "por traición" a diez años de trabajos forzados. ¡Lo que se dice un perfecto pájaro de cuentas!

"No sé desde cuándo estaba enfrente mío... No lo sentí entrar. Miré despavorido al hombre que se apoyaba sobre mi mesa."

Todo lo que dice ahí es cierto.

Pero... ¡usted!

"Sí, era él, Alvin Lenner. Lo reconocí en el acto por las fotos. Pero..., ¿qué hacía allí? Se suponía que estaba abajo, sólidamente esposado..."

Este... creí que usted...

¿Qué yo estaba esposado? Por supuesto... ¡mire!

De la muñeca derecha le colgaban las esposas abiertas. Sonrió, como disculpándose.

Es buena escuela el reformatorio... Como le decía, reverendo, todo lo que dice ahí es cierto. Pero lo que no dice...

...es por qué lo sacudí al ingeniero aquel, ni por qué le partí la cara al sargento Mund. ¿Sabe por qué fue la cosa con el sargento? ¡Porque se emperró en tenerme limpiando letrinas cuando le pedí desembarcar en Tarawa con la primera ola de asalto!

"Gritaba demasiado. Traté de calmarlo."

Claro... siempre ocurre así. Todos somos víctimas de injusticias, todos somos inocentes, todos somos grandes patriotas.

"Se lo dije con la más desarmante de las sonrisas. Y agregué..."

¿Por qué no se acordó del patriotismo antes de pegarle al sargento?

"Con fuerza de grúa me alzó de la chaqueta."

¡Agradece que no quiero que me agraven la condena! ¡Si no, te demostraba cómo le quedó la cara al sargento!

toritodel2001

Pero no vine a pelear...¡Vine sólo a buscar esto! Banks, Roscoe y los demás socios están que se mueren de sed.

"Se marchó con una botella debajo de cada brazo. Respiré aliviado. Pero no mucho..."

Un delincuente como Lenner yendo y viniendo por todo el barco... Quiere decir que...

"Pero no tuve tiempo de asustarme. En la puerta asomó una cara llena de granos."

Lo llama el capitán, reverendo... ¡Urgente!

"Tres años de capellán en la Marina me acostumbraron a obedecer. Seguí a 'Granos' hasta el puente. El capitán me esperaba."

Tengo para usted, reverendo, un trabajo mucho más importante que las planillas.

Acabo de recibir nuevas órdenes. Debemos desembarcar en Moa-Moa los víveres y las municiones que llevábamos para Kawa. Como mi comisario sigue enfermo, usted, reverendo, supervisará el desembarco de la carga. Empezará ya mismo, poniendo en orden el inventario.

"Parecía el más natural de los encargos. Pero, ¿por qué traspiraba así el capitán Arnold? ¿Por qué le temblaba tanto el dedo con que señalaba la isla en el mapa? Traté de decir algo."

Moa-Moa parece una isla igual a tantas... Una laguna central, arrecifes...

MOA-MOA

"Me miró por un instante y contuve el aliento, había terror en sus ojos. Sí, terror, puro y simple terror. Enseguida supe por qué."

No. Moa-Moa no es una isla igual a tantas...¡En Moa-Moa se combate, reverendo!

¿Cómo dice? ¡Si hace rato que dominamos a toda la zona!

Los japoneses de Arúa supieron que los "marines" están sin víveres ni municiones y desembarcaron en Mao Moa hace tres días...

Los japos se atrincheraron aquí, en la boca de la laguna. Los "marines" están en este otro lado...¡y deberán rendirse en un par de días si no reciben ayuda!

WOW!

El único lugar donde un buque puede atracar en Moa-Moa es en la laguna central. Las costas en la parte dominada por los "marines" son inaccesibles. ¡Habrá que forzar el paso por entre el fuego de los japos! Pero el "Dawson" no está preparado para tamaños trotes. ¡Es tarea para un crucero!

"Comprendí el terror del capitán Arnold. Estaba viendo los débiles costados del buque mercante destrozados por la metralla japonesa. Tanto lo comprendí que sentí como una mano helada agarrotándome el estómago. En ese momento..."

"...se oyeron desde proa dos gritos estremecedores."

¡Moa-Moa a la vista!

¡Avión a babor!

"Nadie se preocupó por la isla. Todos los ojos buscaron el avión."

Es nuestro...¡Un P-50!

No...

¡Es un Zero!

¡Zafarrancho de combate!

toritodel2001

"Sí, era un caza japonés. Atacándonos con decisión tremenda."

¡Las ametralladoras! ¡Tírenle!

"La cuádruple ametralladora del 'Dawson' estaba todavía envuelta en lona... Y los artilleros..."

"...se preocupaban demasiado por protegerse."

"Pasó sobre el 'Dawson' el trueno del Zero. Un viraje cerrado, y volvió..."

¡Pronto! ¡Hay que disparar las ametralladoras!

¡Voy yo, señor!

"Bravo 'Granos'... Fue el único capaz de jugarse. En un momento apartó la lona que cubría las ametralladoras."

Pero... ¡está atascada!

¡Aaaaaa...!

"El desdichado 'Granos' pagó caro su coraje. Ninguno de los demás atinamos a nada. Menos que ninguno el capitán Arnold."

"Inesperadamente, el Zero no renovó el ataque."

Se va...

¡Por fin! Estará escaso de nafta...

"No sufrimos tantas bajas como pareció por la intensidad del ataque. Además de 'Granos', el único muerto, hubo tres heridos, ninguno grave."

Con cuidado... Tiene la pierna rota.

"Después de ayudar con los heridos volví al puente. Ya Moa-Moa había crecido mucho en el horizonte."

Estamos enfilando hacia la entrada a la laguna central...

"En ese momento una columna de agua se alzó allá adelante, a unos trescientos metros de la proa."

¡Un cañonazo!

"El timonel del 'Dawson' debía conocer muy bien a su capitán..."

¿Mantengo el rumbo, señor?

Este... no... Es una suerte que esté usted aquí, reverendo... Me servirá de testigo.

toritodel2001

Fuerte oposición de la aviación enemiga... Y densa cortina de artillería... ¡Sí! ¡Es imposible reabastecer a Moa-Moa!

"Ya el timonel viraba por su cuenta cuando el capitán Arnold dió la orden."

¡Ciento veinte puntos al oeste, timonel! ¡Nos volvemos!

"La oscura silueta de Moa-Moa espezó a achicarse. Confieso que no sentí ninguna pena. Bajé a la enfermería, donde el segundo maquinista, que había hecho un curso por correspondencia de primeros auxilios, oficiaba de médico."

"Pero no, yo no hacía ninguna falta en la enfermería."

Todo bajo control, reverendo. Lo siento, tendrá que guardarse sus sermones para otro día...

"Volví a la comisaría. Por lo menos me distraería con las planillas."

Es la primera vez que estoy bajo el fuego del enemigo. Reconozco que...

"Una voz retumbó desde un rincón."

Te estaba esperando, reverendo...

¡Lenner!

"Alvin Lenner fue derecho al grano."

¿Te das cuenta, reverendo, de que estamos condenando a ciento veinte hombres? ¿Que porque todos nosotros somos un montón de cobardes los ciento veinte "marines" de Moa-Moa están perdidos?

Este... un momento... ¡El "Dawson" no puede hacer nada! No tiene blindaje ni...

¡Lo dicho! ¡Lo que tiene el "Dawson" es un fenomenal cargamento de cobardía! ¡Empezando por el capitán y terminando por los artilleros! ¡El único hombre de verdad en todo el "Dawson" fue el "Granos"!

Escucha, reverendo... Si el buque estuviera bien manejado, si la artillería estuviera atendida como corresponde, ¿tú no te jugarías por los "marines" de Moa-Moa?

¡Piénsalo! ¡Ciento veinte hombres! ¡Cada uno con esposa, con hijos, con padres, con hermanos!

Este... sí... ¡Si yo pudiera hacer algo por salvarlos, por supuesto que lo haría!

"Con un resoplido de satisfacción me puso en la mano una cartera de cuero."

¡Te tomo la palabra! ¡Toma, guárdate esto en el bolsillo!

Pero..., ¿puedo saber qué es?

Tiene adentro un mapa. ¡Pronto! ¡Guárdalo de una vez, que viene alguien! ¡Si te la encuentran jura que es tuya! ¡No es por mí, es por los "marines" de Moa-Moa!

"Cuando guardaba la cartera se abrió la puerta que daba a la cubierta. Era el capitán, que entró justo cuando Lenner desaparecía por la otra puerta."

Quiero leerle el "radio" que voy a mandar a Truk, reverendo. Como usted me servirá de testigo debe estar enterado.

"El capitán Arnold se había repuesto completamente de los pasados terrores. Pareció disponerse a leer el parte de un nuevo Trafalgar."

Del capitán(de la reserva)César Arnold, al mando del transporte auxiliar "Dawson", al señor...

toritodel2001

"Nunca terminó de leer aquel texto el capitán César Arnold. De afuera nos llegó un grito ahogado, el ruido de un golpe, rumor de carreras, más gritos."

¿Y esos gritos? ¿Qué pasa?

"El capitán corrió a la puerta, la abrió... ¡Y se topó con Lenner!"

Pero...

No hay peros, señor capitán... Mis compañeros Banks, Roswe y todos los demás detenidos nos estamos haciendo cargo del "Dawson".

"El capitán Arnold se manoteó el costado. Nunca supe con certeza si tenía o no revólver porque... ¡el 'cross' que Lenner le asestó en la punta del mentón fue perfecto!"

¡BONK!

"Detrás de Lenner entró una tromba enardecida: los presos."

¿Dónde está?

"Por un momento creí que buscaban al capitán. Pero no..."

¿Y el reverendo?

¡Ahí lo tienes, Banks!

"No atiné ni a moverme. El gigantesco Banks me cayó encima con fuerza de alud. No había terminado de caer y ya me sacaba la cartera..."

¡Aquí está!

Con cuidado, Banks... ¡No lo lastimes demasiado!

"Dedos atropellados sacaron el mapa de la cartera, casi lo rompieron en el apuro por desplegarlo."

¡Sí! ¡Es el mapa del tesoro de Barbanegra!

"Entre la tensa expectativa de todos, Banks leyó con voz extasiada..."

¡Escuchen esto! ¡"El oro de Barbanegra está al pie del sicomoro"!

"Los abúlicos oficiales y tripulantes del 'Dawson' no movieron un dedo contra los amotinados; se dejaron encerrar en la bodega sin chistar. El llamado Roscoe se hizo cargo del puente."

"Mientras navegábamos a marcha forzada de regreso hacia la isla, ni Lenner ni sus compinches se dieron un minuto de respiro."

¡El tesoro existe! ¡Y está ahí no más, en Moa-Moa! ¡Somos ricos!

¿Me creen ahora? ¡Más de tres millones de dólares en lingotes y monedas de oro esperándonos en Moa-Moa! ¡El famoso tesoro del pirata Barbanegra!

El reverendo heredó el mapa de sus abuelos... Como buen pastor, no tendrás inconvenientes en partir el tesoro con tus amados feligreses, ¿no es verdad, reverendo?

Este... no... ¡Por supuesto que no!

¡Proa a Moa-Moa, timonel! ¡A toda marcha, maquinista!

¡A la orden, capitán Roscoe!

toritodel2001

¡Hace lo menos un año que estas ametralladoras no han sido probadas! ¡Con razón se atascaron!

¿Qué tal el Bofors, Banks?

Completamente afónico el pobre cañoncito... ¡Pero ya le devolveremos el habla! Aunque me gustaría saber una cosa, Al... ¿Por qué demonios nos apuramos tanto? ¿Quién nos corre?

¡Los japos nos corren, imbécil! ¡Si terminan de tomar la isla, adiós tesoro!

¡Cómo me gustaría estar ya bajo el sicomoro de Barbanegra! Me caen bastante mal esos japos esperándonos en la boca de la laguna...

¡Moa-Moa! ¡Allí, a proa!

"Pareció repetirse la historia... Casi encima del grito anunciando a Moa-Moa oímos otros..."

¡Un avión!

¡Otro más allá!

¡Son Zeros!

"El más adelantado se nos vino a velocidad fantástica. Nos ensordeció el múltiple tableteo de las ametralladoras de Lenner."

RATATAT

TAT TAT

"Sin hacer caso de los proyectiles que silbaban tan cerca, Lenner siguió apuntando con los cinco sentidos... El hombre a su lado se encogió, ya roja la camisa."

Mucho... Al...

"Bramó el Zero arriba nuestro, siempre cubierto por Lenner."

"Un ala del Zero se desprendió, enseguida fue el choque contra el agua."

¡Se vé que no perdiste la mano, Al!

toritodel2001

"Casi a la vez atacó el otro Zero. Pero fue como si deliberadamente se metiera en la línea de tiro del Bofors. Banks, el artillero, calculó con precisión de artista el ángulo del ataque... El primer disparo desintegró al caza."

¡Aprendan a economizar balas!

"Sí, Alvin Lenner y Banks serían delincuentes... ¡Pero también eran soldados estupendos!"

¡Ahora, a conversar con los japos!

¡Ya empiezan!

"Haciendo zigzags irregulares para eludir los proyectiles enemigos nos fuimos acercando a la boca de la laguna. La artillería japonesa no era mucha, sus tiros caían espaciados."

"Pronto nos rociaron las ametralladoras pesadas. Lenner logró silenciar dos o tres nidos. Y por fin se abrió ante el 'Dawson' la entrada de la laguna. La enfilamos a toda marcha."

¿Vieron? ¿Quién dijo que era difícil? ¡Y pensar que el gallina de Arnold no se animó!

¡Un empujón más y llegamos!

Todavía no lo creo... ¡Tres millones de dólares esperándonos!

TRUM TRUM TRUM!

"Sí, también yo creí que pasábamos. Pero de pronto el 'Dawson' se estremeció como golpeado por un enorme puño."

¡Encallamos!

¡Pronto! ¡Marcha atrás!

"Vibró el casco todo. Pero la hélice giró en vano, el 'Dawson' no se movió. Allí quedamos, a merced de los japoneses."

¡Nos deshacen!

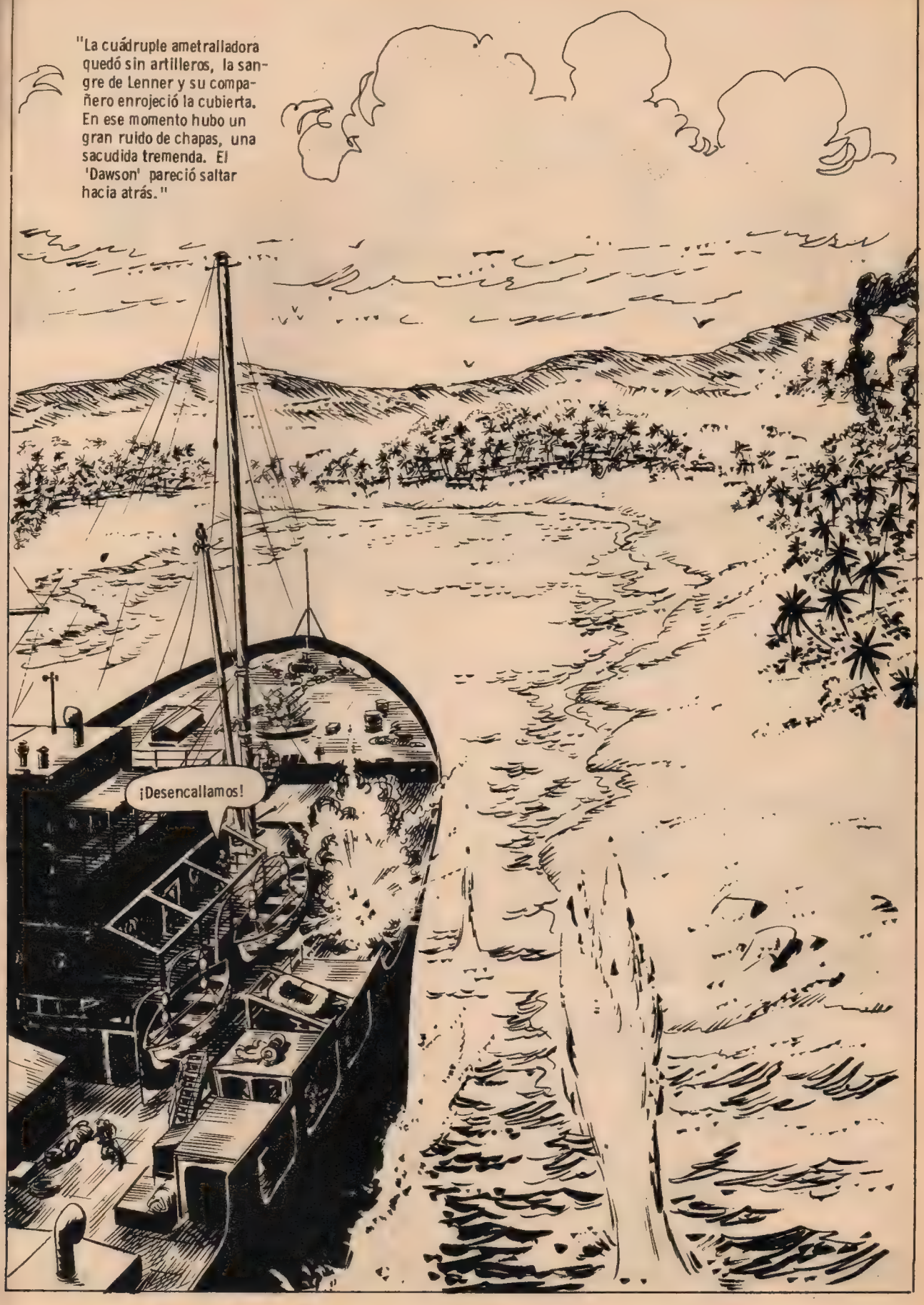
"Como clavado en el puente sentí el golpeteo brutal de las ráfagas de ametralladoras, los estallidos de las granadas disparadas casi a quemarropa; vi caer sin vida al timonel. Roscoe se desgañitó en el tubo acústico."

¡Otra vez! ¡Marcha atrás! ¡Potencia máxima, aunque se rompa!

¡Tumbaron a Lenner!

Lenner siguió sosteniendo bravamente el desigual duelo. Pero sobre la cuádruple ametralladora del 'Dawson' convergió todo el fuego del enemigo."

toritodel2001



toritodel2001

"Roscoe, ahora a cargo de la rueda del timón volvió a ladrar en el tubo acústico."

¡Seguimos marcha atrás! ¡A toda velocidad! ¡Hasta que estemos bien mar afuera! ¡Que el diablo se lleve el tesoro!

"Todavía hoy no entiendo cómo Alvin Lenner se dio cuenta de la maniobra. Lo creía ya muerto, pero medio se incorporó, manoteando un arma."

¡Te mato, Roscoe, si das marcha atrás! ¡Adelante con todo!

"Roscoe volvió a gritar en el tubo acústico."

Rectifico... ¡Adelante, con todo!

"El castigado 'Dawson' volvió a avanzar por la proa, una ruina humeante con la estructura superior hecha pedazos. A pesar del fuego del enemigo Roscoe mantuvo la calma y pudo eludir el escollo anterior."

¡Pasamos!

"Creo que le grité algo a Roscoe. Pero no sé con certeza: dos estallidos simultáneos desmontaron el puente, fui lanzado sobre la cubierta, perdí el sentido."

"Aunque sin nadie al timón el 'Dawson', conservando el rumbo anterior, cruzó la laguna a gran velocidad."

"Tan violento fue el choque contra la costa que medio casco quedó afuera. Creo que la sacudida fue lo que me hizo reaccionar."

CRASH!

"Por todas partes asomaron caras duras, cavadas por las privaciones. Pero con ojos relampagueantes de alegría. Los 'marines' de Moa-Moa..."

¡Lo hicieron! ¡Ya creíamos que no podían entrar!

¡Pensábamos rendirnos mañana!

"Una hora más tarde yo había reaccionado lo suficiente como para prestar mis oficios a quienes los necesitaban. Muy pocos, porque ya casi todos los amotinados estaban muertos cuando la encalladura final. Los que se salvaron fueron los dos que atendieron las máquinas. El último a quien atendí fue Lenner. Le quedaban sólo minutos."

"Lo habían acomodado en el fortín que hacía las veces de cuartel general; ya todos sabían cuánto le debían. El capitán Miller, el jefe de la guarnición, terminaba de hablarle cuando entré."

Con todo lo que nos trajeron podremos resistir un año si hace falta.

Llegaste... reverendo... te estaba esperando...

toritodel2001

"Respiraba mal, le costaba hablar."

Quería confesarte... dos cosas... Una... que el tesoro... lo inventé yo... la única manera... que Banks y los demás... ayudaran... La otra...

...todo esto... no fue tanto por los "marines"... fue por mí... Pensando en Mary... Priscilla... por ellas lo hice... Toda mi vida... un fracaso... nunca supe... frenarme... Quise dejarles... por lo menos... un recuerdo bueno... Cuéntales todo... reverendo... todo...

Todo... hasta la prisión militar... las tenía convencidas... que yo era... empleado del penal... Cuéntales todo... comprenderán...

Sí, Alvin... les contaré todo, te lo prometo.

Una dicha, reverendo... una dicha... morir bien...

"Así murió tu padre, Priscilla. A quien te diga que Alvin Lenner estuvo preso, que fue un ladrón, que fue un bandido, contéstale que sí, que fue todo eso. Porque nunca tuvo a nadie que supiera aconsejarlo, que le enseñara a dominarse. Contéstale que sí, Priscilla..."

...que Alvin Lenner fue todo eso. Pero que también fue el soldado que más medallas ganó en la guerra.

Aquí las tienes, Priscilla. Son todas para tí...

El pastor Irving pone sobre la mesa un puñado de medallas. Las hay de toda clases: Cruz Púrpura, Estrella de Bronce, Medalla al Valor, al Sevicio Distinguido... Hasta dos medallas del Congreso.

"Porque..., antes de que Alvin Lenner fuera sepultado, los 'marines' de Moa-Moa le rindieron honores y desfilaron. Cada uno le dejó sobre el pecho su propia condecoración, la más valiosa."

Sin ruido el pastor Irving se levanta, sale de la habitación. Ya dijo todo, es el tiempo de las lágrimas y las cabezas tan juntas. Ya irá llegando el tiempo del consuelo. Del dolido gozo de llevar dentro una pérdida muy querida y muy hermosa.

Fin

toritodel2001

PEDRO BAIGORRIA Es Libro COLUMBEROS Pedro

LOS CINCO DEL "ANÉMONA"

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de REZZÓNICO

8685

Pedro Baigorria COLUMBEROS

Una de esas cosas que nunca pasan. Pero que a veces suceden. Por algún error del personal de la base de Munda el agua para beber del tanque número dos resulta intomable.

¡Ni que lo hubieran llenado los japoneses! ¡Es agua de mar!

Por suerte el "Anémona", submarino norteamericano en campaña contra los japoneses, navega cerca de Kuna, una de tantas islas en las Salomón.

Según los últimos informes Kuna está libre de japoneses.

Cinco hombres son enviados en un bote de goma para traer agua potable de la isla. En una balsa neumática remolcan varios tambores vacíos.

Apuren todo lo posible. Los aviones japoneses patrullan siempre por esta zona.

El cabo de maestranza Dave Holmes manda la pequeña partida.

¡Más ligero, condenados! Esa pala no es de algodón, Rocky. ¿Qué clase de tejano eres?

Lo bastante tejano como para aplastarte el morro si vuelves a decir algo. ¿No te das cuenta de que la balsa nos va frenando?

Ya están cerca de la costa cuando les llega el sonido intermitente de una bocina.

Están tocando a "inmersión". ¿Tanto miedo les tienen a los Zero? Yo no creo que se animen por estos lados.

Acertaste, Napoleón Dave. ¿Qué son aquéllos? ¿Palomas?

¡Zeros! ¡Apuren!

Dos escuadrillas de tres cazas japoneses cada una. Avistaron desde muy lejos al submarino y se lanzan en ululante picada.

¡Le están acertando!

También el bote ha sido avistado. Un Zero acomete en pasada rasante.

¡Al agua todos!

TATATATATATATA

Están muy cerca de la orilla. Mientras tropiezan entre los escollos en fuga frenética, las bombas estallan cerca del submarino.

¿Por qué tardará tanto en sumergirse?

Estará demasiado averiado.

Pedro Baigorria (O. JMBEROS

Desde la costa ven desaparecer al "Anémona".

¡Por fin se zambulle!

No te alegres, Larry. ¡Es la zambullida final!

Una gran mancha de petróleo marca el lugar donde desapareció el submarino.

Se van los Zero.

Pero, ¿qué te pasa, Nat?

Creo que me dio una esquirla. Pero no es nada, ¡lo que me preocupa es el submarino! Si se hundió, ¿quiere decir que tenemos que quedarnos aquí?

Parece que es así nomás. Cinco robinsones en... pero...

¡Arriba manos!

Están cercados por nativos. Casi desnudos, pero armados de fusiles y metralletas; el más corpulento luce un casco japonés adornado con plumas.

Marineros prisioneros rey Muanga... Marineros no tener miedo... ¡pero marineros prisioneros rey Muanga!

Son una veintena, ni soñar con resistirles. Los cinco tripulantes del "Anémona" tienen que dejarse llevar a través de la selva hasta un pequeño poblado.

Muanga encerrar prisioneros en templo Rapa.

Es una vasta choza de caña y palma, similar a las otras pero muy adornada con esculturas polinesias. A un costado, volcada, yace una gran piragua de ceremonial prolijamente labrada. Hay cráneos humanos por todas partes.

Si marineros querer escapar rey Muanga ta-ta-ta...

¿Para qué nos guardas? ¿Para vendernos a los japoneses?

Ahá... Japoneses muy amigos... Japoneses pagar con telas coloradas y con armas por prisioneros. Japoneses venir mañana... ¡Miles venir mañana!

Los prisioneros quedan solos. Nat se recuesta contra la volcada piragua, que ha sido excavada en un tronco enorme.

¡Pero tú estás sangrando mucho, Nat! ¡Mírate la pierna!

Te dije que no es nada, Rocky. Sigo pensando en el submarino. ¡Tanto buen tipo perdido!

Tanto buen tipo... ¡Y los libros! Nat Cormick es un librero de Santa Fe, Nuevo México, y en su cofre, en el "Anémona", dejó las "Vidas paralelas" de Plutarco.

(Si pudiera leer... me olvidaría de todo. ¡Hasta de esta condenada esquirla que está empezando a doler como el demonio!)

Junto a Nat trata de conformarse Rocky, el tejano.

Y bueno... Mejor prisioneros que muertos.

¡No sabes lo que dices, Rocky!

El que habla es Purvis, un corpulento mecánico de Oklahoma. No ve la hora de regresar para casarse con Agnes, su novia: en la pared junto a la cucheta, en el submarino, tenía pegado medio centenar de fotos de la muchacha.

¡Ser prisionero de los japoneses es el infierno!

¡En un noticiario vi cosas que te ponían los pelos de punta!

Sí. ¡Tenemos que escapar!

"Vaya descubrimiento", resopla para sus adentros el cabo Dave. Es un leñador de Oregón y allá en la cabaña, junto al río Charing, quedaron su mujer y Berta, la chiquita. Si hubiera alguna chance de escapar...

No hay caso... Miren... ¡Dominando cada salida hay un piquete armado!

Pero Larry tiene pensado un plan.

Se me ocurre la gran idea. ¡Nos ponemos la piragua esa de sombrero y salimos corriendo hasta el mar! ¡Será como ir dentro de un tanque!

Larry es taxista en Nueva York; bajito y nervioso, le gustan las soluciones rápidas. Pero su plan sólo provoca miradas de lástima.

Este... ¿no? ¿Les parece que no resultará?

Rocky se pone de pie. Viene de Tucson, Texas, y trabajó siempre en las vastas soledades del campo; la apretada camaradería del submarino fue para él una revelación. No lo demuestra, pero es el que más siente la pérdida de tanto compañero; quisiera vengarlos.

Tu plan no es tan disparatado como parece, Larry.

Pero no será necesario usar la piragua. Si salimos de golpe y caemos todos juntos sobre uno de los piquetes podemos desarmarlo. ¡Con una metralleta en la mano me animo a barrer a todos los demás!

Pero los piquetes están enfilando las salidas. Tendrán tiempo de sobra para apuntar. ¡No son dormidos, Rocky!

Ya lo sé. Si salimos por alguna puerta sí, nos barren seguro. ¡Pero mi idea es sorprenderlos saliendo por la pared!

Miren. La pared es de caña, y está reseca de puro vieja. ¡Si atropellamos pasaremos como si fuera de papel!

¡Gran idea, Rocky! ¡Cualquier cosa con tal de no caer prisioneros de los japoneses!

¿Qué dices tú, Dave?

Que puede hacerse, y que lo vamos a hacer. ¡Ya mismo!

Sí, hay que arriesgarse. Cuando sean japoneses los que vigilen no habrá forma de escapar.

Júntense bien, así. Cuando dé la orden atropellaremos con todo. Apenas estemos afuera les saltamos encima; todo depende de que andemos ligero. ¿Listos?

¡Listos!

Es un irresistible ariete humano. Alguno rueda por el suelo, pero los demás caen sobre los sorprendidos centinelas.

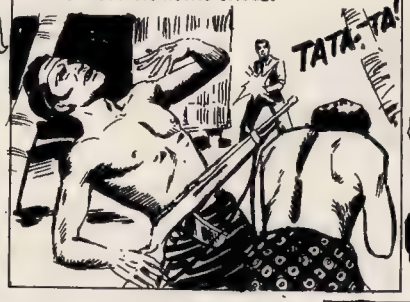
crash!

REZZONICO

Pedro Baigorria (O. JMB[RJS

Primero puñetazos, puntapiés a algún punto vital. Enseguida balazos.

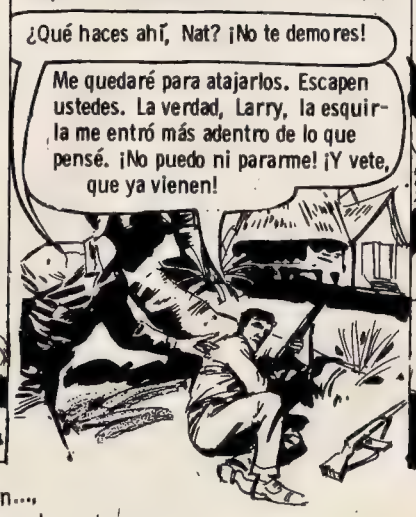
Los centinelas del piquete más próximo vacilan unos segundos, no quieren herir a los compañeros. La demora les resulta fatal; en manos de Rocky la metralleta es terriblemente eficaz.



Casi al mismo tiempo Nat dispara una larga ráfaga contra el templo.

Nat sabe lo que hace. ¡Los proyectiles atraviesan con facilidad las débiles paredes del templo y alcanzan al tercer piquete de centinelas!

Echan a correr, pero Nat no sigue a los demás. Se acomoda entre unos troncos.



Larry quisiera quedarse, pero es cierto; ya aparecen más nativos armados. Ladra la metralleta de Nat.

Leónidas, Las Termópilas..., Maratón..., Cannas..., Jenofonte y su retirada..., golpes de viejas lecturas relampaguean en el cerebro de Nat; sabe que está solo, que a su lado están tantos valientes que cayeron para siempre defendiendo la retirada de los compañeros.

Mientras, en la jungla...

Terminaron los tiros.

Pero no parecen perseguirnos; no se oye nada. ¡Quién sabe cuántas bajas les hizo Nat!

Le han errado al sendero que lleva a la orilla; las lianas se espesan más y más. Y cae la noche en el rápido crepúsculo de los trópicos.

Imposible seguir. Tirémonos aquí y esperemos la mañana.

Helechos y enredaderas brindan el más mullido de los lechos, y están exhaustos. Pero el sueño tarda en venir. Con el "Anémona" se le ha hundido a cada uno todo un pedazo de vida.

Dave está entrando a su cabaña, allá en Oregón.

(Bertita todavía camina mal. Me tenderá los bracitos... ¡Volver a tenerla conmigo! ¡Con Mary!)

Rocky, el cowboy de Texas, quisiera tocar la armónica, pero atraería a los nativos. Siempre tenía éxito con la armónica en el submarino; hasta los oficiales le pedían que tocara.

El "Anémona"... Y Nat... ¡Cuánto, cuánto tienen que pagar los japoneses!

Larry manejaba su taxi por la inacabable Nueva York, su ciudad. Ahora sabe cuánto la quiere, y duele querer tanto cada barrio, cada calle. ¿Volverá a verla alguna vez?

Purvis llora en silencio. Será difícil escapar de la isla. Agnes..., Agnes..., Agnes...

(Tenerte conmigo..., poder besarte. Pero no... ¡sé que nunca!)

El amanecer. El viento del mar trae un tronar de motores poderosos. Ahora es fácil orientarse, pronto están en el borde de la jungla, en la costa.

No mintió Muanga cuando anunció que vendrían los japoneses. Un transporte envía hacia la playa botes atestados de tropas; dos cargueros de gran calado acaban de echar el ancla.

¡Un crucero!

Ahora sí que estamos listos. La isla es muy chica; no dejarán rincón sin revisar. ¡Nos encontrarán en cuestión de horas!

Un largo silencio. Sí, Purvis ha resumido con claridad la situación. Pronto habrá en la isla centenares de japoneses buscándolos. ¿Cómo escapar?

Yo sé de un lugar donde nunca nos buscarán.

¡Y un destructor! ¡Y una torpedera!

¡Dale con la piragua! ¿No se te ocurre otra cosa?

Todos miran a Larry.

¡Volvamos al templo y escondámonos debajo de la piragua!

¡Larry tiene razón! ¡Es el único lugar en toda la isla donde no se les ocurrirá buscarnos! ¡Podemos escondernos hasta que se cansen de buscarnos!

Dave y Purvis aprendieron ya a respetar las ideas de Larry modificadas por Rocky. Y, además, no hay alternativa. Vuelven al poblado; está desierto; los nativos corrieron a la playa para presenciar el desembarco.

¡Vamos!

Una rápida carrera y están en el templo. Cuesta levantar la pesada piragua, pero enseguida se acomodan.

Miren, yo pienso en todo. ¡Traje agua de sobra!

Primera vez que un taxista usa el seso. Comida no nos va a faltar. ¡Nos comeremos las frutas que le traigan al dios Rapa!

El calor dentro de la piragua era infernal. Pero se aguantaban; había demasiada actividad afuera. Los japoneses debían de estar registrando ya la isla a pedido del rey Muanga.

Entran y salen sacerdotes, se celebra algún rito, pero nadie se acerca a la vieja piragua de ceremonial.

¿Cuándo salimos, Dave? ¡Me muero por respirar un poco de aire fresco!

Aguantemos un poco más. A la noche saldremos. ¡Y no hablen que pueden oírnos!

Cuando esté bien oscuro nos escurrimos hasta la rada frente al poblado y robamos algún prao. Izaremos la vela y nos alejaremos hacia el sur, bien pegados a la costa para que no nos descubran los buques japoneses. Y después... ¡hasta nuestra base en Munda!

Por fin se aquietan los mil y un ruidos de la aldea; ha caído la noche. Pero todavía esperan varias horas más. Cuando salen del templo la luna empieza a iluminar la dormida población.

Sin un solo ruido se deslizan cuatro sombras furtivas hasta el abrigo de la jungla.

Por el ruido que hacen los japoneses deben de estar instalando aquí una nueva Tokio.

Con tal de que no estén ocupando toda la playa.

Esta vez no pierden el sendero. Y salen de la jungla frente a la pequeña rada donde los nativos guardan sus praos. Más al norte los reflectores de los buques japoneses iluminan la costa como si fuera de día.

¡Por todo el petróleo que están desembarcando piensan instalar una gran base!

No hay nadie vigilando los praos. Empujan hasta el agua al primero que encuentran.

Nunca imaginé que nos sería tan fácil escapar.

Un momento. ¿Vamos a irnos así? Piensen en Nat... ¡En el "Anémona"!

El tejano no necesita decir más. Dave, Purvis y Larry son tan resueltos como él.

Esas pilas de tambores de petróleo, deben estar sin demasiada vigilancia.

¡Y pueden arder muy fácil!

Sin un ruido, agazapados, se acercan a las pilas.

Un centinela. ¡Déjenmelo a mí!

El centinela sabe que no hay enemigos en la isla. Vigilar es para él un distraído paseo nocturno que termina en un relámpago de espanto y dolor.

¡Thump!

Purvis se adelanta metralleta en mano. Imposible errar a semejante blanco.

tratatatatatat!

Con una explosión sorda se desata el incendio. En un instante toda la pila de tambores es una gigantesca bola de fuego.

Ahora sí. ¡Al prao!

Vayan yendo. ¡Allí hay otra pila!

¡BROOM!

Dave le grita algo pero Purvis está enardecido, corre hacia otra pila, vuelve a disparar.

¡TRATATATATATATAT!

La explosión es muchísimo más violenta que la anterior. Los tambores debían contener nafta de aviación. Purvis está demasiado cerca.

¡Ahhhh!

En algún lugar tabletea una ametralladora. Dave, Rocky y Larry corren hasta la rada de los praos. Empujan por el agua a la pequeña embarcación hasta más allá de la resaca.

Siguen tirando.

¡Creerán que es un sabotaje de los nativos!

Izan la vela triangular; el viento sopla del cuadrante favorable. Podrán alejarse pegados a la costa.

Miren... ¡La torpedera! ¡Se viene a toda velocidad!

Pero no pueden habernos visto. Sospecharán algún ataque desde el mar.

La torpedera vira de pronto, vuelve hacia la enorme hoguera; más estallidos dicen que el fuego se propaga a todos los tambores.

Estamos salvados. ¡Mañana podemos estar almorzando en Munda!

Otra vez la torpedera vira al sur. Sí, está patrullando. Quizá buscan un submarino.

Podríamos darles la gran sorpresa. ¿Se animan?

El "Anémona"... Nat... Purvis... No hacen falta más argumentos. Sí, puede hacerse.

Basta de escondernos. Creerán que somos nativos y vendrán a investigarnos. Agáchense, que no nos vean.

Apenas avistan al prao la torpedera parece saltar de costado, se viene a toda velocidad. Y se detiene a pocos metros con gran tronar de motores. Brilla la luz cruda de un reflector.

Listos...

Un golpe de timón y el prao se lanza ágil sobre la torpedera; choca de costado a la vez que ladran las metralletas barriendo la borda del buque japonés.

¡Ahhhh!

¡TATATATATATATATATAT!

Son tres demonios atacando con decisión fulmínea.

¡Por el "Anémona"!

No dan tiempo para la reacción. En pocos segundos quedan dueños de la torpedera.

¡Por Nat!

¡Por Purvis!

Lo hicimos. ¡Si nos apuramos todavía podemos desayunar en Munda!

Pero no tiene eco el entusiasmo del cabo Dave. Sus compañeros están mirando en silencio la lejana mole del crucero japonés, recortada con nitidez en el horizonte.

El crucero.

Sí..., el crucero.

No es difícil adivinar lo que piensan. Sí, el crucero...y el "Anémona", y Nat,y Purvis...

Vamos. Yo timoneo y ustedes disparan los torpedos. Podremos acercarnos lo que nos dé la gana. ¡Nos creerán japoneses y sólo se desayunarán cuando los ataquemos!

No te hagas ilusiones, Dave. ¡La radio está llena de gritos; seguro que vieron los fogonazos de las metralletas y sospechan algo! Pero no importa, ¡si andamos ligero podremos hacerlo!

Acelerada a fondo, la torpedera es un pájaro de acero volando rasante por entre la espuma. Crece rápidamente la silueta del crucero. Breves destellos la iluminan.

Sí. ¡Estamos descubiertos! ¡Y nos cañonean!

SWOOM!

SWOOM!

Dave impone a la torpedera zigzags irregulares pero sigue acortando vertiginosamente la distancia. Cañones y ametralladoras antiaéreas tratan de hacer puntería en el esquivo blanco.

¡Aguanta el rumbo un momento, Dave! ¡Ya!

Arrancan hacia el crucero los dos alargados y mortíferos peces de acero. Pero es muy caro el precio que pagan.

Un viraje cerrado; la torpedera vuelve a eludir el fuego. Rocky se incorpora con esfuerzo; tiene sangre en la cara pero no está demasiado herido; es sólo algún raspón. Allí cerca se ovilla Larry.

¡Larry! ¿Ahora te da por esconderte?

Sacude a Larry, y enseguida retrocede aterrado. Ya no tiene vida el cuerpo del taxista.

¡No!

De nuevo vira la torpedera, como para volver a atacar. Rocky entra a la timonera, Dave está caído bajo la pequeña rueda.

¡Dave!

Timoneando con una mano Rocky sostiene a Dave.

No pongas esa cara, Rocky..., que no pienso morirme..., pero, ¿qué pasó con los torpedos? ¿Erramos?

Una doble explosión en la distancia es la respuesta.

¡Lo hicimos, Dave! ¡El crucero se parte en dos!

¡brooom!

Ya sabía yo..., de esta hecha... nos ascienden a almirantes, ¿verdad, Bertita? Mira los juguetes que trajo papá.

Dicen que son medallas... me las dieron por algo... por algo que hicimos... con los muchachos... Dicen que son medallas... pero yo te digo... que son... jugue...

¡Dave! ¡No se te ocurrirá morirte justamente ahora! ¡Dave! ¡Dave!

Pero algo le pasa al motor; la velocidad va cayendo. ¡Y vuelvan a llover los proyectiles sobre la torpedera!

¡El destructor!

Pedro Baigorria BOMBEROS

Monstruo rugiente, el destructor se precipita vomitando fuego hacia la agonizante torpedera. Rocky consigue llegar hasta la cuádruple ametralladora antiaérea.

¡No te la llevarás de arriba, maldito!

El "Anémona"... Nat... Purvis... Dave...

TAJAJAJAJATAT! TAJAJAJAJA TAJAJAJA

La ametralladora antiaérea de la torpedera hace blanco en el puente del destructor. En tres uniformes de impecable blanco aparecen filas de agujeros rojos.

Un instante más y la acerada proa del destructor parte en dos a la torpedera.

CRASH!!

Así terminó la breve pero fulgurante campaña de los "Cinco del 'Anémona'". En la base de Seattle, en los Estados Unidos, un pequeño monolito recuerda a los cinco marineros que, como tantos otros miles, cayeron con la esperanza de que nunca más hubiera Bertitas jugando con medallas.

REZZÓNICO

FIN

Pedro Balgorria CO. JMBERJS

UNA PATRULLA AUSTRALIANA

PEDRO BAIGORRIA Ex Libris COLUMBEROS Pelotero

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CRISTÓBAL

Lentamente, a fuerza de machete, avanza por la jungla la pequeña patrulla.

¿Qué le parece, Lenner? ¿Faltará mucho?

Ya estamos llegando, señor... Hace rato que se huele el mar.

Son "marines" australianos, del segundo batallón, tercer regimiento, que operan en Nueva Guinea. Estamos en 1942, el año del explosivo avance japonés por el Pacífico.

Los japoneses tienen cortados a los "marines" al oeste de la isla. El coronel Lambert, el comandante, envía la patrulla hacia la costa, en un desesperado esfuerzo por establecer contacto con buques norteamericanos. Quizá pueda evacuar por mar a sus castigados "marines".

Si llegamos, Lenner...

...yo seré el más sorprendido. Es la primera vez que hago una marcha a brújula.

Nunca vuelva a hablarle así a un hombre de la tropa, señor...

AUSTRALIAN NAVY

8518

Pedro Baigorria COLUMBEROS

El cabo Lenner es un "jakeroo" de las praderas de Milburry, tan parecidas a los llanos tejanos o a las pampas argentinas. Su abuelo fue presidiario, como tantos pioneros del desierto australiano.

Es malo para la moral, señor...

El teniente Bedford no dice nada. Nunca termina de sentirse cómodo mandando hombres como el cabo Lenner. Entró al ejército por tradición familiar, empujado por el ejemplo de los hermanos mayores, ya jefes de prestigio.

El teniente Bedford no sirve como militar, fue el último de su promoción. No sabe casi nada de la ciencia bélica, y ahora tiene que mandar a veteranos de la jungla como el cabo Lenner.

O como Spinner, un ex estibador del puerto de Melbourne.

¡Lo que yo huelo es humo, no el mar!

Spinner es un gigante, quiso ser boxeador pero durmió tres peleas seguidas. Tras él resopla Kingston.

Todas las aldeas papúas huelen a humo. Debemos estar cerca de alguna.

Kingston era músico, tocaba en la radio de Sydney. Pero es duro y resistente, el más aguantador del grupo luego de Lenner.

¿Qué dices tú, Noran? ¿Hueles el mar?

¿Yo?

Noran era minero. Está cómodo en la guerra: se trabaja menos que en las minas y se come mejor. Todo le da igual.

Hay olor a mar, sí, pero también hay olor a humo. ¡Miren la humareda que viene de aquel lado!

Cambió el viento. Jirones de humo se deshacen entre el boscaje.

Por ese lado hay menos maleza; aprovecharemos para echar un vistazo. No hagan ruido, que puede haber japoneses.

Llegan enseguida. Sí, es una aldea papú. Pero con casi todas las chozas reducidas por el fuego a negros esqueletos. Esparcidos en desorden, unos cuantos cuerpos. Ninguno respira.

Los Zeros... la ametrallaron. ¡Y tiraron bombas incendiarias!

¿Cómo lo sabe?

Mire... la ráfaga sigue en el suelo. ¡Ya estaba caído cuando le dio!

El cabo Lenner señala un cuerpo con una fila de agujeros en la espalda.

La misma ráfaga que volteó a ese viejo.

Un cuerpo pequeño e increíblemente arrugado. Tan absurdo, tan innoble que la guerra haga víctimas así. ¿A quién podía dañar el desdichado? El teniente Bedford lo tapa con una lona.

Pobre diablo... ¡Ni tiempo de correr tuvo!

El cabo Lenner apura a la patrulla.

Vámonos. ¡Aquí estamos demasiado al descubierto, pueden venir los japoneses!

Atrás queda la muerta aldea. De nuevo la patrulla avanza por el oscuro, visceral intestino de la selva que retiene brazos y piernas con lianas y cortaderas.

Hasta que el machete del cabo Lenner corta las últimas lianas. Estalla un golpe de sol que les daña los ojos.

¡El mar! ¡Por fin!

El impulso de todos es correr a la playa, refrescarse en las olas que sonríen espuma. Pero el cabo los contiene.

¡Quietos! ¡Se mira pero no se toca! Seguro que hay japoneses por algún lado...

Nos verían enseguida. ¿Salimos por buen lado, teniente? ¿Qué dice el mapa?

Este... a ver...

Es tan diferente una costa dibujada de una costa real de arena y mar...

Creo que...

Permítame...

El cabo Lenner toma el mapa, se ubica enseguida. Sí, acertaron.

Esas rocas son la Punta del Cangrejo, ¿ve, señor? El destructor americano estará aquí mañana a las diez de la noche.

El teniente Bedford ríe aliviado.

¡Qué alegrón para el coronel! ¡Quiere decir que la retirada se puede hacer! ¡Nunca imaginé tanto éxito en mi primera misión! Si no fuera por usted, Lenner...

Pedro Baigorria CO.JMBEROS

Cállese, señor... ¡Ya le dije que no hable nunca así delante de la tropa!

Este... bien. Media hora de descanso y volvemos.

Spinner, Kingston, Noran se derrumban en el pasto. El teniente los imita, cierra los ojos.

(Mañana por la noche estaremos muy lejos de todo esto...)

(Si nos llevaran directamente a Sidney... Cómo siempre, papá me preguntará por mi próximo ascenso... que se aguante. Mamá en cambio...)

(Mamá no me preguntará nada porque ya lo sabrá todo... siempre comprendió, la única. Y todo lo que hizo porque papá me dejara con mis pinturas...)

(Estar contigo, mamá... Contigo y tu calma... y toda tu ternura, que nunca se dice en palabras... Mamá nido, mamá playa...)

La hora, señor. Hay que volver.

Este... sí... ¿No se tiró usted?

No, señor. Alguno tenía que vigilar...

Sí, hay que apurarse. El coronel debe saber cuanto antes que la retirada es posible. Vuelven por la picada que abrieron al venir, la marcha es más fácil. Pero el cansancio acumulado es mucho. Ya están todos al borde de las fuerzas.

Kingston, el músico, todo músculo y nervio, pide un respiro.

¿Cuándo descansamos, señor? Spinner y Noran están que se caen... yo también...

Está bien, Kingston... hagamos un alto.

No, señor. Disculpe, pero hay que seguir; si paramos ahora querremos volver a descansar dentro de cuatro horas. Si seguimos un par de horas más sólo necesitaremos un descanso hasta llegar al coronel.

Pedro Baigorria COLUMBEROS

¿Le parece, cabo?

Sí, señor... Tenemos que seguir. Recuerde cómo quedó el coronel... con la mitad de los hombres heridos y casi sin municiones... ¡Tenemos que seguir!

Todo el cuerpo del teniente Bedford clama por un poco de descanso. Pero es imposible eludir las puntas de fuego que son los ojos del cabo Lenner.

Tanta es la fatiga, tan difícil y penoso resulta andar por el suelo fangoso de la jungla que lo único que se desea es dejarse caer, aunque sea en el lodo nauseabundo.

Spinner tropieza, cae dos veces. El cabo Lenner se hace cargo del Bren, el fusil ametralladora. Y siguen, ya sin preocuparse por la posible emboscada japonesa. Sólo les queda avanzar, avanzar y avanzar.

Dos horas más, un descanso de treinta minutos, y de nuevo la marcha entre los vahos de los pantanos, el zumbar y las picaduras de los insectos, a través de cortaderas afiladas, de lianas que se enredan tenaces.

Ninguno repara ya en las caídas. Sólo interesa el próximo paso. De pronto el cabo Lenner se detiene, se endereza.

¿Qué pasa, cabo?

Escuche...

Es un sonido gutural. Pájaro no es... Tampoco mono.

Fue un animal, seguro...

Pareció como si nos avisara de algo.

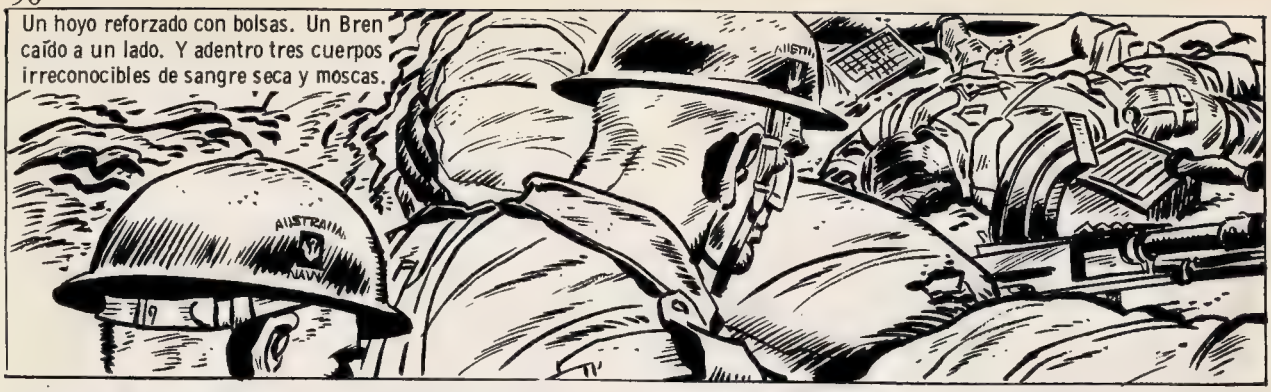
Sigamos. Cada minuto que perdemos nosotros lo pierden el coronel y los demás.

El cabo Lenner, siempre en la punta, aparta la maleza. Pero sólo sigue unos cuantos pasos.

¿Y ahora?

¡Mire!

Pedro Baigorria COLUMBEROS


Un hoyo reforzado con bolsas. Un Bren caído a un lado. Y adentro tres cuerpos irreconocibles de sangre seca y moscas.

Aturdidos, tratando de no pensar los "marines" siguen adelante. Más caídos.
Se peleó duro... ¿Dónde estarán?...

¿Dónde estarán los demás? Ahí los tiene, señor...

Los hombres del coronel Lambert, masacrados y torturados por los japoneses...
Todos aniquilados...
El coronel...

Demasiado espanto para comprender.
El coronel no nos esperó... decidió seguirnos hacia el mar, y cayeron en una emboscada...
No mire más, señor... mejor nos vamos... puede haber...

¡El grito! ¡Otra vez!

El cabo Lenner alcanza a ver brillar algo en la maleza. Se tira sobre el teniente.
¡Al suelo todos!

¡Noran!

Alcanzado en la espalda, Noran ya está muerto cuando cae al suelo. El teniente saca una granada. Pero el cabo lo contiene.
No, señor...

Ahora lo veo bien...se quedó sin tiros...¡y es nuestro!

El cabo llega junto al hombre que disparó el fusil ametralladora. Está entre unos troncos y trata de cambiar el cargador con dedos torpes.
¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¿A quién le tiras?

No veo nada...creí...creí que volvían...

El cabo lo reconoce. Es el sargento Groman, y tiene un raspón en la sien. No es mucho, pero está ciego.

¿Herí a alguno?

El teniente Bedford señala el cuerpo de Noran, va a decir algo pero Lenner se le adelanta.

No, Groman. No le diste a ninguno.

El cabo Lenner venda la cabeza de Groman.

Me pego un tiro si hiero a alguno..., no imaginé nunca que fueran ustedes. Los japoneses nos ametrallaron de pronto, fue una...

Ya lo contarás otro día. Tenemos que irnos, tus tiros deben de haberse oído hasta en Tokio.

Otra vez por la jungla, de nuevo hacia el mar. Serán los únicos que rescate el destructor americano. Atrás queda Noran, un muerto más en el atormentado tendal. Estaba cómodo en la guerra, estará cómodo en la muerte.

De algún modo los muertos ayudan a caminar. La certeza de lo que les espera si caen en manos enemigas pone inesperado vigor en los músculos exhaustos.

Pienso en el grito... las dos veces fue como si nos avisara el peligro...

No hable, señor... Hay que ahorrar el resuello.

No hay anestesia como la fatiga. El mecánico aturdimiento de la marcha vuelve a embotar los sentidos. Son sonámbulos, tropezando, cayendo, volviendo a tropezar y de pronto...

¡El grito! ¡Otra vez!

¡Allí se mueve algo!

Arde al sol; entre la maleza, alguna bayoneta. El cabo Lenner empuja a la patrulla.

¡Japoneses! ¡Pronto, por aquí!

Estalla la jungla. Ráfagas de ametralladora cortan lianas y ramas. Corren todavía más ligero.

¡Spinner! ¡Le dieron a Spinner!

El ex boxeador se mira aturdido el brazo que le falta. Vacila, restalla otra ráfaga, el cabo Lenner lo sostiene, lo alza.

Kingston arroja granadas hacia los japoneses. El teniente lo imita.

Las granadas parecen contener al enemigo. Quizá eran muy pocos. No vuelven a tirar.

Déjeme llevar a Spinner, cabo. Yo no veo nada, pero estoy más fresco.

Pedro Baigorria CO_IMBEROS

El cabo es hombre práctico, no se hace rogar. El peso de Spinner agobia ahora a Groman, pero tiene razón, es el más descansado de todos.

El teniente afloja a cada tanto el torniquete que ajustó en lo que queda del brazo de Spinner. Pero no repite muchas veces la operación...

Ya no hace falta el torniquete, señor. Spinner está muerto. Déjalo, Groman.

Allí queda al pie de un árbol el estibador de Melbourne. Con los ojos abiertos secándose al sol. Los demás reanudan la marcha, el cansancio y el miedo los hace olvidarse de todo.

Por fin, de nuevo, el olor del mar. Y el olor a humo. Están cerca de la muerta aldea de los papúes.

Haremos un rodeo para evitar la aldea. Mejor eludir los espacios abiertos.

Un poco más allá...

¡Otra vez el grito!

Sí, pero lejos...

Cada vez que lo oyeron ocurrió alguna muerte...Se incrustan en la espesura, listas las armas, encogido el aliento.

¡Tiros!

¡Menos mal que suenan lejos!

Estarán cazando a algún otro sobreviviente...

No nos demoremos aquí. Mejor sigamos.

La nerviosa mano del teniente contiene al cabo Lenner.

¡Quieto, cabo! ¡Esas hojas! ¡Se mueven!

El cabo Lenner apunta con el Bren, pero no llega a disparar. Se abre la maleza, allí está, espléndido en su tocado de guerra, un gigantesco guerrero papú.

Ekko...Ekko...ekko unga.

El nativo vacila, se tambalea, cae hacia adelante.

Nai tunga lua...

¡Tiene un balazo en la espalda!

Groman, el sargento ciego, entiende el melanesio.

Ekko unga...dice que fue él quien nos avisó con los gritos... Que es amigo nuestro... que odia a los japoneses... ellos arrasaron la aldea.

El teniente y Kingston encaraman al herido nativo a la espalda del cabo Lenner. Reanudan la marcha.

—Runga ekko siva kima...nai uma lava...

Dice que nos ayudó porque usted fue bueno, teniente.

¿Yo, bueno con él? ¡Si nunca lo vi antes!

Dice que usted fue bueno con su padre, muerto en la aldea. Que usted lo tapó con una lona. El vio todo desde la jungla.

Pedro Baigorria COLUMBEROS

Queda aclarado el misterio de los extraños gritos de advertencia. Pero tiene ya tan poca importancia...Lo único que les preocupa ahora es salir cuanto antes de aquella jungla donde cada vez habrá más enemigos.

El olor a mar se intensifica. Por fin se abre el boscaje. Duelen por un momento la claridad súbita, el horizonte infinito.

Llegamos...

Sí...¡A buscar ahora un escondrijo donde meternos hasta que llegue el destructor!

Pero, ¿qué está diciendo el nativo, Groman?

¡Tingo lua! Ibuma lava.¡Tingo!

¡Dice que oye venir a los japoneses! ¡Que vienen por todos lados! ¡Que nos están rodeando!

Sí, la jungla cobra vida; un par de pájaros revolotean asustados, una bandada de monos escapan a la carrera. Sin soltar al nativo, el cabo Lenner levanta el Bren.

¡A las rocas! ¡Pronto!

Las rocas de la Punta del Cangrejo son el único amparo que ofrece la playa. Descargando las armas contra la jungla y arrojando granadas, los "marines" tratan de llegar.

Fusiles y metralletas estallan en la jungla. Kingston gira sobre sí mismo...

...y cae, la cintura partida en dos por una ráfaga. El teniente, remolcando al desvalido Groman, es el último en llegar a las rocas.

El cabo Lenner tiró al nativo en cualquier lugar y barre la jungla con el Bren. El teniente dispara a su lado. Pero pronto dejan de tirar.

Los paramos, parece...

Sí...

Pedro Baigorria COLUMBEROS

Apenas dos cuadras de playa los separan de la jungla. Y ellos son sólo dos hombres en estado de cambatir.

Raro que no terminen de barrernos...

No querrán correr riesgos inútiles. Saben que si vienen bajaremos a unos cuantos.

Escucha, Lenner...

La voz de Groman, caído entre las rocas, junto al nativo, suena vacilante.

No veo nada, Lenner... ¿Crees que saldremos de ésta?

Seguro, Groman, seguro... Con el Bren entre estas rocas, podemos parar un regimiento. Y el destructor llegará pronto.

Gracias, Lenner... Gracias... Es duro no ver nada..., creí que no saldríamos más.

El teniente Bedford se acerca aún más al cabo Lenner. Habla en un susurro.

¿Por qué lo engaña, Lenner? Usted sabe que no saldremos nunca de aquí. Apenas traigan los japoneses un mortero estamos listos.

Lo sé... pero quizás ni Groman ni el nativo se den cuenta cuando nos barran a morterazos. Mejor dejarlos con la ilusión. Que pasen tranquilos los últimos minutos... ¡Pero es verdaderamente raro que ni siquiera nos tiroteen!

AUSTRALIAN NAVY

Los ojos del teniente Bedford, vueltos por un momento hacia el mar, se dilatan de pronto.

Ahí está la explicación, Lenner... ¡Un destructor!

También el nativo descubre el barco, que viene doblando un promontorio.

¡Singa nua!

¿Un barco? ¿Qué dices, un barco? ¿Qué pasa, Lenner? ¡No veo nada!

¡El destructor que esperábamos, Groman! ¡Como te lo anuncié, ahí está! ¡Nos salvamos, Groman!

El engaño es fácil. Groman no puede verlo. Y el nativo no entiende de banderas ni de insignias. Es un destructor, sí. Pero japonés.

Otra vez el cabo Lenner y el teniente Bedford hablan entre sí.

Dejémosles creer que nos salvamos. Groman y el nativo morirán creyéndose vencedores.

De acuerdo... ¿Un cigarrillo, Lenner?

Gracias. ¿Sabes una cosa, teniente? Fue bueno conocerte... Como soldado no sirves gran cosa, ¡pero eres todo un tipo!

En el destructor ya deben tener aviso por radio de la situación. Gira el cañón de proa.

Nos apuntan...

¿Qué dices, Lenner? ¿Vamos a dejar todo el ruido para ellos solos?

El cabo Lenner apunta también el Bren hacia el destructor.

Lo dicho...¡eres un gran tipo, teniente!

El Bren y el fusil estallan al mismo tiempo.

Una fracción de segundo después responde el destructor. Imposible errar a tan poca distancia.

1946. Hace u. ño que se firmó la paz en la bahía de Tokio. Acabó el tiempo de la muerte y el odio, es el tiempo de la comprensión. A la casa de los Bedford, en Sidney, Australia, llega una carta del almirantazgo Japonés.

La firma el ahora Almirante Subishi, que en 1942 comandara el "Aino", el destructor que aniquiló a la pequeña patrulla de "marines".

"...por ello ante un valor tan extremo y tan de acuerdo con las reglas del honor..."

"...el emperador acuerda al teniente Francis Bedford la Orden al Valor en Grado Sumo."

¡Es el primer caso que conozco del enemigo condecorando a uno de los nuestros!

¿Te das cuenta, Luisa? Pensar que nunca creímos en Francis...¡Un héroe, reconocido por el enemigo!

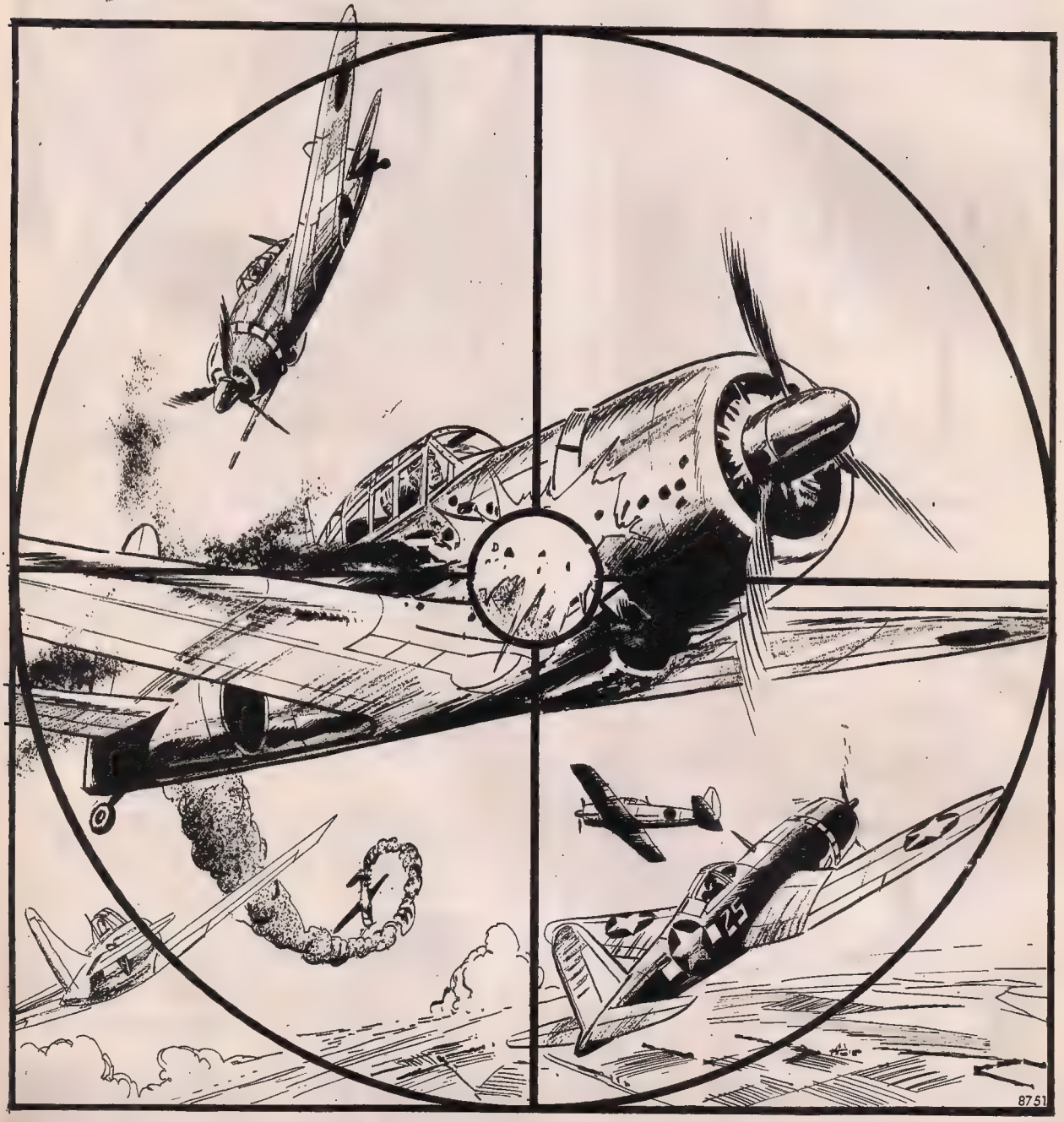
Luisa Bedford no dice nada. Ella nunca dudó de su Francis. Aquel reconocimiento póstumo significa tan poco, por glorioso que sea...Las madres no saben de medallas. Saben sólo de hijos muertos.

FIN

Pedro Baigorria LO.JMBEROS

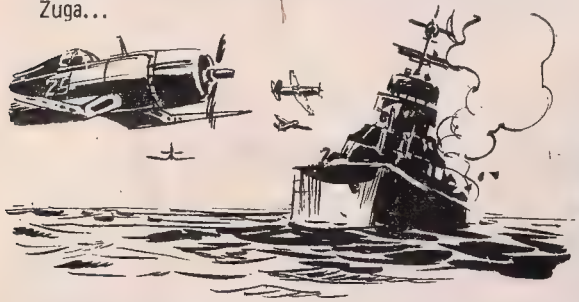
EL ÚLTIMO ESCUADRÓN

Por
HÉCTOR G.
OESTERHELD



Dibujos de REZZÓNICO

El crucero norteamericano "Connecticut" ha sido torpedeado por un submarino japonés en el Pacífico Sur. Con las máquinas detenidas y peligrosamente escorado, espera la llegada de algún buque de auxilio. Doce cazas Corsair han volado desde Zuga...

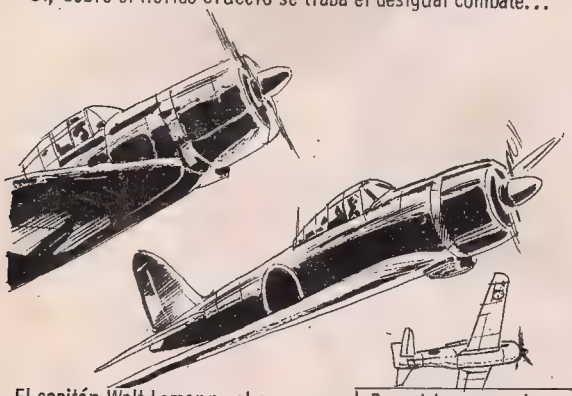


...para prestarle protección: está demasiado cerca de las bases aéreas que los japoneses instalaron en la isla de Bougainville.

En la base de Zuga el mayor Gregg, el jefe, sigue con gran atención la operación de apoyo.

Queda olvidada la incorrección del capitán Russ Norman. Siguen vibrando en el parlante las voces de los pilotos que se traban en lucha.

Sí, sobre el herido crucero se traba el desigual combate...

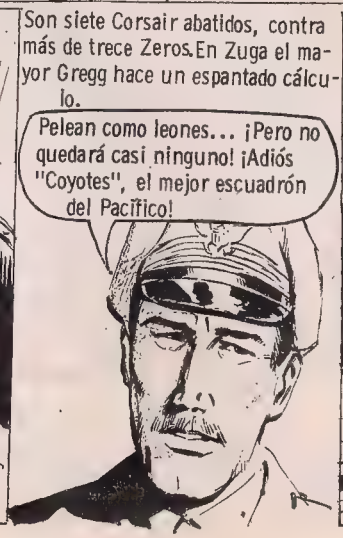


...que en segundos se formaliza en cantidad de luchas individuales.

El capitán Walt Lomann, el comandante del escuadrón de los "Coyotes", abate dos Zeros en menos de un minuto.

Pero debe pagar el precio de su hazaña.

Son siete Corsair abatidos, contra más de trece Zeros. En Zuga el mayor Gregg hace un espantado cálculo.



Los dispersos y desmoralizados Zeros emprenden la retirada. Los Corsair sobrevivientes se reagrupan.

¿Lástima qué, "Coyote"?

Lástima que el "enfermo"...

...se está dando vuelta...¡Y se hunde de proa! ¡No veo casi sobrevivientes!

El abrumado mayor Gregg se deja caer sobre una silla.

El desastre final. ¡De mi mejor escuadrón me quedan sólo cuatro hombres! Los otros dos escuadrones están reducidos a menos de la mitad... Apenas si podré reunir...

...un escuadrón completo si los japoneses de Bougainville deciden hacerse la gran fiesta sobre Guadalcanal. Otro día como el de hoy y los japoneses quedan por completo dueños del aire... ¡Si al menos tuviera un escuadrón de reserva!

El capitán Norman vuelve a poner la manaza sobre el hombro del mayor.

Con su permiso, Gregg. ¡Yo podría conseguirle un nuevo escuadrón! ¡En un mes, a lo sumo!

¿Un nuevo escuadrón, en un mes? ¿Se volvió loco, Norman? ¿De dónde piensa sacar las dos docenas de pilotos adiestrados que hacen falta para completar todo un escuadrón?

De aquí mismo, Gregg.

El mayor Gregg estudia el rostro del capitán. No, no ha estado bebiendo.

Sí, Gregg... ¡De aquí mismo!

Explíquese, Norman.

Vea, Gregg. Aquí, en Zuga, hay lo menos treinta hombres con muchísimas horas de vuelo. Tipos como yo, pasados de la edad pero buenos pilotos. Anclados en meteorología, en mantenimiento, en llenar pilas de planillas inservibles. O volando transportes. O castigados por inconducta.

De entre ellos le propongo elegir los pilotos para formar un nuevo escuadrón. Aparatos tenemos de sobra.

Pero...¡Ninguno de ellos está calificado para volar en los Corsair!

¿Quién dijo que no? ¡No se olvide, Gregg, que todo el que entra a la aviación lo hace soñando con ser piloto de caza! Muchos no lo habrán conseguido sólo por fallar en algún examen. ¡Pero igual sirven!

¡Seguro que todos ellos se mueren de ganas por volar un Corsair! Con un poco de "training" lo harán tan bien como cualquier muchacho. Yo me animo a dirigirlos. ¡Me aburrí de cazar Zeros en China!

No exagera el capitán Norman. Ha volado en China con los "Tigres Voladores" del general Chenault, y tiene en su haber una docena de aviones japoneses derribados. Pero vino al Pacífico cuando estaba ya fuera de la edad para los cazas y no le permitieron volar; quedó como oficial ejecutivo en la base de Zuga.

El mayor Gregg se pasa la mano por la frente cansada.

Está bien, Norman, probaremos... De todos modos, la situación no me permite elegir, tengo que aceptar lo que venga. ¡Puede empezar a elegir los hombres!

Apenas calla el mayor Gregg el radiooperador se endereza, brillantes los ojos de entusiasmo.

¡Yo puedo ser uno, señor! ¡Ya tengo casi curada la pierna!

Es el teniente Cal Milton, un piloto de caza herido en la batalla de Midway; mientras recupera el uso de la pierna se desempeña como radiooperador.

¡Y he volado en Corsair más de seis meses!

¡No! ¡Usted seguirá con la radio, teniente Milton!

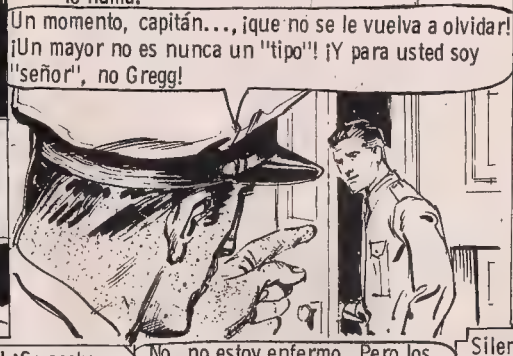
La reacción del capitán Russ Norman es particularmente violenta.

¡Le falta mucho a su pierna para estar debidamente curada! ¡Una cosa es un veterano que todavía puede servir y otra un inválido!

¿No le parece, Gregg? ¡Usted es un tipo inteligente y seguro que está de acuerdo conmigo! ¡Veteranos sí, inválidos no!

El capitán Norman sale, resuelto a iniciar ya mismo el reclutamiento del nuevo escuadrón. Pero el mayor lo llama.

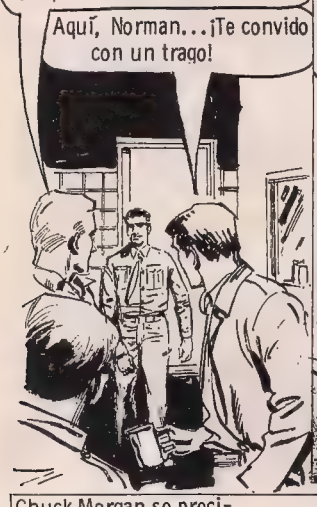
Un momento, capitán..., ¡que no se le vuelva a olvidar! ¡Un mayor no es nunca un "tipo"! ¡Y para usted soy "señor", no Gregg!



Resuenan los tacos del capitán Norman. El mayor Gregg queda con la duda de si tanto taconazo es respeto o si es burla. Pero ya se aleja el capitán Norman: va a la cantina, seguro de encontrar allí a la mayor parte de los "anclados" aviadores.

¡Hola, Norman! ¿Dónde estabas? ¡Imposible beber sin ti!

Aquí, Norman... ¡Te convido con un trago!

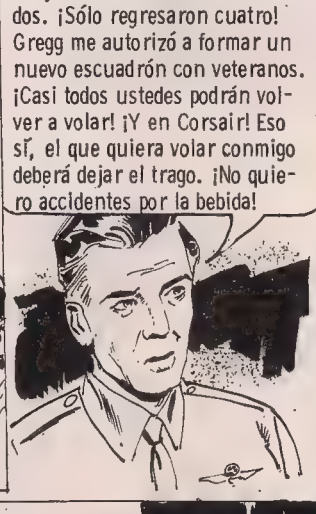


No. ¡No bebo más! ¡Se acabaron los tragos, muchachos! ¡Desde este momento ni ustedes ni yo volveremos a probar una sola gota!

¿Cómo dices? ¿Se puede saber qué te pasa?

¿Estás enfermo?

No, no estoy enfermo. Pero los "Coyotes" acaban de ser diezmados. ¡Sólo regresaron cuatro! Gregg me autorizó a formar un nuevo escuadrón con veteranos. ¡Casi todos ustedes podrán volver a volar! ¡Y en Corsair! Eso sí, el que quiera volar conmigo deberá dejar el trago. ¡No quiero accidentes por la bebida!



Silencio total en la cantina, casi todos son personal de tierra. Un pelirrojo gigantesco, Chuck Morgan, se acerca a Norman.

Si ésta es otra de tus bromas, Norman, te parto la...

Reserva las energías para los Zeros, Chuck. ¡Si no me crees llámalo a Gregg!

Chuck Morgan se precipita al teléfono. Igual que Joe Gallahan, que Zito Cain, que todos los demás, soñó siempre con sentarse en un Corsair, la última maravilla de la mecánica bélica.

Llega la confirmación del mayor Gregg. Los vasos con whisky o cerveza son devueltos intactos al mostrador.

¿También yo podré volar, Norman?

Sí, Zito... Hasta tú podrás volar.

Es Zito Cain; metió un aparato de instrucción en el casino de oficiales, desde entonces lo enterraron en "Planificación".

¡Siempre que te acuerdes todavía de dónde tiene la cola el avión!

Jamás grupo alguno de novicios se aplicó a volar con tanto entusiasmo como aquellos veteranos oficiales descastados del aire.

Simulacros de combates individuales, tan realistas que más de una vez están a punto de chocar.

Vuelos en escuadrilla, repetidos hasta que las alas se tocan.

Incontables ejercicios de tiro. De todo practican los veteranos reclutas del capitán Russ Norman.

No lo hacen tan mal... Pero claro. ¡Una cosa es aquí, en el adiestramiento, y otra cosa será con los Zeros!

El gran fantasma es el desbande. He visto más de una escuadrilla bien adiestrada que, al enfrentar al enemigo, se desbandó como palomas tropezando con un gavilán...

Diez días más tarde:

¿Y, Norman? ¿Qué tal el nuevo escuadrón?

Muy bien, Gregg. Ya se adaptan al Corsair. Quince días más y podremos entrar en combate.

¡Mire a ese que aterriza ahí! ¡Qué ángulo de ataque! ¡Y con qué suavidad toca la pista!

Pero el avión que desciende se ladea a último momento, el ala toca la pista, se rompe...

¡CRASH!

¡Ya veo que se adaptan a la perfección. ¿Quién es ese animal?

Chuck... Chuck Morgan. Lo que pasa, Gregg, es que...

¡Pasa un cuerno! ¡Y no me diga Gregg a secas, ya se lo dije! ¡Para usted soy "mayor" o "señor"! ¡Ya mismo borrará del escuadrón a Morgan!

Imposible dar de baja a Morgan, Gregg...

Porque acabo de nombrarlo mi segundo... Degradarlo sería desastroso para la moral del escuadrón, Gregg.

El mayor Gregg prefiere apartarse. Si se queda un sólo segundo más puede ser el primer comandante de Zuga que acueste de un puñetazo a su oficial ejecutivo. Pero no llega a alejarse...

¡Señor! ¡Señor! ¡Mensaje urgente!

El mayor Gregg lee. Y su rostro refleja espanto. Norman se le acerca.

¿Qué pasa, Gregg?

Los "marines" están desembarcando en Burawa. Y se sabe que el portaaviones japonés "Sumuki" viene desde el norte. ¡Orden urgente de interceptar sus aviones, para que no ataquen Burawa!

¡Toda nuestra gente está en este momento volando sobre el Mar de Savo! Lo único que podríamos enviar contra los aparatos del "Sumuki" es...

...el escuadrón de Russ Norman, ¿no es así?

Ninguno de los dos se engaña. Saben que el escuadrón no está listo. Pero no pueden elegir. Hasta que la manaza de Norman sacude el hombro del mayor Gregg.

No tanta preocupación, Gregg... ¡Mi escuadrón atajará a los Zeros!

Treinta minutos más tarde las veinticuatro máquinas del improvisado escuadrón levantan vuelo en tandas de tres.

(Pero... ¿Estoy mal de la cabeza o conté veinticinco?)

¡Atención todos! Voy a pasar lista... ¡Me parece que tenemos un colado!

No hace falta que pase lista, Norman. El número veinticinco soy yo, Cal Milton... ¡Tengo la pierna perfectamente bien! ¡Y ya no podrá hacerme bajar!

¡Es una orden, teniente Milton!

Lo siento, pero desacato la orden. Fórmeme si quiere consejo de guerra al volver... ¡Pero también yo peleo hoy a los Zeros!

Todo el escuadrón ha oído en la radio el breve diálogo. Chuck Morgan ríe para sus entretelas.

(¡Por fin Norman tropieza con otro tan cabeza dura como él!)

Pronto vuelan en la ruta que deben seguir los Zeros del "Sumuki" para atacar Burawa. Llegan a tiempo.

¡Bandidos a la vista! ¡Más de treinta!

A velocidad vertiginosa se acortan las distancias. Y se entabla la batalla.

El que se desbande esta noche se va a la cama sin postre... ¡A ellos, vejestorios!

Russ Norman se precipita sobre el Zero más próximo.

¡Pégate a mi cola, Cal! ¡No quiero perderte de vista!

Son inútiles los esfuerzos del piloto japonés por zafarse.

Igual suerte corre otro Zero que trata de ayudar al compañero.

Pero un tercer Zero centra en su mira al Corsair de Russ Norman. Allí está Cal Milton, con puntería certera...

¡TATATATATATA!

Sin enemigos cerca. Tiempo de mirar en derredor.

No vamos tan mal... Nos bajaron cinco... ¡Pero ellos perdieron ocho por lo menos!

TATATRAT!

Ambos bandos parecen separarse de común acuerdo.

¡Reagruparse, Chuck! Lo estamos haciendo bastante bien.

¡Atención, Norman! ¡Más bandidos a las cuatro! ¡Son otros quince Zeros! ¡El "Sumuki" nos manda el resto!

Mantengan la formación, Chuck. ¡Y traten de hacerles el mayor número de bajas posibles!

Seguido por su "sombra", Cal Milton, el Corsair de Russ Norman pica hacia una nube, se pierde en ella.

¡Eh, Norman! ¿Adónde vas? ¡Contesta, Norman! ¿Adónde vas?

Chuck Morgan no puede seguir llamando. Los Zeros atacan. Y son tantos...

¡Cobarde!

Ruge en el cielo salpicado de nubes el múltiple torbellino de la batalla entre cazas. Tabletean las ametralladoras, los cañones de tiro rápido, se entrelazan las estelas de humo, caen al mar metálicas antorchas, se encienden en el aire súbitos estallidos anaranjados.

Duro, despiadado, deshecho combate sin control. Hay momentos en que cinco aparatos están cayendo a la vez.

Hasta que no van quedando proyectiles en los magazines de los sobrevivientes. Llega el momento del forzado, sobrecogedor recuento.

¡Zito! ¿Estás bien?

Si se puede estar bien entre tanto desastre... ¡Quedamos apenas seis, Chuck!

Quedan el doble de Zeros.. ¡Pero completamente dispersos y escapando! ¡Se vuelven al "Sumuki"!

¿Y Norman, Chuck? ¿Qué le pasó? ¡No lo vi en ningún momento!

Chuck Morgan muerde las palabras cuando contesta.

Norman y Milton... Escaparon apenas apareció el refuerzo de los Zero... ¡No se hicieron ver en todo el combate!

En la base, en Zuga, el mayor Gregg y otros oficiales han seguido paso a paso el desarrollo de la acción. Captan el diálogo entre los pilotos.

¡Cuando lo tenga a mano a Norman te juro que lo mato! ¡Achicarse así, cuando Gallahan y tantos otros se hacían matar!

¡Quizá lo bajaron los Zeros!

¡Ojalá! ¡Es la primera vez que deseo que un tipo sea bajado por los japoneses!

Muy lejos ya de la batalla, y fuera del alcance de la radio de Zuga, los Corsair de Russ Norman y Cal Milton vuelan hacia el norte.

¿Estás seguro de lo que estamos haciendo?

Sí, Cal. ¡El "Sumuki" lanzó a la lucha hasta el último Zero que le quedaba!

—Un portaaviones sin cazas es muy vulnerable... ¡Lástima no tener bombas! ¡Pero si le rompemos el montacargas para subir los aviones, o le provocamos un incendio, podemos dejarlo fuera de combate durante mucho tiempo!

¡Allí está!

Ladran las ametralladoras y los cañones antiaéreos del portaaviones. Pero los Corsair no vacilan.

¡Yo pico primero, Cal!

¡Tratatatatat! tratatat

¡No! ¡Los dos a la vez! ¡Así los obligamos a repartir el fuego!

El fuego antiaéreo es intensísimo. Pero los cazas no se apartan de la picada.

TA-TA-TA-TA-TA-TA

El ataque de los Corsair llega justo cuando un avión torpedero se dispone a despegar desde la cubierta de vuelo. La metralla de los cazas lo acribilla.

BROOM!

Una explosión violentísima: el torpedo ha estallado sobre la cubierta. Los Corsair salen de la picada.

¡Ha explotado el torpedo, Cal! Pero, ¡Cal!

El estallido del aparato provoca un incendio, el fuego detona una pila de bombas, de torpedos... Pero Russ Norman no mira al portaaviones.

¡Cal! ¡Cal! ¡Contesta!

Me dieron... Y el motor... está en las últimas...

¡Pero no caeré al mar!

Un último rugido del motor, el Corsair de Cal Milton parece ganar altura. Pero se abate en la picada final, se estrella en el llameante volcán que es el "Sumuki".

CRASH!

El regreso a Zuga de los Corsair sobrevivientes de la batalla contra los Zeros, ahora al mando de Chuck Morgan, es desolador. Desbarataron, sí, la acometida contra Burawa, pero el precio ha sido terrible, más de quince compañeros muertos. Demasiados.

Aterrizan separados, todos con señales de metralla en el fuselaje, alguno soltando humo. El mayor Gregg los recibe en la pista.

Gran trabajo, Morgan...

¡Un escuadrón de ases consagrados no lo hubiera hecho mejor que ustedes! ¡Salvaron el desembarco en Burawa!

Gracias... Lástima tantas bajas.

¿Y Norman? Supongo que habrá llegado antes que nosotros...

Ya oí todo lo que pasó, Morgan. Tampoco yo lo entiendo... ¡Nunca imaginé que Norman haría algo así!

Pero no, Norman no volvió todavía. ¿Cree que todavía puede regresar algún otro, Morgan?

No... Ya estamos los seis que quedamos.

En cuanto al cobarde de Norman... ¡Se habrá refugiado en alguna otra base! ¡No tendrá estómago para aparecerse por aquí!

¡Un momento! ¡Allá viene uno!

¡Sí! ¡El Corsair de Norman!

¡Viene hecho un colador!

Poco después Russ Norman deja la cabina y salta a la pista. Chuck Morgan corre a su encuentro. El mayor Gregg trata en vano de detenerlo.

¡Eh, Morgan! ¡Venga aquí!

Pero es inútil, nada puede contener a Chuck Morgan, está fuera de sí.

¡Maldito cobarde! ¡Te haré pagar! ¡Por Gallahan, por Douglas, por...!

¡Quieto, Morgan! ¡Quieto!

¡Aquí nadie se hace justicia por la propia mano! ¿Estamos o no en el ejército?

¡Cobarde! ¡Cobarde!

¡Un mensaje, señor! Del Almirantazgo... Urgente.

Entre varios sujetan a Chuck Morgan. El mayor lee. Es un mensaje largo; la sorpresa agranda los ojos del mayor. Cuando termina mira al capitán Norman.

Norman...

¿Qué pasa, mayor? ¿Qué quiere ahora el Almirantazgo?

Un avión de observación lo vio todo. El "Sumuki" se está hundiendo, está completamente envuelto por las llamas. Dos Corsair lo ametrallaron y consiguieron acribillar a un avión torpedero justo cuando despegaba.

El torpedo estalló sobre la cubierta del portaaviones, provocando un gran incendio. ¡El "Sumuki" está fuera de combate! Uno de los Corsair, averiado y en llamas por el fuego antiaéreo, prefirió...

...estrellarse contra el "Sumuki" antes de caer al mar. El avión de observación lo vio todo. El almirante Nimitz envía su agradecimiento. Desde ya recomienda la Medalla del Congreso.

Calla el mayor Gregg. Y callan también Morgan, Zito y los demás. Ahora comprenden. Russ Norman y Cal Milton se apartaron para atacar al portaaviones, aprovechando que todos los aparatos del "Sumuki" se comprometían en la acción contra los Corsair.

-Entonces...fue Milton el que se estrelló contra el "Sumuki"...

Sí... Y ya puedo decirlo... Norman quería mantener el secreto, para que nadie sospechara favoritismos a favor de Milton...

El nombre completo de Norman es Russ Norman Milton... Cal Milton era su hijo.

Pocos días después se libró en el Mar de Savo una de las batallas decisivas de la guerra del Pacífico. Batalla de portaaviones, donde todo podía cambiar por un portaaviones de más o de menos. Terminó con una gran victoria norteamericana, gracias a que los japoneses tuvieron un portaaviones de menos: el "Sumuki".

FIN

EN UN ARROZAL

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CARUSO

Pedro Baigorria COLUMBEROS

Las manos recias, callosas, levantan sin esfuerzo la pesada laja de piedra.

Un hueco. Un alargado envoltorio de hule. Ling lo desenvuelve con cuidado: reluciente, como recién lustrado, aparece el fusil.

Dos cananas pesadas de balas. Ling se las cruza sobre el pecho. Prueba el cerrojo del fusil, lo carga.

Se sienta, y recién ahora advierte que sus dos hijos, Chiang y La, dejaron de trabajar por mirarlo.

Chiang y La reanudan la tarea. Trasplantar en el arrozal inundado a medias en hileras regulares las pequeñas plantas de arroz. Con el fusil entre las manos, Ling los mira.

Le duele la envidia. Durante tanto tiempo él y sus antepasados hicieron aquel trabajo que ni se dieron cuenta de que era una esclavitud. Desde hoy no lo hará más. Pero ya lo está añorando.

El arrozal no es sólo trabajo. Es también estos crisantemos silvestres floreciendo todos los años entre las piedras. Las cañas de hojas largas temblando apenas en el viento. La golondrina de vuelo cortado, siempre inesperado.

Ling descansó siempre aquí, entre los crisantemos rojos, cuando lo fatigó el arrozal. Aquí le dio el primer beso a Sinka, su mujer; aquí también supo que Sinka no pasaría del invierno, hace tres años, cuando la vio arrodillarse en el arrozal.

¿Qué hace que Chiang le traiga aquí, todo susto y todo risa, un nido con pichones que encontró caído? ¿Y el barquito que él le hizo con cañas?

¿Qué hace que La, desde sus rodillas, mire como rezando el vuelo de las golondrinas, el temblar de las cañas?

Pobre tonto, Ling. Esperabas volver a vivir todo eso, aquí, entre los crisantemos. Con los nietos... ¡Pero nada de eso te será posible!

Ling examina el fusil, una vez más le revisa cada tornillo, cada remache. Desde ahora el fusil será tu arrozal.

Sí, llegó la guerra hasta el valle. Muchas veces, en el pasado, cruzaron por la aldea partidas más o menos numerosas de bandidos, o de soldados iguales a bandidos. Pero nunca hicieron otro daño que llevarse un poco de arroz (siempre poco, ellos sabían esconderlo) y matar algún cerdo.

Ahora el enemigo es diferente. Se les parece mucho, pero es tan distinto. Quema las aldeas, mata. Quiere las tierras enteramente para sí. Es el invasor japonés.

Por eso hasta los hombres de paz como Ling decidieron pelear. Aviones extranjeros dejaron caer en la noche paracaídas con fusiles y municiones; en la aldea se dice que hay guerra en el mundo entero. Guerra entre los hombres que trabajan los arrozales y los hombres que matan y queman.

Chiang y La dejan de trabajar, se enderezan, han visto algo. Ahora también Ling los ve.

Son Wong, Sheki, Lao, Kongi, y algún otro que no conoce. Campesinos como él. Dejaron en el arrozal hijos y mujeres y marchan a la guerrilla.

Los ojos de Kongin se escapan, no quieren mirar.

Que se quede. Adonde van hacen falta hombres dispuestos a todo, bien claro lo dijo Tsun, el hombre que vino de la ciudad e hizo llegar hasta aquí los aviones extranjeros.

Desde el agua, los muchachos lo miran. Tantas cosas quisiera decirles Ling. Pero no...

Es todo su adiós. Caminan de prisa, pronto están en el borde del pequeño valle. Una última mirada al pequeño caserío que ellos llaman "la aldea". Y al manchón de crisantemos. Y a esas dos figuras tan pequeñas y con el agua a media pierna...

El manchón de crisantemos, las dos figuras en el arrozal, el pequeño caserío... El poderoso anteojo largavista, desde otra altura, los estudia con atención máxima.

El teniente Koba, del quinto ejército japonés en operaciones en el sur de China, sonríe satisfecho. Pero no tiene prisa.

Sin apuro, el teniente Koba mide con el telémetro la distancia que los separa de la aldea.

No quiero desperdiciar las granadas. Y tenemos pocas balas para la ametralladora.

En el arrozal sigue el eterno agacharse y levantarse y volverse a agachar de Chiang y La. Hileras tras hileras de brotes van quedando trasplantados.

Nadie podía distinguir, en el rostro de La, qué gotas son sudor y cuáles lágrimas.

Cerca, la aldea sigue su vida de siempre. Chicos jugando en el barro, mujeres cocinando, mujeres cortando leña, mujeres amamantando, y algún viejo de dedos y memoria morosos tejiendo paja y recuerdos.

El teniente Koba sonríe. Una sola palabra suya y toda esa paz, toda esa vida, saltarán hechas trizas.

¡Fuego!

Puntería perfecta. Las granadas estallan entre las chozas.

¡Que no escape nadie! ¡Así aprenderán a ayudar a la guerrilla!

Huyendo de los estallidos los aldeanos quieren escapar al campo. Pero la ametralladora no se da descanso.

Todas las chozas están ya derruídas o en llamas.

Vamos... ¡Al ataque!

Nadie se les opone entre las chozas. Pero no dejan de disparar a cuanto se mueve, siempre pasa así en los ataques a los civiles, es...

...como si quisieran apagar con sangre el propio horror, la propia culpa.

¡A la colina! ¡Seguro que hay más escondidos entre los árboles!

Un soldado parece no haber oído. El sargento le grita.

¿Te dormiste, Kao? ¡Entre los árboles cazaremos más! ¡Vamos!

Este..., yo buscaré entre los arrozales, sargento... A lo mejor alguno escapó por allí.

Como quieras... ¡No tiene que quedar ninguno!

El soldado Kao, de la ciudad de Sippo, Hokkaido, no piensa buscar nada. Es sólo un pretexto para alejarse de los gemidos, de tanta muerte todavía caliente dentro de la aldea.

Tan raro encontrarse solo en el arrozal. Se parece tanto a otro arrozal...

(Crisantemos silvestres iguales a los de casa. También allí crecen junto al arrozal.)

(Se diría que estoy de vuelta... pero...)

Algo se movió allí, entre las cañas... Kao aprieta el fusil, se ha descuidado. ¿Y si quedó oculto algún guerrillero?

(Mejor tiro.)

-Pensé que nadie buscaría por aquí... La muchacha tiembla, está aterrada. Kao trata de tranquilizarla.

¡No! ¡No tires!

¿Qué haces aquí? Todos corrieron a esconderse entre los árboles...

Hermoso lugar... Crisantemos silvestres, cañas... Me recuerdan tanto a mi casa... mi casa, al otro lado del mar.

Hay algo tan dulce, tan indefenso en el rostro de la muchacha. Nunca vio el soldado Kao nada tan hermoso.

Pero no... Ningún lugar puede ser igual a éste.. aquí estás tú.

La mano del soldado Kao se apoya en el hombro de la muchacha. Quiere terminar de tranquilizarla, pero la reacción es instantánea.

¡Fuera esa mano! ¡Por más fusil que tengas, por más prisionera que yo sea mira cómo te portas!

Más hermosa, todavía, en el enojo...

Me entendiste mal, muchacha. No eres mi prisionera. Yo sólo quería hablar.

No te molestaré más. Es raro, por un momento me pareció conocerte de siempre. Por eso te hablé así.

El soldado Kao se echa el fusil a la espalda y se aparta.

Vuelve a esconderse entre las cañas, es un buen lugar. A nadie diré que estás aquí.

Pedro Baigorria COLUMBEROS

Pero el soldado Kao no va lejos.

¡Eh, soldado! No te vayas.

Fue un impulso súbito. Ahora la muchacha no sabe qué decir. Kao sonríe, se sienta entre los crisantemos.

Mi nombre es Kao. ¿El tuyo?

La...

La muchacha tiene un enorme deseo de apoyo. Ha ocurrido tanto espanto, las explosiones, los gritos. Y el soldado aquel, aunque enemigo, se parece mucho a Chiang.

Mi hermano...

¿Qué pasa con tu hermano?

No lo sé... Apenas empezaron las explosiones, corrió a la aldea, al escondite de...

La muchacha se ataja, asustada, está hablando de más. Pero Kao se ríe.

¿Al escondite del arroz? No temas, no diré nada... Nunca quise venir a la guerra. Yo quería seguir en el arrozal. Allá tenemos un sauce enorme y cañas.

La verdad, nunca encontré a nadie como tú.

¿No estás más enojada?

No, Kao.

Lentamente, con torpeza de primera vez, se van juntando los labios.

Como un estallido. El culatazo golpea con fuerza tremenda contra el cráneo de Kao.

WACK!

Un violento puntapié termina de derribarlo. La mira aterrada la enorme figura que vuelve a alzar el fusil.

¡No, papá! ¡No!

La contiene el brazo de Ling.

¡No, papá! ¡El fue bueno conmigo! ¡No me hizo nada! ¡Yo le pedí quedarse!

Otros hombres surgen de entre las cañas. Wong, Sheki, los compañeros de su padre.

Déjalo para después, Ling. ¡Ahora tenemos mucho que hacer en la aldea!

Sí, han venido corriendo desde lejos. Fue una casualidad del cielo azul que uno de los incendios se pudiéra ver desde tanta distancia. Ling mira al desmayado japonés.

Tienes razón, Wong. Un prisionero puede sernos muy útil.

Con manos expertas en atar búfalos, Ling ata los brazos de Kao. Y mira a La con ojos de padre que jamás fue desobedecido.

Que no se mueva. Enseguida estaremos de vuelta.

Pedro Baigorria COLUMBEROS

Corren los guerrilleros hacia las humeantes ruinas de la aldea. Cada choza destruída es un aguijón más para la furia, para la muerte.

¡Sha! ¡Sha! ¡Sha!

"Mata... mata... mata..." El milenario grito de guerra de los combatientes chinos.

CRACK!

Dispersos y ocupados en el saqueo y la tortura, los japoneses son aniquilados en minutos.

Los soldados saben la suerte que les espera a mano de los guerrilleros. Por eso, ninguno se entrega.

¡Ahhh!

No más tiros, no queda ningún enemigo con vida. Ling, Wong, los demás, empiezan el lento, alucinante inventario de la masacre.

¡Sami y sus dos chiquitas!

¡Mamá! ¡Mamá!

No, Ling. Tú no entras aquí...

¿Por qué no?

Tu hijo, Chiang... lo torturaron... No entres, es...

¡Apártate!

Carne ya muerta, pero que duele más que la propia carne viva. Esas manos que un día fueron manitas trayendo nidos. Esos ojos a los que hubo que enseñarles a mirar el mundo.

Wong, el amigo, sabe que el consuelo es imposible. Apenas si se puede distraerlo.

Acuérdate de tu prisionero, Ling. ¡Ojalá los demás tuvieran también en quién descargarse!

Cierto, el prisionero... Ling sale de la aldea con paso vacilante, que poco a poco va haciéndose más y más resuelto.

Mi prisionero...

El prisionero ha vuelto en sí. Obediente, La no lo ha tocado.

Se estrangulan las palabras en la garganta de Ling.

Mataron a Chiang. Después de torturarlo.

De algún modo La previó aquella muerte. Y ni puede pensar en ella, tan aterradores son los ojos de Ling.

¡Por suerte no te maté enseguida, perro!

¡El no hizo nada, papá! ¡Estuvo todo el tiempo aquí! ¡No tuvo nada que ver! ¡Además, yo quiero casarme con él!

¡Cállate! ¡Ni sabes lo que dices! ¡Lo acabas de conocer!

CASH!

Por un largo instante Ling mira a la derrumbada La. Y al prisionero, que baja la cabeza resignado.

Estas cosas necesitan su tiempo. Lo llevaré lejos.

Sin esfuerzos, Ling se echa al hombro al japonés. Un poco más allá se cruza con Wong.

¿Adónde te lo llevas, Ling?

—A! otro lado del río. Los japoneses pueden volver y no quiero interrupciones.

También nosotros nos vamos. Nos reuniremos mañana con Tsun. Hay que explicarle por qué le fallamos hoy.

Con el prisionero al hombro y La trotando detrás, Ling llega hasta cerca del río. Pero toma un atajo y echa a andar ladera arriba, por el cerro cubierto de árboles.

Ni siente la carga al subir. ¿Cómo cansarse teniendo la martirizada imagen de Chiang?

Padre... El no fue.

La está exhausta cuando llegan cerca de la cumbre. Hay allí una cabaña abandonada de cuando los abuelos cuidaban cabras.

Ling tira al prisionero al suelo, la cabeza golpea con fuerza pero el japonés no se queja.

Desenvaina el machete, que tiene el borde ondulado de tanto afilarlo.

Ling se acerca al prisionero. Un sollozo desgarra a La.

Kao mira acercarse la hoja desnuda. Si el fin le llegara pronto... Pero no...¡Quién sabe lo que los suyos le hicieron a Chiang!

La hoja empieza a cortar.

Una ligadura, la otra, otra más... Kao tiene ya las manos libres.

Ling demora la respuesta. Esas manos, esos ojos desgarrados de Chiang... El pecho de Ling es un torbellino de odio, de dolor. Pero también están La, su pequeña La, y su llanto.

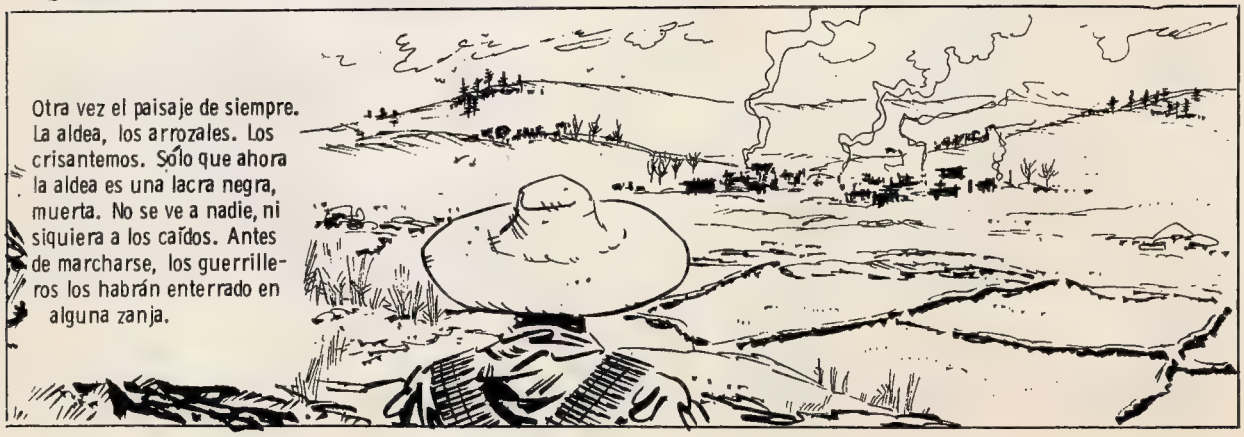
Una honda inspiración dilata el pecho de Ling. Y su mano busca la cabeza abatida de La.

La tarda en comprender. Es tanto lo que el padre le está dando.

Pero Ling ya no está en la cabaña. Sin carga alguna y ladera abajo, se aleja veloz entre los árboles.

Entre un hijo muerto y una hija viva se debe pensar primero en la hija... Cuando llegue la primavera Kao los ayudará en el arrozal. De nuevo habrá chiquitos entre los crisantemos.

Otra vez el paisaje de siempre. La aldea, los arrozales. Los crisantemos. Sólo que ahora la aldea es una lacra negra, muerta. No se ve a nadie, ni siquiera a los caídos. Antes de marcharse, los guerrilleros los habrán enterrado en alguna zanja.



Pedro Baigorria CO.JMBEROS

Como tantas veces en el pasado, Ling se tira entre los crisantemos junto al arrozal. Pero ahora, en lugar de cansancio, tiene llanto.

Chiang...Chiang...hijo.

Chiang... Cuando aquel nido... cuando aquel barquito que te hice con cañas...cuando tu madre...

Voces inesperadas le congelan los recuerdos.

Sí, señor capitán. Yo mismo lo vi, sin que se diera cuenta. Se llevó al soldado cerro arriba. Debe tenerlo en una vieja cabaña que hay allí. Yo puedo guiarte...

Es Kongi, el que no quería ir con la guerrilla. Ha traído una nueva patrulla de japoneses. Pero no han visto a Ling.

(Kongi, el traidor... ¡Seguro que él trajo a los japoneses que mataron a Chiang! ¡Y ahora busca a Kao! ¡Lo encontrarán con La, con mi hija!)

¡Malditos!

Ahora son dos los cuerpos lacerados en la imaginación de Ling. Al cuerpo fríamente destrozado de Chiang se suma el cuerpo desnudo, tan indefenso de La... No puede soportar tanto, se incorpora de un salto...

A quemarropa dispara todas las balas en la recámara del fusil.

CRACK! CRACK! CRACK! CRACK!

Cuando se le acaban los tiros el fusil es una maza de fatídica eficacia. Dos, tres proyectiles le penetran el cuerpo pero ni los siente.

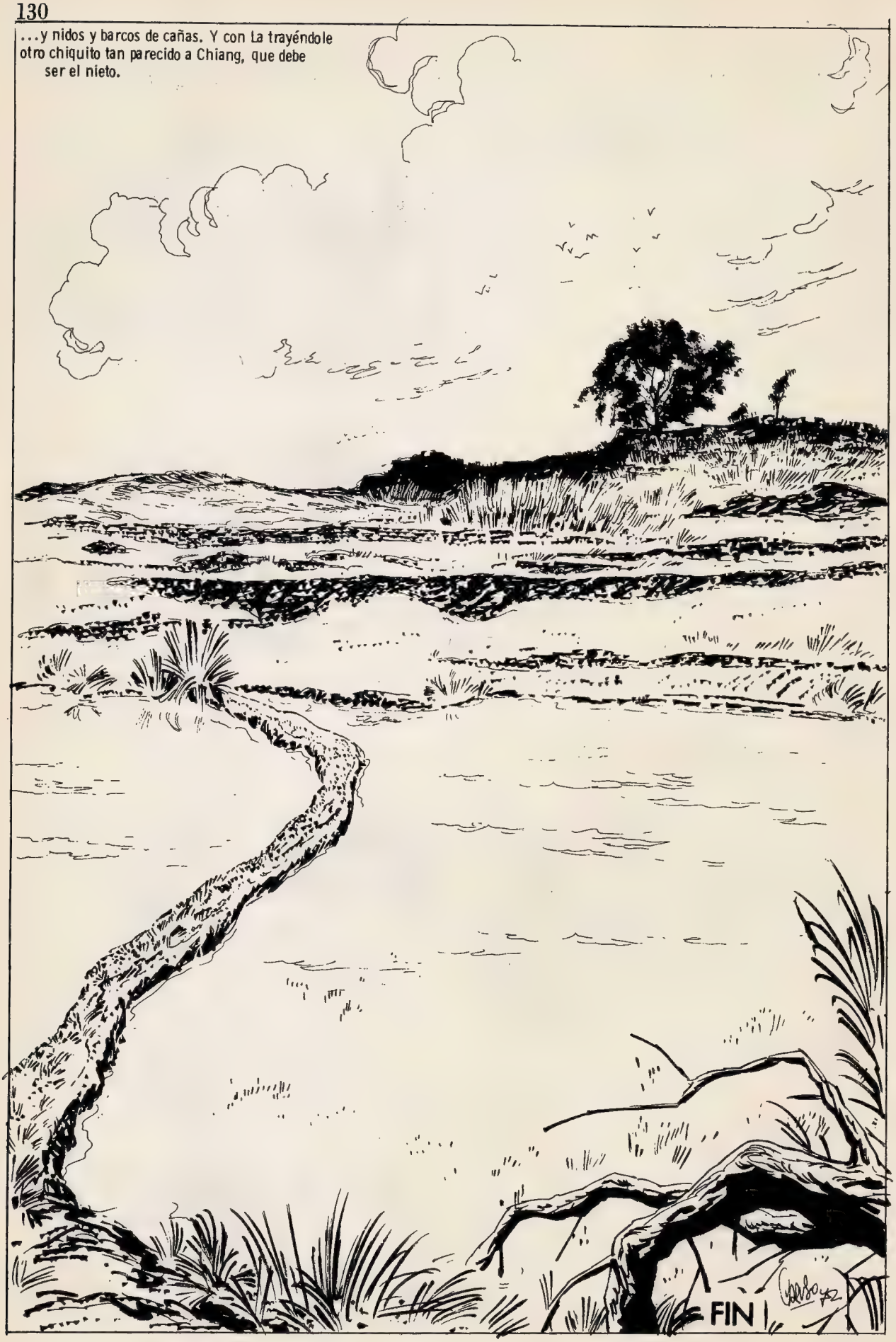
Roto el fusil, Ling termina la tarea con el machete.

No queda ningún enemigo en pie. Se le va de entre los dedos el mango resbaloso del machete.

Se le doblan las rodillas. Le cuesta mucho llegar, pero lo consigue. Los crisantemos...

Chiang...Chiang...el nido...el barquito...el...

Calla Ling y el único movimiento en el arrozal es el temblar de las cañas en el viento, alguna golondrina. Ling sigue allí pero se fue, ya está entre los crisantemos silvestres. Crisantemos sin sequías ni inviernos, con Chiang niño...



Pedro Baigorria CO_JMBEROS

EL COBARDE DE PLAYA ROJA

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CARUSO

8315

toritodel2001

Con paso alegre, femeninamente marcial, desfilan en primer término las "majorettes".

Luego, en cromadas sillas de ruedas, avanzan los mutilados.

Detrás, ya maduros pero de nuevo con el orgullo joven en los ojos y en las condecoraciones, viene el grueso de los veteranos.

En Skate, Montana, se está celebrando una vez más el desfile anual de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Ya pronto pasarán frente a la relojería de Nat Crimson.

Nat Crimson, además de relojes, compone cuanta cosa se descompone en Skate. Siempre tiene compañía: a los tres chicos les encanta jugar en el pequeño negocio atestado de trastos.

¿Oyen la música? ¡Un poco más y pasarán por aquí!

Los chicos rodean a Nat Crimson.

A propósito, Nat... ¿por qué tú nunca desfilas? ¿Acaso no eres tan veterano como los otros?

¡Eso! Tú estuviste en Normandía, ¿no es cierto?

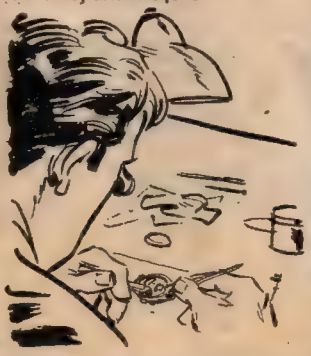
Mabel, una chica nueva, es la primera vez que entra a la relojería; mira a Nat con lástima.

¿Acaso no lo invitaron, señor Crimson?

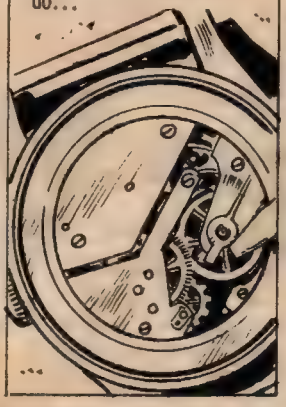
Se ensancha aún más la sonrisa de Nat Crimson.

No, Mabel, no es eso... En el desfile de los veteranos puede participar cualquiera que haya peleado en la guerra. Y que por supuesto, tenga ganas de desfilar.

Resuenan en la calle los sones marciales, tambores y clarines. Los chicos se atropellan en la puerta por mirar. Nat Crimson se refugia en los secretos de un reloj antichoque.



Pero no mira el metal brillante ni los rubíes sintéticos... está mirando...



...la trama apretada de una tela verde oliva; es la espalda del sargento Kelvin. Están en una barcaza de desembarco, y ya llegan a la costa normanda. Es el 6 de junio, "el día más largo del siglo", como después lo llamarán.

Nat no quiere alzar la cabeza, sabe que si lo hace está perdido. Porque el aire ha cobrado súbita vida; velocísimos gemidos mezclados con ronquidos profundos dicen de ametralladoras pesadas y de cañones de grueso calibre.

¡Y dijeron que no quedaría un solo alemán en la playa!

toritodel2001

Cuanto más se acercan a la playa más se agita el mar. Un bandazo sacude a la barcaza. Nat Crimson se mira las piernas, trata de no pensar.

(Ahora debería estar entrenándome para el campeonato del condado...!)

Las carreras de fondo son la pasión de Nat... Devorar la distancia, sentir la pista que parece elástica bajo los pies, la alegría de los músculos que responden incansables, la gritería de la gente...

El silbar de los proyectiles deshace el recuerdo, es demasiado real la barcaza que sube y baja entre las olas.

(Que me hieran en cualquier otra parte... ¡pero no en las piernas!)

¿Y ese gemido? ¿Es...? Mira con sospecha a Sammy, el "marine" que está junto a Kelvin.

Sí, es Sammy. El negro mira alrededor con ojos azorados, más que los proyectiles le aterra saber que todos se están dando cuenta.

La manaza del sargento Kelvin aterriza reconfortante sobre el cuello del negro.

No es nada, Sammy... No es nada. ¡A todos nos pasa alguna vez!

Un estallido violentísimo, una cascada de agua helada se abate sobre la barcaza.

¡Nos dieron!

No, es la barcaza más próxima la que recibió el impacto directo. Humo y algunas tablas entre las olas es todo lo que queda.

Y ya es el choque violento, la barcaza se frena en pocos metros.

¡Encallamos!

¡Abajo la rampa!

Saltan al agua, en la maniobra tantas veces ensayada. Alguno se hunde y no vuelve a emerger.

Nunca sabrá Nat cómo saltó al agua, alguien lo habrá empujado. Arrecian en el aire los proyectiles. Un grito se oye cerca de Nat: es Rogers el que cae.

Una ola, Nat pierde pie, ¿y si se ahoga? Pero no, ya golpea contra algo duro, con bordes afilados que lastiman.

¡Una trampa antitanque! Por lo menos aquí estaré reparado de los proyectiles...

toritodel2001

Pero una mano potente sacude ya a Nat Crimson. Es el sargento Kelvin...

¡Sin detenerse, Crimson, sin detenerse! ¡A la playa!

El cuerpo todo se niega, pero hay demasiada energía en Kelvin. Nat sigue a los demás, ya tienen el agua a la rodilla.

El humo no deja ver casi, gritos llamando a los "medics", explosiones, ráfagas de ametralladoras. Tan corta la distancia. Y sin embargo, es la carrera más larga que jamás corrió Nat Crimson. Le duele el terror en los músculos envarados de las piernas.

Un reborde rocoso en la playa, es un buen lugar para cavar. Enterrarse, protejer las piernas, desaparecer para siempre...

Arena suelta, el hoyo avanza con rapidez. Por entre los estampidos llegan hasta Nat las voces del teniente McGraw y el sargento Kelvin; están en un hoyo vecino.

—No, sargento... ¡Si cavamos aquí no nos moveremos más!

¡La orden es trepar el farallón y penetrar tierra adentro! ¡Hay que mover ya mismo a los hombres!

Nat Crimson se incrusta en la arena, queda inmóvil. Si lo creyeran muerto...

¡Vamos! ¡Hay que seguir! ¡Arriba todos!

(No, no puedo... no puedo seguir! No saldré nunca de aquí.)

Otra vez la sacudida brutal. El sargento Kelvin está fuera de sí.

¡Arriba, Crimson! ¿O prefieres que te entierre aquí mismo?

De nuevo con los demás, aturdido, gimiendo por dentro.

¡Más ligero, Crimson! ¿Y tú eres corredor?

Algo pesado cae entre los "marines" que suben. El estallido estremece la pendiente.

WOOMM!

Golpes violentos sacuden el cuerpo de Nat Crimson.

¡Las piernas!

toritodel2001

Pero no, no son esquirlas, sólo cascotes y arena. Allí cerca, un cuerpo tronchado.

¡Barney! ¡Es Barney!

Barney también era de Skate... Nat Crimson se acurruca bajo una saliente rocosa, no quiere ver más. Entre los estallidos, lejana, le llega casi alegre la voz de Kelvin.

¡Arriba! ¡Ya llegamos! ¡Arriba!

Yo me quedo... ¡que me mate Kelvin si quiere! Yo me quedo... yo me quedo...

Nunca sabrá durante cuánto tiempo se queda allí, incrustado entre las rocas. No piensa en nada, sólo en vivir. Tiembla de la cabeza a los pies, es un animal enloquecido de terror. Algo le toca la pierna... Es un "medic"...

¡Está vivo!

¿Dónde te dieron?

Este... no, no estoy herido...

El "medic" lo mira, comprensivo. Y ya tiende el brazo en dirección a la playa.

Vuelve a la playa, muchacho. El ataque fracasó, el teniente está reagrupando a los que quedaron...

De vuelta a la playa, a los hoyos en la arena. Sigue el humo acre de la cordita, las explosiones, el aire que aúlla. Pero allí se está bien...

(Suerte que no atacaste con los otros...)

¿Suerte, Nat Crimson? ¿Con qué cara contarás allá en el pueblo la muerte de Barney? Y Kelvin, que era cartero, todo el mundo lo quería...

(¿Les dirás que mientras Barney y Kelvin atacaban tú estabas escondido, gimiendo como un perrito asustado?)

(Fallaste, Nat Crimson... en el momento de la prueba fallaste... ¡Ya nunca podrás mirarte a la cara! Fallaste, Nat...)

Pero... ¿quiénes hablan allí cerca? Parecen las voces de Sammy y el teniente McGraw... Sí, son ellos. Sammy habla como si fuera un oficial, no un soldadito que apenas un par de horas atrás sentía miedo.

...y aquí, señor, en este lugar, está la casamata.

Es un verdadero fortín pegado a la roca. Domina todo el paso; mientras los alemanes sigan allí será imposible alcanzar tierra adentro. Kelvin se dio cuenta...

...y por eso ordenó atacar. Yo le advertí que éramos pocos, que buscáramos refuerzos, pero él insistió, dijo que más tarde sería peor, que los alemanes traerían tanques. Entonces atacamos, pero el fortín nos barrió como quiso. Kelvin cayó de los primeros.

toritodel2001

Habría que señalar la posición del fortín a la Marina. Bien dirigida la artillería podrá...

No, señor, la artillería no hará nada. ¡La única forma de anularlo, señor, es atacarlo otra vez!

Después de la paliza que nos dieron no sospecharán un nuevo ataque en tan poco tiempo. Aquí hay gente de sobra... ¡En lugar de quedarnos quietos en la playa tendríamos que volver a atacar ya mismo!

Por un largo momento el teniente McGraw mira la playa cubierta de humo y sacudida por las explosiones, el farallón rocoso con la oculta amenaza del terrible fortín, el rostro anguloso y sucio de arena y combate de Sammy. Por fin...

Aquí McGraw, capitán Cooper... Intentaremos franquear otra vez el farallón... Yo mismo dirigiré el ataque.

El teniente McGraw carga al hombro un zurrón con paquetes rectangulares. Y ya sale del hoyo.

Vamos, Sammy... ¡Aquí llevo gelinita para volar diez fortines si hace falta!

En su hoyo, Nat Crimson vuelve a cerrar los ojos, a encogerse. ¿Podrá esta vez pasar inadvertido? Pero no, ahora está Sammy...

Nat no hace caso, sigue inmóvil. Pero Sammy, aunque pequeño y esmirriado, saca de algún lado una fuerza descomunal.

¿Me oíste? ¡Volveremos a atacar! ¡Vamos!

Todos siguen ya al teniente McGraw; ya llegan al farallón, ya trepan la estrecha pendiente. Un mortero alemán está regulado para batir el paso.

Nat Crimson pasa junto a la saliente rocosa que le sirviera de refugio cuando el ataque anterior.

(Si pudiera esconderme otra vez...)

Pero allí está Sammy, implacable, empujando a todos al ataque.

¡Apuren! ¡No lo dejarán solo al teniente!

El último tramo de la pendiente. Ya puede ver Nat Crimson el fortín, una construcción maciza incrustada en la roca viva, con las troneras vomitando muerte. Sammy salta allí adelante, corre al ataque...

¡Allá va el teniente! ¡Al ataque todos!

Piques de proyectiles delante de Nat Crimson; se tira cuerpo a tierra. Tres estallidos simultáneos, a pocos metros, alzan surtidores de arena, gritos desgarrados. Nat recula...

¡Imposible seguir atacando! ¡Hay que retroceder! ¡Atrás todos!

¿Les grita a los demás, o se grita a sí mismo? Una rápida carrera pendiente abajo...

toritodel2001

...y en seguida Nat Crimson está de nuevo en su escondrijo bajo la saliente rocosa.

(Aquí estoy a salvo...)

Más estampidos, humo y arena en el aire explosiones de granadas. Ruedan piedras bajando la pendiente... ¿Quién es ése?

¡Sammy!

Sammy retrocede disparando la metralleta hacia arriba; el humo impide ver más allá pero Sammy aparece tan enorme...

Pero muy poco duran los disparos de Sammy. De algún lado le alcanza una ráfaga de ametralladora.

Sammy cae de rodillas, muy cerca de Nat. Queriendo ser útil hasta después de muerto.

Dile al capitán...Nat...que nos barrieron...el teniente...

No alcanza a terminar, no es ya ni siquiera un soldadito; apenas un oscuro, gris montón de muerte.

De algún modo Nat Crimson consigue moverse...¡Tiene que retroceder todavía más, tiene que regresar a la playa! Pero...¿y esas sombras entre el humo?

¡Alemanes!

Sí, es un contraataque, ya bajan la pendiente los alemanes. Descubren a Nat...

¡No tiren! ¡Kamerad! ¡No tiren!

Brilla una bayoneta; Nat Crimson no atina a nada. Altos los brazos, cierra los ojos.

Pero la bayoneta no llega a herir la piel. Gritos en alemán, un golpe en el pecho; ya lo están desarmando...

Los alemanes son pocos, el contraataque no intenta llegar hasta la playa, se vuelven a sus líneas llevándose el prisionero.

¡Andando!

Nat Crimson pasa junto a Sammy. Allí queda el negro mostrando los dientes, no se sabe si en mueca o sonrisa.

Sammy...él cumplió... En cambio yo...

toritodel2001

La culata en la espalda lo apura, ya termina de subir la pendiente. Los caídos son todavía más de cuantos imaginó. Allá al fondo, dominante, el invicto fortín.

El alemán que lo custodia empuja a Nat contra la roca.

¡Espera aquí...¡Y no te muevas!

Allí cerca, de cara al cielo, yace el sargento Kelvin. Los ojos celestes fijos en lo alto, mirando muy calmos. El viento mueve un mechón rubio en la frente.

Kelvin...

(Kelvin...el cartero...su bicicleta en las calles de Skate.)

Jeanette, Louise, Mary...las chicas y los muchachos de la barra...el mundo tan pequeño y tan querido de Nat Crimson...

(Fallaste, Nat Crimson...)

Mundo ya muerto para él. Porque nunca más podrá volver a Skate...Nunca más los aplausos. En cada árbol, en cada cielo, en cada ventana del pueblo estarán mirándolo, acusadores, los ojos celestes de Kelvin. Nunca, nunca más podrá volver a su Skate...

Otra vez la culata en las costillas, llamándolo a la realidad.

¡Andando!

Metros más allá, otro caído...

(El teniente McGraw.)

Con la cara en el suelo, no tiene mirada el teniente McGraw. Pero allí, bajo el cuerpo y oculto a medias por el brazo, está el zurrón con las cargas de gelinita.

(No las alcanzó a tirar... Estaba todavía demasiado lejos del fortín...)

De nuevo la culata. Le ha entrado prisa a su custodio.

¡Andando!

toritodel2001

La reacción de Nat Crimson toma totalmente por sorpresa al alemán. Puede elegir el lugar donde asestar el puñetazo.

SOCK!

De un salto está sobre el teniente. Ya recoge el zurrón con las cargas. Hay gritos un poco más allá.

¡Achtung! ¡El prisionero!

Nat Crimson corre hacia el fortín.

¡Terminaré lo que los otros empezaron!

Ladran a la vez tres metralletas Schmeisser.

RATATATAT TATATAT!

Las piernas de Nat Crimson dejan de responderle.

Ya le caen encima los alemanes.

Pero Nat alcanza a arrancar la cinta del detonador. Y lanza las cargas en esfuerzo desesperado contra el fortín.

El culatazo se estrella detrás de la oreja. Cae hacia adelante...

La llamarada y la explosión lacerante son las sensaciones últimas.

Horas, días. Nat Crimson vuelve en sí sintiendo una voz que lo llama. No, no habla en alemán.

toritodel2001

Es el capitán Cooper quien habla. La cabeza de Nat se despeja, se siente inesperadamente bien.

¿Cómo fue lo del fortín, Crimson? Fue Kelvin, ¿verdad?

Sí, señor...

Kelvin lo voló... también ayudaron Sammy y el teniente...

Lo que imaginaba... Haré que la viuda de Kelvin reciba la Medalla del Congreso. Gracias a Kelvin el paso quedó libre y Playa Roja se salvó...

—¿Y usted, Crimson?

¿Yo? Yo no hice nada, señor. Me bajaron apenas empezó la acción.

Jamás imaginó Nat que un herido podría sentirse tan bien...

Todo está otra vez en orden, es como un reloj que vuelve a marchar. Nat Crimson puede volver a Skate, puede vivir en Skate, puede amar en Skate... Nat Crimson puede afrontar tranquilo la mirada celeste de Kelvin, el cartero...

Pero... ¿qué está diciendo Mabel, la chica nueva, allí en la puerta de la relojería?

¡Yo sé por qué el señor Crimson no desfila nunca con los demás veteranos!

¿Por qué no, Mabel?

¡Porque no tiene ninguna medalla para mostrar!

Sin ruido, Nat estaciona junto a Mabel la silla de ruedas. Distraída con el desfile, ella no lo ve.

Papá trajo tres medallas de la guerra. Si Crimson no ganó ninguna es porque habrá corrido como una...

Se congela la voz en la garganta de Mabel, acaba de ver la silla de ruedas, las piernas cortadas arriba de la rodilla.

Este... yo, señor Crimson...

El llanto anega los ojos de la pequeña.

Yo... ¡yo no sabía!

Ya sé que no sabías, Mabel... No hagas caso, no tiene importancia.—¿Cómo contarle lo que jamás contó a nadie? Lo que costó vencer el dolor, la protesta desesperada del cuerpo hecho para devorar distancias y condenado ahora a la quietud de la silla de ruedas... Lo que costó volver a gozar de los días serenos de Skate.

Eso sí, ¡ayudaron tanto los ojos celestes de Kelvin, siempre presentes, en cada árbol, en cada cielo, en cada ventana...!

toritodel2001

El padre de Mabel está orgulloso de sus tres medallas. ¿Cómo decirle a la pequeña que las condecoraciones que realmente valen son las que no se ven, las que se llevan por dentro?

toritodel2001

EL DÍA DE LA GLORIA

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de REZZÓNICO

8635

El profesor Fabbre está dando su clase de historia.

Y entonces Julio César, decidido a la guerra, cruzó el río Rubicón.

Uno de los alumnos tiene la cabeza caída sobre el brazo. El profesor se le acerca.

Señor Antoine... ¿Qué hizo Julio César cuando se decidió por la guerra?

Antoine se despierta con un respingo.

¿Qué pasa? ¿Alarma aérea?

No, señor Antoine, no... Julio César no hizo sonar la alarma aérea cuando se decidió por la guerra...

La clase entera suelta la risa. Pero no hay alegría en los ojos del profesor Fabbre.

Usted me apena, Antoine. Al comenzar el año usted prometía ser de los mejores. Pero se ha ido quedando, no hace más que dormir.

Reanuda su clase el profesor Fabbre. Antoine no vuelve a dormir, pero no lo escucha.

(El profesor es un gran tipo... Y la historia es la materia que más me gusta... ¡Debería explicarle por qué vengo a clase con tanto sueño y sin preparar las lecciones!)

(¡Ni se te ocurra, Antoine! ¿Qué le vas a decir? ¿Que estuviste hasta la madrugada con Michel, fabricando rompellantas?)

Por medio de su amigo Michel, el carbonero, Antoine está ligado a un grupo de apoyo a los "maquis", los guerrilleros que actúan contra los alemanes que ocupan Francia. Nunca interviene en acciones directas, pero reparte volantes...

...lleva mensajes, espía los movimientos de los alemanes. O, como anoche, fabrica rompellantas, unos pequeños trozos de hierro retorcidos que destrozan los neumáticos de los automóviles.

(No, Antoine, no puedes decirle nada... ¡tienes que aguantarte que el señor Fabbre siga enojado contigo!)

Un dedo nervioso le toca el hombro. Es François, el compañero del banco de atrás.

La ventana, Antoine. ¡Te llaman!

Es Michael. Está en la calle, tratando de llamarle la atención.

(Michel... ¡me está haciendo la señal de que necesita hablarme con urgencia! ¡Tengo que salir!)

Antoine levanta la mano.

—¿Puedo salir un momento, señor?

No. Falta poco para que suene la campana. Aguántese, que le conviene escuchar lo que voy a decir sobre Pompeyo.

(Michel se rasca la cabeza cada vez con más furia! ¡Debe ser algo urgentísimo! ¡Tengo que salir!)

Un recurso heroico... ¡el tintero volcado sobre la cabeza del compañero de adelante!

¡Señor! ¡Mírelo a Antoine!

Hasta el profesor más paciente tiene su punto de ebullición.

¡Fuera, Antoine! ¡A la dirección!

Antoine sale afuera, sí. Pero a la calle.

¿Qué pasa, Michel?

¡Pronto! ¡Tenemos que ir a tu casa! ¡Los rompellantas que fabricamos hacen falta ya mismo!

Salvan a la carrera las cuadras hasta la casa de Antoine. Por suerte la tía está en el mercado; pueden sacar la pesada bolsa sin que nadie los moleste.

¡Ahora, al cuartel de los alemanes! Hay que retrasarlos como sea posible... ¡A las diez en punto empezarán los estallidos en el ferrocarril! ¡Faltan apenas cinco minutos!

Llegan pronto. Y cruzan varias veces la calle del cuartel; cada uno va dejando caer un reguero de rompellantas.

Un sargento de bigote como cepillo entra en sospechas.

¡Eh, ustedes dos! ¿Se puede saber qué demonios están haciendo con esos...?

Un estallido lo interrumpe, lo siguen dos violentísimas explosiones. Del lado de la estación, los "maquis" acaban de entrar en acción.

braoom!

¡Corramos, Antoine!

Pero...

Siguen las explosiones, una densa humareda crece con rapidez sobre los techos de las casas. Michel y Antoine doblan la esquina a la carrera. Pero Antoine se para.

¡No nos persigue, Michel! ¡Esto no me lo pierdo!

AU

Autos artillados, camiones atestados de tropa, "sidecars" salen del cuartel acelerando a fondo. Pero no van lejos...

Destrozadas las llantas, colean, se desgobiernan, suben a la vereda, algunos vuelcan, otros se estrellan.

CRASH!

¡dam!

¡Ahora sí, corramos!

Llegan cerca de la estación. Tropas alemanas de otras unidades actúan ya contra los "maquis".

Esto no marcha... Los alemanes han reaccionado más ligero que nunca... ¡Los tienen casi copados!

Sí, muchos "maquis" escapan luego de incendiar dos trenes de vagones tanques. Pero también son muchos los que dan entre las vías...

No salió tan bien como otras veces...

No... Se están torciendo las cosas para nosotros...

Es posible que los alemanes estén haciendo cantar a los compañeros que apresaron la semana pasada. Eso explicaría la reacción tan rápida.

También es posible que hayan infiltrado algún traidor entre nosotros...

Siguen pasando las camillas delante del pequeño grupo de curiosos. Los "maquis" caídos son tantos como los soldados.

Vámonos, que son capaces de empezar a detener a cualquiera. Por las dudas, no volvamos a salir sin la artillería. ¿Sigues teniendo tu 32?

Sí.

Es un viejo revólver calibre 32, de caño corto, que fuera de su tío. Al día siguiente Antoine tiene buen cuidado de calzárselo en la cintura. Sale de la casa más temprano que de costumbre.

(Veré al señor Fabbre antes de que salga para el colegio. Le pediré que me disculpe por lo de ayer... ¡Un tipo como él no se merece que lo trate así!)

El profesor Fabbre vive en un subsuelo, no lejos del colegio. Antoine baja los escalones que llevan de la vereda a la puerta. Hace mucho frío y está oscuro todavía.

A lo mejor llego demasiado temprano... ¿Estará levantado?

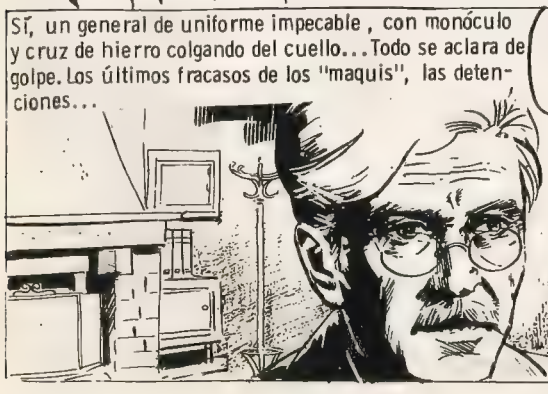
Antoine mira por la ventana que da al living. La escarcha cubre el vidrio, debe quitarla con la mano. No ha terminado cuando el espanto le agranda los ojos.

Pero... ¡no! ¡No puede ser!

Allí, en el pequeño living, está el profesor Fabbre... ¡hablando animadamente con un alto jefe alemán!

(Por el uniforme es por lo menos un general.)

Sí, un general de uniforme impecable, con monóculo y cruz de hierro colgando del cuello... Todo se aclara de golpe. Los últimos fracasos de los "maquis", las detenciones...



(Michel dijo que había un traidor... pues ya lo descubrí... ¡es el profesor Fabbre!)

Los "maquis" heridos o muertos en las camillas de ayer... Y todos los presos en poder de la Gestapo... ¡Es el profesor Fabbre quien los ha estado vendiendo a todos!

(Y yo que lo creía un buen tipo!)

El revólver... Ya lo está sacando.

(Imposible errar desde aquí. Le tiraré primero a él. Después al alemán.)

Antoine apunta. Centra la mira en el pecho del profesor. Empieza a apretar el gatillo...

Pero no... no puedo matarlo así, a sangre fría... ¡Siempre fue un buen tipo!

Pero enseguida Antoine piensa en los "maquis" muertos, en los "maquis" traicionados... ¿Qué piedad puede sentirse por un traidor así?

(Si al menos tuviera alguna duda... ¡Pero están ahí, delante mío! ¡El señor Fabbre le da al general un papel, parece una lista de nombres! ¡Nuevos "maquis" para traicionar, seguro...)

(Entre los nuevos nombres puede estar el de Michel... ¡Y quizá también el mío...!)

Vuelve a apuntar, ya decidido. Otra vez empieza a apuntar el gatillo...

¡Muere, traidor!

Pero... ¿qué estás haciendo, Antoine?

¡Michel!

En el último instante la mano de Michel aparta el revólver de Antoine.

¡Mira, Michel! ¡El señor Fabbre con un general alemán! ¡Nos está traicionando!

Detrás de Michel bajaron otros dos hombres, son también "maquis", Antoine los conoce de vista. Los tres miran por el vidrio.

Contienen la risa con esfuerzo.

Sí, Antoine... Un general alemán... ¡Ven, que te lo presento!

Michel toma por el brazo al atónito Antoine. Entran al pequeño living.

Buenos días, profesor... Aquí le traigo a un amigo... Acabamos de encontrarlo ahí afuera...

¡Tú, Antoine! ¿Qué haces aquí...?

Este... yo...

Antoine no puede apartar los ojos del general alemán, que se quita el monóculo con además grave y le sonríe... ¡Ahora lo reconoces, es Darain, el panadero!

¡Te disfrazaste!

Sí, Antoine... Me disfracé de general alemán porque dentro de una hora vamos a dar el gran golpe contra...

¡Derain!

La voz imperiosa del profesor Fabbre contiene al panadero.

Antoine no tiene por qué saber que...

Sí, profesor... Antoine puede saber... ¡Es uno de los nuestros!

¡Desde hace más de tres meses Antoine es mi brazo derecho! ¡Nunca se acuesta antes de la medianoche por ayudarme!

Una sonrisa ilumina el rostro avejentado del profesor Fabbre.

Ahora antiendo, Antoine, por qué andabas tan flojo en la clase...

Tampoco yo, señor, imaginaba que usted...

El profesor se pasa una mano cansada por la frente.

En otro momento hablaremos del colegio, Antoine. Ahora hay algo más importante que hacer... ¡Escuchen!

¡Este nuevo golpe no tiene que fallar! Los americanos no pueden pasar de Saint Lo desde hace unas semanas; más que nunca necesitan de nuestra ayuda... ¡y nosotros no podemos hacer nada si los alemanes siguen jaqueándolos!

¡Los prisioneros que nos hicieron los alemanes deben de ser liberados a cualquier precio! ¡Y si no es posible sacarlos de la cárcel habrá que matarlos! ¡Cualquier cosa con tal de que no sigan revelando secretos!

La voz del profesor suena metálica, tajante. Una voz que jamás le oyó Antoine en la clase.

¡No te olvides del libreto, Derain! Eres un general venido recientemente de Rusia y deseas...

Un largo silbido llega desde afuera. Uno de los acompañantes de Michel se endereza alarmado.

¡Es Víctor! ¡Lo dejó de campana, por las dudas!

El silbido se repite, pero se corta enseguida.

O fue una falsa alarma o...

Golpes violentos contra la vidriera, un rostro distorsionado por el terror.

¡Los alemanes!

Tabletea una metralleta.

El profesor Fabbre reacciona con inesperada agilidad. Saca una pistola 45, rompe un vidrio con el cañón, dispara.

Dos soldados que bajaban reciben los disparos a quemarropa.

Michel y los otros imitan al profesor. Un tercer soldado es abatido.

El profesor habla con voz calma.

Michel y los otros quedan apostados en la vidriera. El profesor se apoya en un pesado arcón, en la pared opuesta.

El arcón se desliza, aparece en la pared una boca oscura.

Estallidos violentísimos, repetidos. Michel se dobla como si acabara de recibir un puntapié en el estómago.

¡Michel!
TATATAT

Gritos en la boca del túnel, ya los soldados están en el living.

¡Se metieron allí!

Asoma una pistola Luger en la boca del túnel.

¡Al suelo señor!

Dispara la Luger...

bang

bang!

Medio caído entre los escombros el profesor trata de hacerse más pequeño aún.

¡Tírate al suelo tú también, Antoine!

Antoine desobedece. Si aquella pistola sigue disparando terminará por acertarle al profesor, el jefe de la resistencia. Lo cubre con su cuerpo y, sacando el revólver, contesta el fuego.

¡BLAM!

El breve combate dura sólo instantes. Un plomo del 32 da contra el rostro del soldado.

El profesor empuja a Antoine. Tiene una granada.

¡Apártate, Antoine! Encontré las granadas...

Despedida con fuerza, la granada sale del túnel cuando otros soldados se disponían a entrar. Estalla.

¡BROOM!

¡Ahora sí, Antoine! ¡A correr!

El túnel se conecta con el caño maestro de la cloaca. Corren unas cuadras por la estrecha vereda que lo bordea. Por fin...

El colegio está a la vuelta, Antoine... Es justamente la hora de entrar a clase. Entraremos con los demás, como en un día cualquiera.

Nadie diría, al verlos entrar detrás de un grupo de estudiantes, que acababan de arrancarse de entre los brazos de la muerte.

Te portaste, Antoine... Y no pienses más en Michel y en los otros... ¡Cayeron por Francia! No se puede pedir más.

Puedes quedarte tranquilo, Antoine. ¡Hoy no te tomaré la lección de historia!

Gracias, señor...

Parece una mañana igual a tantas. Con los alumnos pendientes de aquel profesor que habla de hechos remotos, de vidas y de batallas de hace mucho, con la misma pasión, con la misma claridad que si los hubiera vivido personalmente.

Antes de iniciar la batalla de Farsalia, Julio César, conocedor...

...profundo de los jóvenes aristócratas que formaban en la caballería enemiga, ordenó a sus tropas que trataran de herirlos en la cara: nada temían más aquellos jóvenes refinados que verse desfigurados para siempre.

¡Mira, Antoine! La ventana...

Otra vez François, llamando la atención de Antoine para que mire por la ventana. Como cuando venía Michel...

¡Los alemanes!

Están rodeando el colegio... pasarán a registrarlo... El corazón de Antoine se detiene por un momento: el sargento que manda a los soldados tiene el bigote en cepillo, inconfundible...

¡El sargento que nos corrió frente al cuartel! ¡Me reconocerá enseguida! Ahora sí que estoy perdido...

Se abre la puerta. El sargento entra; imperturbable, el profesor continúa.

Es fascinante ver cómo aún en las más decisivas batallas de la historia juegan cosas tan insólitas, y a la vez tan humanas, como la que acabo de contarles. Sí, las legiones de César deshicieron en Fasalia a las de Pompeyo porque...

¡Un momento!

El sargento no pierde tiempo.

Andamos buscando sospechosos...

Lentamente, y escrutando por rostro, el sargento avanza por entre los bancos.

Por fin, el turno de Antoine...

El índice señala sin ninguna vacilación.

¡Tú! ¡Estás...!

¡Sargento Kircher! ¡Deje eso y venga aquí!

La voz cortante del capitán alemán que aparece en la puerta congela el ademán del sargento.

¿Sí, señor capitán?

Breves palabras del capitán. Y una enorme sorpresa en el rostro del sargento; escucha como aturdido, por un momento parece próximo al llanto.

Vuelva ahora con el batallón.

Sí, capitán...

El capitán se vuelve hacia el profesor Fabbre.

Perdone la interrupción, señor profesor. Pero acabo de recibir una información que también a usted puede interesarle.

Al ceder hace unos días nuestras defensas en Saint Lo, y ante el avance norteamericano hacia el sur, que hace insostenible e inútil toda resistencia en el distrito, el comandante o la guarnición local, general Durchein, ha solicitado un armisticio. El general americano Patton acaba de aceptarlo.

Se quiebra por un momento el empaque del oficial.

En otras palabras, nosotros nos retiramos... Y para ustedes se terminó la guerra. ¡Buenos días!

Aturdido, el profesor Fabbre mira sin verla a la pistola 45 que tenía escondida bajo el pupitre, lista para la última defensa...

La paz... acaban de oírlo, muchachos... la paz... ¡La paz, mis queridos!

Un estallido de júbilo, abrazos, besos, llanto, la Marsellesa retemblando los viejos muros del edificio.

¡... le jour de gloire est arrivé!

Sí, "el día de la gloria ha llegado..." Por fin el profesor impone silencio.

Después de todo, muchachos, todavía estamos en clase. Eso sí, vamos a cambiar el tema del día... ¡el tema de hoy será la actuación de los maquis en el distrito de Durand, nuestro distrito!

Será una clase compartida. Porque me ayudará el alumno Antoine Daverne... ¡como ahora verán, el señor Antoine Daverne es un verdadero perito en el tema!

El profesor Fabbre se acerca al banco de Antoine.

Esta vez, Antoine, no dirás que no pudiste estudiar porque tuviste otra cosa que hacer, ni porque...

Pero... ¡Antoine! ¿También hoy tenías que dormirte?

Sí, la cabeza de Antoine está caída sobre el brazo...

¡Antoine!

Pero la inmovilidad es demasiada... No, Antoine Daverne no está dormido.

Antoine...

Ahora el profesor Fabbre puede verlo bien: el gran charco de sangre bajo el banco, la herida por donde entró el proyectil de la Luger, allá en el túnel. El proyectil, destinado a él, el profesor, el jefe de la resistencia...

Un largo, un larguísimo silencio...

Como una plegaria final, la voz rota del profesor Fabbre:

Le... le jour de gloire... est arrivé...

FIN

LA ÚLTIMA MISIÓN

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de GÓMEZ SIERRA

Rugen los cuatro motores de la "Dulce Daisy". Es una más en la "caja" de Fortalezas Volantes que, como un gigantesco dardo de muerte, se adentra más y más hacia el corazón mismo de la Alemania de Hitler.

¿Todo en orden, Bertie?

¡Todo en orden, señor!

El comandante de la "Dulce Daisy", el capitán Forbes, achica los ojos. La contestación de Bertie, el artillero de cola, le preocupa.

(Es la primera vez que Bertie me dice "señor"...)

¡Señal de que está asustado... ¡muy asustado! Igual que todos los otros... ¡y que yo!)

Horas atrás, cuando les anunció la misión, el mismo coronel Mathieson se dio cuenta de la enormidad que les pedía.

Ya lo sé, Forbes... Para la última misión siempre se reserva un raid fácil, sin peligro. ¡Pero estamos tan escasos de tripulaciones avezadas!

Me duele en el alma mandarlos a un matadero como Frankfurt, pero no tengo alternativa...

No se preocupe, coronel... ¡Volveremos de Frankfurt como volvimos de tantos otros lados!

Hace once meses que vuelan juntos los hombres de la "Dulce Daisy". Cosa muy poco frecuente, ni traslados ni muertes alteraron la dotación original: con aquel vuelo sobre Frankfurt los diez hombres completarán las cuarenta y cinco misiones prefijadas. Cuando regresen la guerra habrá terminado para ellos.

(Si regresamos... Hasta ahora hemos tenido una suerte tremenda. Pero con las fábricas de aviones de Frankfurt no se juega... ¡Allí estarán concentradas todas las baterías antiaéreas y todos los cazas del Rhin! ¡Pero sería tan tremendo, tan injusto que nos pasara algo justamente ahora, en la última misión!)

El capitán Forbes trata de no pensar, pero ya tiene delante el rostro dulce, quizá demasiado frágil, de Adela, su mujer. Allá estará, en Nueva Orleans, con el pequeño Bruce, el chiquito que Forbes conoce sólo por fotos. ¡Cuán vivo es el recuerdo, ahora que falta tan poco para volver a estar juntos!

Todos los demás estarán pensando en lo mismo. Cada uno con su pequeño gran mundo de novia, padres, esposa, hijos, amigos, el pueblo, el barrio, al que se ansía tanto volver. Davidson, el copiloto, resume el pensamiento de todos.

Nunca se sabe... Pero no puede ser que la suerte...

-... nos abandone justamente ahora, Bobby. Acuérdate de Ploesti, de Hamburgo, de Dresde...

Sí... De Ploesti fuimos los únicos que regresamos sin un solo herido. De Hamburgo...

8355

La voz demasiado aguda, asustada, de Larnin, el artillero de la torreta superior, irrumpe en el "intercom".

¡Bandidos a las doce!

"Bandidos", cazas enemigos. Un enjambre de Messerschmidt y Focke Wulf que se descuelgan de las nubes y atacan de todos los ángulos la "caja" de Fortalezas Volantes. Los bombarderos están todavía lejos del blanco, deberán combatir durante muchos minutos antes de llegar.

Otra vez la voz de Larnin, ahora serena; la certeza del combate lo tranquilizó. Un Me, un Messerschmidt, está enfilando hacia la "Dulce Daisy".

¡Atención, "Gordo"! ¡Te pasará cerca!

El "Gordo", uno de los artilleros en mitad del fuselaje, acierta en el Me una larga ráfaga. Bertie, el artillero de cola, le asesta el golpe de gracia; el caza es una bola de fuego.

¡Mucho, Bertie!

El instante siguiente Larnin, quizá el mejor artillero de todo el escuadrón, está ametrallando otro Me. Aparecen más cazas, todas las piezas de la "Dulce Daisy" están disparando.

¡Ya lo tengo!

¡Ya con ése, "Flaco"!

La angustia mayor es para Forbes y Davidson, los dos pilotos, y para MacGregor, el mecánico. Tienen que quedarse quietos, oyendo en el "intercom" el vocerío de los artilleros, sin poder participar en la lucha.

El capitán Forbes no puede ni siquiera intentar maniobras evasivas. Hay que tratar de conservar la formación. Aunque la "caja" ya está siendo penetrada por el ataque decidido de los cazas.

La artillería ahora doble de proa está a cargo de "Pecos" Bill, el bombardero. Por un momento no sabe a dónde apuntar: son varios los blancos que se le vienen.

¡A la derecha, "Pecos"!

Demasiado tardía la advertencia, el choque es inevitable.

Pero en el último instante se produce el estallido.

¡Mucho, "Pecos"!

¡Demonios! ¡Creí que nos chocaba!

De pronto la voz calma de Gilbert, el navegante que también atiende una ametralladora en el techo de la cabina, resuena grave en el "intercom".

¡Atención, señor! ¡Tres minutos para el blanco! Repito... ¡tres minutos para el blanco!

En verdad, no hacía demasiada falta el aviso de Gilbert... ¡Ya se alza allá adelante la pared del fuego antiaéreo!

Y hay que atravesarla, del otro lado está el blanco.

"Pecos" Bill, el bombardero, se hace un ovillo sobre la mira con la que apuntará las bombas: ahora es él la autoridad suprema a bordo de la "Dulce Daisy".

Un poquito más a la derecha, Bobby... ¡No tanto! Con cariño... ¡así!

¿Pero por qué te apartaste? ¡Otra vez a la derecha! Más despacio... así... quietito... así...

¡Listo!

El salto hacia arriba del aparato al perder de pronto las toneladas de bombas.

¡A casita, Bobby!

¡El último que apague la luz!

No quedan ni rastros de la "caja"; la apretada formación que protegió a las Fortalezas Volantes está deshecha: cada aparato es un monstruo en fuga...

...escapando desesperado de aquel infierno de granadas antiaéreas que estallan por todas partes, de cazas que atacan con ametralladoras y cañones.

¡Ese es tuyo, Bertie!

¡Era mío! ¡Me quedé sin tiros!

Sí, ya están empezando a pesar los muchos minutos que llevan de combate incesante.

¿Cómo están los demás de municiones?

¡Atención, Bobby! ¡Bandidos a las nueve!

Se están alejando a velocidad máxima del blanco, pero los cazas enemigos renuevan el acoso. El "Gordo" suelta una ráfaga certera...

...pero sus ametralladoras callan de pronto; también él se queda sin tiros. Como si se diera cuenta, el Me...

...repite la pasada, pero acercándose mucho más. Nada se le opone por aquel lado. ..La ráfaga entera da en el blanco.

Al salir de la pasada, hacia arriba el Me se expone a las ametralladoras de Larnin, que no perdonan.

La cabina de la "Dulce Daisy" ha sido acribillada por los disparos del Me. Suena algo estrangulada la voz del capitán Forbes.

¿Algún herido? Contesten por orden...

Desdes Bertie, el arillero de cola, comienzan las respuestas.

—O. K., jefe...

El "Flaco" y yo estamos bien... ¡pero hay que ver la ventilación que abrió el condenado!

Siguen llegando las respuestas. Cuesta creeerlo, pero la larga ráfaga del Me no hirió a ninguno. Falta una sola respuesta.

¿Larnin? ¡Larnin! ¿Me escucha?

Silencio en el "intercom"... No hay respuesta.

¡Larnin!

Lo oigo, patrón, no chille tanto... Me desacomodó el casco, por eso tardé en contestar. ¡No se librarán tan fácil de mí!

Resoplidos, risas neviosas en el "intercom". MacGregor, el mecánico, certifica que la ráfaga no tocó ningún órgano vital de la "Dulce Daisy". Que ha quedado súbitamente sola en la noche. Sólo en la distancia se ve caer una antorcha encendida, es una fortaleza que sucumbe.

Atención, navegante...

¡Ordene, señor!

Necesito otra ruta para volver, Gilbert. Tendremos que eludir los nidos de cazas enemigos del norte de Francia: si nos atacan tendríamos que contestarles con piedras, nos hemos quedado casi sin proyectiles.

Ahora comienza la verdadera tortura de Gilbert, el navegante.

(Si me equivoco en algún cálculo... ¡todos de cabeza al mar! ¡O estrellándonos contra los Alpes!)

—¿Cómo estamos de combustible, Mac Gregor? ¿Alcanzará?

Sí, señor. ¡Con el nuevo tanque auxiliar tendremos nafta de sobra para llegar hasta Escocia si hace falta!

Sólo las estrellas en lo alto. Y las tinieblas allá abajo, ninguna luz; vuelan sobre la Francia ocupada. Es ya casi imposible que aparezcan "bandidos".

¿Vieron cómo lo sacudí al Focke que se vino por abajo?

¿Y la ráfaga de lejos que le acerté al Me aquel justo arriba de Frankfurt?

El "intercom" vuelve a llenarse de voces, todos se atropellan, quieren contar la experiencia reciente; todavía no terminan de comprender lo atrás que ya quedó Frankfurt.

(Frankfurt quedó atrás... Frankfurt quedó atrás...)

¡Y la guerra! ¿Te das cuenta, Davidson? ¡Estamos terminando la misión número cuarenta y cinco! ¿Te das cuenta?

La verdad, Bobby... ¡todavía no lo creo!

En la negrura de la noche se encienden para el capitán Forbes imágenes de paz, los rostros tan queridos...

Adela... Bruce...

El capitán Forbes no puede evitar la risa, ríe con todo, sin pudor alguno, total todos siguen contando y riendo y gritando en el "intercom".

Pero algo en el ruido de los motores lo sobresalta... ¿No está cambiado?

¿Cómo está la presión del aceite, Mac Gregor?

Tarda en llegar la respuesta del mecánico, Mac Gregor es un hombre que habla siempre sobre seguro.

Aceite y combustible al pelo, señor. ¡Nunca anduvo tan bien esta bañadera como esta noche! El cambio de ruido es por el viento...

Sí, hay que convencerse, ya todo ha pasado. Eludirán con un amplio rodeo las bases del enemigo y luego... ¡derecho a Croydon, el aerodromo cerca de Londres!

No respiraré hasta que no hayamos aterrizado...

Por un momento el capitán Forbes tiene ganas de pegarle a Davidson, el copiloto... ¿Cómo se atreve a dudar ahora, cuando ya están tan lejos del peligro? Pero se contiene...

(Mejor dale las gracias, Bobby... Davidson...)

(...te está recordando que todavía estás en la guerra, sin quererlo te está diciendo que goces estas últimas horas... ¿Te das cuenta, Bobby, que estás volando por última vez una Fortaleza Volante sobre territorio enemigo?)

Pasan las horas. Están sobre la costa bretona cuando amanece...

¡El mar!

Se renueva la alegría en la "Dulce Daisy". Vuelve a alborotarse el "intercom".

¡Hasta nunca, Adolfo Hitler!

¡Adiós, guerra!

Un manto de nubes oculta en parte el mar. Cuando salen otra vez al espacio abierto, el copiloto Davidson cree ver algo allá abajo.

¡Un barco, Bobby!

Queda atrás la alfombra de nubes, ya lo ven bien, hasta distinguen el rojo sombra de la enseña a popa.

¡Un crucero alemán!

¡Cuidado! ¡Que nos tira!

KRIEGERMAR

Con todas sus fuerzas el capitán Forbes trata de hacer ganar altura a la "Dulce Daisy". Pero el pesado aparato reacciona con tanta lentitud... Las nubecillas blancas de las granadas antiaéreas florecen por todas partes.

Otra vez la angustia, el terror que ya parecía tan remoto... Nadie puede hacer nada, sólo esperar. El capitán Forbes sigue tirando de la manija de control.

Por fin se están poniendo fuera del alcance de las baterías del crucero. Ya quedan atrás las nubecillas blancas.

Una súbita sacudida estremece a la "Dulce Daisy"... Una última granada estalla casi contra el ala.

¡Nos dieron!

Pero los controles siguen obedeciendo al capitán Forbes. El altímetro le dice que, ahora sí, están ya completamente fuera del alcance de las baterías del crucero.

¿Alguna novedad? ¿Todos bien?

Otra vez en el "intercom" la alegre algarabía:

¡Sin novedad en el frente, mi general!

¡Vivito y coleando, gran jefe!

Uno por uno contestan todos. Pasó el último susto. El capitán Forbes respira hondo.

¡Ahora sí, estamos salvados!)

Pero... ¿Qué quiere Mac Gregor, el mecánico, en el "intercom"?

Señor... señor... ¿me escucha?

Sí, hombre, lo escucho... ¿Qué pasa?

La granada, señor... reventó el tanque auxiliar... ¡Nos queda combustible para apenas cinco minutos!

Es cierto, el indicador en el tablero de instrumentos confirma a Mac Gregor. La aguja toca ya el cero... Una garra de espanto atenaza el corazón del capitán Forbes.

¡Estamos lo menos a una hora de la costa inglesa!

Caeremos en el mar...

Cuesta tanto aceptarlo, estaban tan cerca de la meta. Y venir a terminar así... Porque aunque bajen al mar con paracaídas el agua helada los matará al fin en pocos minutos. Una voz interrumpe el aterrado silencio del "intercom".

¡Allí! ¡Otro barco!

Un carguero... Uno de los tantos buques que tratan de llegar a los puertos británicos pese al bloqueo de los submarinos alemanes.

¡Estamos salvados! ¡Si nos tiramos en paracaídas delante del carguero nos recogerán enseguida!

No hay un instante que perder; corren los segundos, de un momento a otro empezarán a ratear los motores. El capitán Forbes se decide.

Ya saben todos cómo viene la cosa... No queda otra solución que un buen baño... Es la última orden que les doy... ¡Tirarse!

Empiezan a saltar según la rutina prevista. Primero el artillero de cola, luego el "Gordo" y el "Flaco", después Larnin... Los paracaídas se abren a los pocos metros.

Gilbert, Mac Gregor, "Pecos"... Ya sólo quedan a bordo de la "Dulce Daisy" Davidson y Forbes. Se dan la mano.

Es una lástima... ¡pobre "Dulce Daisy"! Le había cobrado cariño...

¿De qué te lamentas? ¡Si ya no la íbamos a volar más!

Otro paracaídas que se abre, el de Davidson. El capitán Forbes se dispone a saltar, tratará de caer lo más cerca posible del carguero amigo. Pero... ¿Qué es aquello oscuro en el horizonte?

¡El crucero alemán! ¡Avistó al carguero y está dándole caza!

¡Lo hundirá a cañonazos!

¡El carguero tratará de huir! ¡Y nunca, ni aunque consiga eludir al crucero, podrá salvar a ninguno! ¡Morirán todos en el agua helada!

El capitán Forbes siente en el rostro el viento que brama. Pero no se tira.

Yo puedo salvarme... Si acuatizo, el avión tardará en hundirse lo bastante como para que yo pueda tirar al agua el bote neumático Sí, yo puedo salvarme, es un bote con capacidad para tres...

El capitán Forbes vuelve a sentarse ante los controles. La aguja de la nafta cayó ya más allá del cero, pero todavía el sonido de los motores se mantiene regular.

Es tan poca al nafta que necesito para lo que voy a hacer...

Con lento giro, la "Dulce Daisy" empieza a perder altura. Ya apunta con la proa hacia el crucero alemán...

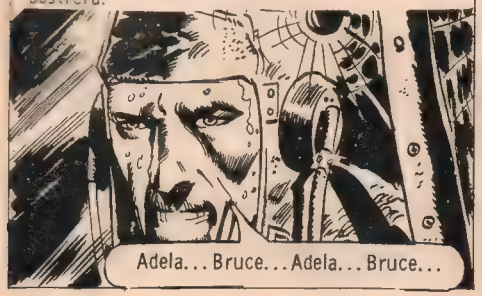
El lento descenso se convierte en picada cada vez más veloz.

KRIEGERMARINE

Vuelven a centellear los fogonazos en el crucero. Pero la Fortaleza Volante, conducida por la mano férrea del capitán Forbes, no se desvía ni un metro.

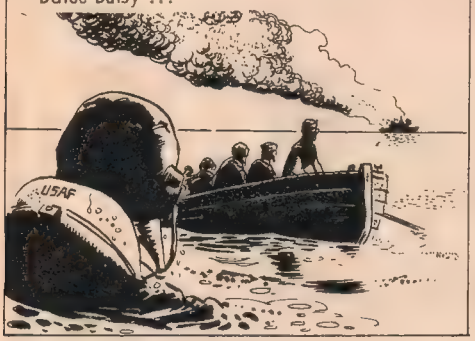
Acelerada al máximo, la Fortaleza Volante se abate sobre el crucero como un enorme proyectil. Nada la detiene, ni la certera puntería de algunos cañonazos.

La cubierta de la nave enemiga parece subir al encuentro del capitán Forbes. Alguna esquirla alcanza a herirlo, pero en ningún momento vacilan las manos que rigen los controles. Tiene dos nombres en los labios, a modo de plegaria postrera.

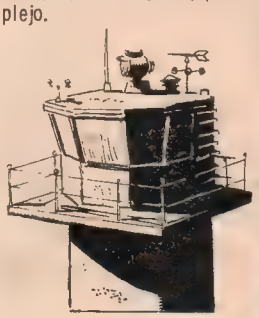


El tremendo impacto desmantela al crucero alemán.

No alcanza a hundirlo, pero lo deja totalmente fuera de combate. El carguero queda a salvo, en libertad para recoger a los tripulantes de la "Dulce Daisy"...



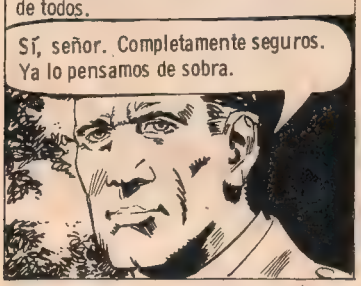
Seis días más tarde, los nueve sobrevivientes de la "Dulce Daisy" se cuadran delante del coronel Mathieson. Este parpadea de prisa, perplejo.



Pero... ¿están realmente seguros de lo que me piden?

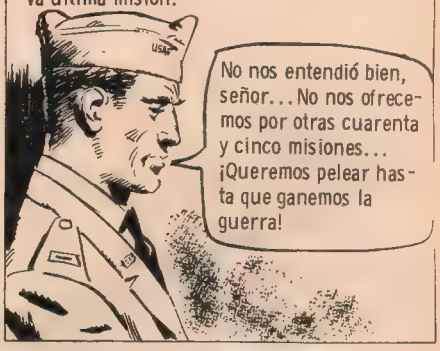
En la retina de cada hombre está indeleble la postrer trayectoria de la "Dulce Daisy" al estrellarse en la cubierta del crucero enemigo. Un estremecimiento recorre el grupo, cuando Davidson habla en nombre de todos.

Sí, señor. Completamente seguros. Ya lo pensamos de sobra.

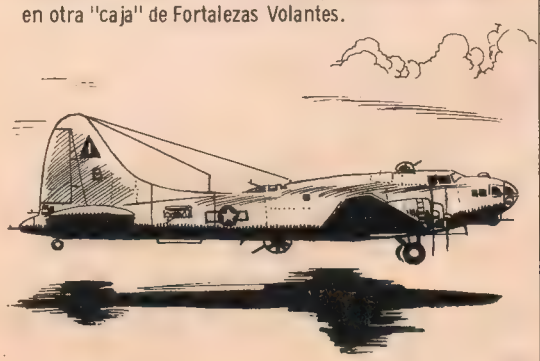


¡Es la primera vez que toda la tripulación de una Fortaleza Volante se ofrece como voluntaria para seguir peleando por otras cuarenta y cinco misiones!

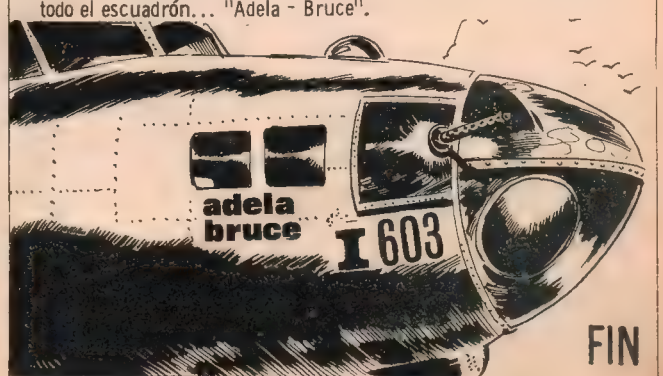
El sacrificio final de un hombre por todos sus compañeros ha marcado a fuego sus vidas. Ahora van a la búsqueda de una nueva última misión.



Una semana más tarde un nuevo aparato ocupa su lugar en otra "caja" de Fortalezas Volantes.



El coronel Mathieson siente que algo anuda su garganta cuando ve pintados en la proa los dos nombres que son ya una bandera para todo el escuadrón... "Adela - Bruce".



FIN

EL PUENTE DE LECHANDON

Por GERMÁN STURGISS

Descolgándose por la abrupta garganta, uno a uno los guerrilleros se deslizan hasta el agua.

Dibujos de GÓMEZ SIERRA

La neblina de la mañana, tendida como un velo sobre el juncal, los favorece.

Con tanta precaución avanzan hacia el puente que ni los juncos se mueven.

El centinela Helmut Monsen, de Minden, Westfalia, goza del apacible paisaje que se domina desde el puente.

(¡Qué lugar! Si ahora cantara la alondra sería perfecto...)

Sí, falta el canto de la alondra. Y sobran la ametralladora pesada emplazada en la cabecera del puente y los soldados que descansan. Hablan de muerte en un lugar de paz.

Pero las golondrinas hacen olvidar armas y guerreros. Agiles, juguetones, los pequeños pájaros quiebran el vuelo, rozan el agua, pasan por debajo del puente.

(¡Quién pudiera volar como ellas!)

La voz ronca del sargento Liebig sacude al centinela.

¡Eh, Helmut! ¿Otra vez en Babia, pensando versos?

8271

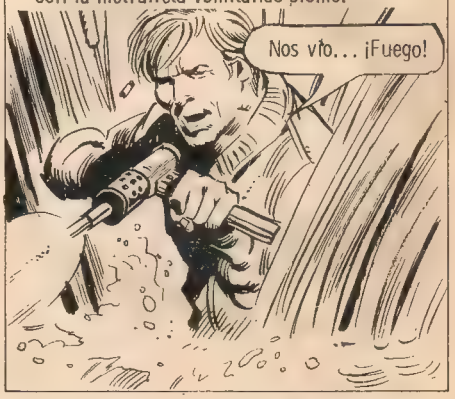
El centinela reanuda el ir y venir. Pero no por eso deja de mirar las colinas tan verdes, el campanario distante, los manchones de bosque. ¿Qué necesidad hay de tanta vigilancia? Los guerrilleros, ~~los~~ "maquí" nunca se atreverán contra un puente defendido por una ametralladora pesada y quince hombres.

De nuevo se le van los ojos detrás de las golondrinas.

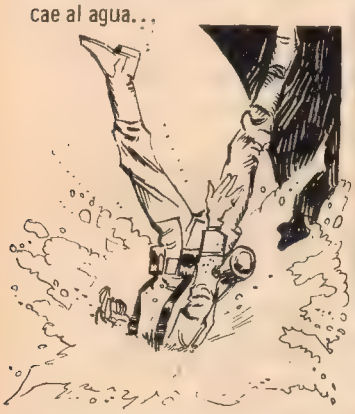
En vuelo rasante, una de las golondrinas llega casi hasta los juncos. Tras los tallos delgados trata de disimularse la cabeza de un guerrillero...

La sorpresa congela por un instante al centinela. ¿Qué es eso oscuro entre los juncos? ¿Una cabeza?

Súbita vida estremece el juncal. Lermond, el jefe de los guerrilleros, se endereza con la metralleta vomitando plomo.



Sacudido por los proyectiles, el soldado Helmut Monsen parece iniciar un paso de baile. Cuando cae al agua...



...ya dejó de latirle el corazón experto en alondras y golondrinas. Por todo el juncal restallan fusiles y metralletas.

El aturdido artillero logra hacer girar la ametralladora. Pero un objeto metálico relampaguea por un instante en el aire. Es una bomba de fabricación casera.

En un solo destello desaparecen ametralladora y soldados.

Con el resto del pelotón el sargento Liebig intenta parapetarse entre las rocas.

Pero los guerrilleros han cubierto todos los flancos de la posición. Certeras ráfagas de metralleta buscan las espaldas de los alemanes.

En menos de un minuto todo ha concluído.

¡Basta! No queda ninguno...

Los guerrilleros despojan a los caídos de armas y equipos. Lermond, el jefe de la partida, llama a un hombre de cabello canoso y rostro trabajado más por la vida que por la intemperie.

¡Eh, "Abuelo"! ¡Ven aquí!

Tú te encargas de volar el puente, "Abuelo". André te ayudará. Nosotros nos vamos ya mismo para Clanecy, el tren blindado nos espera.

Este... disculpa, Lermond, pero...

Las gruesas cejas del "Abuelo" Romain se espesan sobre los ojos celestes.

... ¿realmente hace falta destruir el puente?

¡Por supuesto! ¿Para qué te crees que atacamos recién? ¡Los tanques alemanes vienen por el camino de Treville, estarán aquí en un par de horas!

La resolución endurece el rostro y la voz del jefe de los guerrilleros.

¡Y no hay que dejarlos cruzar el río! ¿Entendiste?

Sin esperar respuesta, Lermond trepa el ribazo, seguido por el resto de la partida. El "Abuelo" Romain y André, un muchacho de catorce años, quedan solos.

Este Lermond... ¡Siempre atropellado, como su padre!

El "Abuelo" Romain deja caer el corpacho sobre una piedra. Apoya la pierna sobre el zurrón de lona impermeable, lleno de cartuchos de dinamita. Y enciende la pipa.

Es tan fácil decir "vuelen el puente"... Lo difícil fue construírlo...

Me acuerdo como si fuera ayer... El alcalde dijo que no había dinero, que no se podía hacer el puente. Entonces todos pusimos el hombro. Claro, lo que empujó más fue la granja del tío Lechandon, que estaba del otro lado del río. Lechandon tenía cuatro hijas que eran cuatro soles...

Piedra por piedra tendimos el puente, trabajamos los domingos y los ratos libres que nos dejaba el campo. El maestro Goriot hizo los planos. Estaba enamorado de la mayor de las Lechandon, y se nota... ¡Ningún arquitecto de París hubiera pensado un puente más hermoso! ¿No te parece, André?

Es posible, "Abuelo"... ¡Pero si seguimos charlando tendremos encima a los alemanes y el puente seguirá intacto!

El "Abuelo" Romain apaga la pipa y se incorpora.

Está bien... está bien... Eres de la misma pasta que Lermond, ¡siempre apurado! Claro, a ustedes los jóvenes no les interesa lo que el tiempo va acumulando en el corazón de las cosas...

Entre los dos aflojan una de las pesadas piedras bajo el estribo del puente.

¿Realmente crees, "Abuelo", que me gusta dinamitar el puente?

No lo sé... ¡pero por algo pones tanto empeño!

No hay demasiada firmeza en la voz del "Abuelo" Romain. Pero igual André se siente herido, no vuelve a hablar. En poco tiempo los cartuchos de dinamita quedan colocados dentro del hueco. De nuevo ponen la piedra en posición.

Ya está bien, hay dinamita de sobra como para volar tres puentes. Guarda en el zurrón los cartuchos que no usamos. Yo me encargo del cable y del detonador.

El "Abuelo" Romain trabajó muchos años en las minas del Sarre, en un dinamitero experto.

Tiende el cable sobre la arena; lleva el detonador hasta más de cincuenta metros.

El "Abuelo" conecta los dos alambres del cable a los bornes del detonador.

Listo... Cuando baje la manija el puente de Lechandon será sólo un recuerdo...

El "Abuelo" señala un lugar entre las rocas.

Ponte ahí, André, entre esas piedras. Pueden volar esquirlas y cascotes. Y tápate bien los oídos.

El muchacho obedece. Acurrucado entre las rocas, se aprieta los oídos y cierra los ojos.

¡Ahí va!

Instintivamente, André contiene la respiración.

Pero espera en vano... ¡no hay ninguna explosión!

¿Y? ¿Qué esperas, "Abuelo"?

Un momento, André... se me está ocurriendo algo...

Lermond dijo que los tanques alemanes vienen por el camino de Treville... ¡O sea que pasarán por el Cuello de las Mulas!

En el Cuello de las Mulas el camino se angosta entre las rocas... ¡apenas si hay allí tres metros de calzada! ¡Un dinamitero resuelto puede atajar a los tanques alemanes en el Cuello de las Mulas!

¡Vamos, André! ¡Quizá podamos salvar todavía el puente! ¡Apúrate! ¡Con los cartuchos que sobraron podremos detener a los tanques!

¿Y si fracasamos?

Los dos trotan por entre las colinas. Tienen que llegar al Cuello de las Mulas antes que los alemanes.

¡Si fracasamos siempre podemos volver y volar el puente antes de que pasen los tanques!

Están corriendo por un atajo. Un arroyo les cierra el paso. Pero siguen.

¡Un solo tanque destruído en el Cuello de las Mulas puede demorar durante horas a todo un ejército!

Aunque cansados por la veloz carrera, trepan sin detenerse la empinada ladera que lleva al Cuello de las Mulas.

¿Cómo no se le ocurriría a Lermond?

¡Porque es un atropellado, como todos ustedes! ¿Para qué tomarse el trabajo de pensar?

Llegan por fin al borde rocoso. Ya están en el Cuello de las Mulas.

¡Justo a tiempo! ¡Mira allá!

¡Los alemanes!

Son tanques de la Quinta División Blindada. Moviéndose hacia el oeste, para cortar por la base la punta de lanza aliada que, partiendo de St. Lo, amenaza desbaratar el equilibrio en el frente de Normandía.

¡Ja! ¡Vienen con las torretas abiertas! ¡Se creen en un desfile! ¡Ahora verán!

El "Abuelo" ata con dedos expertos tres cartuchos de dinamita. Y enciende la mecha.

Que no te vean, André... Nunca conviene que el enmigo sepa dónde uno está... ¡Ahí va!

El oficial que comanda el tanque delantero mira aturdido el paquete que rebota contra la torreta.

Pero...

El estallido retumba violentísimo en la estrechez del desfiladero.

El humo negro de un principio de incendio envuelve al tanque.

¡Afuera todos!

Pero el "Abuelo" Romain no da cuartel...

¡Un momento! ¡Que todavía no terminé!

Es implacable la metralleta del "Abuelo" Romain.

¡Ahhhh!

Un estallido sordo...¡Está ardiendo el depósito del combustible!

¡Resultó! ¡A correr, André!

El "Abuelo" corre con agilidad de gamo a lo largo de la arista rocosa. Tras él jadea André.

¡Estamos corriendo al revés, "Abuelo"!

No...Quiero espiar desde otro lado, para ver lo que hacen.

Desde los otros tanques ametrallan las alturas. Pero ya los "maquis" están asomando por un ángulo insospechado.

¡Dime si no es una belleza, André! ¡Toda la columna detenida! ¡Qué oportunidad para hacerles un verdadero desastre...si tuviéramos más explosivos! Pero sólo nos quedan tres cartuchos...

La mano nerviosa de André busca el brazo del "Abuelo".

¡Yo sé dónde hay más dinamita, "Abuelo"!

¿Cómo dices? ¿Más dinamita?

¡SÍ! ¿Te acuerdas de Rainier, el zapatero que fusilaron el mes pasado? Tenía un depósito de explosivos escondido cerca del río... ¡yo sé el lugar! ¡En veinte minutos puedo ir y volver!

¡Pues ya mismo estás corriendo, André! ¡Una ocasión como ésta hay que aprovecharla!

Saltando de piedra y piedra, el muchacho baja la altura a la carrera.

¡Enseguida estaré de vuelta! ¡Todo sea por el puente de Lechandon!

El viejo guerrillero queda entre las rocas. Se sonríe bajo el recio bigote.

¡Todo un tipo este André...A pesar de su juventud. Creo que lo juzgué mal...Pero...¿qué hacen los "boches"?

Apenas cede el fuego, los alemanes se disponen a despejar el obstruído camino.

(Están por ponerle una barra de remolque... Lo arrastrarán con otro...)

Los alemanes son veteranos que trabajan sin perder un instante.

¡Schnell! ¡Pronto!

(¡Ya lo mueven! ¡Y todavía falta mucho para que vuelva André!)

El "Abuelo" resopla pero no vacila. Ata con firmeza los tres cartuchos que le quedan. Ajusta la mecha.

(No hay alternativa, Romain... ¡Tendrás que atacarlos otra vez!)

Ya está por encender la mecha cuando algo pasa allá abajo...

¡Herr Gott!

¡Se rompió la barra!

Con toda claridad llegan hasta el "Abuelo" las órdenes del enardecido oficial alemán.

¡Pronto! ¡Traigan otras dos barras! ¡Lo remolcaremos con dos! ¡Y a moverse, que no podemos estarnos aquí la mañana entera!

El guerrillero se ríe en su escondrijo.

No te gastes, mi pobre oficialito alemán... No tendrás tiempo de armar otro remolque... ¡antes llegará André!

Pero pasan los minutos. Trabajando febrilmente, los alemanes colocan las dos nuevas barras de remolque.

¡Todo listo! A tirar ahora... ¡Ya!

El tanque destruído empieza a moverse.

Despacio... ¡así! ¡Pronto, sargento, avísele al coronel que dentro de tres minutos estaremos reanudando la marcha!

Allá entre las rocas la llama de un fósforo se acerca a la mecha...

Imposible esperar más... ¡Tengo que destruir el tanque remolcador!

"Abuelo"...

Es la vez de André, que llega sin aliento.

¡Por fin! ¡Contigo no se gana para sustos!

Aquí están los cartuchos... dinamita de sobra... No pude correr más ligero.

Los dedos viejos pero todavía diestros del "Abuelo" preparan las cargas.

¡Más a tiempo no pudiste llegar...! ¡Ahora sí que les taponaremos el camino!

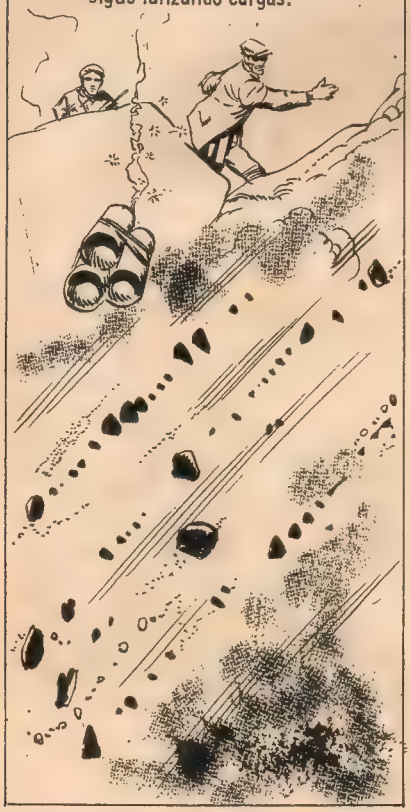
El tanque destruído es arrastrado a un lado del camino. El Cuello de las Mulas está despejado, ya nada se interpone entre los Panzer y el puente de Lechandon. Pero en ese momento...

¡Por el puente de Lechandon!

La carga cae debajo del tanque remolcador. El estallido es demoledor.

Sin detenerse a mirar los resultados el "Abuelo" Romain sigue arrojando cargas de dinamita.

La reacción no se hace esperar. Giran las torretas de los tanques, el filo rocoso del desfiladero se eriza de explosiones. Ignorando el peligro, el viejo dinamitero sigue lanzando cargas.



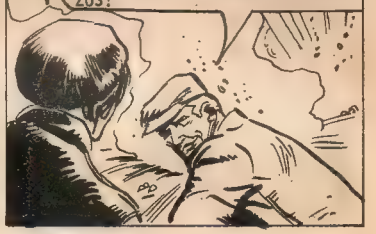
¡Vámonos, "Abuelo"!

¡La última, André!

El "Abuelo" se deja caer al abrigo de las rocas. André lo mira alarmado.

¿Qué te pasa, "Abuelo"? ¿Te dieron?

No...lo que pasa es...¡es que me estoy riendo! ¡Los boches se confundieron de altura! ¡Mira dónde desperdician los cañonazos!



El rostro del guerrillero aparece exhausto, pero el triunfo le brilla en los ojos.

Les hicimos el gran desastre...¡otros dos tanques por lo menos fuera de combate! No pasarán nunca...¡el puente de Lechandon puede dormir tranquilo!

Pero André no está tan tranquilo.

¡Tenemos que escapar, "Abuelo"! ¡Ocuparán las alturas con infantería y nos cazarán!

El viejo guerrillero no se mueve. Su mano estruja el brazo de André.

No, no ocuparán las alturas...¡Mira! ¡Se retiran!

¡Orden del coronel, señor capitán! Haremos un rodeo por Lamotte...¡en un par de horas cruzaremos el puente de Lechandon!

El espanto congela los ojos de los "maquis".

¿Oíste eso, "Abuelo"?

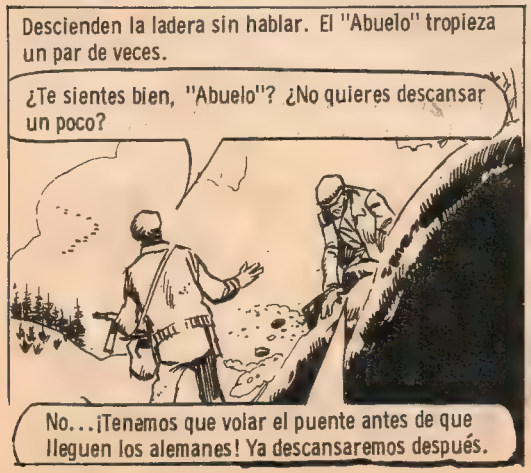
Sí...¡de todos modos pasarán por el puente!

Tanto esfuerzo para nada...¡igual tendremos que volar el puente!

Descienden la ladera sin hablar. El "Abuelo" tropieza un par de veces.

¿Te sientes bien, "Abuelo"? ¿No quieres descansar un poco?

No...¡Tenemos que volar el puente antes de que lleguen los alemanes! Ya descansaremos después.



Se hace largo el camino del regreso. No vuelven a hablar. André siempre adelante; el "Abuelo" lo sigue con paso cansado. Hasta que por fin...

Otra vez el puente de Lechandon. Ajenas a los caídos, las golondrinas siguen persiguiéndose en la brisa que hace temblar el juncal.

En fin...por lo menos lo intentamos... ¡Pobre viejo puente!

El "Abuelo" se dispone a accionar el detonador.

Cuidado, André... ¡Ya lo vuelo!

Se apoya con fuerza en la manija del detonador.

¡Ahí va!

Pero... ¡no estalló!

El desconcertado "Abuelo" acciona repetidas veces la manija. Pero es en vano.

Alguna falla eléctrica...

¡No puede ser! ¡Las pilas son nuevas! Quizá algún mal contacto... revisaré las...

Un ruido sordo, rápidamente creciente, les llega desde lejos.

¡Los tanques! ¡No hay tiempo para revisar nada! ¡Cruzarán el puente!

El viejo "maquis" empuña el fusil con decisión. Pero André pone la mano sobre el arma.

¡No pasarán! ¡Los pararé como sea!

No, "Abuelo"... ¡no se paran tanques con un fusil!

¡Pero es que yo fallé, André! ¡Ajusté mal las conexiones!

No, "Abuelo"... Las conexiones están bien... ¡El que falló fui yo! No existieron nunca los explosivos del zapatero Rainer...

El ruido de los motores que llegan se hace ensordecedor.

¡Los cartuchos que te llevé al Cuello de las Mulas los saqué de aquí! ¡Eran la carga para volar el puente! También yo quería salvarlo, "Abuelo"...

Un instantes más y ya aparece el primer Panzer.

¡Ahí están!

Con movimiento resuelto el "Abuelo" se desprende del muchacho. Alza el fusil

¡Por el puente de Le...

Lo interrumpe la detonación violentísima de un cañón de alta velocidad. Un proyectil perfora la torreta del Panzer.

Pero...

Un bufido atronador, el tanque vomita llamas por todas partes, la granada antitanque explotó en el interior.

André arrastra a un lado al aturdido "Abuelo". Los dos se incrustan entre las rocas. Se suceden los cañonazos.

¡Tanques americanos, "Abuelo"! ¡Estaban emboscados del otro lado del puente!

¡Les están dando la gran paliza!

Es para no creerlo. Un momento después pasan tanques, sí, sobre el puente de Lechandon... ¡pero son tanques americanos!

¡Están contraatacando!

¡Fue una suerte que no voláramos el puente!

Ríen los ojos de los "maquis" por entre las lágrimas.

¡Es para creer que alguien quiere al puente todavía más que nosotros, André! ¡Alguien, allá muy arriba!

Era para imaginarlo... ¡Un puente construído con tanto amor no podía morir así!

Tras el breve y desigual combate desfilan por el puente tanques, cañones auto transportes, camiones, más tanques. Todos con la estrella del ejército americano; es una división motorizada del general Patton que corta de raíz la incipiente reacción alemana. Ya nada impidirá el derrumbe del frente de Normandía.

Termina de pasar la fuerza americana. Vuelve el silencio al puente de Lechandon.

Creo que ya puedes irte a casa, André...

¿Y tú, "Abuelo"? ¡No pensarás quedarte aquí!

Sí, muchacho... quiero descansar un poco... Mis huesos ya no están para estos trotes. Además, aquí se está tan bien...

André se incorpora. Tiene prisa por volver a casa para contar a los hermanos la gran victoria.

Un momento, André...Lo que dije antes, sobre la gente joven...No hagas caso...

Yo era igual de atropellado...y con el tiempo tú serás igual que yo...¡ya sé que estás aprendiendo a querer como se debe estas viejas piedras!

La mano en alto es lo último que se ve de André cuando desaparece ribazo arriba. El "Abuelo" Romain queda solo.

Solo con su puente. Y con su muerte. Una pequeña esquirla le perforó el costado cuando el breve combate en el Cuello de las Mulas y desde entonces la hemorragia interna le está terminando la vida.

Pero el "Abuelo" Romain no se queja. Ya no ve las huellas de la reciente lucha, está viviendo otro tiempo de hace mucho, de cuando el puente era nuevo...

...y había en el aire sones de flauta, de violín y "musette", y risas de muchachas... las hijas del tío Lechandon, las piedras sin musgo todavía, las golondrinas aprendiendo a volar bajo el puente...

Cae la tarde, y poco a poco el viejo "maquí" va siendo una piedra más entre otras tantas. Bajo el puente y rozando los juncos, las golondrinas, lanzaderas aladas, tejen su poesía eterna en el telar dorado del día que muere.

FIN

LOS CAMINOS DE ALLAH

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

toritodel2001

El muchacho se toma su tiempo para responder. Sus ojos inquietos recorren el desierto duna por duna. Hasta por un momento escrutan las nubes.

No, padre. Mis ojos siguen sin encontrar nada.

Ibrahim se sonríe. Y señala una altura no muy lejana.

Hasta el águila es ciega cuando la inexperiencia le vela la mirada. ¿No ves nada allá?

Una colina coronada de rocas, padre... ¡Pero no creo que sean rocas lo que estamos buscando!

Acerquémonos, Kebir... ¡Ya me dirás si siguen siendo rocas!

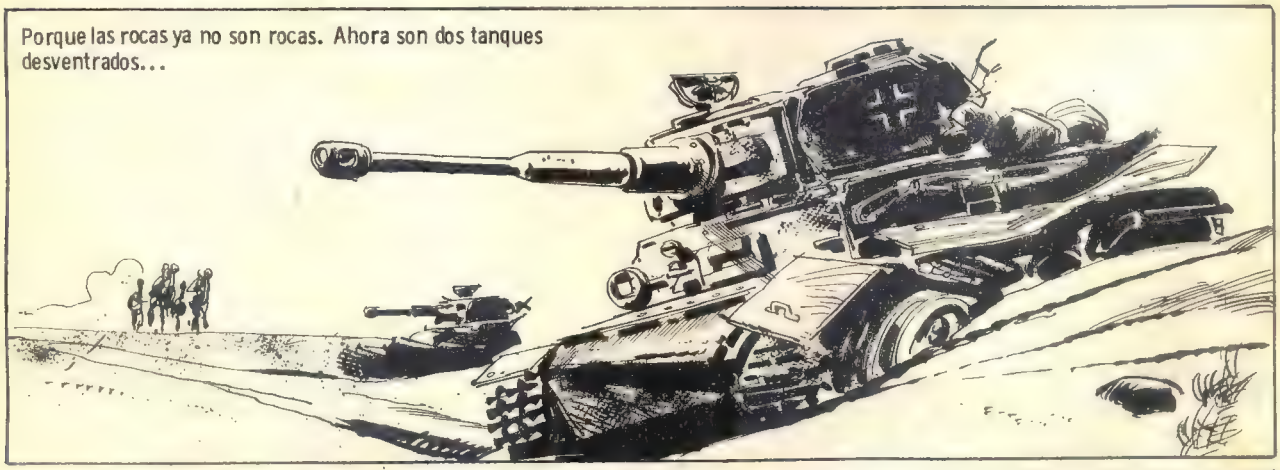
El paso liviano de los camellos acerca la altura. Sí, parecen rocas como tantas, cubiertas a medias por la arena que el viento del desierto va trayendo y llevando en su vacilación eterna.

Hasta que cuando ya han recorrido la mitad de la distancia...

¿Y, Kebir? ¿Siguen siendo rocas?

¡Allah es grande! ¿Cómo mis ojos pudieron engañarme tanto?

Porque las rocas ya no son rocas. Ahora son dos tanques desventrados...



...esqueletos de camiones, lo único que respetaron las llamas, y...

...y muertos, muchos muertos.

Con tal que seamos los primeros...

Ibrahim señala una pistola Lugger en lo que queda de una mano descarnada.

Somos los primeros, Kebir. De otro modo esa pistola Lugger no estaría todavía ahí.

Los primeros, después de buitres y chacales, por supuesto. ¡Allah es grande!

toritodel2001

Los dos beduinos desmontan. Empiezan la cosecha con las armas livianas.

Ya me parecía que tenía que haberse combatido por este lado. La Aguada del Aguila está demasiado cerca. Ingleses y alemanes la necesitan.

Rápidamente aumenta la carga sobre los camellos.

Pero Allah dispuso que siga cantando tranquilo el manantial. ¡Por lo menos ninguno de estos alemanes le enturbiará el agua!

Armas livianas, correajes, municiones, botones, anteojos largavistas, remedios, vendas, raciones... La búsqueda de los beduinos es minuciosa, no dejan nada sin escrutar. Todo, hasta pedazos de uniforme, tiene buen precio entre las tribus al otro lado del gran desierto.

Los dos unen fuerzas para levantar la ametralladora pesada.

El combate fue corto, Kebir.

¿Cómo lo sabes?

Acomodan la pieza sobre uno de los camellos.

Por la cinta de la ametralladora. Mírala, está casi entera, soltó apenas unas pocas ráfagas. La caja de municiones está llena.

Los ojos del beduino miran al hijo con afecto.

Allá en el sur aprendiste mucho, Kebir, sobre cabras y ovejas. Pero ese conocimiento te sirve aquí de poco. Debes aprender a tomar todo lo que el desierto y Allah quieran darte. Que suele ser mucho, mucho más de lo que parece.

Kebir es el hijo menor de Ibrahim. Se crió con los tíos, en Somalía, porque allí en Libia las guerras entre las tribus diezmaban a las familias. La guerra grande, asolando Somalía, ha vuelto a reunirlo con el padre, uno de los pocos tribeños de la otrora poderosa...

...Kuala. Los kualas viven ahora de saquear los campos de batalla que van quedando sembrados por todo el norte de Africa.

Aprender no me molesta, padre... Sé que tengo el mejor de los maestros.

Por un momento se nublan los ojos de Ibrahim.

No, Kebir, no... Parezco buen maestro, pero no... ¡Soy maestro de una ciencia que se está muriendo! ¿De qué valdrá dentro de poco, Kebir, saber de aguadas...?

¿...y de pastos ocultos, y de campos de batalla enterrados bajo la arena? Los tiempos cambian, Kebir, y mi ciencia pronto será tan sin valor como la caza con halcón o con guepardo... ¡La única ciencia que seguirá valiendo será la de Omar!

toritodel2001

Padre e hijo hacen una pausa en la tarea.

Omar... ¡Cuánto me gustaría volver a abrazarlo, padre!

Allah conoce sus caminos, Kebir... ¡Sólo él sabe cuándo será el retorno de Omar!

La mirada del beduino se pierde en la distancia. Está viendo un desierto nuevo, tan diferente...

Omar hará otra vez grande a la vieja Kuala. Omar traerá máquinas y habrá agua y el desierto todo será un vergel. Entonces yo me sentaré delante de mi tienda y sabré que mis días no fueron vanos.

Omar es el mayor de los hijos de Ibrahim. Una expedición arqueológica de la Universidad de Oxford lo tomó por guía y reveló condiciones tan fuera de lo común que se lo llevaron a Londres. Las últimas noticias, viejas de un año...

...dijeron que Omar era ya ingeniero y participaba de un ambicioso plan internacional para irrigar el desierto y dar nueva vida a dunas y "uadis".

Si no hubiera sido por la guerra grande ya Omar estaría de regreso.

Ibrahim se acerca al tanque y examina con cuidado las chapas calcinadas.

Yo trabajaré junto a Omar... ¡también él será mi maestro! Pero... ¿qué haces ahora, padre? ¡Ya sacamos de ese tanque todo lo que valía la pena!

¡Lo único que le dejamos son los agujeros!

Justamente los agujeros abiertos por los cañones enemigos son ahora lo más valioso, Kebir...

Sabiéndolos mirar, los agujeros pueden decirnos dónde estaban quienes atacaron y destruyeron a los alemanes.

Los cañonazos vinieron de aquel lado... Si exploramos un poco seguro que cosecharemos algo más. ¡Aunque el combate fue breve, también los ingleses habrán sufrido bajas!

De nuevo el paso ondulante de los camellos corre por el desierto. A un par de kilómetros...

¡Allah es grande! ¡Allí, padre!

Esta vez los ojos del muchacho han sabido mirar. Oculto a medias por uno de los escasos matorrales aparece tumbado un cañón antitanque inglés. Al lado, los bultos oscuros de dos, tres artilleros.

Allí también, Kebir...

toritodel2001

Disimulada tras una altura, la mole gris de un tanque Sherman. Se ve con claridad por dónde entró el proyectil que lo puso fuera de combate.

Quedó entero...¡no llegó a incendiarse!

Los beduinos desmontan y se encaraman al tanque.

Seguro que con él había otros...Desde aquí dejaron acercarse a los alemanes. Cuando los tuvieron bien a tiro los barrieron. El tanque este y el cañón debieron de ser las únicas bajas entre los ingleses.

Entre los dos abren la torreta del tanque..

Adentro ha de haber de todo... Los ingleses siempre pelean atestados de raciones. Nunca les falta el té ni...

Ibrahim mira al interior del tanque. Pero en ese momento...

Pero...

¡Atención, padre!

El dedo del muchacho señala dos plumas de polvo entre las dunas.

¿Qué serán?

¡Tanques!

Son dos...Alemanes...¡Y nos han visto! ¡Vienen derecho hacia nosotros!

Sí, son dos tanques de la Segunda División del Afrika Korps de Rommel. En misión de reconocimiento hacia la Aguada del Aguila. El teniente Paul Werner...

...comanda al más adelantado.

Allí veo un tanque inglés, Zanker.. ¡Parece que por aquí se combatió!

El sargento Zanker, al mando del otro tanque, descubre algo.

¡Atención, señor! ¡Algo se movió a la derecha del tanque! ¡Y no era un chacal!

El teniente Werner corrige el enfoque de su anteojo.

Ya lo veo, Zanker...Es un beduino. Saqueando a los caídos... ¡Peores que buitres los condenados! Parecería ser de la Kuala. Lo que no estaría mal...¡La Kuala siempre nos ayudó!

toritodel2001

Los dos tanques siguen acercándose rápidamente.

Se escondió... Pero sí, por el albornoz era de la Kuala. Tenemos suerte, nos dirá si andan ingleses cerca.

CHAT

El teniente Werner aparta el anteojo. La misión de reconocimiento está resultando más fácil de lo que imaginaba.

Lo malo será si los beduinos nos invitan al aduar. Habrá que aceptarles el banquete y...

Algo golpea con fuerza la torreta del tanque. Un fogonazo allá adelante.

Pero...

¡CLANG!

ZHIII...!

Ahora lo ve bien. Es un cañón antitanque, no lejos del tanque inglés.

¡Una emboscada! ¡Con todo a la derecha, Müller!

El conductor del tanque del teniente Werner reacciona con presteza, hace un viraje cerrado. Vuelve a restallar el latigazo tremendo del cañón antitanque.

El sargento Zanker es de reacciones más lentas que el teniente. Su tanque se demora, ofreciendo blanco perfecto.

¡SWOOOM!

El teniente Werner apunta el cañón de su tanque.

¡Le dieron a Zanker! ¡No deben volver a tirar!

Los dos beduinos operan el cañón como artilleros expertos.

¡Pronto, Kebir! ¡Si vuelve a tirar nos barre!

Otro certero disparo del cañón antitanque... El impacto es en el frente a la altura del conductor.

¡WRRAM!

toritodel2001

Una voz rota grita dentro del tanque del teniente Werner.

¡Mataron a Müller, señor!

Pese a la furia que sintió, el teniente Werner apunta su cañón con cuidado.

Beduinos traidores... ¡Müller...! ¡Müller!

El tanque y el cañón antitanque disparan al mismo tiempo.

¡BKAM!

¡S-WOOM!

La puntería del teniente Werner es buena...

Tampoco fallan los beduinos.

El cañón antitanque está fuera de combate. No diparará nunca más...

Aunque herido de muerte y sin nadie en los controles, el tanque sigue avanzando... Una sombra asoma en la torreta.

Dios mío...

Bamboleándose por el terreno desigual, el tanque continúa su marcha.

Ya llega sobre el enemigo. Choca contra el otro tanque y ahora sí se detiene.

¡TUMPH!

La sacudida hace reaccionar al teniente Werner. Ve el humo que lo envuelve y sólo piensa en el fuego, el terror de todos los tanquistas.

¡No!

toritodel2001

Con esfuerzo desesperado el teniente se arroja fuera de la torreta.

Trata de incorporarse pero las piernas no le responden, las tiene demasiado heridas. Rojas lenguas aparecen por entre el humo...

No...

El dolor es tremendo pero el terror al fuego puede más. El teniente se arrastra hasta varios metros del tanque.

Ahora...que estalle...

Malditos beduinos... ¿Por qué nos atacaron, por qué?

Una voz gutural se oye del lado de los tanques. El teniente Werner cree delirar.

¿Estás vivo, alemán?

El teniente no contesta. Pero se da vuelta con infinito trabajo. Y entonces puede verlo.

El beduino... ¿qué hace?

Sí, es Ibrahim. Que está arrodillado en la arena, junto a un cuerpo sin vida, cerca del tanque inglés.

(Parece estarle rezando a un inglés...)

El teniente Werner se sabe herido de muerte. Quizá por saberlo vive todo aquello como si no le sucediera a él, como si lo viera en una película.

¿Llamaste, beduino?

El rostro color ceniza del árabe se vuelve con lentitud hacia el herido.

Sí... Por un momento tuve miedo de que ya estuvieras muerto. La muerte rápida del enemigo nos duele siempre...

¿Enemigo? ¿Desde cuándo kualas y alemanes son enemigos? Hasta ahora siempre nos ayudamos...

No fui yo quien te atacó, alemán... Ni yo, ni la Kuala...

toritodel2001

El beduíno se agacha e incorpora al cuerpo que tiene delante.

¡Fue él quien te atacó, alemán!

¿El? ¿Quién es él?

El conductor del tanque inglés... Lo saqué cuando apareciste en el horizonte.

El teniente Werner calla durante un instante. ¿Estará delirando el beduíno?

Pero... ¡si ese tanque está fuera de acción desde hace una semana por lo menos!

Ibrahim parece no haber escuchado al alemán.

El tanque estaba cerrado y ni buitres ni chacales pudieron tocarlo... El aire seco del desierto lo conservó.

El beduíno mira con ternura infinita al cuerpo que sostiene entre los brazos.

Míralo... ¡Omar parece estar hablando!

¿Cómo puedes decir que ese tanquista muerto desde hace tanto fue quien nos atacó?

Allah dispone, alemán... Fue él quien puso a Omar dentro del tanque inglés... Ahora sé por qué no tuvimos noticias suyas durante tanto tiempo...

Se había incorporado como voluntario al ejército inglés... Quizá quiso darnos una sorpresa, por eso no avisó... ¡Allah dispone!

Sin soltar a Omar, Ibrahim señala el cuerpo de Kebir, junto a los hierros retorcidos del cañón antitanque.

Omar fue quien te atacó, alemán... ¡Y también Kebir, mi otro hijo!

Ahora entiende el teniente Werner. Al descubrir al hijo muerto por balas alemanas el beduíno se convirtió en el más feroz de los enemigos. ¡Tenía que vengarlo!

(Entiendo... Por vengar a su Omar mató a Müller y a Krebe... ¡Y a mí!)

La mano del teniente Werner busca y encuentra algo pesado en la cintura. La pistola Lugger. Moviéndose muy despacio...

...abre la pistolera, ya saca el arma. Por un momento las heridas del teniente Werner dejan de dolerle.

toritodel2001

Muy lentamente, y ocultándola con el cuerpo, el alemán levanta la pistola.

No tengo que fallar...

El teniente Werner gatilla dos veces.

¡BANG!

¡BANG!

La violencia de los proyectiles derriba a Ibrahim.

El teniente Werner deja caer la Lugger. Está pagada la derrota.

Se tiende en la arena. Se le va la vida, pero no se queja. Habrá muerto matando al enemigo, como sabe que debe morir un oficial alemán.

Como de muy lejos, todavía le llega una voz.

Te vi sacando la pistola... alemán...

Pero te dejé hacer... Muertos Kebir y Omar... ¿para qué la vida de Ibrahim?

Allah dispone...

El viento, en su vacilación eterna, sigue llevando y trayendo arena. Móvil sudario de olvido sobre hombres y hierros calcinados.

FIN

toritodel2001

EL RAYO NEGRO

Por HECTOR G. OESTERHELD

Dibujos de CARUSO

Y no dudo que ustedes acatarán las órdenes del capitán Stevens con el mismo celo con que siempre obedecieron al mayor Allen.... ¿De acuerdo?

Calla la voz del comodoro Harvey, el jefe de la base de Loch Ain. Los pilotos del segundo escuadrón contestan en coro disciplinado.

Sí, señor.

Por supuesto, es un "sí, señor", impersonal. Que no promete nada. El nuevo jefe del escuadrón, el capitán Stevens, escruta los rostros uno por uno.

(Me miran como si fuera un extranjero. Y en cierto modo lo soy.)

Los pilotos se levantan, el salón queda vacío.

(Después de todo, tampoco yo me fío de ellos... Hasta no verlos en combate no puedo saber nada.)

El comodoro Harvey, el jefe de la base, contempla por un rato las sillas vacías.

No le será fácil ganarlos, Stevens... Allen dejó un vacío muy grande...

La verdad, Allen era un estupendo piloto. Y cayó peleando contra cinco M. E. Todo por proteger a un compañero averiado... Fue en...

La entrada de un asistente interrumpe al comodoro. Trae un papel.

De "Radio", señor. ¡Mensaje urgentísimo!

Pero... ¡Cielos!

¡Un bimotor con una "muy importante persona", rumbo a Scapa Flow se quedó sin escoltas, se la tumbaron los alemanes! ¡Hay que darle protección ya mismo!

Mi Spitfire y el de Clifford están listos, señor! ¡Justamente íbamos a dar una vuelta de entremamiento! ¡Ya mismo lo llamo a Clifford!

Unos minutos más tarde, Stevens y Clifford están en el aire.

¿Tiene idea sobre quién es el "muy importante-pez-gordo", señor?

Ninguna, Clifford... Pero abra bien los ojos, que ya deberíamos estar avistando al bimotor...

Mientras el capitán Stevens habla, Herb Clifford ha visto en la distancia un mínimo punto negro que crece con rapidez.

¡Buen cálculo, jefe! ¡Allá los veo, a las doce!

Sí, es el bimotor... Un indefenso pato feo, lleno de grasa y volando más despacio que una tortuga... ¡Qué banquete se perdieron los alemanes!

¡Atención, Clifford! ¡"Bandidos", a las tres, abajo!

Los Spitfire se cierran sobre el bimotor que deben proteger, los "bandidos", dos cazas alemanes, están todavía lejos.

¡Son apenas dos M.E., jefe! ¡Uno para usted, uno para mí!

¡Por fin tengo ocasión de cazar un alemán! ¡Tally-Ho! ¡Ahí voy!

¡Vuelva, Clifford! ¡Es una orden! ¡Tenemos que proteger al bimotor, no cazar M.E.!

¡Lo siento, jefe, pero acabo de resolver que no oigo nada! Debe de ser un desperfecto en la radio... ¿Me entiende?

¡Vuelva, Clifford!

Pilotos expertos, los dos alemanes, Se abren, como si cada uno huyera por su lado. Clifford no advierte la trampa.

¿Quieren escapar, gallinas? ¡Mejor para mí! ¡Los cazaré por separado!

El Spitfire de Clifford acelera aún más, pronto un M.E. aparece en la mira, parece estar a su merced...

¡Ya lo tengo!

Círculos y rayas desiguales en el parabrisas de Clifford, chicotazos furiosos. ¡Lo están ametrallando por detrás!

Pero...

Demasiado tarde Clifford ve al M.E. en el espejo retrovisor. Cayó en una trampa y no tiene escape. Se desprenden trozos del fuselaje del Spitfire.

Una bola de fuego... Acribillado, Herb Clifford está muerto mucho antes de que las llamas envuelvan la cabina.

¡Liquidaron a Clifford! ¡Y yo aquí sin hacer nada!

Un sudor helado baña al capitán Stevens. Daría la vida por vengar al compañero... ¡Pero hay una orden!

No puedo alejarme. ¡Debo seguir protegiendo al bimotor!

Los M.E., siempre volando en tandem, se van acercando...

¡Ojalá ataquen! ¡Ojalá!

Pero de pronto, quizá por falta de combustible, los dos M.E. viran hacia el sur, rumbo al mar. El bimotor y su escolta siguen proa al norte...

Misión cumplida. Pero el capitán Stevens está tan lejos de encontrarse satisfecho...

La "muy-importante-persona" llegó sana y salva... Pero yo perdí a Clifford... ¡Y ni siquiera pude dispararle un tiro al M.E. que lo abatió!

Por fin aparece allí abajo Scapa Flow, la inmensa base naval. Stevens espera a que el bimotor toque tierra y recién entonces emprende el regreso.

No ha sido su culpa. Pero su comienzo como jefe de escuadrón no pudo ser peor. ¿Cómo convencer a los compañeros de Clifford que había sido su imprudencia lo que le costó la vida? Todos dirán que lo abandonó, ¡y que ni siquiera intentó vengarlo!

Hay nubes bajas, de tormenta. Pero encuentra la base sin dificultad.

Por fin en casita... Pero... ¿Qué ha pasado?

Humo de incendios, aviones destruídos en la pista, cráteres de explosiones, hangares reducidos a esqueletos...

¡Destruyeron el aeródromo! ¡No quedaron ni rastros de la torre de control!

Consigue aterrizar en el único tramo de pista que ha quedado entero. Hay ambulancias, la actividad de los camilleros es intensa. Stevens detiene al primer soldado que encuentra.

¿Qué pasó?

¿Y todavía lo pregunta? Falló el sistema de alarma. ¡Y los alemanes nos pescaron con los pantalones en los tobillos!

Ayes de heridos que esperan ser recogidos. Hay demasiados caídos que no se quejarán nunca. Stevens ve al mayor Murdoch, el segundo jefe de la base; ha improvisado un puesto de comando en la parte posterior de un camión cerrado.

Hola, Stevens. Ahora soy yo el comandante. Luego me dará su informe.

¿Y el comodoro Harvey?

Muerto. Una ráfaga de ametralladora nos sorprendió completamente: ocho aparatos destruídos, seis pilotos muertos, no sé cuántas bajas entre mecánicos y personal de mantenimiento...

Una mano como de alambre estruja el brazo del capitán Stevens y lo obliga a volverse.

¿Puede saberse dónde estaba usted, señor jefe de escuadrón?

Escoltando a un bimotor hasta Scapa Flow. Con Clifford.

¿Sí? ¿Y dónde está Clifford?

Quien habla es Smuts, uno de los pilotos más veteranos del escuadrón. El mentón le tiembla, está al borde de la resistencia nerviosa, pero hay que responderle...

Topamos con dos M.E. Clifford los atacó desobedeciendo órdenes. Lo bajaron.

¿Lo bajaron, eh? ¡Clifford era uno de los mejores en toda la base! ¡Apuesto a que usted no movió ni siquiera un dedo para ayudarlo, señor jefe de escuadrón!

Es inútil explicarle nada, Smuts está demasiado alterado Y tampoco los demás pilotos se hallan en condiciones de razonar . El mayor Murdoch interviene ...

...se lleva aparte a Stevens.

Discúlpelos, Stevens. ¡Fue una sacudida demasiado fuerte! Medio escuadrón barrido de un golpe. El enemigo atacó con eficacia desconocida. Guiándolos a todos...

...vino un M.E. pintado de rojo con un gran rayo negro a lo largo del fuselaje. Debe ser el super as de los alemanes, estaba en todas partes, ráfaga que soltaba era un Spitfaire que caía...

Es duro decirlo. ¡Pero la eficacia del "Rayo Negro" fue tanta que aterró a los nuestros! ¡Hubo varios que escaparon para no enfrentarlo. Uno de ellos fue Smuts...

El fuego de un hangar se propaga a un tanque de nafta, llaman al mayor Murdoch. Stevens queda solo.

(Lo que se llama un desastre total. ¿Cómo haré para que el escuadrón vuelva a ser un escuadrón? ¿Cómo haré para que los pilotos crean en mí?)

Jirones de bruma llegan del mar, se extienden sobre el castigado aeródromo. Como si fueran una deshilachada mortaja. Mientras, allí en la costa...

...dos guardias civiles vigilan en una de las tantas torres de observación. El radar es todavía imperfecto, hay que completarlo con la observación visual.

¿Tomamos una taza de té? ¡Después de la paliza que nos dieron, los alemanes no volverán durante unos cuantos días!

Uno de los guardias se congela, tenso.

¡Escucha, Maxie! ¡Aviones!

No. ¡Es el viento!

Pero Maxie debe cambiar de opinión enseguida...

¡Sí! ¡Son aviones!

¡Vienen volando muy bajo!

El guardia grita en el micrófono que lo comunica con la base de Loch Ain y con la red de defensa.

¡Veinticinco M.E., no, treinta... directamente hacia nosotros! Uno se adelanta...

¡Y nos ametralla! ¡Maxie! ¡Hirieron a Maxie!

"¡Maxie! ¡Maxie!" Es inútil llamar al compañero muerto. Y hay un deber que cumplir.

Lo vi bien... ¡El mismo de antes! ¡El M.E. del rayo negro!

El aviso del vigía sacude al aeródromo de Loch Ain. En pocos minutos el infierno de los M. E. volverá a desatarse sobre la base. Mientras los mecánicos acondicionan febriles las máquinas salvadas del ataque anterior, los pilotos se concentran junto al improvisado puesto de comando.

¿Es cierto que viene el "Rayo Negro", señor?

Sí... ¡Saben que nos pusieron al borde del "nocaut" y quieren rematarnos!

El capitán Stevens se abre paso entre los pilotos.

¡Atención, todos! ¡El "Rayo Negro" es mío! ¿Entendido? ¡Yo me ocuparé de él!

Smuts suelta una risa breve...

Eso suena muy lindo, aquí abajo, ¿eh? Muy heróico... ¡Pero veremos qué tal suena allá arriba!

Pero no es momento para las palabras. Sin contestar, Stevens trota hacia su Spitfire. Un par de minutos más y una docena de Spitfires y Hurricanes están en el aire, listos para enfrentar al enemigo.

—Póngase a mi cola, Larnin... Peleamos juntos...

Sí, señor...

¡Allá vienen!

El capitán Stevens hubiera preferido subir más, para descolgarse del lado del sol, pero no hay elección posible.

No hay posibilidad de tácticas de conjunto. Será un simple trabarse en pelea, cada pareja con la que le aparezca adelante. Rápidamente se acortan las distancias.

Traten de no deshacerse las parejas... ¡No se apuren por llegar, la ventaja del combustible es nuestra!

Restallan los cañones en el cielo oscurecido por veloces nubes de tormenta. Los M. E. tratarán de borrar a los cazas de la defensa para que los Heinkel, los bombarderos, puedan concluir la destrucción del aeródromo.

¿Dónde estará el "Rayo Negro"?

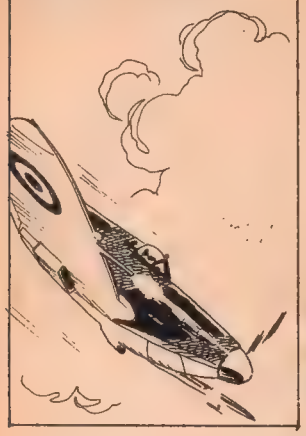
No es difícil localizar al "Rayo Negro"... ¡Lo señala un Hurricane que pica en llamas hacia el suelo!

El "Rayo Negro" vuela en pareja con un M. E. que no se le despega.

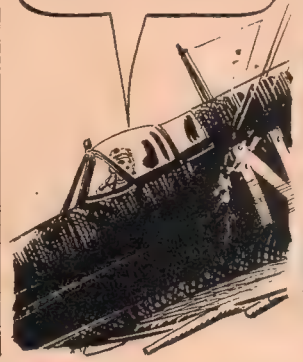
¡Vamos a atacarlos, Larnin! ¡Sígame!

Una doble riña de perros, un furioso perseguirse. Las distancias se estrechan.

Por momentos el capitán Stevens tiene un M.E. en la mira, dispara sus cañones.



Pero al instante siguiente el M.E. ya no está más en la mira. Y el Spitfire se estremece.

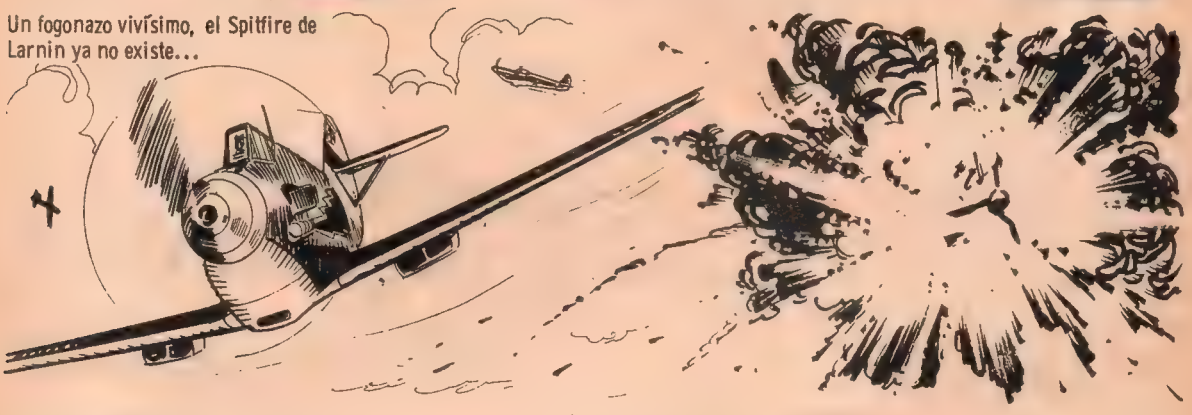


Nunca sabrá si Larnin tuvo una avería o si le desfalleció el ánimo. Se abre, abandona la lucha, está escapando... Pero el "Rayo Negro" no vacila.

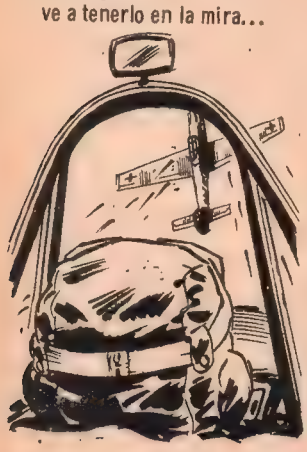
—¡Stevens! ¡Yo...!

Por inacabables segundos la artillería del M.E. se descarga sobre el Spitfire. Stevens está demasiado ocupado con el otro M.E.

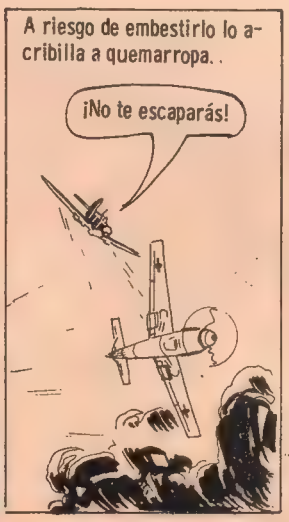
Un fogonazo vivísimo, el Spitfire de Larnin ya no existe...



Furia y odio en el capitán Stevens. Contra el M.E. que le impidió ayudar a Larnin. Vuelve a tenerlo en la mira...



A riesgo de embestirlo lo acribilla a quemarropa...

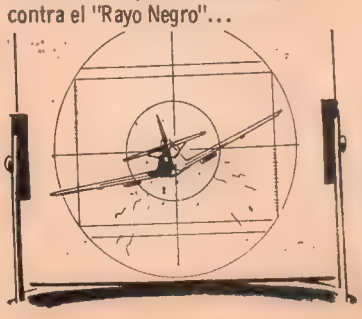


Stevens alcanza a ver al piloto enemigo retorciéndose en la acribillada cabina.

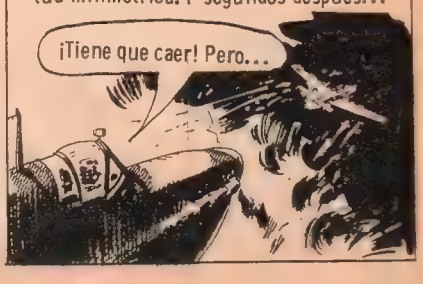
Sabe que ha vencido, pero es un triunfo fugaz: el "Rayo Negro" lo acosa...

Duelo rabioso, desesperado. Giro enloquecido que sólo puede concluir con la muerte de uno de los rivales...

Sí, poco a poco el Spitfire del capitán Stevens se va poniendo a la cola del M.E. ¡Ya lo tiene en la mira! Toda la artillería del Spitfire se descarga contra el "Rayo Negro"...



Saltan algunos trozos del fuselaje, viraje brusco del "Rayo Negro" hacia un lado, al instante siguiente hacia el otro, pero Stevens duplica cada movimiento con exactitud milimétrica. Y segundos después...



Un tremendo choque de costado, algo así como una gran mano machacando a un lado al Spitfire, irresistibles golpes de viento zarandeando la proa... Relámpagos encegue-cedores, estruendos tota... más relámpa-gos...

Tempestad desmedida, todopoderosa, como reconociendo a los hombres lo vano e ínfimo de sus luchas. Sepa-rados por el temporal, ya sin po-der verse, los contrincantes de-ben abandonar la lucha; sólo cuen-ta sobrevivir.

Lo temía. Aunque, después de to-do, ¿no lo derribé. ¡Condenada tempestad!

Le cuesta regresar a la base al capitán Stevens; es tanta la fuerza del viento contrario que apenas le quedan unos litros en el tanque cuando aterriza.

Ha cesado la lluvia; golpes de viento azotan al aeródro-mo.

¡Stevens! ¡No esperaba ver-lo! Dijeron que el "Rayo Negro" lo había tumbado...

El "Rayo Negro" bajó a Lar-nin...

Sí, Larnin, igual que Clifford... No conviene hacer pareja con ciertos pilotos...

Oiga, Smuts... ¡Yo nivelé el score tumbado al escolta del "Rayo Negro"! ¡Y si el "Rayo Negro" no bajó a ninguno más fue porque estuvo de-masiado ocupado conmigo!

El mayor Murdoch cor-te el debate: la acción fue una victoria para la defensa, iban tres bajas contra cinco cuando la tempestad aventó a los comba-tientes. Ningún Hein-kel pudo descargar sus bombas sobre el aeródromo.

La tempestad, impidiendo los vuelos, da tiempo para reparaciones de emer-gencia. Y para pensar...

(No puedo quitarme de la cabeza al "Rayo Negro"... ¿Cómo será el piloto? ¡Jamás pude verle la cara!)

(Tiene que ser un loco... O un demonio. La idea del segun-do ataque, tan seguido, seguro que fue suya. Lo mismo eso de ametrallar a los vigías. Quizá todavía resulte un buen ti-po. Que se está jugando entero por su país... Peor para no-sotros si es un buen piloto... ¡Quién sabe a cuántos baja-rá todavía!)

Tras varios días de chubascos y ráfagas furiosas, el tempo-ral amaina por fin. Vuelve el buen tiempo.

Y con el sol retorna el peli-gro. De nuevo tienen tarea los vigías de la costa...

¡Atención! ¡Un M.E. a la vista!

Esto sí que es raro... ¡Pa-rece venir solo!

¡Pasó de largo rumbo este-nor-este!

¡Es el "Rayo Negro"! ¡Y con-firmado, viene solo!

De nuevo conmueve la alarma a la base de Loch Ain.

El "Rayo Negro" se mete solo en la madriguera... ¡A volar todos! ¡Lo bajaremos aunque sea un brujo!

¡Un momento! ¿Qué son ustedes, pilotos o chacales?

¡Ninguno subirá a pelearlo! ¡El "Rayo Negro" sigue siendo mío! ¡Volvió porque él y yo tenemos que terminar algo!

Todos quedan clavados en su lugar. El capitán Stevens sube a su Spitfire. Está cerrando la cubierta de plástico cuando un grito lo contiene.

¡No, señor! ¡Ese avión no está listo!

¡Tiene los cañones con carga incompleta! ¡Hay que volver a cargarlos!

¡Allá! ¡El "Rayo Negro"!

De un golpe el capitán Stevens cierra la cubierta.

¡Con unos pocos tiros alcanzará! ¡Total es uno solo!

Rápidamente gana altura el Spitfire. Allá arriba, en el cielo azul, resplandece como una joya maldita el rojo y el negro del caza alemán.

(No se aprovecha de la ventaja que le da la altura; me está esperando.)

Nivela el Spitfire. Balancea las alas, el M.E. le responde. Y al instante el torbellino del combate.

Giran en círculos cerrados, virajes violentos, regulares, es un desesperado tratar de ganarse la cola.

Dos maestros... ¡Cómo quizá nunca vuelvan a verse!

(Sí... ¡Yo sigo teniendo un poco más de velocidad!)

Ya cree Stevens tener al "Rayo Negro" en la mira, pero el enemigo hace un viraje cerradísimo, con los alerones de freno levantados para dejar pasar de largo al Spitfire. Pero el capitán Stevens tiene la intuición del combatiente de raza, adivina la maniobra y se anticipa.

¡Lo tengo!

Ráfagas certeras, las trazadoras desaparecen en el fuselaje del caza enemigo, que inclina el ala...

¡Lo hice!

Girando sobre sí mismo, totalmente sin control, el "Rayo Negro" cae sin remedio...

Me cuesta creerlo todavía... ¡Tengo que ver el final!

El suelo sube con rapidez, Un momento más y será el estallido.

¡Pero al último instante es la súbita reacción!

¡No caía! ¡Era una treta!

Un sólo instante de distracción hubiera sido fatal. Pero Stevens está alerta, al instante se cierra sobre el enemigo que sube...

De nuevo el "Rayo Negro" en el centro de la mira del Spitfire. El capitán Stevens aparta el botón disparador.

¡Ahora sí!

Pero es una ráfaga brevísima. Súbitamente los cañones quedan silenciosos...

¡Me quedé sin proyectiles!

El Spitfire sigue casi encima del "Rayo Negro" a muy baja altura a lo largo de la costa.

Quedaré a su merced. ¡Apenas me abra para escapar me acribillará!

Tratando de eludir al Spitfire, el "Rayo Negro" baja aún más, va rozando casi la línea de acantilados.

No puedo elegir...

Un golpe a la columna de comando, el Spitfire baja unos metros .El choque...

TUMP!

Descontrolado por el choque, el ala del "Rayo Negro" toca las rocas...

CRASH!

Se desgaja el ala, el "Rayo Negro" gira sobre sí mismo, se va disgregando al golpear contra la arena y las rocas...

Por fin...

Un viraje, y el Spitfire toca tierra en la playa, lisa y dura como una pista .El capitán Stevens salta al suelo.

Quizá está sólo herido... ¡Ojalá! ¡Peleó tan bien!

Pero no... lo que queda del "Rayo Negro" arde furiosamente.

Quedó atrapado...

Una voz, a espaldas del capitán Stevens...

No, inglés... No... Todavía no se disparó el último balazo de este combate...

Es un hombre muy joven, de ojos claros. De la misma edad que Stevens. Podrían ser dos compañeros de vacaciones en la playa. Sólo que el piloto del "Rayo Negro" empuña una pistola Luger...

El último tiro... lo dispararé yo... inglés...

Se crispan los dedos que sostienen la Luger... Pero de pronto ceden...

Pero...

Muerto. Un balazo en la espalda. La ráfaga que le solté primero. No sé cómo aguantó tanto.

Ahora entiendo por qué se dejó encerrar contra el acantilado, ¡era demasiado buen piloto, pero la herida le impidió maniobrar!

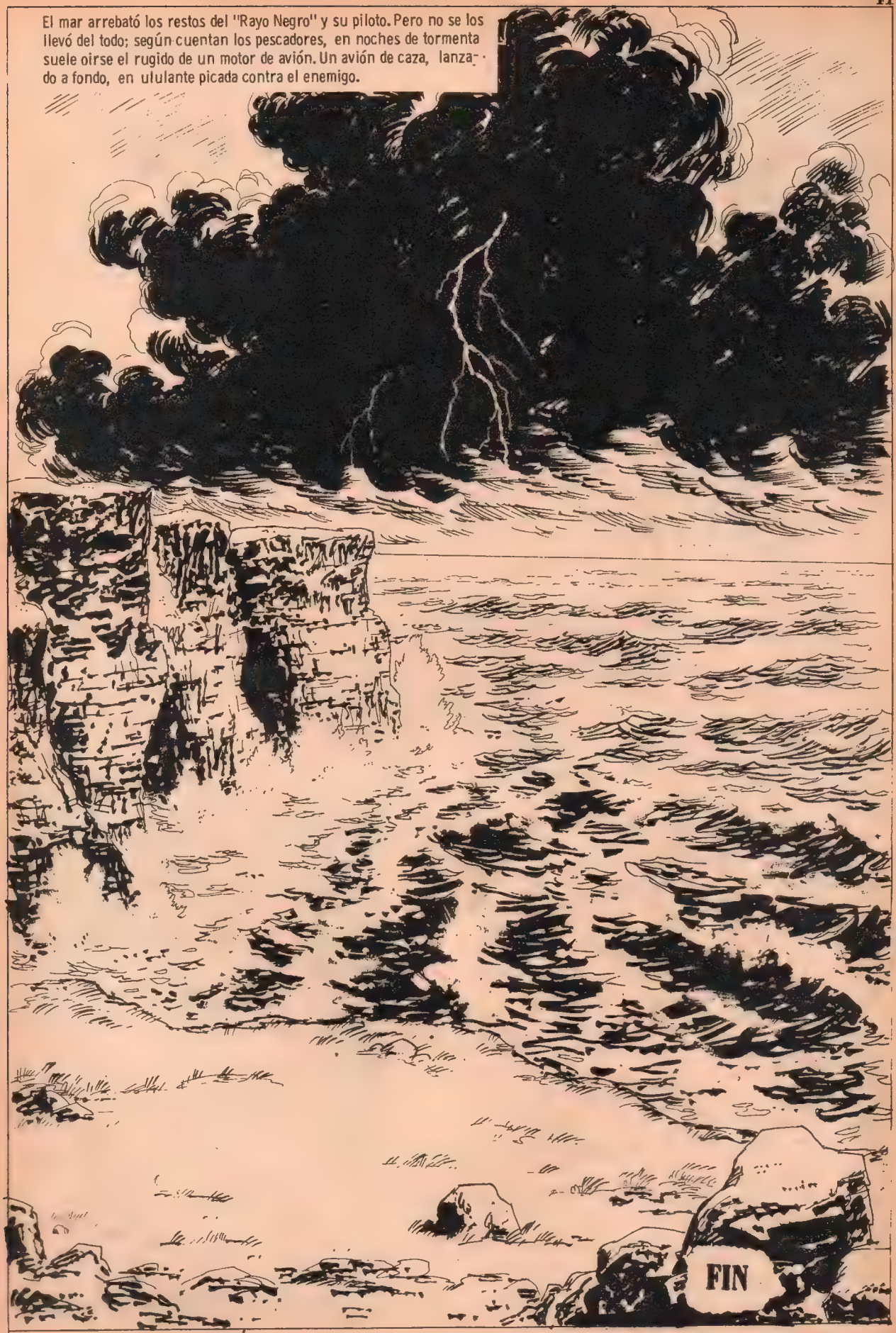
Stevens vuelve el cuerpo del caído. El rostro pálido, hermoso, parece dormir. Las olas murientes de la marea que sube juegan con los cabellos como si fueran algas rubias.

Debo irme... La marea tapará en seguida todo esto. ¿Qué mejor sepultura que el mar?

El capitán Stevens regresa sin dificultades al aeródromo. No hay felicitaciones, ni entusiasmo aparente.

Pero el capitán Stevens sabe que se ha ganado para siempre a los pilotos de su escuadrón. Hasta a Smuts...

El mar arrebató los restos del "Rayo Negro" y su piloto. Pero no se los llevó del todo; según cuentan los pescadores, en noches de tormenta suele oirse el rugido de un motor de avión. Un avión de caza, lanzado a fondo, en ululante picada contra el enemigo.



HOMBRE DE PUNTA

Por GERMÁN STURGISS

Dibujos de REZZÓNICO

Pedro Baigorria - COLUMBEROS (nov-21)

El teniente Briggs señala el lugar en el mapa.

El objetivo es el punto 3L... Desde aquí los japoneses vigilan el aeródromo y dirigen el bombardeo de sus cruceros.

Tienen que averiguar cuántos japos hay, qué clase de defensas, si hay artillería. Carson será esta vez el hombre de punta.

¿Carson? ¿Y yo?

Usted, Halley, vendrá atrás conmigo. Y no rezongue, alguna vez tenía que dejar la punta a otro.

Arden los ojos de Halley en el rostro anguloso, demasiado cavado por la fiebre, por la disentería.

Está bien. La punta es tuya, Carson.

Es un honor.

Carson trata de ocultar el resentimiento tras el sarcasmo. Siempre se quedó en el medio, la punta es el lugar más responsable y riesgoso en una patrulla. Halley tuvo siempre pasta de héroe, él no.

Salimos a las quince.

Tú estás para la enfermería, Halley... No para andar de patrulla.

¿Acaso tú estás mucho mejor? ¡Todos aquí estamos más para la cama que para la jungla!

¡Pero los japos están todavía peor! ¡Ya verás que la patrulla resulta un paseo!

Blanquea la sonrisa en el rostro requemado. Halley procura ser el inquebrantable optimista de siempre, el nervio que sostuvo a todo el pelotón aún en los momentos más difíciles.

Seguro, Halley... La patrulla resultará un paseo...

(Pobre Halley, está terminado. Tantas veces nos hizo de niñera y nos cambió los pañales... Pero ahora...)

Carson...

¿Puedo ser el segundo hombre?

¿Quieres venir detrás mío? Negativo... Los nuevos van siempre en el medio.

Lennox es el último relevo, debe tener apenas la edad reglamentaria. Sus grandes ojos azules no han visto nada todavía.

¿Por qué tantas ganas de lucirte? No habrá televisión, ni siquiera reporteros...

¡No es por eso, Carson! ¡Pero yo vine a Guadalcanal para pelear! ¡Y todavía no he visto un solo japonés!

Carson sacude la cabeza. Pobre Lennox, está muy verde, pero ya aprenderá.

¡La hora, Carson!

Suerte que me lo recomendaste, Nazzari. Tengo tantos compromisos sociales que seguro me olvidaba.

El peso ya tan familiar del equipo de combate. El fusil, los peines de balas, las granadas. Sí, la caramañola está llena. Los mapas en el bolsillo. El paquete con las vendas y la sulfa.

Vamos...

¿Qué haces aquí, Lennox? ¡Te dije que los nuevos...!

Hablé con Halley... y él le habló al teniente. Dijeron que sí, que puedo ser segundo.

¿Qué importa, después de todo? Si tiene tantas ganas...

¿Adónde iremos? ¿A Tokio?

No... ¡Qué disparates se te ocurren! Vamos a una casa de té llena de "geishas"...

No hace falta recomendarles silencio. Cuando dejan atrás el último puesto de avanzada las palabras mueren de muerte natural.

Carson avanza despacio, levantando las piernas. Con ojos alertas inspecciona las ramas, cada liana. La emboscada puede estar en cualquier parte.

Sobre todo busca pastos y ramas cortadas. Que delaten un campo de tiro ya preparado por los japoneses.

Nazzari y Raimundo van por el flanco.

(Pobre Nazzari... No debería estar aquí, con tres chicos y la mujer siempre delicada...)

Pero Nazzari no se queja nunca, dice que cavando la tierra jamás ganó tanto dinero como con los "marines". Y en casa no hay plata que alcance. Gran tipo, Nazzari...

(¡Cuántos pájaros!)

Sí, ensordece la algarabía allá arriba. El mundo animal y vegetal sigue inmutable sus eternos ritos de la vida y de la muerte, tan ajeno a los hombres y sus luchas.

(Ya llevamos una hora... Faltan tres, lo menos...)

¡Carson!

Es Lennox quien susurra su nombre con súbita urgencia.

¡Allí!

Un japonés. Muerto quién sabe desde cuándo.

¡BIAM! ¡BIAM! ¡BIAM!

Lennox no puede con los nervios, quizá cree que el japonés está vivo. Carson le aparta el fusil con violencia, descarga la cachetada.

¿Qué haces, bestia? ¡Hasta en Tokio se enteraron ahora de que estamos aquí!

Halley y el teniente Briggs llegan al trote.

–¿Qué pasa?

El imbécil... ¡Llévatelo atrás, Halley! ¡No lo quiero de segundo!

Es su primera patrulla, Carson... hay que tenerle paciencia. Sigue detrás de Carson, Lennox... ¡yo sé que no volverás a distraerte!

Reanudan la marcha. El calor sofocante agobia pulmones y músculos, el cerebro se embota, la marcha se hace mecánica.

De pronto... hay algo de raro en este pasto "kunai"...

(¡Pasto cortado!)

El brazo en alto, la señal de parar. Pero Lennox no ve nada, avanza como atontado, los ojos fijos en el suelo.

Sobresaltado, Carson se vuelve fuera de sí.

¡Otra vez tú, imbécil! ¡Y siempre apuntándome! ¡Llévatelo atrás, Stekel!

El pasto cortado resulta un falso indicio. Carson cruza el claro a la carrera pero no pasa nada.

Un arroyo de aguas detenidas, nauseabundas. El ribazo es una defensa natural, el teniente Briggs decide aprovecharla.

Descansaremos quince minutos.

Nazzari se acerca. Siempre tiene algo extra, desde chocolate a medio derretir hasta algún trago.

Toma... Coñac francés del tiempo de Napoleón... Destilado ayer, detrás de la barraca.

Halley se derrumba junto a Carson.

Vas bien, muchacho. Un poco despacio, no creo que lleguemos hoy al palacio del emperador. Pero eres casi tan buen hombre de punta como yo...

Sin alegría, la sonrisa de Halley. Traga a la vez un puñado de pastillas de atabrina, la fiebre le cava todavía más el rostro.

Debes estar muy mal, Halley... Primera vez que admites que alguien es tan bueno como tú.

Qué quieres, Stekel mío... Es la madurez de los veintiuno, cuando tenga veintidós y me hagan general hasta admitiré que te sabes sonar solo la nariz.

Nazzari ha sacado papel y estruja un lápiz con sus dedos de chorizo.

¿Cómo puedes escribir con este calor, Nazzari?

¿Y quién escribe? Mira...

Son dibujos... Ya sé que están mal, pero hasta Peppino, el más chico, me los entiende. No se duermen si la madre no les pone a cada uno un dibujo bajo la almohada...

Hay que seguir. Unos minutos más y es como si no hubieran descansado.

(Y todavía no llegamos a la mitad... No sé cómo aguantaremos hasta...)

¡TATATATATA

El instinto lo zambulle detrás del primer tronco. Contesta el fuego, aunque no ve nada.

TATATATATA BANG! BANG!

¡Una emboscada!

Pero... ¡Nazzari!

Demasiado lenta la reacción de Nazzari, está al descubierto...

¡Nazzari!

TA TA TA TA TA TA!
TA TA TA TA TA TA!
¡Hay que sacarlo de ahí! Si alguno ayudara...
¡Lennox!
Pero Lennox está hecho un ovillo, completamente inmóvil.
¡Otro que la ligó!
¡Yo te cubro, Carson!
La voz calma de Halley, siempre dueño de sí. Carson arranca...
BLAM! BLAM!
Todavía respira...
La carabina de Halley dispara con rapidez.
BLAM! BLAM!
Por fin, el refugio de un tronco caído...
¡Está vivo!
No por mucho... ¡Un balazo en la nuca!
Vamos con los demás, Carson. El teniente ordenó retirada.
¡Pero te digo que está vivo!
¡Como si estuviera muerto! ¿No ves el agujero? ¡Vamos!
Pero...
No, no hay esperanzas para Nazzari. Carson sigue a Halley...
Vamos, Stekel... Retirada...
BLAM
Se escurren agazapados, corren en zigzag. Alguien los precede, muy adelantado... ¡es Lennox!
¡Estaba bien! ¡Y no quiso ayudar cuando lo llamé!

¡Yo lo bajo!

¡Carson!

¿Estás loco? Los japos están de aquel lado. ¡Vamos!

Este... sí... vamos...

Se repliegan. Parapetándose tras los troncos y disparando de tanto en tanto.

BLAM BLAM

ZIIIING

Disminuye el fuego enemigo. Pero de pronto...

¡Halley!

Halley queda tendido. Imposible acercarse mientras sigan aquellos tiradores ocultos...

Por Nazzari...

BOOM!

¡Arriba, viejo! ¿Qué momento elegiste para echarte a dormir?

BLAM BLAM

Más disparos. La carne se contrae esperando el impacto del plomo.

¡BLAM! ¡BLAM!

Pero es Stekel el que dispara, cubriéndolo.

En el pecho... hay que vendarlo...

Deshace el paquete de vendas, la sangre enrojece el algodón cuando trata de taponar, aprieta más, ahora la venda...

¡Empieza a llover!

Se derrama el cielo con súbita furia tropical.

Listo... Cárgalo tú, Stekel... Yo iré detrás con los fusiles. Si atacan lo dejas y tiras también.

¡Es pesadísimo! Y no creo que viva... ¿Lo dejamos?

¡No! ¡Halley nunca dejó a ninguno!

Tan densa la lluvia... Como una tiniebla líquida.

¡Oh!

Difícil hacer pie. Stekel resbala. Se llena de barro el rojo vendaje del herido...

Con mi camisa y tu capote armaremos una camilla... Será más fácil de llevar.

Pasan los fusiles por las mangas de la camisa, serán los soportes de la camilla. Reanudan la marcha.

Ahora avanzan con mayor rapidez. Aunque siguen resbalando y cayendo. Ha dejado de llover pero el agua se escurre en improvisados torrentes.

Carson...

¿Qué pasa, Halley?

Carson...

Te escucho, Halley...

Nada... Sé que no van a dejarme... Además...

-Eres un buen hombre de punta... La emboscada... no tu culpa... Eres un buen... hombre... de punta...

No hables más, Halley... Te hace daño.

Hay que seguir, apurando todo lo que puedan. Están tan lejos todavía de las líneas...

Algo chicotea entre las ramas... Una detonación...

¡Tiros!

¡BLAM!

Dejan al herido, cada uno recupera su fusil...

¡Allí!

BLAM BLAM

¡Aggg...!

Certera, la puntería de Carson.

Era uno solo...

¡No! ¡Son un montón!

¡Estamos rodeados! ¡De aquí no salimos vivos! ¡Corramos, Carson!

¿Y Halley?

¡Lo dejamos! ¡De todos modos está listo! ¡Vámonos!

¡No!

Sin darse cuenta Carson tiene en la mano la bayoneta. Y la apoya en la garganta de Stekel.

¡Vuelve a decir que lo dejamos y te degüello!

De nuevo la marcha entre la espesura. Chubascos intermitentes, cada vez llueve menos.

El cuerpo en la camilla pesa una tonelada. Pero Stekel revela vigor insospechado, no afloja. De pronto...

¡Allí adelante hay alguien, Carson! ¡Oigo voces!

¡Vienen, sargento! ¡Por allí!

¡Hablan en inglés!

¡Lily! ¡Lily!

"Lily", la contraseña de los "marines". Se puebla la maleza de uniformes moteados.

Tercer pelotón, compañía B...

Ya sabemos... Hace un rato llegaron otros...

Un "medic" se inclina sobre Halley.

La tiene en el pecho...

Ya veo...

Podías haberte ahorrado el trabajo... Está muerto desde hace un par de horas...

Tres días más tarde. De nuevo en la pequeña tienda del teniente Briggs, que explica la próxima patrulla.

Stekel será el hombre de punta. Usted, Carson, es ahora el más veterano. Irá atrás, conmigo.

Otra vez. la jungla. Tanta vida ocultando tanta muerte.

Otra vez el sigiloso abrirse paso por entre las lianas y el pasto "kunai".

Vamos demasiado despacio...

(Sí... Anochecerá antes de que lleguemos al objetivo... Stekel no sirve de punta... Tiene demasiado miedo...)

Carson no dice nada. Pero acelera el paso. Alcanza a Stekel.

Stekel...

¿Qué pasa?

Orden del teniente. Que vayas atrás con él. Yo seguiré en la punta.

Gracias, Carson... Gracias...

De paso dile a Lennox que venga de segundo. Tiene que aprender.

No llega contraorden del teniente. Acepta lo dispuesto por Carson.

Yo vigilaré la derecha, tú mira a la izquierda, Lennox. ¡Y nada de balear japos muertos!

No lo haré más, Carson... ¡Y tampoco volveré a esconderme cuando me necesiten!

El paso de Carson se hace elástico. Es el mejor hombre del pelotón, el hombre de punta indiscutido. Todos, hasta el teniente Briggs, dependen de él. No más quedarse en el medio sin jugarse.

"Eres un buen hombre de punta, Carson... Eres un buen hombre de punta..."

¿Es el viento, que estremece las frondas allá arriba? Posible, pero Carson juraría que es la voz de Halley...

"Los chicos de Nazzari no tendrán más dibujos bajo la almohada... ¡pero de nosotros depende que el sacrificio no haya sido en vano!"

¡Ya me parecía! ¡No es el viento! ¡Es Halley!

Desde atrás llega una orden.

¡Descanso, Carson! Orden del teniente.

Bien. Dile que yo sigo.

Quiero explorar el otro lado del arroyo... ¡no más emboscadas!

Pero... ¿vas a ir solo? ¡Voy contigo!

Descansa la patrulla. Sin un ruido, Carson y Lennox se esfuman entre la espesura.

FIN

TRAIDOR

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Baja la ladera la patrulla alemana. Todos esquiadores expertos, son blancos fantasmas corriendo entre los abetos.

Dibujos de GÓMEZ SIERRA

El jefe, el teniente Kircher, se aparea al guía Nils Bjornson.

¿Seguro que vamos bien, Bjornson?

Seguro, teniente... ¡A la derecha!

Nils Bjornson dobla, es un esquiador fuera de série, debe esperar a que el teniente y el resto de la patrulla lo alcancen.

¡Ya los veo!

Nils Bjornson, teniente de la reserva en el ejército noruego, pertenece a una de las grandes familias de Oslo. Su tutor es el poderoso industrial y miembro del Parlamento. Como algunos otros oficiales noruegos, está colaborando con el ejército alemán de ocupación.

¡Son seis guerrilleros!

La patrulla se despliega en arco, son como una bandada de blancos halcones cerrándose sobre la presa.

Los guerrilleros son también esquiadores avanzados. Pero llevan un trineo con un cuerpo, se retrasan. Sin dejar de correr, los alemanes abren el fuego.

Responden los guerrilleros. Rabioso tiroteo a velocidad fantástica en el nevado bosque, oscurecido más y más por la noche que cae.

Un soldado se desvía, sigue deslizándose, pero ya muere, tiene un tiro en la cabeza.

Como si tropezara contra una pared rueda en la nieve un guerrillero: un balazo le ha partido el cuello.

8519

Abandonando el trineo y el compañero caído, los guerrilleros tuercen hacia un barranco abrupto. Bjornson se acerca al teniente alemán.

¡Demasiado oscuro para seguir, teniente!

Podemos caer en un precipicio o en una emboscada. De todos modos, no tienen escape.

¿Seguro?

Seguro... Toda esta ladera es muy accidentada, y la noche es tan oscura para ellos como para nosotros. Y llevan un herido, ... ¡mire!

Además, huyendo por ahí terminarán encerrándose contra el mar. No tienen escapatoria: ¡mañana será fácil cazarlos!

El teniente Kircher tiene que confiar en el noruego. Después de todo, gracias a él han estado a punto de cazar a los guerrilleros. Una especie de caverna poco profunda les sirve de abrigo para acampar.

Arde alegre el fuego, circulan las raciones calientes, en las caramañolas hay del mejor aguardiente noruego.

Pude haberme quedado con la guarnición en Oslo...

Pero ésta es la vida que me gusta... El bosque, la montaña, un buen par de esquíes y algo para cazar... Un animal. O un hombre.

Nils Bjornson bebe el café casi hirviendo. Sí, es bueno estar junto al fuego después de toda una tarde en el bosque y en la nieve. Valió la pena, fue una carrera estupenda.

El aroma del café trae el recuerdo de otros cafés en un ambiente muy diferente. Allá, en la casa solariega, en el mejor suburbio de Oslo:

Una nueva Noruega aliada con la nueva Alemania...

El tío Eric, el tutor de Nils, se entusiasma al hablar.

Una Noruega grande, poderosa... ¡Tú, Nils, ayudarás a forjar esa gran Noruega que será parte de la gran Alemania, ¿verdad?

¡Sí, tío Eric!

Tío Eric, su tutor, es un miembro importante del Parlamento. Y brazo derecho de Quisling, el jefe de los colaboracionistas noruegos; es para él un orgullo y una gran ventaja que Nils coopere activamente con el ejército alemán.

Los soldados, junto a otra hoguera, cantan canciones bávaras. Canciones impregnadas de ausencia, de hogar lejano, de patria distante.

¡Oh, Vaterland! ¡Oh, patria querida!

Quisiera ser mujer para poder llorar cuando oigo cantar así. Claro que es una per feliz... ¡porque es una dicha tener una patria que nos llena de nostalgia cuando estamos lejos! ¿No le parece, Bjornson?

Claro, hago mal en preguntarle, disculpe... ustedes los noruegos tienen una patria demasiado pequeña, no pueden entender. Si entendieran no colaborarían con nosotros, los invasores...

Usted llegará a ser un buen alemán... Lo tiene todo: coraje, fuerza, y un origen racial que viene del mismo viejo y maravilloso tronco germano. Brindemos, mi amigo... ¡por el nuevo buen alemán, el teniente Bjornson! ¡Skoll!

¡Skoll!

A las primeras luces del día siguiente ya están en pie la patrulla alemana y su guía noruego. Encuentran con facilidad las huellas de los guerrilleros.

De nuevo se estira en el paisaje helado la patrulla alemana. Siempre con Nils en la punta; el teniente va detrás.

Con cuidado... ¡es un lugar muy difícil!

Una zona de grietas y precipicios. Se quitan los esquíes; durante un largo rato bajan así, siguiendo las huellas de los guerrilleros.

Llegan por fin a una pequeña hondonada. Un círculo negro marca el lugar de una hoguera.

Acamparon aquí... ¡Las cenizas están todavía muy calientes! ¡No pueden estar lejos...!

Mire, Bjornson...

El teniente señala una cruz de palo, un montículo.

Olaf... el único nombre que alcanzaron a ponerle.

¡Quién sabe cuánto los retrasó la muerte y el entierro!

Desde aquí siguieron con los esquíes. ¡Por los bordes tan netos las huellas son muy recientes!

¡Ponerse los esquíes pronto!

Reanudan la marcha, pero pronto Nils toca el brazo del teniente.

Aconsejo no seguir las huellas, señor... Si tomamos por la izquierda, al salir de los árboles los tendremos muy cerca.

De nuevo se lanza por la pendiente la patrulla alemana. Velocísimo, Nils marca el camino sorteando árboles y rocas. Salen por fin del bosque.

¡Ahí están!

¡Han ganado más distancia de la prevista: podrán balear con comodidad a los guerrilleros.
¡Pronto! ¡El fusil ametralladora!

¡Los tenemos!
¡Alto! ¡Ríndanse!

¡Se entregan!
¡No tiren! ¡Los prefiero vivos!

Buen trabajo, Bjornson... ¡si no es por usted no los copamos nunca!
¡Se escapa uno!

No irá lejos... ¡Va derecho al precipicio!

Pero el fugitivo es un esquiador extraordinario. Vuela sobre el abismo sin perder el equilibrio.

Y termina cayendo muchos metros más abajo, sigue huyendo a velocidad fantástica.

¡Hay que cazarlo! ¡Que no se escape!
¡Déjemelo a mí, señor...!

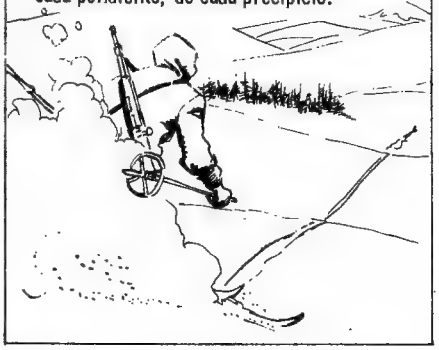
Va por un lugar muy difícil pero yo lo conozco bien... ¡iré mucho más ligero si voy solo!

Nils no espera la autorización, enfila hacia el precipicio con arranque decidido.

También él vuela sobre el abismo, cae casi en el mismo lugar donde lo hiciera el fugitivo.

Nils no exageró nada cuando dijo que era un lugar difícil; es como disputar un "slalom" olímpico. Debe apelar a toda su ciencia de esquiador consumado.

Por fin lo ve. Lejos aún; se trata sin duda de un excelente esquiador, pero Nils tiene una ventaja: su perfecto conocimiento de cada pendiente, de cada precipicio.



Tendrá que doblar, por ese lado no se puede seguir... ¡Iré a esperarlo por la derecha!

Está repitiendo la maniobra que permitió copar a los otros guerrilleros. Le da resultado.

Ahí viene... ¡que no me vea!

No es un tiro tan fácil: el guerrillero se desliza a gran velocidad.

Pero Nils Bjornson tira con apoyo y tiene el pulso firme.

¡Le dí!

Una veloz carrera lleva a Nils junto a la oscura figura caída de bruces en la nieve.

La bala le dio en el costado...

Lo da vuelta, es muy liviano.

¡No!

Una muchacha bellísima... Contrasta la piel tan suave, el oro de los cabellos, con la burda y raída capucha que les hace de marco.

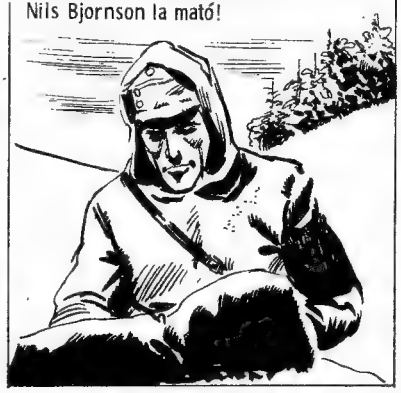
Una muchacha...

Todavía respira. Los enormes ojos azules miran a Nils luminosos de desafío, de orgullo final.

Noruega... libre... Noruega libre... ¡para siempre!

Cae contra la nieve el rostro tan hermoso. Los ojos miran ya sin ver.

Nils Bjornson solo con la muerta. "Noruega libre... para siempre..." ¡Y él, Nils Bjornson la mató!



Nils sacude la cabeza; no, no hay que pensar. Mató a una guerrillera noruega, eso es todo.

Ojalá tenga algún documento. Así puedo probarle al teniente que cacé al fugitivo.

No, no tiene ningún papel en los bolsillos. Aunque esa cara...

Me resulta conocida. ¡Sí! ¡Es Birgitte Brander!

Birgitte Brander, una heredera famosa, salía muchas veces en las tapas de las revistas. Birgitte Brander, peleando con los guerrilleros...

No pienses más, Nils... mejor no pensar... ¡y vámonos!

Que el teniente te crea o no, lo mismo da.

Ya sin prisa Nils Bjornson regresa por el nevado paisaje. Chirridos de alguna ardilla a la que todavía no adormeció el invierno. Alguna rama gimiento en el viento. El eterno aroma de la resina.

El viento de siempre, tan antiguo, entre los árboles. El viento de siempre, contando las viejas sagas de la tierra.

Viento contando de vikingos que partieron para no retornar, viento memorando leyenda, simples consejas infantiles, canciones de cuna, tradiciones tan metidas en la sangre...

No será una patria grande... Noruega no llegará nunca a dominar el mundo, pero es toda una patria... ¡mi patria!

"Noruega libre..." dice el profundo rumor del viento en hondonadas y abismos. "Noruega libre..." dice algún torrente todavía no congelado.

"Noruega libre..." repite en lo alto, el chillido de las últimas aves viajeras.

"Noruega libre...para siempre" dice el pecho roto en sollozos de Nils Bjornson.

Y yo...¡yo la maté!

Llega donde está la cruz sobre el túmulo del guerrillero muerto.

La cruz...y Birgitte quedó allá tirada, con la cara en la nieve.

Sin siquiera una torpe cruz de palo... ¿Qué clase de traidor eres, Nils Bjornson? ¡Ya mismo estás volviendo para enterrarla!

Pero no... otro pensamiento le fulgura en el cerebro. Los muertos pueden esperar...¡Ella misma se lo pediría!

Media hora más y Nils Bjornson llega al refugio donde está acampada la patrulla alemana.

El teniente parece estar de festejo. Cazaron un ciervo y lo están asando. En aquella otra cueva están los prisioneros.

Nils Bjornson saluda al centinela, apostado allá arriba; enfila hacia él.

¡Hola, noruego!

El teniente Kircher está feliz, sí. El grito del centinela anunciando la llegada de Nils termina de hacer todo perfecto. Porque vuelve a tener a su lado aquel guía estupendo que le ha permitido capturar vivos a tres guerrilleros y aniquilar al resto de la banda.

Por una vez el teniente Kircher confraterniza con la tropa, la ocasión lo vale.

¡Listo el ciervo, señor!

Los tres guerrilleros capturados serán interrogados por la "Inteligencia". ¿Quién sabe cuántas redes de la resistencia se destruirán por ellos? ¡Sí, es una victoria como para llenarse de aguardiente!

¡Por el Tercer Reich, muchachos!

¡Heil Hitler!

Se descorre la lona que protege del viento. Aparece Nils.
¡Por fin llegaste, Bjornson, gran amigo y gran aliado! ¿Cómo te fue con el fugitivo?
Nils se sienta, no despega los labios.
¿Qué? ¿No dices nada? Señal de que se te escapó... ¡No importa, ya sobra con lo que hiciste! Aquí tienes un vaso, vamos a brindar...
¡Por la gran Alemania! ¡Por la gran Alemania que abarcará desde los Pirineos a los Urales, desde el Mediterráneo al Artico! ¡Skoll!
Pero... ¿qué te pasa? ¿Por qué no bebes? Acaso...
Un gemido ronco interrumpe al teniente Kircher. Se corre la lona...
¡El centinela!
¡Wiener!
El centinela, sí, desfalleciente, y con la cabeza tinta en sangre, ya cae de rodillas. Apunta a Nils con dedo vacilante.
El... me sorprendió... mató también a Krusse y a Willi... ¡soltó a los prisioneros!
El centinela termina de caer, ya sin vida.
¡Traidor!
¡SÍ! ¡Traidor al invasor de mi patria!

Es imposible herir a tantos hombres sin que alguno tenga tiempo de reaccionar.

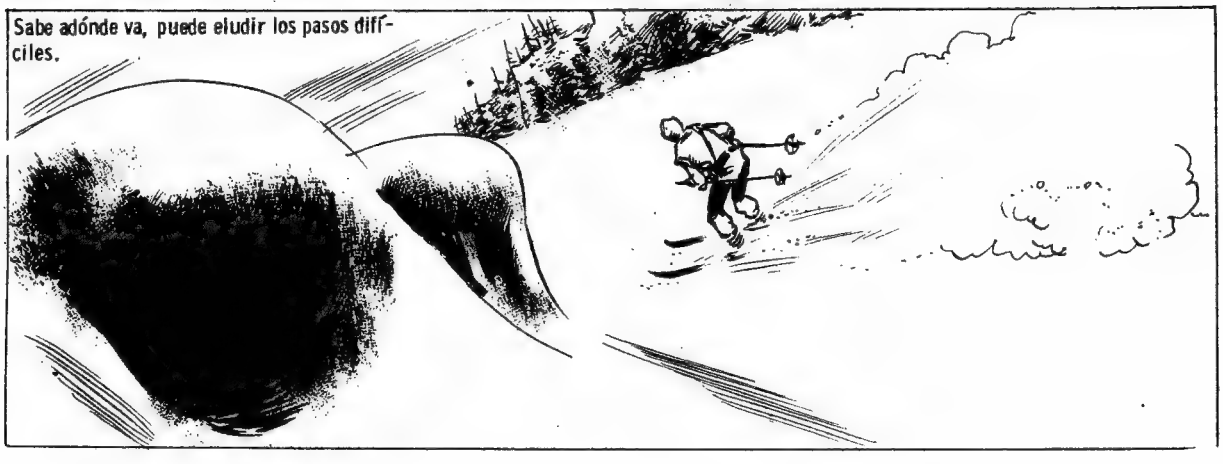
Dos balazos de una ráfaga aplastan a Nils contra la roca.

Pero sigue tirando hasta que no queda ninguno en pie.

No está mal...toda una patrulla alemana aniquilada...

Con paso vacilante sale del refugio. Tres puntos negros, muy lejos ya, huyen por la nieve.
Los guerrilleros...¡por lo menos ellos se salvaron!

Nils Bjornson se coloca los esquíes.
Ahora, mi última carrera.


Sabe adónde va, puede eludir los pasos difíciles.

El frío de la carrera embota el dolor de las heridas. El desmayo anda cerca, pero no, tiene que llegar.

Se desliza a ratos inconsciente, sostenido sólo por los reflejos exactos de tantos años de práctica. La meta, por fin.

Imposible cavar una tumba en el suelo helado. Pero sí puede levantar un túmulo de piedras.

Una agonía cada piedra pero tiene que hacerlo... No puede dejarla así tirada como un perro.

Cuesta tanto cortar dos ramas... atarlas...

Las fuerzas le alcanzan apenas para clavar la cruz en la nieve...

El viento sigue despertando ecos hondos entre los abetos. Ecos que, en su idioma milenario, están repitiendo con Birgitte y Nils Bjornson "Noruega libre... Noruega libre..."

Fin

EL ÚLTIMO VIAJE

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

toritodel2001

Pasa veloz la espuma despeinada de la ola y el viejo carguero se endereza con trabajo; si no fuera por el bramar del viento se oiría el gemir de las chapas, trabajadas por el óxido y por cincuenta años de océano.

Es una de las tantas borrascas de otoño en el Mar del Norte. El mar desierto, además del temor a la tempestad, dice del miedo a las acechanzas de los submarinos alemanes.

En la desvencijada timonera del "Gorgona" el capitán Elijah Burns mastica la pipa apagada; a su lado Larry, su hijo y primer oficial del buque, trata de ver algo entre los chubascos y los golpes de agua.

¿Crees que aguantaremos, padre? Este oleaje nos fuerza demasiado la máquina.

Aguantará, Larry, aguantará... Como aguantó tantas cosas...

Cuesta admitir que el "Gorgona" está terminado. Aunque si viajan sin carga rumbo a Glasgow es justamente para "enterrarlo": el maltratado casco será desguazado y liquidado como hierro viejo.

También el capitán Burns será "liquidado": aquél es su último viaje como capitán. Ya le espera la pensión, el cuarto en un hotelito para jubilados e. Cairns, al norte de Glasgow.

¡Qué lejos están aquellos días de cielo azul profundo y piratas árabes en el Indico! Y los leones jugando en la espuma, el aroma violento de la selva...

Y los ágiles, encantados praos polinesios, con su carga de flores y de muchachas.

Y el rostro de Mary, sonriendo lágrimas al final de cada viaje... "Dulce Mary, por qué te habrás ido hace tanto..."

"...contigo a mi lado no hubiera hecho falta el hotelito para jubilados, recordar contigo en el fuego de la chimenea tanto puerto, tanto mar..."

Para Larry, en cambio, aquel viaje es un principio: en Glasgow le confiarán el "Swallow", su primer mando como capitán.

Cada vez se ve menos... ¡Y el viento nos está recostando contra la costa! Tendremos que apurar...

Larry será un excelente capitán, hace tiempo que se las arregla para indicar al padre lo que debe hacer.

(Como si yo no me diera cuenta... ¡Si Larry no fuera mi hijo...!)

toritodel2001

El capitán Burns habla en el tubo que comunica con el cuarto de máquinas.

Necesitamos tres nudos más, Joel... ¡o terminaremos reventándonos contra los escollos de la costa!

Desde allá abajo le llega una maldición.

¿De qué tres nudos me hablas, Eli? ¿De dónde quieres que los saque? ¡Da gracias porque todavía gire la hélice!

El capitán Burns suspira. Pobre "Gorgona". Puesto en apuros por una simple borrasca... Pensar en los tifones que corrieron en el Pacífico... Y los huracanes, en el Caribe...

Y aquella vez en el Golfo de Bengala, cuando...

Disculpa, padre...

¡Pero las olas siguen tirándonos contra la costa! Habría que virar y buscar refugio en Glenn Bay. Sólo así...

Un timbrazo interrumpe a Larry. Llamado urgente del cuarto de máquinas.

¿Qué pasa, Joel?

¿Qué quieres que pase? ¡Que esta vieja batidora no da más! ¡O reduzco la marcha a cinco nudos o estallamos!

¡Y aún a marcha reducida terminará de romperse en cualquier momento!

De pronto Larry es otra vez el hijo, está desconcertado, busca el apoyo del padre.

¡No llegaremos nunca ni siquiera a Glenn Bay!

El capitán Burns sonríe por dentro. Le hace bien a Larry un poco de susto. Así se aprende. Pero no hay tiempo que perder, si Joel lo dice seguro que la máquina se romperá.

Quince puntos al oeste, Tommy.

El "Gorgona" empieza a apuntar la proa hacia la costa.

Pero... ¡nos estrellaremos contra los escollos!

Tranquilo, Larry, tranquilo... Buscaremos refugio en la ría del Lems.

¿La ría del Lems? ¡Pero si no es navegable, padre! ¡Está tapada por los bancos y los escollos!

El capitán Burns sonríe feliz. ¡Ahora valen la experiencia, los años de correr temporales en aquellas costas difíciles para los inexpertos, fáciles y llenas de recursos para los que saben!

Déjeme el timón, Tommy.

El "Gorgona" se acerca más y más a la costa...

¿Seguro que vamos bien, padre?

Seguro, Larry... ¡Si la máquina no se rompe, pronto estaremos más tranquilos que bebito en la cuna!

La costa aparece alta, amenazante. Pero el capitán Burns sabe lo que hace...

Vamos bien... Esa es Punta Morgan. Que no se te olvide, Larry, por si alguna vez la necesitas. Momentos como éste hacen a los buenos marinos.

toritodel2001

La corriente tira para afuera.

Claro, el Lems baja crecido en esta época del año. ¿Notas que ya hay menos olas?

Recostado hacia Punta Morgan, el "Gorgona" sigue penetrando en la ría del Lems.

Que no se te olvide, Larry... Tirándote hacia la Punta hay un canal no registrado en las cartas.

Entraremos un poco más y echaremos el ancla. ¡Pensar que, igual que tú, todos creen que la ría del Lems es...!

Un tremendo sacudón hacia adelante, el "Gorgona" acaba de chocar contra algo durísimo... Por no caer, Larry está a punto de romper el vidrio de la timonera...

Pero...

El súbito choque frena al "Gorgona", es imposible ver contra qué han embestido. Larry desvía la mirada, no quiere que el padre le vea el reproche en los ojos.

(Pobre viejo... ¡decía que la ría estaba libre de escollos! ¿Con qué otra ría se habrá confundido?)

Pero el choque resulta mucho mas serio de lo que Larry imagina en el primer momento. De la entraña del buque suben gritos.

¡Vía de agua en la bodega! ¡Parece muy grande!

El capitán Burns está aturdido. Larry, en cambio, ya es todo actividad.

No entiendo... ¡nunca hubo escollos en este lado de la ría!

¡Sanger, Oppers, Sao Kan! ¡A las bombas de achique!

Larry habla con energía en el tubo acústico.

Mantén la velocidad, Joel. ¡Que no nos arrastre la corriente!

¡Gustavson y Clay, el ancla! ¡Ayúdalos, Tommy!

Nada más que hacer por el momento, pobre viejo; terminar su carrera de capitán encallando así... Pero... ¿qué le pasa?

¡Padre!

Larry...

¿Lo estará trastornando la enormidad de lo ocurrido? Pero no...

¡Allí, Larry! ¡Mira!

Algo oscuro asoma en el agua, a pocos metros del "Gorgona".

toritodel2001

Algo que crece, vagamente rectancular...

Por fin se la distingue bien... ¡es la torreta de un submarino!

¡Un submarino alemán!

Delante de la torreta aparece un surco profundo. Marca donde chocó la proa del "Gorgona", si la velocidad no hubiera sido tan reducida lo habría partido en dos.

¡Está averiado!

¡Claro! ¡Hemos chocado contra él! ¡Ya decía yo que no podía haber escollos por aquí!

Hay una nota de triunfo en la voz del capitán Burns. Larry quisiera alegrarse también pero ya algo se mueve en el submarino...

¡El cañón!

Ya los alemanes corren hacia el cañón. Larry reacciona.

¡Tommy, Gustavson, Clay! ¡Al cañón! ¡Súbeme la Thompson, Joel! ¡Todos arriba, con lo que tengan!

Cuando empezó la guerra el "Gorgona" fue artillado con un pequeño cañón, un veterano de la guerra anterior. Si hubiera sido por el capitán Burns el cañón sería ya un bloque de óxido, pero Larry lo cuidó siempre.

¿Qué esperas con ese nudo, Tommy? ¡Desátalo ya!

Es una carrera frenética. El cañón que dispare primero tendrá ventaja decisiva. Los cabos que sujetan la lona están duros por la sal, se niegan a los dedos.

Toda la tripulación del "Gorgona" está ya en la cubierta, hasta Joel, el jefe de máquinas. Dejó el motor funcionando.

¡Toma la Thompson, Larry!

Mucho mejor adiestrados, los sirvientes del cañón alemán ganan la breve puja. Un relámpago vivísimo...

El capitán Burns pareció adivinar el disparo. Cargó el cuerpo sobre la rueda, el "Gorgona" se desvió unos centímetros, lo suficiente. Tommy y los otros improvisados artilleros sienten el manotazo en el aire.

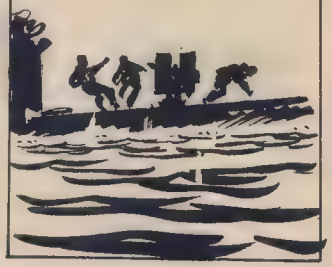
Larry no espera que repitan el disparo. La Thompson le salta en la mano al apretar el disparador, pero enseguida la afirma, por algo hizo muchas prácticas de tiro.

TAT TATAT TAT

toritodel2001

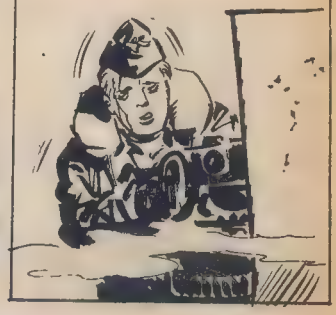
Muchos proyectiles se pierden, pero aciertan los suficientes...

El cañón alemán queda sin artilleros.

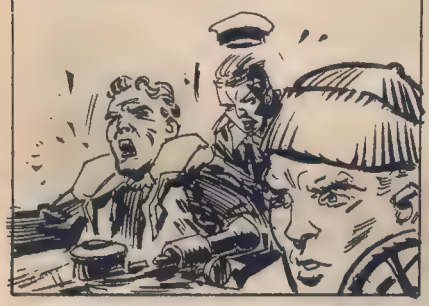


Con movimientos diestros Larry saca el cargador vacío, encaja uno nuevo, pero en ese momento...

Bañdo en sangre, pero con el coraje intacto, un artillero alemán consigue incorporarse, manotea el disparador del cañón...

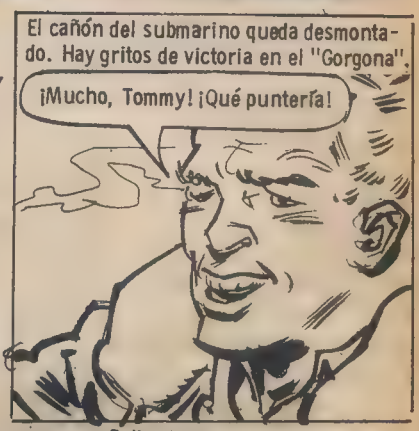


Un ruido sordo junto a Tommy... infinita sorpresa en Gustavson y Clay, sus compañeros... El mismo proyectil acaba de atravesarlos...



Sin prestar atención a nada, Tommy apunta con cuidado el pequeño cañón. Y aprieta el disparador.

El cañón del submarino queda desmontado. Hay gritos de victoria en el "Gorgona".

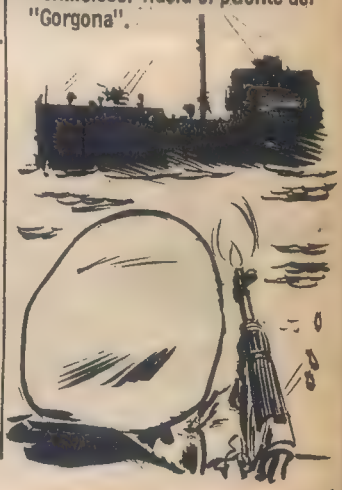


Movimientos febriles en la torreta del submarino. El capitán, un hombre joven, pero de rostro como trabajado a hachazos, está forcejeando con algo.

La advertencia del capitán Burns llega tarde, el capitán alemán acaba de destrabar la metralleta que se le negaba a funcionar.

El desdichado Tommy no puede gozar de su triunfo, los proyectiles lo lanzan contra la borda...

Salta el chorro de plomo de la Schmeisser hacia el puente del "Gorgona".



Larry ni se agacha, se concentra en disparar la Thompson.

toritodel2001

Mejor dirigida, la larga ráfaga que dispara Larry...

Larry no pierde ni un instante, ya se encarama sobre la borda, grita hacia la timonera.

¡Encímalos, padre! ¡Todos ustedes, síganme! ¡Vamos a abordarlos!

Gira la rueda del timón, la distancia entre las dos naves se reduce, pronto se tocarán. Revólver en mano, el capitán Burns sonríe lleno de orgullo.

Todo un almirante, este Larry...

Pero el capitán alcanza a ver algo que se mueve, al pie de la torreta del buque enemigo, Ahora lo ve mejor... ¡Parece un oficial, y empuña una metralleta!

Un instante más y el oficial alemán ametrallará a Larry, no hay tiempo ni de gritar. El capitán alza su pesado revólver del 45, tan veterano como el "Gorgona".

BANG!

BANG!

Duelo brevísimo, desigual. El alemán lanzando sobre la timonera toda la potencia de la Schmeisser...

RAT TAT TAT

Los años no redujeron la puntería del capitán Burns.

En la perforada timonera el capitán Burns sonríe.

(Siempre fuiste un buen tirador, Eli...)

Con lento crugir de chapas el "Gorgona" se recuesta sobre el submarino.

¡Al abordaje!

En la torreta asoma una pistola Lugger...

Pero Larry está atento...

Cae la Lugger, sólo queda colgando una mano blanca.

Espero que no salgan más...

toritodel2001

Un salto, y ya Larry domina la torreta.

¡Ríndanse! ¡O empezamos a tirarles granadas!

Enseguida, la aterrada respuesta.

¡No tiren! ¡Nos rendimos! ¡Kamerand! ¡No tiren!

U 153

Larry ríe, nunca tuvo una granada en la mano. Cambia el cargador de la Thompson.

Voy a bajar. Sígueme, Joel. Ustedes cúbrannos desde aquí.

Uno, dos minutos de expectativa. Sao Kan Oppers y Sanger se desesperan por oír algo.

Para mí que los liquidaron.

Pero ya reaparece la blanca sonrisa de Larry.

¡Listo el pollo! ¡Rendición incondicional! Llevan tres semanas escondidos aquí, con el timón roto. ¡Tan muertos de hambre que no pueden tenerse parados!

Larry repite la noticia para el capitán Burns, que sigue a cargo del timón.

¡Lo hicimos, padre! ¡El "Gorgona" capturó un submarino alemán!

Arden de entusiasmo los ojos de Larry Burns.

¿Está usted contento, señor capitán Elijah Burns? ¡Ahora sí que le dará gusto retirarse! ¡Son muy pocos los capitanes mercantes que pueden contar una victoria como ésta!

En la timonera del "Gorgona", el capitán Burns tiene llanto en los ojos. Contesta como para sí.

Sí, Larry... Sí...

¡Encallaremos el submarino en la costa y pediremos ayuda en Glenn Bay!... ¡Atención, padre! ¡Se está alejando!

Sí, el "Gorgona" se apartaba con rapidez del submarino. Como si quisiera huir...

¡Vira para acá, padre! ¡El motor sigue funcionando!

La alarma hace aguda la voz de Larry.

¡Padre! ¿No me oye? ¡Padre!

Las manos del capitán Burns siguen sosteniendo la rueda.

(Sí que te oigo, mi muchacho... Ya sé que debiera virar... Pero mejor así... Mejor para el "Gorgona", mejor para mí...)

Ya cobra velocidad el viejo casco, la fuerza de la corriente se suma ahora al impulso del motor.

¡Padre! ¡Padre!

53

Atrás van quedando el submarino, los llamados del hijo. El capitán Burns tiene que apoyarse en un costado de la timonera, porque el buque se escora más y más a medida que el agua sube dentro de la bodega.

toritodel2001

Fuera ya de la protección de la ría, las olas de la borrasca rompen con violencia contra el casco, que cada vez responde menos. Cesa allá abajo el ruido de la máquina, el capitán Burns suelta la rueda ya inútil.

Total, por dónde ahora navega el capitán Burns no hace falta ningún timón...

El Indico azul, frente al Africa, los leones en la espuma y el perfume violento de la selva...

Los praos polinesios cargados de flores y de muchachas...

Y el regreso, la calle empinada del pueblo marinero, los brazos y la ternura de Mary esperando siempre.

La dicha, el hijo que crece, el fuego en la chimenea para recordar puertos y mares.

La cabeza contra el tabique de madera, los ojos ya vidriosos del capitán Burns enfocando cada vez mejor la visión tan querida.

Nunca más, Mary, volveré a embarcarme... Nunca más...

La sangre de las heridas abiertas por la metralleta del oficial alemán enrojece el agua que entra ya en la timonera.

Nunca más... Mary... nunca...

Resto ya muerto, el "Gorgona" se estrella contra los escollos de la costa. Parece que se sostendrá...

CRASH!

...pero el mar embravecido no perdona, lo reclama para sí.

toritodel2001

El sol del día siguiente no encuentra ni rastros del "Gòrgona". Sólo en el aire el alto chillar de las gaviotas, el responso eterno de los marinos que mueren en el mar.

toritodel2001

EL MOTÍN DEL "CARLOMAGNO"

Por GERMÁN STURGISS

Dibujos de REZZÓNICO

9451

¡Un caza alemán! ¡Otro!

Al grito de Alain los pescadores ocupan los puestos previstos en caso de ataque. Maurice se hace cargo de la ametralladora antiaérea.

No creo que nos ataquen.

Dice bien el viejo Renard, el patrón del "Carlomagno", pesquero de altura. Los alemanes ocupan Francia y les conviene proteger a los pesqueros franceses. Claro que nunca está demás prevenirse.

¿Vieron? ¡La cosa es con los ingleses!

¡Un bombardero! ¡Y dos Spitfires!

Se traba el combate en el cielo rojizo del atardecer.

¡Seguro que los Spitfires los barren!

¡Mucho! ¡Abajo un alemán!

¡Viva! ¡El otro alemán escapa!

Pero... ¡Ahí vuelve!

¡Empató el partido!

¡Y ahora lo gana! ¡Miren!

¡Sí! ¡Incendió al otro Spitfire!

Tan rápido todo... Herido de muerte, el bombardero emprende la última picada.

¡Y ahora le da al bombardero!

¡Adelante, a toda máquina! ¡Quizá no se mataron todos!

Cuando llegan el avión termina de hundirse dejando una gran mancha de aceite. El único resto es un bote de goma.

Tiene atados unos cuantos bultos... Parecen pesados.

¡Una mano! ¡Ayúdenme!

Consiguen izarlo. Malherido, no puede ver nada.

¿Quiénes son ustedes? ¿Franceses?

Sí. Pescadores.

Menos mal..., compatriotas... Soy el teniente Derblay... Francia Libre... ¡Ustedes harán lo que yo no pude hacer!

En el bote... cargas explosivas magnéticas... equipos de hombre-rana... Íbamos a volar el "Düsseldorf"... está en Saint Nazaire... ¡Ustedes lo volarán por mí!

No veo nada... por favor... ¡Una bandera!

Este..., sí. Enseguida.

Los dedos del moribundo tiemblan al tantear la seda.

Gracias... ahora... ahora...

Casi no lo oigo...

Maurice se acerca al bote de goma; lo han izado sobre la cubierta.

¡Allons enfants... de la patrie...!

Está cantando... ¡La Marsellesa!

Pero el teniente Derblay no llega a terminar la primera estrofa.

Murió...

El viejo Renard, el patrón del "Carlomagno", estira la bandera tricolor sobre el rostro.

Lástima que sea una bandera tan chica... ¡Era un valiente!

Un par de metralletas. Y cargas explosivas. Y equipos de hombre rana...

¿Qué dicen, muchachos? ¿Seguimos nosotros con la misión de Derblay? ¡Tenemos todo lo necesario para una operación de comandos!

Arden de entusiasmo los ojos de Maurice.

Pero sólo encuentra rostros quietos, impasibles.

Tú no tienes a nadie, Maurice... Pero yo tengo a Therese y a los chicos...

¡Yo tengo a los viejos! ¡Y a la abuela!

Pero... ¡Es una ocasión única! ¡La tormenta de anoche barrió las redes que cerraban Saint Nazaire! ¡Será fácil llegar cerca del "Düsseldorf" cuando suba la marea! Además, el "Carlomagno" es muy conocido.

Ohnet, el más viejo de todos, se quita la pipa de la boca.

Propongo que votemos. ¡Los que quieran volar al crucero alemán que alcen la mano!

Perdiste, Maurice... Perdónanos, pero somos pescadores, no héroes.

Está bien, tampoco yo lo soy. La mayoría manda.

Tira al agua todo lo que hay dentro del bote, Alain. Si los alemanes nos pescan con todo eso encima nos fusilan.

Alain se apresta a cumplir la orden.

(Las cargas explosivas... los equipos... las armas... Sí, todo lo necesario para una operación de comando...)

(Seguro que Derblay también tenía mujer y chicos..., ¡pero se jugaba igual!)

Pero..., ¿qué haces, Alain? ¡Deja de jugar con esa metralleta!

No estoy jugando... ¡Los estoy apuntando!

¡Sí, los estoy apuntando a todos! ¡Pronto, Maurice! ¡Enciérralos abajo! ¡Tú y yo terminaremos lo que Derblay empezó!

¿Quién iba a imaginarlo? ¡El más chico resulta el más hombre de todos! ¡Abajo, señores! ¡Y sin chistar, que tenemos apuro! ¡La marea no espera!

Minutos más tarde el "Carlomagno" vira en redondo y pone proa a Saint Nazaire.

CARLOMAGNO

A la medianoche están muy cerca ya de los acantilados de la costa. El oscurecimiento del puerto, en prevención de bombardeos enemigos, es total.

Seguiremos con los motores al mínimo para que no nos oigan.

Si nos descubren diremos que tenemos una avería, que estamos perdidos... ¿Entendido?

Alain no llega a responder. Una luz potente horada la noche.

¡Un destructor!

¡Nos oyeron!

¡Halt! ¡Alto!

Está muy cerca. ¡Puedo intentarlo! Dale charla. ¡En cinco minutos lo hago!

¡Suerte, Alain!

Vuelve a retumbar la voz metálica del megáfono. El reflector se inmoviliza sobre el "Carlomagno".

¡Pronto! ¡Identifíquese o disparo! ¡Aviso que ahora tiraremos a dar!

¡No tire, señor capitán! ¡Pesquero "Carlomagno"! ¡Matrícula de Burdeos! ¡Tenemos avería en el timón! ¿Pueden decirnos dónde estamos?

¡En la rada de Saint Nazaire! ¡Donde no se permiten ni mercantes ni pesqueros! ¡Están arrestados!

¿Arrestados? ¿Pero no le digo que no fue culpa nuestra?

¡Cuénteselo al comandante de la base! ¡Prepárense a recibir la patrulla!

(¡Bajan una lancha! ¿Por qué tardas tanto, Alain? ¡Tengo que ganar tiempo...)

Resuelto a todo, Maurice apunta la ametralladora...

¡No hay otra forma! ¡Aunque me revienten!

¡Fuego!

Braman las ametralladoras pesadas del destructor.

Al principio disparan demasiado alto. Pero pronto el castigo que recibe el "Carlomagno" es tremendo. Cuatro cañones le apuntan...

¡Apúrate, Alain!

Partido en dos, el destructor se hunde rápidamente.

¡Lo hicimos! Aunque nos sacudieron en forma. El "Düsseldorf" quedará para otro día...

¡Eh, Maurice! Dame una mano... ¡Estoy herido!

Enseguida. También a mí me dieron.

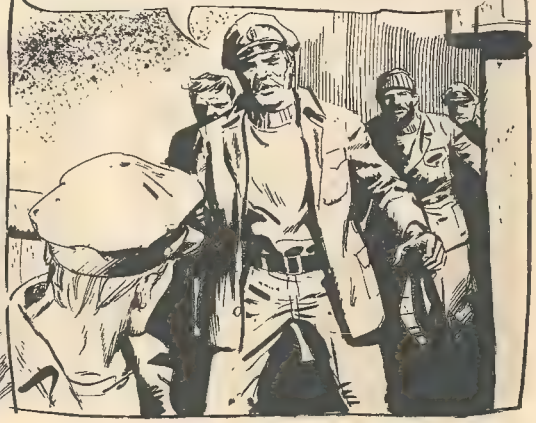
Con gran esfuerzo Maurice ayuda a Alain a trepar a bordo.

Me ametrallaron cuando me alejaba...

También yo estoy listo... ¡No podría ni timonear!

¿Y ahora?

¡Ahora el "Carlomagno" vuelve a ser nuestro!



Son fuego los ojos de Renard, el patrón. Uno de los disparos del destructor destrozó los goznes de la puerta que los encerraba, así pudieron soltarse.

¡Mira, Renard! ¡Hundieron al destructor alemán! ¡Tenemos que escapar! ¡Esto se llenará enseguida de torpederas!

Tienes razón. ¡Escaparemos hacia el interior de la bahía! ¡No se les ocurrirá buscarnos allí!

¡Adelante, a toda máquina! ¡Nos esconderemos bien adentro! ¡Y ya que estamos...

...podemos intentar volar el "Düsseldorf"! ¿Qué les parece, muchachos? ¡Si Alain y Maurice hundieron un destructor nosotros podemos acabar con el crucero!

¡Hurra! ¡Así habla un francés! ¡Total ya estamos jugados!

El buen ejemplo es contagioso. Alain..., ¿duele mucho?

Dolía... ¡Pero oírlo a Renard me calmó!

Atruenan el aire los motores de las torpederas. Pero los reflectores buscan hacia la boca del canal. Ninguno encuentra al "Carlomagno".

Vamos bien. ¡En diez minutos llegamos! ¿Quiénes serán los hombres ranas?

Está demás la pregunta. Los cuatro equipos de hombre rana ya tienen dueño...

¡Tenemos que regular las cargas para que estallen todas a la vez!

Cuando oigan los estallidos todas las torpederas buscarán por aquí... ¡Pero nosotros estaremos escapando por el canal viejo! ¡No lo dragan desde hace mucho, pero yo sé que el "Carlomagno" puede pasar!

¡Mucho, Renard! ¡Eres el De Gaulle de los pescadores!

¡Allí está el "Düsseldorf"!

¡Suerte perra! ¡Justo ahora los despierta el ruido allá afuera! ¡Miren! ¡Un reflector!

¡Nos encontrarán enseguida!

No importa... ¡También nosotros tenemos un reflector!

¿Estás loco, Renard?

¡No! ¡Sólo les estoy haciendo señales!

El reflector del "Carlomagno" parpadea en el universal lenguaje Morse.

"¡S. O. S.!¡He-ri-dos a bor-do! ¡S. O. S.!"

¡Un pesquero, señor!

Sí, es el "Carlomagno". Estoy cansado de verlo. Habrá recogido algún herido...

¡Si supiéramos lo que pasa allá afuera!

Comandos ingleses, seguro. Pero ya los estarán cazando, señor.

Mientras, en el "Carlomagno"...

Al agua, patos... Son apenas cien metros bajo el agua... ¡Buena suerte!

¿De qué heridos hablan, "Carlomagno"? ¡Sólo vemos dos pescadores con vendas!

¡Los demás están abajo, señor capitán! ¡Son tres oficiales! ¡Parece que los ingleses volaron un destructor!

El patrón del "Carlomagno" se contiene con esfuerzo...

Estos nazis... ¡Claro, un pescador todo vendado no es un herido! ¡Con qué gusto te veré reventar!

Señor... allí, hacia proa del pesquero... ¡Un bote de goma!

¡Sí! ¡De los que usan los comandos!

Lo habrán encontrado cuando recogieron a los heridos.

Yo no me fiaría, señor. ¡Si tienen tantos heridos a bordo, ¿por qué no siguen hasta el muelle? ¿Qué hacen aquí, detenidos?

El anteojo del desconfiado teniente alemán continúa buscando, y hace otro descubrimiento...

Es André, uno de los pescadores. Nunca hizo de hombre rana. No sabe nadar entre dos aguas...

¡Allí! ¡Un hombre rana! ¡Ametralladora cinco!

¡Los encontrarón!

¡Tenemos que cubrirlos!

¡No me lastimarán a ninguno!

Por algo Renard atendió ametralladoras en la Primera Guerra Mundial. Es un veterano del Marne, de Verdun...

Enseguida cambia de blanco la ametralladora del pesquero...

El certero Renard continúa impidiendo la reacción de las ametralladoras del soprendido crucero.

¡Ya vienen, Renard! ¡Aquí está André!

¡También Paul!

¡Y Leduc! ¡Y también Lucien! ¡Están todos!

¿Y las cargas?

¡Las pusimos!

No hacía falta la respuesta. Cuatro violentísimos estallidos casi simultáneos...

Herido de muerte, el "Düsseldorf" se escora.

¡Adelante a toda máquina!

Mientras el "Carlomagno" se escurre sin ser descubierto por el canal en desuso, en la base se desata el infierno. Por todas partes se encienden reflectores, tabletean ametralladoras y cañones de tiro rápido.

¡Atención, Renard! ¡Una torpedera!

La torpedera pasa casi rozándolos...

—¡Sigue de largo! ¡Ni nos vio!

¡Sí que nos vieron! ¡Pero tenemos tanta facha de infelices! ¿Quién va a sospechar de nosotros?

Desaparece en la noche la torpedera. Quedan solos, cada vez más lejos de la colmena enfurecida que es la base. Renard no puede contenerse...

¡Ja! ¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos!

-¡Lo hicimos, Alain! ¡Gracias a ustedes!

¡Viva la Francia! ¡Viva el "Carlomagno"!

Se pierden en la distancia las enloquecidas luces de la base. Tres, cuatro veces toca fondo la quilla del "Carlomagno", pero las expertas manos de Renard encuentran siempre el paso.

¡Ahora, a casita! ¡Hoy sí que tuvimos buena pesca! ¡Un destructor y un crucero!

¡Aviones, Renard!

¡Spitfires! ¡Vendrán a cubrirnos!

¡Viva Inglaterra!

¡Viva!

¡Allons enfants de la patrie...!

Pero de pronto enmudece el canto glorioso.

¡Alemanes! ¡No son Spitfires!

¡Son Messerschmidt! ¡Y se nos vienen!

Un instante de vacilación. Y enseguida, más potente que nunca...

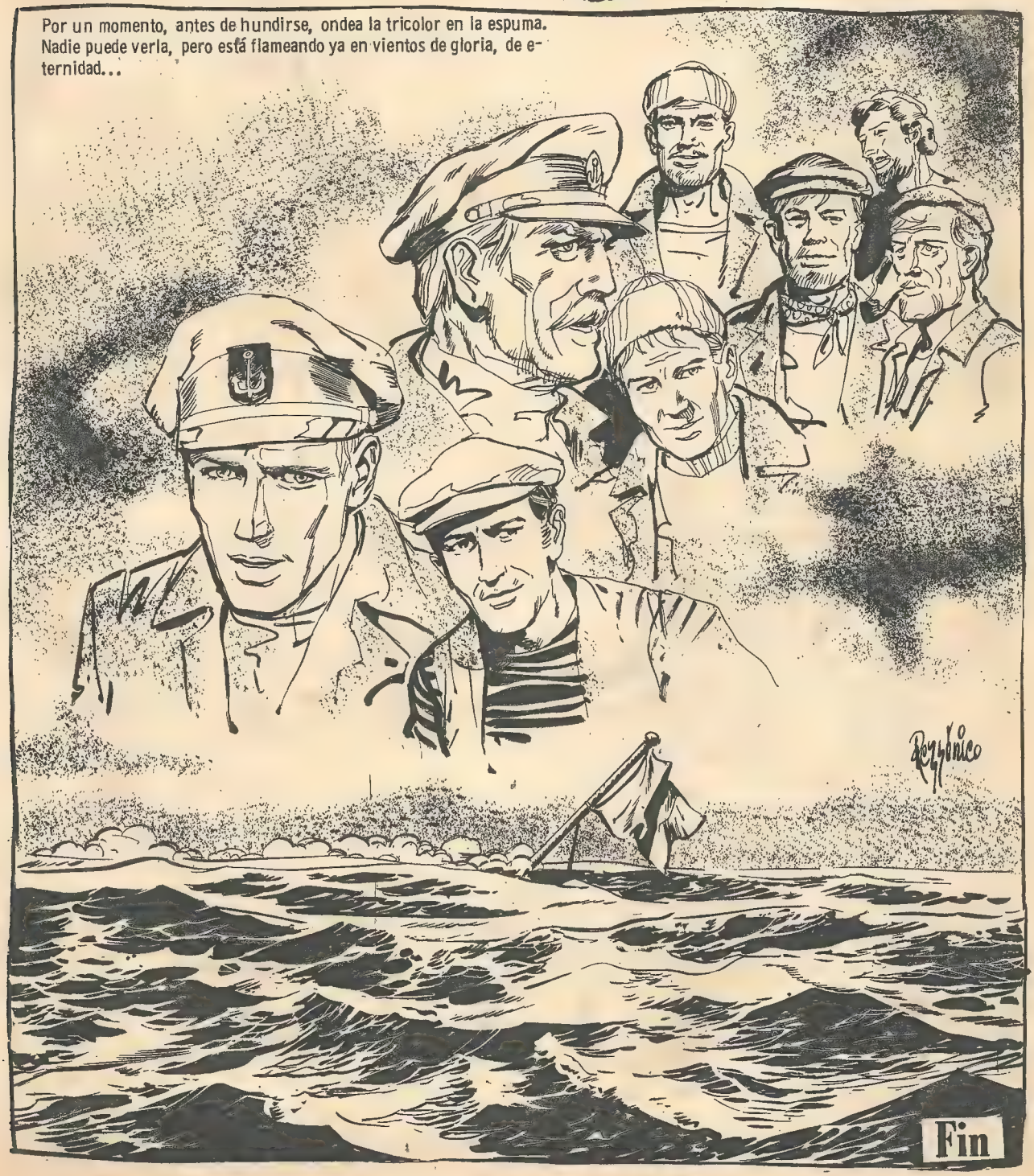
¡Allons enfants de la patrie...!

¡Le jour de gloire est arrivé!

¡TA-TA-TA-TA-TA-TA-TA-TA!

Maderos, algún trozo de palo, cajones... Todo lo que queda del "Carlomagno"...

Por un momento, antes de hundirse, ondea la tricolor en la espuma. Nadie puede verla, pero está flameando ya en vientos de gloria, de eternidad...



EL LAÚD Y LA ESPADA

"PEDRO BAIGORRIA" Ex Libris COLUMBEROS-Pcia. de BS. AS.

Por HÉCTOR G. OESTERHELD

Dibujos de ENIO

10741

Pedro Baigorria (C.D. JMB[illegible])

La espada y el laúd...El tantas veces centenario blasón de los Blondel.

La hiedra se empeña en devorar el carcomido escudo de piedra roja. Mientras lo despejo, no puedo dejar de pensar...

(La hiedra devorando el blasón... Igual que la guerra devorando a los Blondel...)

Aunque, mirándolo bien, es costumbre vieja de los Blondel morir en combate. El primer Blondel no fue un gran conquistador. Ni un guerrero notable, ni siquiera un pirata conocido...

El primer Blondel fue un juglar de la Edad Media... Un cantor-soldado que iba de castillo en castillo...

...cantando las hazañas de los nobles de Francia en las Cruzadas, esas inacabables campañas por arrancar a los infieles el Santo Sepulcro.

De aquel Blondel que murió por rescatar a una princesa cautiva vienen los Blondel de hoy... Los Blondel de hoy, dispersados a los cuatro rumbos por los vientos irresistibles de la guerra.

Tan vacía la gran mansión, enfundados los muebles en los vastos salones... Es como si le hubieran puesto mortaja a la vida de antes... Tan callados los ecos de tanto rincón que supo llenarse de cantos, de risas...

Sólo palomas en los ocho siglos de la torre, el primer bastión de los Blondel. Pero, eso sí, los cisnes del estanque son los mismos que supieron de juegos y de romances. Las mismas, también, las encinas, majestuosas como templos...

¿Volverá alguna vez a andar algún Blondel por estos senderos? ¿Volverá alguno a acariciarte, Planeta?

También Planeta, el viejo perro San Bernardo, es el mismo de entonces...

Hace tan poco que mañana y tarde oía los gritos llamándome... ¡Pere Verdún, esto! ¡Ven aquí, Pere Verdún! ¡Pere Verdún esto otro!

Claro, el jardinero de una gran casa llena de chicos y juventud no sabe lo que es la paz. Aunque, si quiere, puede saber lo que es la felicidad...

"¡Pere Verdún, retira los cisnes del estanque!", era la señal de que iba a haber un gran combate en el pequeño lago. Bergantines piratas dando caza a flotas enteras de galeones...

¡BRUUM!

Toda clase de naves combatieron aquí, Praos malayos, navíos de tres puentes, pesados acorazados, huidizos submarinos... El estanque se parece en esto a la colina del roble viejo, que también servía para tanto...

Aquí, al pie del roble viejo, acamparon Búfalo Bill y Toro Sentado. Y también Amundsen y Scott, los descubridores del Polo Sur...

También al pie del roble viejo hubo encuentros con hadas resplandecientes y con desdentadas brujas...

Pero el lugar predilecto, aunque está mal que yo lo diga, fue la cabaña del "Pere Verdún"... Mi cabaña.

¡Pere Verdún! ¡Pere Verdún! ¡Tienes que contarnos un cuento!

Mis cuentos... Tantas veces repetidos...

¡Cuenta, Pere Verdún, cuenta!

¿Y qué quieres que te cuente, Jean?

¿Por qué no eres como los demás, Pere Verdún? ¿Por qué tienes un solo brazo?

Así de cruel, la pregunta. Pero nunca me enojaron. Como no te enoja la brisa de la montaña cuando te fustiga el rostro.

Fue hace mucho tiempo, cuando la Guerra Grande...

"Los alemanes tenían a Francia casi de rodillas... Un empujón más y los ejércitos alemanes entraban en París. Entonces vino la orden a los que estábamos en las trincheras de Verdún"....

¡Hay que resistir a cualquier precio!

¡Vienen! ¡Son más que nunca!

¡RATRAT-TATATA

¡BRUM!

¡A ellos! ¡Viva Francia!

¡Viva!

"Nunca esperábamos el ataque metidos en la trinchera, saltábamos afuera para poder trenzarnos mejor a los bayonetazos".

¡Ahhhh!

¡ZUMP!

"Tras un inacabable cuerpo a cuerpo logramos rechazarlos..."

¡Escapan!

¡Viva Francia!

"Parecía la gran victoria... Pero no..."

¡Tanques! ¡Vienen los tanques!

"Tuvimos que retroceder de prisa... Pero me detuve enseguida."

¡Pierre!

"Allí estaba Pierre, mi amigo de siempre, malherido, en el camino de un tanque que se venía..."

¡Yo te saco, Pierre!

¡RATATATATA

"Ya lo apartaba cuando..."

¡BAM!

"Un obus estalló cerca... Ahora fui yo el que quedó tendido delante del tanque alemán..."

¡TRRRRRRRRR

"Se me vino... Y yo no podía moverme..."

El espanto agrandaba los ojos de todos. Entonces les contaba del hospital, mil y una anécdotas a cuál más divertida, reían hasta llorar. Claro, yo nunca les hablé de la guerra de verdad...

Nunca les dije del olor acre del propio miedo, cuando estás esperando la orden de salir de la trinchera para atacar...

Nunca les dije del barro nauseabundo, con tanto muerto insepulto, y esas ratas gordas que nunca comieron tanto...

Ninguna imagen representa mejor a la guerra... Una gran rata gorda, babeando sangre...

Aunque lo peor de la guerra no es eso. Lo peor es el enfrentamiento con lo más innoble que hay en tí...

(Me esconderé en un hoyo... Que ataque otro... No quiero morir... No quiero morir.)

Lo peor de la guerra es ese fantasma descarnado de tu propia cobardía que no te abandonará ya nunca... Que te manchará la vida entera...

(¡Tampoco quiero quedar mutilado! ¡No...! Que ataquen otros... ¡Me esconderé!)

No, de todo eso no les hablé nunca. ¿Para qué, pensaba, mostrarles un aspecto de la naturaleza humana que ellos ignorarán siempre? Huso de mí, durante tanto tiempo creí que la Guerra Grande sería la última.

Por eso nunca hablé de otra cosa que de las hazañas y las glorias de Verdún. Por algo me gané el apodo.

Me equivoqué, Planeta... Ahora los Blondel están viviendo lo mismo que yo... o quizás peor... mucho peor...

Ladra Planeta. Y enseguida suena la campanilla, alguno está tirando del cordel, allá en el portón. Lo de siempre, ya sé quién es... Armand, el cartero...

Para tí, Pere Verdún. Parece cargada...

Se van Armand y su bicicleta. Y yo quedo mirando el grueso sobre. Con el corazón golpeándome como un gran puño...

No conozco la letra. Pero sí, es para mí...

Las cartas que he recibido llenan el arcón. Todas muy queridas, porque hablan de personas queridas. Aunque algunas, desgraciadamente, me abrieron heridas que no cicatrizarán nunca. ¿Qué me traerá ésta?

No es una carta, son cuatro. Reconozco enseguida la letra, que no tiene nada que ver con la letra del sobre.

(Debió dársela a un amigo para que la despache... Jean Blondel, el tercer hijo varón de los Blondel... La fecha de la última...)

(Diez de noviembre... Hace apenas ocho días... Menos mal... ¡Quiere decir que Jean está bien! ¡Confieso que me asusté!)

Me acomodo en el banco de piedra, bajo las ramas del fresno que tantas veces me sirvió para hacer arcos y flechas.

Son cuatro cartas... Las leeré por orden, así las vivo igual que Jean...

Pero demoro la lectura... Jean está aquí, delante mío, hace un año, sonriendo la despedida... Tan apuesto, con la boina y el uniforme verde de oficial...

¡Hasta pronto, Pere Verdún!... Te mandaré una postal desde Berlín.

Las bromas que mienten optimismo y coraje. Aunque Jean es Blondel hasta los huesos, parece frágil y siempre habla de teatro y de poesía; pero estoy seguro que nunca manchará con cobardía el viejo blasón del laúd y la espada.

Buena suerte, Jean... ¡Y cuídate!

Sacudo la cabeza, vuelvo a ser un viejo solitario leyendo una carta en el medio de un gran jardín donde se muere una tarde de otoño.

"Querido Pere Verdún: Cuando te escuchaba hablar de tanques no imaginé nunca que alguna vez me tocaría mandar uno..."

Mientras leo me ubico; el teniente de reserva Jean Blondel está en Africa, en una brigada de franceses libres, adscripta a los tanques de Wavell, el general inglés.

"Es un tanque veloz y muy maniobrable... ¡cuando funciona! Con un cañón de tiro rapidísimo capaz de destruir cualquier tanque enemigo en un radio de diez kilómetros... ¡cuando no se atasca!"

"Tengo tres hombres a mis órdenes. Conductor, artillero, telegrafista. Franceses todos, pero ya expertos en preparar té a cualquier hora y en cualquier circunstancia. El té es la gran enseñanza que nos dan nuestros aliados ingleses..."

"Por ahora no hacemos gran cosa. El desierto es pelado y con poca arena, nada que ver con el desierto de beduinos y Legión Extranjera con que tanto soñaba allá en el roble viejo. Todas las noches..."

"...escuchamos en la radio del tanque la BBC de Londres. Quisiéramos que De Gaulle hablara más seguido. Escuchándolo uno se convence de que todo no está tan perdido como a veces parece."

"El que está seguro de la victoria final, con De Gaulle o sin De Gaulle, es Maurice. ¿Te acuerdas de él? Lo tengo de artillero..."

¡Cómo para no recordar a Maurice! El amigo inseparable de Jean, tenía dos amores. Uno, una vieja Bugatti con la que juraba que alguna vez ganaría el Gran Prix de Francia. El otro, Marie Claire, una prima lejana de Jean... ¡Que también la quería, y mucho!

Suerte que Marie Claire no se enteró nunca de tanta pasión, se casó con un fabricante de conservas y ahora está en París. Pero sigo leyendo la carta...

"Maurice y yo estamos predestinados a coincidir en el amor. Esta vez es Eloise, una enfermera del hospital de El Cairo. Me juró amor eterno y me escribe seguido, unas cartas llenas de fuego que me hacen sentirme el más irresistible de los fósforos."

"Lástima que también le escribe lo mismo a Maurice... No sabe que somos amigos, leemos a coro nuestras respectivas cartas... En fin, cosas de la guerra..."

Otro Blondel que sabe arreglárselas... Jean será feliz aún metido en un tanque que no funciona...

La segunda carta data de unos cuántos días después. Con lápiz y escrita al dorso de un formulario alemán, una planilla del consumo de combustible.

"Por fin, el gran ataque que esperamos tanto tiempo... Todo el escuadrón corriendo por el desierto..."

"Lástima que no están dormidos..."

¡BRRUUUMM!

"Fuego cruzado de baterías antitanques"

¡A la derecha, François!

¡SLAMMM!

¡BRRRUUUMMM!

"Un impacto directo... El estallido me lanzó fuera..."

"Maurice consiguió saltar. Y ningún otro, enseguida una gran hoguera..."

¡Por aquí, Maurice!

¡BAM!

"Siguen los estallidos, nos refugiamos en un uadi, un arroyo seco, liso como un camino. Encontramos un jeep."

También ellos recibieron...

"Ellos' son un coronel, un sargento y dos soldados... Un huracán de esquirlas debió matarlos a todos a la vez."

El coche quedó intacto... ¡Podemos usarlo para irnos!

"Sí, nuestro ataque ha fracasado, cuanto antes escapemos mejor será... Sacamos los cuerpos, Maurice maneja."

Se acabaron las explosiones... ¿Ya habrán llegado los nuestros a El Cairo?

"Maurice maneja con cuidado, pero no vamos lejos... Patinan las ruedas de un lado en la arena floja, nos vamos contra una roca..."

¡CRASH!

"El ventilador quedó incrustado en el radiador, imposible seguir... Trepamos la orilla del uadi."

Por aquí... Nuestra líneas no pueden estar lejos...

¡Pero...! ¡Quieto!

Pedro Baigorria CO. IMBEROS

"Allí está, refugiado en un barranco. Un Panzer, un tanque alemán..."

Debe tener una avería en el motor...

"Los tripulantes se afanan con herramientas, están sucios de grasa y de rabia."

¡Schnell! ¡Himmel!

"Maurice y yo nos miramos. Y nos entendemos."

"Nos vamos acercando al amparo de las rocas..."

"Ellos son cuatro. Pero la sorpresa está de nuestra parte..."

Los tomaremos prisioneros. Y después incendiamos el tanque...

¡Alto!

¡Están rodeados!

Pedro Baigorria CD_JMBEROS

¡BANG!
¡BANG!

"Dos alzan las manos. Pero los otros dos desobedecen. Bajo a uno, el otro desaparece tras el tanque."
¡BANG!

¡Cuidado, una granada!

¡BRUUM

"El estallido nos derriba... Maurice no se levanta, está mal herido, pero yo ni siquiera aturdido..."
¡Bien, sargento!

¡BANG!
¡BANG!

¡BANG
"Me creen fuera de combate... Y no... No pierdo tiro con la pistola..."

"Todos muertos... Pero apenas reparo en ellos."

"Heridas en el costado y en el vientre. Pero ninguna esquirla debió entrar mucho, no pierde el sentido, al contrario, habla tan calmo..."
Nada serio, Jean... Llévame a la sombra.

"Lo vendo como puedo. Lo acomodo al abrigo de la roca. Le doy toda el agua que quiere."
Busca en el tanque... en el botiquín... y dame un calmante, así me duermo.

Mañana pedirás ayuda por la radio. Ahora no porque pronto será de noche y nadie vendrá.

"La noche es muy fría, pero en el tanque encuentro de todo. Desde mantas hasta chocolate y aguardiente. Y papel y lápiz: estoy escribiendo a la luz de un calentador a alcohol sólido. Perdona la letra, Pere Verdún, mañana sigo..."
Ahora, la tercera carta... ¡Je! ¡La escribió apurado, qué letra! Un pedazo de papel de envolver... ¡Ni fecha puso!

"Me despierta el ruido de un camión. Todavía muy lejos, pero viene ligero. También se despierta Maurice, se siente bien a pesar de las heridas. Me asomo a ver..."

(Un camión alemán... Vendrán a reparar el tanque...)

"No lo pienso dos veces, la Schmeisser de uno de los alemanes tiene la carga completa."

(Lo siento por ellos... Pero ni soñar con tomarlos prisioneros...)

"El camión frena junto al tanque. Espero que bajen, son tres..."

¡RATATA-TATATATATATA

RATATATA

"Tiro hasta que no se mueve ninguno..."

Listo...

"Vuelvo con Maurice."

Nos vamos en el camión, Maurice...

Sí, pero...

No creo que podamos pasar... ¡Escucha!

"Sí, motores de tanque... Pero muy lejos todavía..."

"Los reconozco con el telescopio del tanque. Son Panzer, todo un abanico... Muy al este, donde están nuestras líneas..."

Pedro Zaigorria COLUMBEROS

No, no podremos pasar... Nos cazarían como a pajaritos.

"Pero 'no pasar' es quedarse aquí y Maurice necesita atención urgente, el sol del desierto agrava y hace mortal la herida más leve..."

(¡Ya sé lo que haremos!)

"Quito la camisa y el birrete a dos alemanes..."

"Lo visto a Maurice y lo ayudo a subir al camión."

Listo... Ahora somos dos "Krauts" corriendo para reparar un Panzer averiado...

"Es un camión nuevo y poderoso, pasa por cualquier parte."

¡La sorpresa que se llevará el coronel inglés cuando nos vea regresar!

A mí me dará tres días de permiso, lo menos...

¡Pero a tí, Maurice, tendrá que darte un mes o más! ¿Te imaginas? ¡Un mes entero en el hospital de El Cairo! Con Eloísa...

"Sonríe Maurice... El condenado ya se relame..."

¿Pero, que te pasa?

¡Alli! ¡Alemanes!

¡Halt!

"Dos motocicletas con sidecar aparecen de pronto... Nos apuntan con las ametralladoras ligeras."

"Un sargento se nos acerca. Quizás, si mantenemos la serenidad... Yo hablo bastante bien el alemán..."

"Le doy los papeles del dueño de la camisa. Por suerte aprendí el nombre de memoria."

Cabo Hans Prinzener...

Pedro Bilgorria CO. JMBEROS

"No olvidaré nunca esos ojos. Ni la voz como estrangulada..."

Hans Prinzener...Tú sí que tienes mala suerte...

Hans Prinzener es...o era...mi hermano...

Así termina la tercera carta. Me tiemblan las manos al empezar la última. Ya sé lo que dirá. Pero no... quizá no...

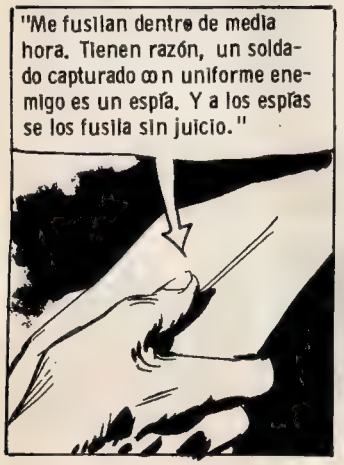
"Pere Verdún, unas pocas líneas. Sé que los alemanes encarcelaron a papá y a mamá, les escribí por separado, ojalá les llegue."

"Si consigues verlos diles que para ellos fue mi último pensamiento."

"Para ellos y para Francia. Que ellos me enseñaron a querer tanto. Y que muero queriéndola más que nunca. Porque Francia es también ellos, papá y mamá."

"Y también tú, Pere Verdún, mi viejo. Nombrarte es recordar tantas cosas. Todas buenas, todas nobles, Pere Verdún, mi viejo. Mi viejo."

"Me fusilan dentro de media hora. Tienen razón, un soldado capturado con uniforme enemigo es un espía. Y a los espías se los fusila sin juicio."



"No me quejo. Siento una paz tan grande. ¡Viva Francia! Jean."

Se muere la tarde, es la noche. Y los recuerdos. Y el llanto nuevo. ¿Hasta cuándo?

EL CASTILLO DE MORENCY

Por JOE TRIGGER

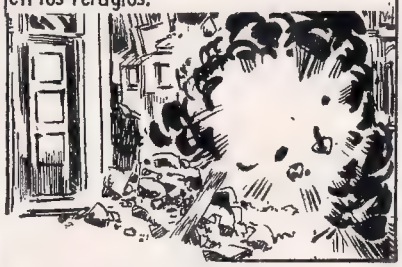
Dibujos de SUÁREZ

8-374

Pedro Baigorria – COLUMBEROS (feb-22)

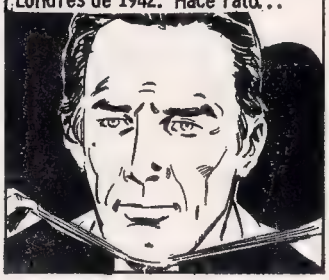
Alarma aérea en Londres. Los reflectores son inquietos dedos de luz que de vez en cuando se dilatan en los vientres bulbosos de los globos cautivos. Ya truenan los cañones del cinturón de defensas antiáereas.

Rugir de motores entre el cañoneo, el sordo estruendo de las bombas, aullar de sirenas, incendios, ambulancias. Muchos, hechos ya a la rutina de la castigada ciudad, terminan de acomodarse sin prisa en los refugios.



Pero hay quienes no se mueven, quienes prefieren el peligro a la incomodidad de la noche fuera de casa. Como Alain Marcel, arqueólogo. Crece allá afuera el fragor del bombardeo...

...pero Alain Marcel sigue sumergido en su libro. Está leyendo su tema favorito, los castillos normandos, y ya no está en el Londres de 1942. Hace rato...



...que está llegando al castillo de Morency, cerca de la costa bretana, al norte de Francia, una bella mañana del otoño de 1210...

Alain Marcel es hombre de paz, no es hombre de pelea, pero viene de Tierra Santa, donde luchó con los cruzados... Y ahora regresa bajo el pendón de su señor, el barón de Morency.

Es una dicha, después de tanto tiempo y tantos lugares extraños, ver otra vez las altas torres almenadas, las paredes ya viejas de asedios y victorias. El puente levadizo está tendido, acogedor.

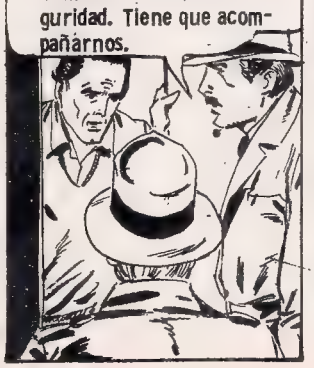
Pero... ¿Y esos golpes? Deben de ser dentro del castillo; no hagas caso, Alain... ¡Piensa que dentro de poco tendrás entre las manos el laúd de Ofelie, la bella hija del barón!

Ofelie querrá que le cuentes de San Juan, de Acre, del grande y temido Saladino, de...

Pero... ¡Otra vez los golpes! ¡Están llamando a la puerta!

Marcel abre la puerta. Dos hombres de impermeable y rostros hoscos, parecen salidos de una película policial.

¿El profesor Alain Marcel? Somos del Servicio de Seguridad. Tiene que acompañarnos.



El arqueólogo parpadea desconcertado.

¿A esta hora?

¡Sí, a esta hora! ¿Si no fuera algo urgente se cree que vendríamos a buscarlo en pleno bombardeo?

Una hora más tarde el profesor Alain Marcel se entera del motivo de la insólita citación.

Se lo explica el mismo jefe del Servicio de Seguridad, el general Neill.

¡Disculpe la urgencia, profesor... Pero se trata de algo demasiado importante.

El general Neill señala a su acompañante, un militar francés de barba breve prolijamente recortada.

El general Lerain, de la Inteligencia de los Franceses Libres, certifica que usted, como buen francés, odia firmemente a los nazis que han invadido su patria.

El profesor asiente. Sí, es antinazi declarado. Antes que regresar a la vencida Francia de Petain prefirió quedarse a vivir en Londres. Pero... ¿Qué tendrá que ver la guerra con él?

No, profesor, no se preocupe, no lo necesitamos para pelear.

Lo que necesitamos son sus conocimientos sobre el castillo de Morency. Nos han informado que es usted el especialista máximo, que conoce y trata de "tú" a la última piedra del castillo...

Sí, lo conozco algo...

Bien. No hay tiempo que perder. ¡Los alemanes están instalando en el castillo de Morency el comando secreto de la próxima invasión a Inglaterra!

Necesito que me diga ya mismo si es posible dinamitar el castillo sin que los alemanes se den cuenta, para volarles de un golpe el comando todo, generales y ordenanzas incluídos. ¿Qué hay de cierto sobre el túnel que según algunos corre debajo del castillo?

Sí, el túnel... Viejas tradiciones hablan de él. Pero nada se sabía de cierto hasta que el profesor Marcel descubrió entre viejos pergaminos del Museo Británico un manuscrito con los planos del castillo de Morency.

El profesor iba justamente a publicar su hallazgo cuando estalló la guerra. Sí, él conoce como nadie sobre la antiquísima reliquia. Pero... ¿Cuáles fueron, exactamente, las palabras del general Neill?

¡Un momento, señor general!

El profesor Marcel se pone de pie para dar mayor énfasis a sus palabras.

¡No pensará usted dinamitar el castillo de Morency! ¡Es una joya irremplazable de la arquitectura medieval! ¡Cada piedra, cada vitral es una reliquia valiosísima! Las tallas...

Pero debe enmudecer, el puño del general Neill está haciendo saltar tinteros y papeles.

¡No nos interesan las reliquias muertas, señor profesor! ¡Nos interesan las reliquias vivas! ¡Las mujeres, los chicos, todas las personas que pueden salvarse si desbaratamos la invasión!

El profesor Marcel se sienta, más pequeño que nunca en el enorme sillón.

Este... sí, señor general... Sí, por supuesto.

El general va y viene delante del mapa.

Hitler no está muy seguro de la invasión. ¡Un golpe que la retrasara podría hacer que la postergue para siempre!

¡Si ganamos tiempo, los que invadiremos seremos nosotros! ¡Y Francia, señor profesor, su Francia, volverá a ser libre! ¿Qué me dice ahora? ¿Hay o no túnel debajo del castillo?

Se enciende la sangre del profesor Marcel. ¡Un inglés, un sajón, un descendiente del pueblo conquistado por los normandos, le está recordando el patriotismo! ¡A él, un francés partidario del general De Gaulle!

¡Sí que hay túnel!

¡Y yo sé dónde tiene la boca, para poder entrar al castillo sin ser sentidos! ¡Justamente estaba por publicar todos los datos! ¡Y encima sé algo que nadie imagina!

¿Qué cosa?

El tercer barón de Morency fué un monstruo de sadismo... Hizo cavar en los cimientos del castillo, para usarlas como cámaras de tortura, unas criptas inmensas. ¡Todo el peso del castillo ha quedado descansado sobre dos o tres columnas! Un par...

...de cargas de dinamita bien colocadas no dejarán piedra sobre piedra.

¿Los alemanes lo saben?

¡No! ¡Ni los alemanes ni nadie! ¡Yo soy el único que tiene los datos del túnel y las criptas! ¡El manuscrito que encontré jamás fue estudiado antes!

La manaza del general Neill ladea el hombro del profesor.

La cosa urge, profesor... Se perdería demasiado tiempo si usted tratara de enseñar a alguno de mis hombres todo lo que usted sabe...

Sí, claro...

Pero el francés ha dejado de oír al general. Está otra vez en el castillo de Morency..., en su castillo de Morency.

(¿Adónde te refugiarás, Alain, cuando el castillo haya desaparecido?)

Cinco días más tarde un submarino inglés emerge de las negras aguas del Atlántico. Es noche cerrada, faltan todavía horas para que salga la luna.

Desde el submarino es lanzado al agua un bote de goma. Seis hombres de caras tiznadas se deslizan dentro. El séptimo es un hombre pequeño, de movimientos torpes.

Con cuidado, profe... ¡La Marina nos cuelga si usted se moja!

El sargento Kinsey y los demás "commandos" palean sin ruido; el bote es una sombra silenciosa, salvan con destreza las rompientes, ya están en la playa.

Acertaron el lugar previsto, la desembocadura de un arroyo. Siempre sin ruido, ya trepan la empinada barranca.

¿Y los alemanes, sargento?

No se preocupe, profe... Los guerrilleros coparon por unas horas el destacamento de vigilancia costera.

La cima de la colina. A poco menos de un kilómetro, sobre otra altura, la mole oscura del castillo de Morency.

El castillo...

Sí, profe, ya sabemos que el castillo es el campeón peso pesado de los castillos...

¡Pero lo que nos interesa es la entrada del túnel! ¡Usted dijo que era por aquí...!

Sí, por aquí tiene que ser.

El profesor señala un puente de piedra tendido sobre el arroyo.

El puente está en el mismo lugar del viejo puente de madera. Según el manuscrito y mis cálculos, la entrada al túnel debe de estar unos cien metros arroyo arriba.

¡Vamos! ¡A buscarla!

Pero en el lugar señalado sólo se encuentran rocas y malezas.

Nos lucimos... ¡Habría que cavar una semana para remover estas piedras!

Uno de los "commandos" ahoga una exclamación.

¡No, sargento! ¡Mire qué fácil se mueve esta piedra! ¡Gira sobre un eje...! Y... ¡Una cueva!

Nunca imaginó el profesor Marcel que, después de tantos siglos, resultara tan accesible la entrada del túnel. Pero el sargento Kinsey ya lo está empujando adentro.

Bajan cinco escalones. El aire está helado, acre de tan seco. Curiosamente blancas las paredes calcáreas; brillan grandes cristales de calcita.

¡Vaya cueva para guardar vino!

¡Sargento! ¡Mire eso! ¡Allí!

El "commando" señala una anilla de hierrro en la pared. Con los momificados restos de un brazo...

No cabe duda... ¡Estamos en los dominios de los barones de Morency! Algún desdichado, sin duda...

El túnel es estrecho y tortuoso, los constructores se desviaron cada vez que tropezaron con rocas duras. Tras unos momentos de marcha silenciosa...

¡Quietos!

¿Qué pasa, sargento?

No sé... ¡Pero me pareció ver un resplandor allá adelante! Fue sólo un relámpago... Y oí up ruido raro...

Dos de los "commandos" intercambian guiños...

Claro... ¿Cómo no va a haber fantasmas en un lugar como éste? Lo peor es que siempre son las almitas sensibles las que los ven...

Los "commandos" ríen.

Lo mejor será volvernos, sargento... Le contaremos al general Neill que tropezamos con fantasmas y él entenderá y nos dará una medalla.

Gruñendo una imprecación, el sargento Kinsey echa a andar abandonando toda precaución.

¡Eh, sargento! ¡No era para tanto!

Pero apenas desaparece el sargento en el recodo, brilla una luz y se oye una exclamación ahogada...

Aaaaaaag....

Enseguida un golpe sordo. Los "commandos" reaccionan al instante, son hombres adiestrados. se lanzan al rescate del sargento.

¡El sargento!

Uno de los "commandos" examina al caído. Ninguna de las armas tiene el seguro puesto...

Tiene un cachiporrazo en la nuca. Debió ser...

Una luz potentísima los encandila desde arriba...

¡Quietos! ¡Los estamos apuntando!

El enceguecedor foco sólo deja ver un par de metralletas apuntándolos.

Pero...¡No parecen alemanes, Jean!

No...¡mira esos birretes verdes! ¡Son "commandos" ingleses, Gastón!

La luz se desvía, ahora pueden verlos. Rostros atezados, sonrientes, parapetados en una cornisa rocosa.

Somos "maquis"... Grupo Lobo. Piel de Asno.

La Bella y la Bestia...

Son las palabras convenidas para reconocerse con los "maquis". El grupo Lobo es el encargado de dominar a los centinelas de la costa.

No imaginamos que conocerían el túnel, nosotros lo descubrimos por casualidad, y construimos el mecanismo de la puerta.

El guerrillero palmea la nuca del sargento.

Disculpa si te sacudimos... Pero no sabíamos, podías resultar un alemán.

Estás disculpado...¡Yo hubiera pegado mucho más fuerte!

El sargento Kinsey sacude la cabeza, espanta el dolor como si fuera una mosca, ya está en condiciones de seguir.

Vamos, hay que continuar. ¡Todavía estamos lejos del castillo!

¿El castillo?

¡No pretenderás llegar al castillo por este túnel! ¡Si acaba aquí nomás! Mira, en esa pared se termina...

Aflojamos algunas piedras, por si seguía del otro lado pero no, sólo encontramos la roca viva.

Para nosotros es un refugio estupendo, los alemanes no tienen ni idea de que existe, pero no creo que para ustedes sirva de mucho...

Amigo profe...¡Creo que se le quemaron los papeles!

Alain Marcel ni oye al sargento. El manuscrito mencionaba aquella pared. "La piedra redonda es la clave". decía con toda claridad el viejo texto.

"La piedra redonda"...¡Debe de ser ésta!

¡Pronto, sargento! ¡Que alguno de sus hombres se encarame y empuje esa piedra!

Un "commando" hace de estribo. El mismo sargento se sube y ya empuja con fuerza la piedra redonda.

¡Cede! ¡Y del otro lado no parece haber nada!

Las rocas vecinas se desprenden con facilidad, queda al descubierto una amplia abertura. Los "maquis" lo miran atónitos.

¡Nunca imaginé que el túnel pudiera seguir más allá de la pared!

Late con fuerza el corazón del profesor Marcel, le alegra constatar la exactitud del antiguo manuscrito. En menos de un minuto están todos del otro lado de la pared.

¡Hasta el castillo no para!

La apresurada carrera por el nuevo túnel no le impide al sargento contar los pasos.

Setecientos treinta..., y uno..., y dos... y tres... ¡Ya debemos estar muy cerca! ¡Con tal de que los alemanes no hayan descubierto las criptas!

Otro recodo... Y el sargento Kinsey se para en seco.

¡Alto!

Parecen muy sólidos los gruesos barrotes de la reja que les cierra el paso. Las manos de un esqueleto se aferran todavía a los hierros...

Otro recuerdo del barón de Morency...

¡Pronto! ¡Una sierra!

Pero la sierra no llega a trabajar. La reja es sólo herrumbre, cede al primer empujón. Y ya entran a un vasto recinto...

Las criptas...

El aire de diez siglos confirma que los alemanes ignoran completamente los secretos del castillo. En las paredes, en el suelo, en los instrumentos de tortura; resecas momias dicen de viejos, inenarrables horrores.

Pero al sargento Kinsey y a sus "commandos" sólo les interesan los pilares que sostienen la estructura del castillo.

Pondremos las cargas en los tres pilares centrales. Creo que bastarán.

Sí...

Los "commandos" son hombres expertos, ya ponen manos a la obra. Aflojan piedras en los pilares y colocan las cargas explosivas en los huecos. Mientras espera, el sargento mira una ennegrecida rueda de tortura.

¡Parece que en cualquier momento vuelve a girar!

Le confieso, profe... ¡Cuánto más miro todo esto más me alegro de la dinamita que estamos poniendo! ¿Para qué empeñarse en conservar toda esta carroña? ¡Buenas piezas, los barones de Morency!

El profesor Marcel mueve desolado la cabeza.

Los primeros barones fueron criminales, sí. ¡Pero no los que vinieron después, ellos nada supieron de estas criptas! A partir del 1220 tomó el título una rama colateral, los nuevos...

...barones de Morency fueron hombres de excepción. Filósofos, artistas... ¡Hicieron del castillo la joya irremplazable que es hoy!

¡Bah! ¡Una joya asentada sobre esqueletos y potros de tortura!

Casi todas las reliquias humanas, sargento, se levantaron sobre el horror... Atenas, con su Partenón, vivía del trabajo de esclavos. ¿Y cuántos habrán muerto por alzar las pirámides? ¿Cuánta sangre no habrá en los cimientos de los templos mayas?

El sargento se enfrasca en el ajuste del cable eléctrico.

No quiero discutir, usted sabe más que yo... ¡Lo que a mí me interesa es el estado mayor alemán que ahora mismo, allá arriba, estará planeando la invasión de mi país!

Alain Marcel cierra los ojos. Y ya no ve a los jefes alemanes inclinados sobre los mapas de las costas inglesas, ahora está contemplando los exquisitos juegos de la luz a través de los altos vitrales...

...la exacta quietud de la piedra en rosetas y arquitrabes...

...los tapices, las tallas acumuladas durante siglos en capillas y oratorios, y la vida de cada día en el orgulloso castillo de Morency.

...esa vida de otro tiempo donde cada vez le es más fácil entrar...

...y que ahora, cuando el sargento Kinsey accione el detonador eléctrico que hará estallar la dinamita, se morirá para siempre.

¡Eh, profe! ¡Mire esto!

Uno de los franceses, apenas un muchacho, acaba de descubrir en un muro unos escalones y una arcada bloqueada con piedras.

¡Por aquí se pasaría al interior del castillo!

Sí... ¡Ahora entiendo por qué los alemanes no descubrieron nunca las criptas!

Una idea inesperada acelera el pulso del profesor Marcel...

(Sí, por aquí se entra al castillo... Sacar las piedras no nos llevaría mucho tiempo... Y si avanzamos sin hacer ruido...)

No puede más, ya la está formulando en voz alta.

¡Sargento! ¡Encontramos cómo entrar al castillo! ¡Podemos sorprender a la guarnición! ¡Capturando al estado mayor nazi no hará falta volar el castillo!

Se achican los ojos del sargento Kinsey.

Señor profesor Marcel... ¡creo que ha visto usted demasiadas películas de propaganda guerrera! Arriba hay lo menos cien alemanes paracaidistas. Y nosotros y los franceses somos diez.

Cada alemán es por lo menos tan buen soldado como cualquiera de nosotros... ¡Aún tomándolos por sorpresa terminarán barriendo el piso con nuestros traseros! ¡Lo siento, profe, pero ya está todo listo para la voladura! Y ya nos vamos; cuidado con el cable...

Atrás quedan las criptas. Fascinado, el profesor Marcel mira el cable finísimo que va desenrrollando el sargento. Por aquel cabello correrá dentro de poco la muerte para el castillo de Morency...

Detonaremos la carga desde afuera. No quiero que el túnel se venga abajo encima nuestro.

Por fin el aire libre. Enseguida hay intercambio de silbidos con las tinieblas.

Todo en órden... Los alemanes todavía no saben que les eliminamos los centinelas de las costa.

Ya llegan a lo alto de la colina.

Pero igual tenemos que apurarnos. El cambio de guardia será en cualquier momento.

En la cima encuentran a otros dos guerrilleros.

¡Felicitaciones, sargento! ¡Acaba de llegar al castillo otra docena de altos jefes! ¡Seguro que tienen reunión general!

¡Estupendo!

Desde la colina se ve el castillo bañado por la luna. Ninguna luz en las ventanas, por temor a los bombardeos. Torres y almenas, tan blancas, se alzan más hermosas que nunca.

Listo... ¡Ahí va!

El profesor Marcel siente como si un puñal le estuviera entrando en el pecho. Quisiera cerrar los ojos, pero no puede. Se hunde el eje del detonador...

¡CRAC!

Pero no pasa nada... Todo sigue igual...

¡Falló!

Pero ya vacilan los contornos del castillo, tiembla el suelo, rueda bajo tierra el ronco fragor de la explosión subterránea.

Todo se abate, se desintegra. Las torres, los lienzos de muralla...

Unos segundos más y donde antes se alzaba la altiva mole sólo queda una nube de polvo. Y un solitario muñón de piedra...

¡Gooo! de Inglaterra! ¡Se acabó el estado mayor de la invasión!

¡Oiga, profe! ¿No sabe de otro túnel igual debajo de Berlín? ¡Acabaríamos la guerra en un día!

Ingleses y franceses se saludan riendo, felices por la misión cumplida. Y se separan enseguida, cada grupo escapa por su lado. Saben que muy pronto toda la zona hervirá de alemanes.

Los "commandos" echan el bote al agua. Los cálculos han salido bien, faltan apenas minutos para la cita con el submarino. Se embarcan con disciplinada rapidez.

¿Están todos?

Sí, papi, todos.

Pero... ¿Y el profe?

¡Es inútil! ¡Profesor tenía que ser para perderse! ¡Y eso que no tenía que hacer otra cosa que seguirnos! ¡Profesor!

¡Profesor!

Nadie responde. Y ya surge en la distancia un ronquido rápidamente creciente...

No griten más... ¿Oyen eso? ¡Motos! ¡Y vienen para aquí! ¡Lo siento por el profe! ¡Vámonos!

El profesor Marcel no se ha movido de la colina. Desde allá arriba ve alejarse el bote. Y se vuelve para mirar hacia el solitario muñón de piedra, todo lo que queda de la milenaria fortaleza.

Se ocultó por un momento la luna, pero ya vuelve a iluminar el paisaje. Otra vez está plateando torres y alemanas...

El castillo... Mi castillo...

Es de día, y Alain Marcel vuelve a caminar por el camino de siempre; Alain Marcel es un cruzado que vuelve a Tierra Santa...

Tiene una cita con el laúd de Ofelie, la rubia hija del barón de Morency...

¡Alto!

El profesor sigue en el 1200... Pero quien le apunta es un soldado alemán, ya corrió el seguro de la Schmeisser...

¡Déjame pasar, centinela! ¡Debo cantar en el salón del trono! ¡El barón espera que le cante sobre San Juan de Acre; sobre la toma de Jerusalén!

¡Quieto o disparo!

¡Si el barón sabe que me retrasas te hará cortar las orejas! ¡Debo cantar para su hija Ofelie las hazañas de la mesnada de Morency en la lucha contra el infiel!

Pedro Baigorria - COLUMBEROS (feb-22)

Una breve ráfaga en la metralleta del alemán.

Alcanzado de lleno por los disparos, el profesor Marcel se desploma, rueda, queda de cara al cielo.

Pero ni se da cuenta de que ha caído. Está ya en el gran salón del trono, en las manos tiene el laúd, y en los ojos los ojos de Ofelie.

Alain Marcel pulsa las cuerdas y canta. Alain Marcel es hombre de paz, no es hombre de pelea.

FIN

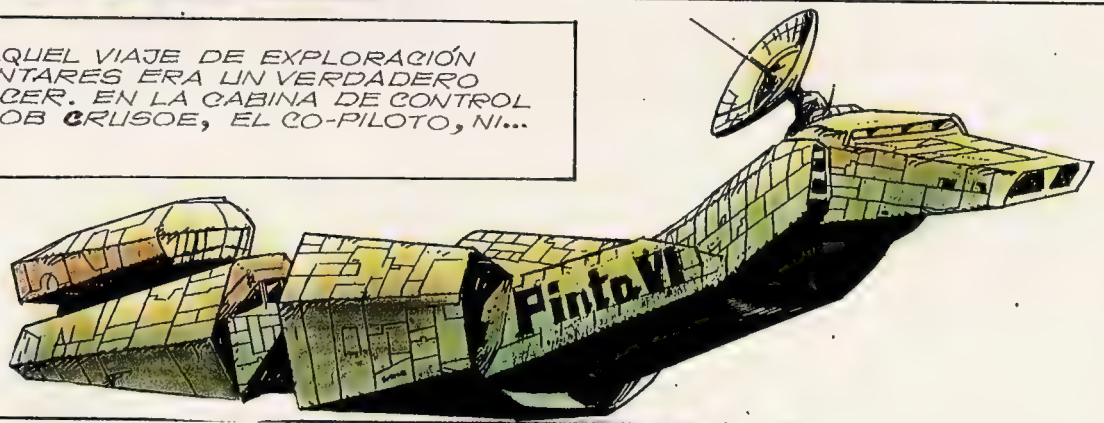
Pedro Baigorria – COLÜMBEROS (feb-22)

TODO PREVISTO

Guión: **H.G. Oesterheld**
Dibujos: **E.J. Zoppi**

BOB CRUSOE ESTIRÓ LA MANO Y EL VASO ANTIGRAVEDAD LLENO DE WHISKY FLOTÓ OBEDIENTE HACIA EL. REALMENTE...

... AQUEL VIAJE DE EXPLORACIÓN A ANTARES ERA UN VERDADERO PLACER. EN LA CABINA DE CONTROL NI BOB CRUSOE, EL CO-PILOTO, NI...



...JOE AHAB, EL PILOTO, TENÍAN NADA QUE HACER...

DE TODA LA MANIOBRA SE ENCARGABAN BETTY, EL ROBOT-PILOTO, Y MARY, EL ROBOT-COPILOTO.

BETTY Y MARY TENÍAN LAS FORMAS DE DOS MUCHACHAS BELLÍSIMAS. PERO SOLO LAS FORMAS: CARECÍAN DE PARTES ÍNTIMAS DURANTE LAS HORAS DE MANIOBRAS...

21-152

Pedro Baigorria - COLUMBEROS (jul-22)

PERO, CUANDO LLEGABA LA HORA DE ACOSTARSE...

ACÉRCATE, MARY... DÁME LA MANO...

BOB CRUSOE INSERTABA EN LA MANO DE MARY UNA LLAVE ELECTRÓNICA... LA HACÍA GIRAR, SE PRODUCÍA UN ¡CLIC! E INSTANTÁNEAMENTE EL EFICIENTE ROBOT-COPILOTO SIN PARTES ÍNTIMAS SE CONVERTÍA EN UNA ARDIENTE ROBOT-MUJER CON PARTES ÍNTIMAS...

¡CLIK!

SÍ, TODO ESTABA PREVISTO EN LA 'PINTA-VI'. PARA EVITAR EL ABURRIMIENTO ESTABA EL IN-CINE, QUE LO 'METÍA' A UNO EN PLENO TIROTEO SI SE TRATABA DE UN WESTERN O...

Pinta VI

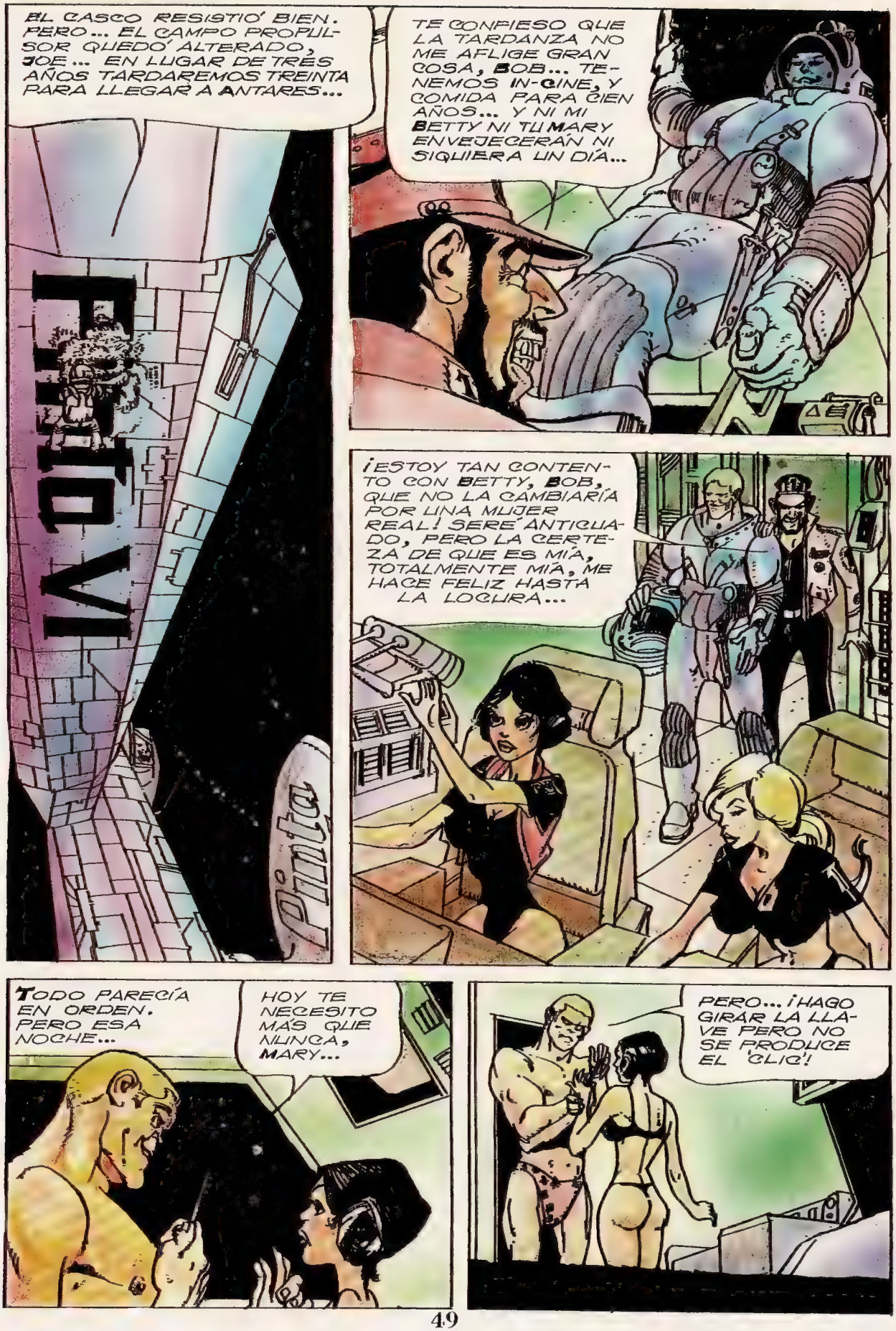
... LO ZAMBULLÍA EN UN TANQUE O EN UN CAZA SI SE TRATABA DE UNA DE GUERRA. SÍ, TODO ESTABA PREVISTO EN LA 'PINTA-VI'. MENOS LO IMPREVISTO...

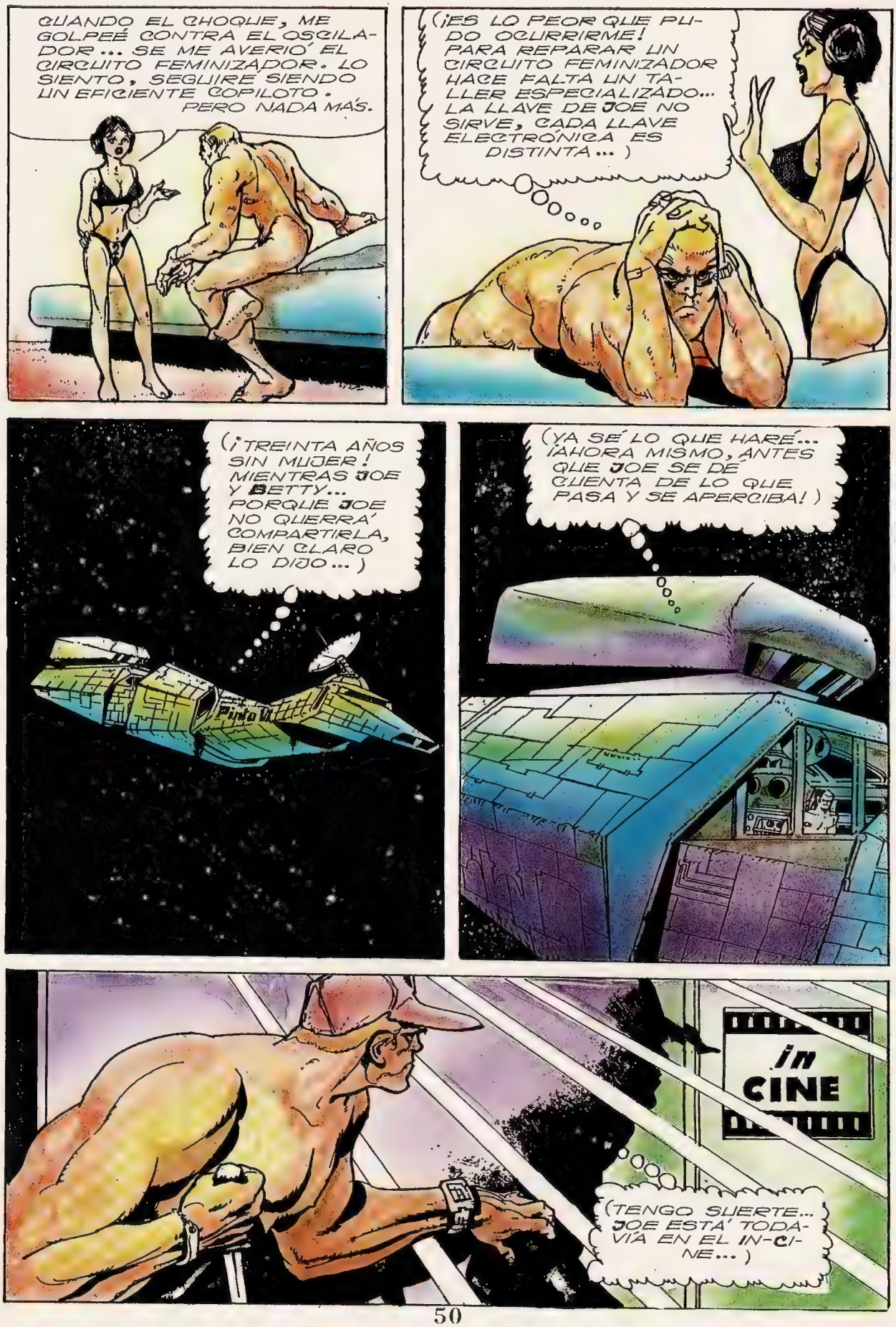
AL PASAR CERCA DE TAURO SE PRODUJO UNA COINCIDENCIA QUE, SEGÚN LOS CÁLCULOS, JAMÁS VOLVERÁ A PRODUCIRSE...

Pinta VI

DOS PEQUEÑOS ASTEROIDES HICIERON SANDWICH CON LA 'PINTA-VI'.

Pedro Baigorria - COLUMBEROS (jul-22)


EL CASCO RESISTIÓ BIEN. PERO... EL CAMPO PROPULSOR QUEDÓ ALTERADO, JOE... EN LUGAR DE TRÉS AÑOS TARDAREMOS TREINTA PARA LLEGAR A ANTARES...
TE CONFIESO QUE LA TARDANZA NO ME AFLIGE GRAN COSA, BOB... TENEMOS IN-CINE, Y COMIDA PARA CIEN AÑOS... Y NI MI BETTY NI TU MARY ENVEJECERÁN NI SIQUIERA UN DÍA...
FIN VI
Pinta
¡ESTOY TAN CONTENTO CON BETTY, BOB, QUE NO LA CAMBIARÍA POR UNA MUJER REAL! SERÉ ANTICUADO, PERO LA CERTEZA DE QUE ES MÍA, TOTALMENTE MÍA, ME HACE FELIZ HASTA LA LOCURA...
TODO PARECÍA EN ORDEN. PERO ESA NOCHE...
HOY TE NECESITO MÁS QUE NUNCA, MARY...
PERO... ¡HAGO GIRAR LA LLAVE PERO NO SE PRODUCE EL 'CLIC'!


CUANDO EL CHOQUE, ME GOLPEÉ CONTRA EL OSCILADOR... SE ME AVERIÓ EL CIRCUITO FEMINIZADOR. LO SIENTO, SEGUIRÉ SIENDO UN EFICIENTE COPILOTO. PERO NADA MÁS.
¡ES LO PEOR QUE PUDO OCURRIRME! PARA REPARAR UN CIRCUITO FEMINIZADOR HACE FALTA UN TALLER ESPECIALIZADO... LA LLAVE DE JOE NO SIRVE, CADA LLAVE ELECTRÓNICA ES DISTINTA...)
(¡TREINTA AÑOS SIN MUJER! MIENTRAS JOE Y BETTY... PORQUE JOE NO QUERRÁ COMPARTIRLA, BIEN CLARO LO DIJO...)
Pinto
(YA SÉ LO QUE HARÉ... ¡AHORA MISMO, ANTES QUE JOE SE DÉ CUENTA DE LO QUE PASA Y SE APERCIBA!)
IN CINE
(TENGO SUERTE... JOE ESTÁ TODAVÍA EN EL IN-CINE...)

A TIEMPO, BOB... JUSTAMENTE AHORA EL MUCHACHO...
IN CINE
¡EL MUCHACHO TE LIQUIDARÁ A TI!
GOLPEÓ CON FUERZA, EL ACERO DIO CONTRA ALGO DURO, UN BOTÓN, SIN DUDA... REPITIÓ EL GOLPE...
...ESTA VEZ EL ACERO PENETRÓ SIN TROPIEZOS...

MINUTOS MÁS TARDE BOB CRUSOE HACE FUNCIONAR EL DISPOSITIVO EYECTOR. Y JOE AHAB TENÍA EL UNIVERSO POR TUMBA...

LO SIENTO, JOE... ¡PERO TUVE QUE HACERLO!

COLOR: ELY SEMAYO

NO DEBÍ MIRARLO... ¡CÓMO SE LE ABRIERON LOS OJOS!

PERO... ¿QUIÉN PIENSA AHORA EN ESO? ¡LO QUE IMPORTA ES ESTO, LA LLAVE QUE HACE FUNCIONAR A BETTY! ¡MARY ESTÁ INUTILIZADA, PERO BETTY NO!

DAME LA MANO, BETTY... ESTOY SEGURO, QUE TAMBIÉN YO ME ENAMORARÉ DE TI, IGUAL QUE JOE...

UNA VUELTA MÁS Y...

PERO... ¿Y EL ¡CLIC!?

LA LLAVE ESTÁ INUTILIZADA... DEBIÓ DE HABER RECIBIDO ALGÚN GOLPE MUY FUERTE. SEGUIRÉ SIENDO UN PILOTO EFICIENTE. PERO NADA MÁS...

¡LA CUCHILLADA! ¡NO FUE CON UN BOTÓN CON LO QUE TROPEZÓ EL PUÑAL! ¡FUE CON LA LLAVE!

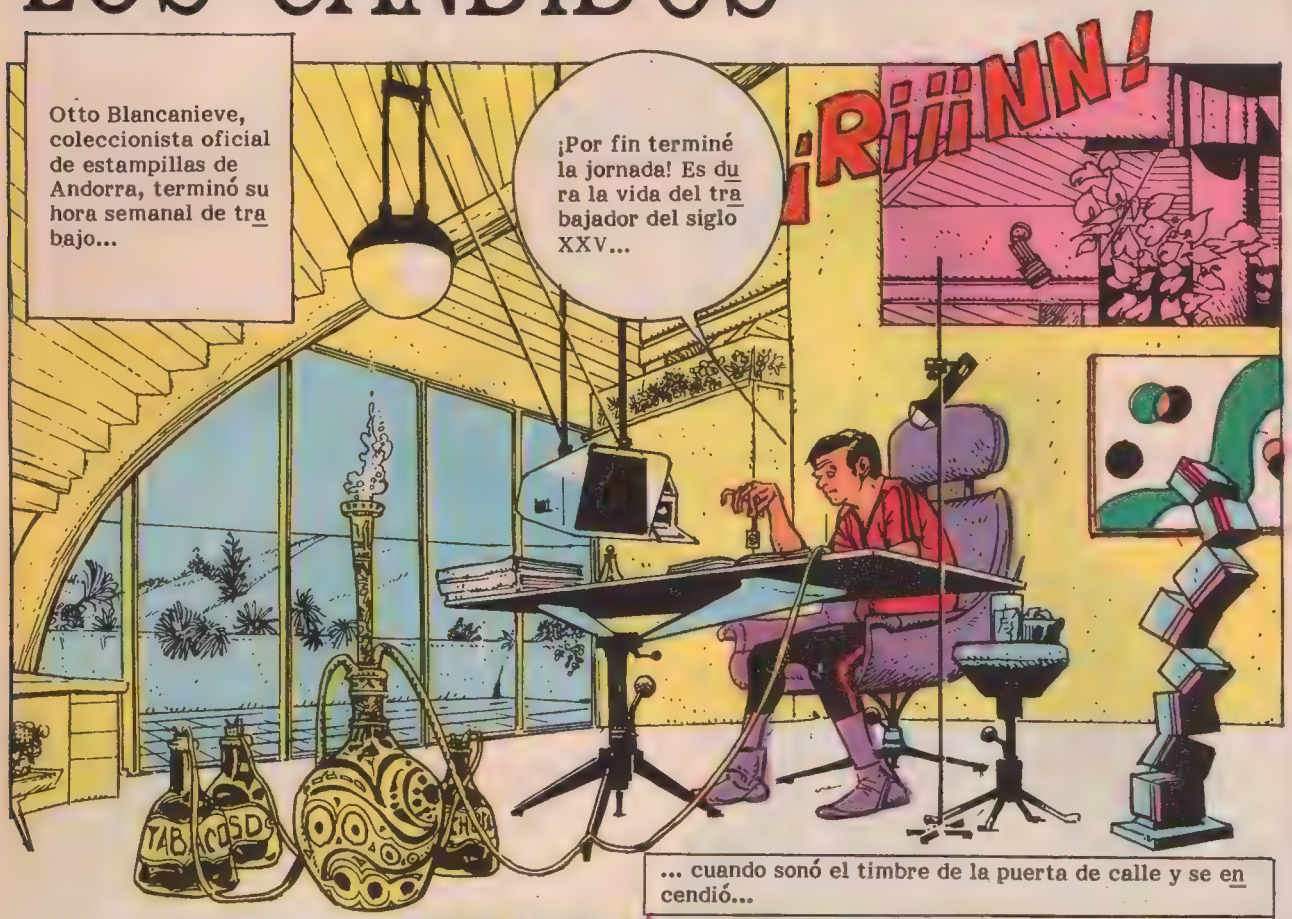
FIN

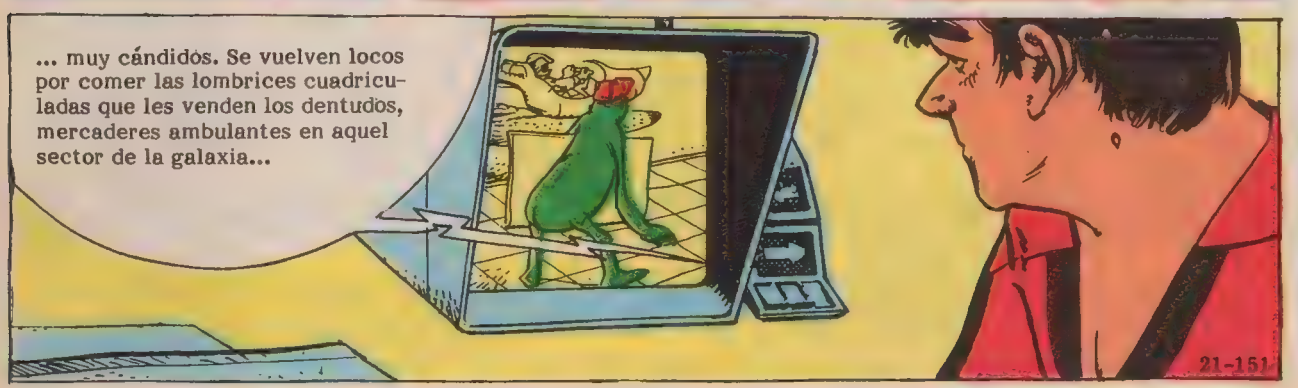
H.G. OESTERHELD.

Pedro Baigorria - COLUMBEROS (jul-22)

LOS CANDIDOS

Guión: **H.G. Oesterheld**
Dibujos: **E.J. Zoppi**





toritodel2001

"... Desde hace diez años, o sea desde 2442, se permite a los taras visitar la Tierra..."

Aunque capaces de cualquier cosa con tal de conseguir las lombrices cuadriculadas, los taras se han avenido a comer lombrices terrestres y babosas, por lo que se los considera bastante útiles...

Está bien... Parece que los taras son inofensivos... ¡Adelante!

¡TRRR!

... Se reproducen por huevos...

Lo siento, amigo tara, pero hace apenas una semana que deslombricé el jardín...

No me llamo Amigotara, sino Tarakán. Y no quiero comer lombrices ni babosas...

Quiero solamente preguntarle una cosa. ¿Sería usted un marido ideal?

Este... No sé... depende... ¿Por qué la pregunta?

toritodel2001

toritodel2001

¡No tratará de hacerme creer que Claudina Cardinalette me eligió justamente a mí como compañero!

Ella no, por supuesto, porque no lo conoce...

Pero me autorizó a mí para elegirlo... Usted, el primer terrestre a quien le pregunto, "¿Sería un buen marido?" Me contestó que sí... ¿Para qué buscar más?

Este... Sí, claro...

(Por algo los taras son famosos por lo cándidos.)

(Pensar que Claudina Cardinalette está sola en un planeta remoto... sin ver a un hombre desde hace medio año... ¡Y yo soy el único ser humano que lo sabe!)

(¡Otto Blancanieve, creo que te sacaste la lotería!)

Alquilar una cosmonave le costó a Otto Blancanieve todos sus ahorros. Pero no perdió ni un minuto en hacerlo: las fotos de Claudina Cardinalette eran demasiado atrayentes, demasiado urgentes... Partió sin decir a nadie adónde iba...

Debo reducir el abdomen... No tendré competencia pero Claudina ha de ser una mujer exigente...

Claudina Cardinalette de Blancanieve... ¡Qué bien suena!

Tampoco hubo jamás un astronauta que soñara tanto... Hasta que por fin...

Nunca astronauta alguno hizo tanta gimnasia durante la travesía... Ni tragó tanto tubo de vitaminas...

toritodel2001

toritodel2001

Con rodillas de algodón corrió Otto Blancanieve los últimos metros...

toritodel2001

toritodel2001

Pelacha

PUBLICADO EN:

COLUMBEROS

http://columberos.blogspot.com/

EDITORIAL COLUMBA